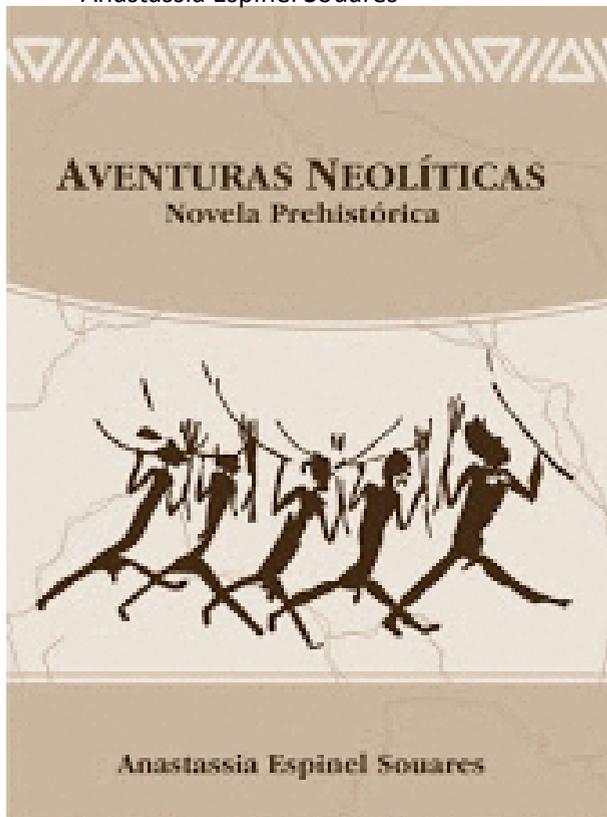


Aventuras Neolíticas (2003)

Anastassia Espinel Souares



Aventuras Neolíticas

(2003)

Anastassia Espinel Souares

© Derechos Reservados

Contenidos relacionados Vocabulario-

Fundación El Libro Total

proyecto de responsabilidad social

e intelectual de la firma

Sistemas y Computadores S.A.

Prefacio

La Edad de Piedra siempre ha fascinado a los novelistas, y en virtud de ello existen numerosas obras literarias dedicadas a la severa y peligrosa vida de nuestros antepasados lejanos, sin embargo, la mayoría de ellas corresponden casi exclusivamente al Paleolítico -la Edad de Piedra Antigua; precisamente por eso los elementos indispensables de una novela prehistórica son los glaciares, las cavernas rocosas, la caza del mamut y la sangrienta lucha contra un tigre dientes de sable o un oso de las cavernas. Mucho menos popular en la literatura artística es el Neolítico, la Edad de Piedra Moderna; aunque, es una de las épocas más importantes en la vida de la humanidad.

En el Neolítico el hombre logra perfeccionar al máximo la caza, la pesca y la recolección; comienza a conquistar el aire con ayuda del arco y la flecha, atraviesa en sus ligeras balsas y lanchas las barreras hidrográficas inaccesibles para sus antecesores, pero lo principal es que realiza la transición de una simple apropiación de dones de la naturaleza a una economía productora. Esta época crucial en la vida de la humanidad, con frecuencia denominada la Revolución del Neolítico, señala el inicio de una era cualitativamente nueva.

Durante un millón de años no había sucedido nada tan revolucionario en la vida del hombre; nada tan importante desde que el primer hombre verdadero, el Homo erectus, había desarrollado el lenguaje y dominado el fuego. Cultivando sus primeras mieses y domesticando cabras y ovejas, el hombre en cierto sentido «se domesticaba» a sí mismo. Además, en el Neolítico también aparecen la alfarería y la tejeduría, se perfeccionan los diferentes tipos de artesanía, lo que en gran parte contribuye al desarrollo de un intercambio permanente de artículos, lo que a su vez amplía la cosmovisión del hombre, haciéndola más flexible y dinámica.

Comienza a actuar «la ley general de la hospitalidad» que garantiza la seguridad en lejanos viajes con el fin de intercambiar no solo los artículos, sino también los conocimientos y las experiencias.

Sin embargo, el nuevo modo de vida trajo consigo no solo beneficios. El hombre tuvo que enfrentarse con numerosos problemas; según Roberth H. Dyson Jr., el profesor de antropología y director de la Sección del Próximo Oriente del Museo de la Universidad de Pennsylvania, con la Revolución del Neolítico «el hombre abandonó el mundo natural y lo sustituyó por otro lleno de ocultas presiones sociales, más artificial y amenazador».

La llegada de los agricultores supuso el desplazamiento y la extinción gradual de las bandas de cazadores y recolectores. ¡Con qué desaliento debieron contemplar las tribus cazadoras la transformación de sus bosques y estepas en campos y pastos, y con cuánto disgusto debieron mirar a los agricultores que les privaban de su antigua libertad! Las batallas ocasionales entre las bandas cazadoras que se efectuaban más como exhibición de energía y valor que por un auténtico propósito militar se sustituyen por una lucha sistemática y cruel por el territorio y la misma supervivencia.

Los acontecimientos reflejados en la presente obra suceden aproximadamente en el milenio VII A.C. Aunque las aventuras y los sentimientos de sus jóvenes protagonistas incluyen cierto grado de imaginación de la autora y dramatismo propio de cualquier obra del género novelesco, su fondo se basa en las pruebas arqueológicas.

Armas e instrumentos, métodos de caza y pesca, viviendas, la famosa técnica de los microlitos, el gran valor de la obsidiana, el arte de la alfarería y la tejeduría, el activo comercio de intercambio -todo esto está documentado con testimonios históricos.

La obra contiene muy pocas escenas propias de una novela prehistórica tradicional; esto se basa en aquella gran diferencia entre el modo de vida en el Paleolítico y el Neolítico. Al lector le pueden parecer exagerados los contrastes en el nivel de vida de diferentes tribus (Hijos de la Osa, Hijos de la Tierra, Hijos de la Caverna, etc.), al igual que aquellos viajes lejanos que emprenden los protagonistas principales de la novela. Sin embargo, es necesario tomar en cuenta que la transición hacia un nuevo estilo de vida no era simultánea en toda la Tierra. Los primeros focos de agricultura y ganadería en el Próximo y Medio Oriente surgen en el arco montañoso denominado la Media Luna Fértil que se extendía desde

Palestina hasta Irán actual. En el resto de Hemisferio Oriental las nuevas técnicas llegaron por medio de una difusión progresiva, la cual duró más de un milenio. Mientras que en el Oriente aún en los milenios VIII y VII A.C. se desarrollan los primeros poblados e incluso ciudades, en Europa la agricultura comienza a reemplazar la caza mucho más tarde, aproximadamente en el milenio V A.C.

Los contactos entre los habitantes de regiones bastante alejadas en el Neolítico eran mucho más amplios de lo que pueda parecer a un lector moderno, lo que evidencian hallazgos arqueológicos como, por ejemplo, el descubrimiento en Davlekánovo (Urales Meridionales, Rusia) de la sepultura neolítica de un hombre cuyo tipo antropológico y características del enterramiento lo diferenciaban notablemente de los habitantes autóctonos de dicha región; lo más seguro es que era oriundo de alguna región del Próximo Oriente. Además, las condiciones climáticas en la mayor parte de la Tierra en aquella época eran mucho menos hostiles que actualmente, lo que facilitaba bastante el recorrido de largas distancias.

Algo irreal para aquella antigüedad remota puede parecer la extraordinaria perfección de viviendas y santuarios de los Hijos de la Tierra. Hasta fecha bastante reciente se consideraba que el hombre comenzó a construir sus primeras ciudades entre los años 3500 y 2500 A.C., en los valles de grandes ríos -el Tigris, el Éufrates, el Nilo y el Indo-. En realidad, dichas regiones son las sedes de las primeras civilizaciones, pero no de las primeras ciudades. Las excavaciones realizadas en diferentes focos de Asia Occidental poco después de la II Guerra Mundial demuestran que los orígenes de la vida urbana se remontan los milenios VIII-VII A.C. La descripción de la vida cotidiana de los Hijos de la Tierra, de sus ceremonias religiosas y funerarias se basa en los datos de excavaciones en Çatal Huyuk, Hacilar, Shanidar, Jericó y otras ciudades neolíticas.

En la ciudad desde sus remotos orígenes se concentraba la vida comercial, artesanal y ceremonial; la seductora diversidad de la vida urbana que ofrecía la posibilidad de realizar una inclinación personal en vez de seguir la senda paterna debía ser igual de atractiva en el milenio VII A.C. como a finales del siglo XX. Precisamente por eso guardo la esperanza de que los lectores jóvenes, hacia quienes principalmente está dirigida la presente obra, no solo encontrarán en sus páginas alguna nueva información, sino también seguirán con interés las «aventuras neolíticas» de sus protagonistas.

## Prólogo

¿Quién sería capaz de encontrar ahora este lugar en la Tierra? Es un ancho campo cercado por todos lados con grandes abetos cubiertos de nieve. Otro corto día de invierno llegaba a su fin; el cielo adquiría su siniestro color violeta y se llenaba de brillantes estrellas azuladas, signo inequívoco de que la noche sería crudamente fría.

En la espesura de aquel bosque boreal se escuchaba el melancólico ulular de un búho, y a lo lejos, en el pantano situado detrás de la densa muralla de árboles el prolongado aullido del lobo, sonidos que pusieron en guardia algunas liebres de blancos pelajes que se confundían con la nieve y que hasta ese momento roían la corteza de un sauce en los límites del bosque.

En el centro de aquel campo se amontonaban desordenadamente unas dos decenas de cuevas techadas con

troncos y semiocultas en la nieve. En un lugar aplanado, seco y defendido del viento ardía una fogata y cerca de ella se alzaba un poste toscamente pintado en cuya punta se elevaba un cráneo de oso emblanquecido por el tiempo.

Al salir de su cueva, el frío hizo estremecer a la vieja Gara -Madre de la Tribu de los Osos- obligándola a abrochar los botones de hueso de su vieja capa de piel. Su amarilla y demacrada cara la atravesaban como cicatrices, grandes y profundas arrugas y hace mucho había perdido sus últimos dientes, sin embargo, sus grandes ojos azules a pesar de haber perdido con el tiempo su brillo y belleza, aún mantenían aquella mirada penetrante y aguda que distinguía hasta el más mínimo detalle.

Al acercarse a la fogata, Gara estiró sus flacas y arrugadas manos al fuego y al sentir el vivificante calor chasqueó sus labios con satisfacción. Aunque el fuego ardía con fuerza, la vieja cogió por precaución más leña del ramaje y la trajo a la fogata pues la noche anunciaba ser larga y fría; además, las fieras, hambrientas más que nunca por el largo invierno, se atrevían a acercarse hasta las cuevas y robar la carne almacenada. Al acordarse de las reservas, Gara se acercó a la fosa cuidadosamente disimulada entre la nieve y con dificultad retiró las ramas que la cubrían; seguidamente levantó las pieles y con tristeza movió su canosa cabeza, pensando: «¡Si al menos hubiera algo que defender de los zorros y lobos!» Pero la triste realidad era que en el fondo solo quedaban unos cuantos pescados congelados.

Por unos momentos Gara estuvo inmóvil en el borde de la fosa escuchando atentamente los sonidos del bosque. El silbido del viento en las copas de los pinos, el lejano aullido del lobo, el ulular del búho, pero nada que se pareciera al crujido de los esquís sobre la nieve, y tras los árboles no se vislumbraba ninguna figura humana en su peludo abrigo. ¿Quién sabe cuándo regresarán los cazadores y traerán alguna presa o no? -se preguntaba la vieja.

Ya varias veces los Hijos de la Osa habían regresado de caza con las manos vacías. Las mujeres corrían a recibirlos y sus ardientes ojos llenos de esperanza se apagaban al instante al ver a los hombres sin presa alguna. Nadie, incluso la misma Gara, la más vieja de toda la tribu, recordaba un invierno tan crudo y hambreado. Aquel año los fríos llegaron antes de tiempo y los hambrientos renos –el principal sustento de la tribu- al quedarse sin pastos, emigraron en grandes manadas al sur, hacia las estepas, pero los Hijos de la Osa no se atrevían a penetrar tan lejos, en un país extraño donde vivían tribus que no toleraban la presencia de ningún extraño.

La pesca se hizo imposible, pues los intensos fríos congelaron los ríos y lagos, formando una capa de hielo tan gruesa que era imposible traspasarla. La nieve tapó y dañó las trampas por lo que cada día caían menos y menos presas. A mediados del invierno ya se habían extinguido las reservas de hongos secos, raíces, nueces y bayas. Las fuertes heladas se alternaban con momentos de deshielo, cuando del cielo caía la nieve húmeda y pegajosa que se adhería a los esquíes hechos de ramas y cubiertos con pieles, haciendo la marcha aún más difícil y quitando a los cazadores las últimas energías. ¿Tendrán suerte hoy los hombres? Dos o tres semanas más de hambre y la Tribu de la Osa no sobrevivirá hasta la primavera.

Con un profundo suspiro y una agilidad increíble para su edad, la vieja Gara descendió por las gradas en la tierra hasta el fondo de la fosa, recogió todo el pescado que quedaba y con la misma rapidez salió al exterior. Cerca de una decena de niños jugaban alrededor de un arbusto seco, golpeándolo con mazas y lanzas de madera, imitando a los cazadores adultos cercando un jabalí o un alce.

Al verlos, Gara no pudo ocultar una sonrisa que expresaba ternura y tristeza al mismo tiempo. Estos pequeños aún tienen fuerzas para el juego incluso en estos días de hambre; la tribu les proporciona lo mejor que le queda, pero ¿qué pasará con ellos mañana, cuando coman el último pescado?

Al sentir la mirada de la jefa de la tribu, los niños interrumpieron su juego y quedaron en silencio.

- ¡A casa! -dijo Gara con voz de mando-. Dejen de correr, ya empieza a oscurecer.

Los niños corrieron dócilmente a sus cuevas. El pequeño Zorg lloró a las rodillas de Gara.

- ¡Abuela, abuela, Dirk me golpeó! -balbuceó el niño sollozando y con su nariz rota-. Yo no le hice nada y él me pegó con un palo.

- ¡Mentira, Zorg empezó primero! -se opuso Dirk y rápidamente tiró el palo a la nieve, tratando de desaparecer la prueba.

Gara no trató de resolver la discusión de los chicos. Dirk, el único hijo del chamán, tenía fama de ser un travieso incorregible que enfrentaba no solo a sus coetáneos, sino también a los chicos mayores, pero Gara, al igual que las demás mujeres de la tribu le perdonaba todas sus travesuras: el pobre crecía sin madre ya que la mujer del chamán murió hace tres inviernos poco después de dar a luz. Por eso Gara no reprendió a Dirk ni consoló a su propio nieto.

- ¡Abuela, abuela! -no se calmaba Zorg.

-Deja de lloriquear -dijo la vieja al niño, secándole al mismo tiempo la nariz y sus congeladas mejillas-. Eres un hombre, un cazador, así que aguanta. Vamos a casa, es hora de comer.

Gara empujó al niño con suavidad y los dos entraron en la penumbra de la cueva. Las bien apisonadas escaleras conducían al fondo. Las paredes de tierra fueron reforzadas con pértigas y tapadas con pieles; era una vivienda amplia y tibia, aunque un poco oscura. El suelo estaba cubierto por pieles de reno y en el centro ardía una fogata donde se calentaban grandes piedras redondas.

Junto al fuego dos jóvenes mujeres hacían su trabajo. Luma, hija de Gara, y su amiga Arva frotaban sobre las piedras corteza de sauce. Generalmente las mujeres de la Tribu de la Osa fabricaban con esta corteza cuerdas e hilos, de los cuales luego hacían la tela para la ligera ropa de verano, pero ahora, cuando en el campamento casi no quedaban reservas, la corteza también serviría de alimento. Alrededor de la fogata, con pasos inseguros y enredándose con las pieles, aprendía a caminar la pequeña Malga -hija de Arva. Este era el primer invierno de su vida; una vida difícil para una pequeña mujercita de una tribu cazadora.

Al escuchar los pasos, ambas mujeres dejaron su trabajo por un instante y al encontrarse con la triste y apagada mirada de Gara suspiraron con decepción.

-No, los hombres aún no han llegado -dijo Gara, tirando junto al fuego el pescado congelado.

El pequeño Zorg corrió hacia Luma, le quitó un pedazo de corteza y se lo llevó a la boca, frunciendo el ceño:

- ¡Fu, qué agria! ¿Mamá, no tienes algo más sabroso?

Luma no contestó nada y continuó golpeando rítmicamente con la piedra.

- ¿Mamá, cuándo tendremos carne?

-Pregúntale a tu padre cuando llegue de caza -dijo Luma.

- ¿Y cuándo llegará?

Luma no contestó y con más fuerza golpeó la corteza con la piedra. Sus abundantes cabellos rubios cayeron sobre su pálida tez, escondiendo una preocupación que nadie logró captar. Luma aún no había cumplido veinte inviernos, pero una vida nada fácil ya había dejado huellas en el rostro de la joven. Sin embargo, a pesar de su palidez enfermiza, mejillas hundidas y grandes ojeras, Luma sobresalía entre todas las mujeres de la tribu por una belleza poco común. Ni el hambre, ni la zozobra, ni el dolor eran capaces de deformar los finos rasgos de la joven y sus grandes ojos azules irradiaban una tranquilidad inmutable. En la cueva hacía calor y Luma vestía un ligero traje de gamuza, pero incluso este ancho atavío ya no podía esconder la prominencia de su vientre.

Todos en la tribu sabían que la hija de Gara estaba esperando su segundo retoño.

- ¿Cuándo volverán los cazadores? ¡Dime, mamá! -insistía Zorg. Gara que hasta el momento estaba completamente ocupada limpiando el pescado, decidió intervenir:

- ¡Deja de molestar a tu madre! Ven y tráeme agua.

Acostumbrado a obedecer siempre y en todo a su abuela, el niño tomó el odre con agua y lo arrastró hacia la fogata. Gara colocó el pescado ya descongelado dentro del adre, introduciendo también las piedras calientes. Cuando el agua empezó a hervir y el humo llenó la cueva, todas las mujeres de la tribu empezaron a llegar. Habitualmente cada mujer podía tomar de la fosa donde se conservaban las reservas cuanto necesitaba para su familia, pero ahora todos los víveres estaban bajo el control de la Madre de la Tribu quien los repartía estrictamente.

Armada con un cucharón de hueso, Gara dividía la comida con rapidez, llenando los tazones de madera que le alcanzaban por todos lados. El pescado era solo para las familias con niños pequeños, los demás tenían que contentarse con una taza de caldo turbio que sólo podía engañar al estómago por poco tiempo.

Al recibir su porción, las mujeres salían de la cueva apresuradas a alimentar sus hijos. El último en llegar fue el chamán con su hijo. Con un gesto hospitalario Gara los invitó a sentarse junto al fuego. El chamán era un hombre aún joven, pequeño, pero de una contextura fuerte; siempre llevaba en sus muñecas unos brazaletes tallados de hueso y un collar de garras de oso que colgaba sobre su ancho pecho. Silenciosamente pasó al centro de la cueva, saludó con un suave gesto a la vieja anfitriona y con dignidad se sentó sobre las pieles.

El pequeño Dirk repitió con exactitud todos los gestos de su padre y se sentó a su lado.

A una orden de Gara, Luma y Arva dejaron sus quehaceres y junto con los niños se acercaron a la fogata. Anfitriones e invitados empezaron a saborear aquella pobre comida. Los adultos comían lentamente, sin apresurarse, como lo exigían las costumbres de la tribu. Arva sentó a la pequeña Malga en sus rodillas y le daba de comer con una cuchara, atenta de que no se quemara ni se atragantara con una espina. Los niños Dirk y Zorg terminaron su pescado rápidamente y, olvidando su reciente riña, empezaron un alegre juego.

Los adultos guardaban silencio. Para los Hijos de la Osa hablar durante la comida se consideraba mala educación y solo al terminar habló el chamán:

-Hoy en la mañana los espíritus me han dicho que los cazadores tendrán suerte, pero igualmente nuestra gran Madre Osa sigue enojada con sus hijos.

-Aún no puedo comprender ¿en qué forma hemos ofendido a nuestra progenitora? -sacudiendo sus hombros, dijo Gara.

-En otoño no le ofrecimos el gran sacrificio...

-Pero ¡de dónde lo podíamos dar si nuestros hombres no capturaron ni un solo enemigo vivo!

-El próximo otoño tendremos que organizar una guerra contra los esteparios y tomar muchos prisioneros -dijo el chamán,

dejando a un lado el tazón ya vacío-. Si la Madre Osa no recibe en sacrificio un hombre, nos enviará otro invierno de hambruna Gara frunció el ceño pero calló. A ella, al igual que a todas las mujeres, no le gustaban las guerras. Nuevamente todos los hombres se irían lejos y por mucho tiempo, volverían las intranquilas noches de insomnio y crecería el número de viudas y huérfanos. Pero, igualmente todos los hombres volverán a buscar el peligro y nadie los podrá convencer de lo contrario.

Las dos mujeres jóvenes guardaban el silencio: no les era permitido intervenir en las conversaciones de los mayores sin su consentimiento. Sin embargo, el solo recuerdo de los esteparios hizo que Arva temblara con tanta fuerza que despertó a la pequeña Malga que ya comenzaba a dormitar entre los brazos de su madre. La niña lloró; Luma la tomó en silencio y esperó con paciencia que los temblores de Arva se calmaran.

Esto sucedía con Arva cada vez que recordaba aquella primavera cuando un pequeño grupo de Osos, compuesto de jóvenes cazadores y muchachas que les ayudaban a llevar y dividir la presa, persiguieron con tanto afán las manadas de saigas y caballos que se olvidaron de la prudencia y se internaron demasiado lejos en la estepa donde desaparecieron como si la llanura los hubiese tragado. Todos en la tribu creían que los esteparios mataron a todos los del grupo y lloraban por sus seres queridos hasta que un día de otoño apareció Arva, una de las muchachas que acompañaban el grupo. Haraposa, flaca, con un pedazo de soga en el cuello, la pobre joven pasó numerosas vicisitudes antes de llegar hasta los suyos, pero no quiso contar nada y ni siquiera sus mejores amigas se enteraron de lo que soportó en el cautiverio. Pasaron los meses, y Arva dio a luz una niña. Arva nunca habló de su padre, pero era suficiente mirar a la diminuta carita de la recién nacida para comprender que era hija de un estepario. Desde entonces Arva huía de todos los hombres, y odiaba a los esteparios con una rabia oscura

y ciega y se ponía a temblar sólo al recordarlos. Arva no tenía parientes y, como era costumbre de la tribu, la vieja Gara la tomó bajo su protección.

-Basta de hablar de los forasteros. -Gara trató de cambiar de tema-. Mejor dime qué más te anunciaron los espíritus.

-Solamente que nuestra Madre Osa necesita un gran sacrificio -repitió el chamán. -Los cazadores no tendrán suerte si no le ofrecemos un hombre.

- ¡Ríndete, estepario! -se escuchó un grito infantil que venía del oscuro rincón. Zorg, sentado sobre la espalda de Dirk, lo golpeaba con sus puños. Dirk resoplaba con fuerza y no quería darse por vencido.

- ¿No te da vergüenza? -regañó el chamán a su hijo - ¡Levántate ahora mismo y defiéndete! "Aún los niños aprenden a odiar" -con tristeza pensó Gara mientras recogía los tazones vacíos. ¿Acaso no es posible dar a la tribu una vida tranquila y abundante sin estas guerras sangrientas? ¿Cómo poner fin a todo esto? ¿Será posible hacerlo?

- ¡Vienen, vienen! -se escuchó una voz lejana - ¡Los cazadores volvieron!

Esto fue suficiente para que todos salieran de sus cuevas. Ya estaba bien oscuro, pero las mujeres echaron más leña en la fogata y uno de los niños vio que los cazadores caminaban lentamente y venían cargados, lo cual significaba que la profecía del chamán se había cumplido. Los niños corrieron al encuentro de sus padres y hermanos mayores. Mientras tanto, los cazadores se acercaban. Adelante corrían los perros -lanudos y fuertes, como los lobos; tras

ellos venían los hombres sobre sus anchos esquíes. Cuando por fin se acercaron a la fogata y colocaron sobre la nieve las presas de un gran oso, las mujeres los rodearon con gritos de alegría. ¡Terminó el hambre! ¡Ahora la tribu tendrá mucha comida!

Sin embargo, los mismos cazadores no expresaban alegría y guardaban silencio. Los Hijos de la Osa eran de aspecto varonil, de ancho pecho, de frente alta, de mentón firme, de abundante barba y de ojos grandes, brillantes y claros -azules, grises o verdes. El parecido entre los cazadores se hacía aún más evidente por sus ropas -las mismas botas de piel, pantalones de zorro o lobo y chaquetones con capuchas de las cuales sobresalían sus cabellos rubios o rojizos plateados por la escarcha invernal.

Todos callaron hasta que los dos últimos hombres se acercaron a la fogata y colocaron sobre la nieve una camilla hecha de ramajes sobre la cual reposaba el cuerpo inerte de uno de sus compañeros.

- ¡Gauk, Gauk! -se escuchó un grito desgarrador entre la multitud.

-La Madre Osa se ha llevado a nuestro mejor cazador -con tristeza pronunció el chamán-. Pero no permitió que toda la tribu muriera de hambre.

-Fue mi culpa -con voz apagada dijo el mas joven de los cazadores, el pecoso Neil, un adolescente de quince años, cuerpo desgarrado y rostro huesudo.

Gauk yacía sobre su espalda y por la tranquila expresión de su rostro parecía que solo dormía, pero en su barba rojiza se

congelaron los coágulos de sangre y sus ojos azules se cerraron solo a la mitad. Luma al ver a su esposo muerto cayó de rodillas junto a su cadáver pero no derramó ni una sola lágrima, mientras que otras mujeres lloraban estridentemente. Zorg asustado abrazó a su madre y no podía comprender por qué su padre no se movía ni se levantaba de la camilla. Gara se acercó en silencio, acarició la cabeza de su hija y, sobreponiéndose a su pena, habló despacio y con tranquilidad:

-Lleven a Gauk a mi cueva y que vengan todos que quieren despedirse de él. Los cazadores tienen que descansar y las mujeres preparar la carne.

Vamos, Luma, preparemos a tu marido para su último viaje.

Estas palabras sonaron más diligentes que consoladoras, sin embargo, influyeron en la multitud y todos se pusieron en movimiento. Solo Neil permanecía inmóvil y repetía con sus labios agrietados por el frío:

-Fue mi culpa... Fue mi culpa...

-Cuando seas mayor entenderás que la muerte no es lo peor que te pueda pasar -dijo Gara. Dio una palmada suave sobre el hombro del muchacho y solo entonces se dio cuenta que una manga de su chaquetón estaba ensangrentada - ¡Oye, pero si estás herido! Vamos y me contarás qué sucedió.

...Aquella noche nadie pudo dormir. Todos amaban a Gauk y cada Hijo de la Osa pasó por la cueva de Gara. Todos querían verlo por última vez y dejarle algún regalo de despedida -ya fuera un cuchillo de sílex, una vaina con puntas de flechas o un hacha, y decir algo consolador a Luma y Gara. Los hombres reunidos alrededor de

la fogata recordaban las hazañas del difunto, sin fin aseguraban que nadie mejor que Gauk conocía las huellas de las bestias y podía acercarse al animal sin ser oído ni descubierto por la presa y relataban con detalles lo que aconteció en la última cacería.

...Al descubrir una guarida de oso semiculta en la nieve, los cazadores la rodearon por todos lados. Gauk se acercó a la entrada y con fuerza metió su lanza. Con un gruñido desgarrador se vino abajo la pared de nieve, el cazador saltó a un lado y de la cueva salió un enorme oso cubierto por la nieve. El animal aún no había despertado por completo de su sueño invernal y movió la cabeza de un lado a otro, pero poco a poco sus pequeños ojos se incendiaron y se lanzó con rabia contra los cazadores. Los hombres lograron correr a tiempo hasta una distancia segura y prepararon sus lanzas al encuentro de la bestia, pero Neil no vio un tronco caído, cubierto traicioneramente por la nieve, tropezó y cayó. Como un rayo, el oso se lanzó hacia el muchacho, agarró su brazo con sus horribles fauces y la primera gran cacería de Neil se hubiera convertido en la última si no hubiera sido por Gauk quien al percatarse de lo sucedido corrió y clavó su lanza en un costado de la fiera.

El oso lanzó un gruñido tan fuerte que cayó nieve de los árboles. Los perros enfurecidos atacaban la bestia herida, pero el oso no les hacía caso, comprendiendo que el principal peligro venía de los hombres. Soltando a Neil, el animal se volvió hacia Gauk.

La lanza se partió y Gauk saltó a un lado, pero el oso alcanzó a darle un zarpazo que le reventó el cuello y la nieve se cubrió de sangre instantáneamente. La bestia furiosa se empinó y los demás cazadores, ya sin temor de herir a sus compañeros, tiraron sus lanzas y cuando el oso se debilitó lo remataron con cuchillos y mazas. Pronto el animal quedó quieto y los cazadores pudieron atender a sus heridos. Gauk ya no se movía -la vida se le había ido

por la herida en el cuello y Neil había sufrido dos profundas heridas en el brazo...

Gara curaba las heridas de Neil con polvo de alheña mientras balbuceaba sus conjuros, luego cubrió su brazo con una venda de corteza de sauce. El joven aguantaba el dolor sin emitir ni un solo sonido y sólo su cara se puso tan pálida que las pecas se hicieron aún más visibles.

Luma continuaba callada e inmóvil, como si sus pensamientos estuvieran muy lejos de este linderos invernal. Sus grandes ojos azules reflejaban el brillo del fuego y como en un sueño veían aquella fogata que Luma había encendido en una tarde de verano hacía cuatro años... Turbada, bien arreglada y muy sonrojada, la joven estaba sentada cerca del fuego, esperando su felicidad. Uno por uno se le acercaban los muchachos, pero Luma con un gesto firme los rechazaba a todos. Solo a Gauk -un joven alegre y pelirrojo de la Tribu del Alce -le fue permitido quedarse junto a la fogata y pasar allí toda la noche. Así se hicieron marido y mujer y Gauk, según las costumbres de todas las tribus del bosque, dejó su tribu natal para convertirse en uno de los Hijos de la Osa. Durante cuatro años ardió su fogata familiar y ahora se apagó, todo se hundió en la oscuridad de la nada.

Neil se acercó torpemente y, parándose frente a Luma, le dijo con voz entrecortada:

-Soy culpable ante ti y de ahora en adelante yo los protegeré: a ti, a Zorg y al niño que pronto deberá nacer. Toda mi presa será tuya.

A pesar de que entre los Hijos de la Osa se consideraba de muy mal gusto reír frente a un lecho funerario, uno de los jóvenes cazadores dijo con un aire burlón:

- ¡Primero aprende a correr con firmeza, cazador, ja! El oso apenas te sopló y tu volaste entre la nieve.

Gara miró al bromista tan expresivamente que aquel calló al momento y se escondió tras los demás cazadores. Luma levantó la cabeza lentamente como saliendo de un largo letargo y por primera vez miró a Neil a los ojos. El adolescente se tensó como la cuerda de un arco, pero no apartó su mirada. Momentáneamente todos contuvieron el aliento. ¿Qué dirá la viuda? Ella tiene todo el derecho a desahogarse contra Neil, gritándole las palabras más terribles, y prohibirle cruzar el umbral de su cueva y acercarse a sus hijos...

El hielo azul en los ojos de Luma se derritió, la mirada se hizo más tibia y por la mejilla corrió una gruesa lágrima, brillante como el fuego.

-Te creo, Neil -pronunció la mujer con firmeza-. Estoy segura que algún día llegarás a ser el primer cazador de la tribu. Puedes venir cuando quieras, siempre habrá un lugar para ti junto a nuestra fogata.

La palidez de Neil cambió a un intenso rosado y los toscos rasgos de su cara se transformaron convirtiéndolo en un hombre maduro, como si en un segundo hubiese comprendido aquella gran responsabilidad que llevaría en sus hombros de ahora en adelante.

...En la madrugada, cuando el cielo se tornó gris, algunos hombres empezaron a cavar un hoyo en la congelada tierra y con los

primeros rayos del sol toda la tribu enterraba al cazador en las afueras del campamento, donde se levantaban algunos peñascos bajo los cuales reposaban los cuerpos de los Hijos de la Osa cuyas almas volaron al lejano País del Sol Poniente donde habitan los espíritus.

Según la costumbre, a los muertos los enterraban al amanecer, para que los primeros rayos del Sol alumbraran el camino por el cual el alma llegaría al país de los antepasados sin perderse en la oscuridad. Para entonces los hombres ya habían cavado una fosa bastante profunda. Aquel trabajo no era fácil ya que la tierra congelada se tornaba dura como la piedra y era necesario golpearla con palos afilados y astas de reno, para luego cavar con huesos de omoplatos de animales y ayudarse con las manos. Para el alma es agradable que su camino al otro mundo esté cubierto de flores y hierbas aromáticas, pero ¿dónde encontrarlas en pleno invierno? Por eso cubrieron el fondo con olorosas ramas de pino, colocaron encima la camilla con el cuerpo de Gauk, taparon el cadáver con varias pieles, llenaron la fosa con tierra y colocaron encima una gran piedra. De tal forma, ni las fieras, ni las aves llegarían hasta el cuerpo de Gauk y su alma no pasaría a ellos, sino que volará al país de los antepasados, donde Gauk se convertirá en uno de los guerreros de la Madre Osa y ayudará a su tribu implorando a la gran progenitora enviar al mundo nuevos rebaños de renos, alces y jabalíes... La Madre Osa no le negará nada a Gauk, pues ella ama a los buenos cazadores y siempre escucha sus pedidos...

Así cantaba el chamán, glorificando las hazañas del difunto y orando por la benevolencia de la progenitora. La capa de piel de oso y la máscara con colmillos transformaba su apariencia de tal modo, que se hacía imposible creer que era la misma persona que estaba sentada junto a la fogata de Gara y refunfuñaba al pequeño Dirk. Siendo de baja estatura y rechoncho, ahora parecía alto, esbelto y majestuoso. Su voz tronante se asemeja al rugido de una tormenta

invernal, el cuerpo se contorneaba en una danza impetuosa, su capa flameaba y parecía que alrededor de la tumba bailaba la misma Madre Osa, que había descendido hasta sus hijos del País del Sol Poniente.

La canción calló bruscamente, justo en el momento cuando los amigos y familiares de Gauk terminaron de echar la tierra alrededor de la tumba. Se hizo un silencio tan profundo que se escuchaba el golpeteo de un pájaro carpintero en la cima de un gran abedul y como caía la nieve de los lejanos árboles.

- ¡La Madre Osa no dejó que sus hijos murieran de hambre pero le quitó a la tribu su mejor cazador!

-exclamó el chamán- ¿Es así o no?

- ¡Así es! -respondieron todos.

-Esto significa que la Madre Osa está enojada. ¿Acaso en otoño le hicimos un gran sacrificio? ¡No, y ella misma lo ha tomado! Nuestra madre se calmará solo cuando le entreguemos sangre humana, de lo contrario seguirán muriendo nuestros mejores cazadores. ¡En primavera hay que atacar a los esteparios! ¿Es así o no?

- ¡Así es! -se escucharon las fuertes voces varoniles, al mismo tiempo que las mujeres fruncieron el ceño y voltearon la mirada.

- ¡No es así! -gritó Luma sorprendentemente - ¿No te basta con Gauk? ¿Quieres más muertes? La Madre Osa no necesita nuevas

víctimas, simplemente tú necesitas un nuevo botín de guerra, pues casi todo queda en tus manos.

El chamán quedó tan perturbado que no podía encontrar las palabras necesarias para reprender dignamente. De pronto Luma gritó con voz estridente y cayó en la nieve, como si le flaquearan las piernas.

Gara corrió a ayudarlo a pesar de un intenso frío la cara de la joven brillaba de sudor, todo su cuerpo temblaba.

- ¡Ay, no puedo! ¡Me duele! Yo no lo esperaba ahora, sino al empezar la primavera... ¡Gauk murió y yo iré tras él!

Una sombra pasó por la arrugada cara de Gara. Sus dos hijos mayores, al igual que Gauk, murieron cazando, ¿acaso la Madre Osa ahora quiere quitarle a su última hija? ¡No, esto no debe pasar! Reaccionando con rapidez, Gara se dirigió hacia el chamán:

- ¿Ves? La Madre Osa quiere darnos a un nuevo ser en lugar del que tomó. ¡Vamos, ayúdame a llevar a Luma a la cueva!

El chamán obedeció sin protestar. Zorg tiró el último puñado de tierra sobre la tumba de su padre y corrió tras quienes llevaban a su madre, pero Neil lo detuvo.

- ¿Mi mamá no se irá con los antepasados? -con voz temblorosa preguntó el pequeño.

- ¡Claro que no! -sonrió Neil-. Simplemente la Madre Osa pronto le traerá un bebé y a ella no le gusta cuando esto lo ven otros niños. Dime, ¿tú a quién quieres, un hermanito o una hermanita?

- ¡Un hermanito! -sin pensarlo mucho respondió Zorg-. Con él podré jugar como lo hago con Dirk, en cambio una niña será igual de llorona como Malga.

- ¡Qué así sea! Le pediremos a la Madre Osa que nos traiga un niño más.

Ahora vamos donde mi madre a calentarnos, pues empieza a hacer frío.

Llevando al niño en hombros, Neil se dirigió al campamento. Los demás miembros de la tribu hicieron lo mismo, murmurando que la Madre Osa se había apiadado de sus hijos, que no quiso privar a la tribu de su mejor cazador e infundió su alma en el bebé de Luma...Sintiendo que su cuerpo en un instante dejó de doler, Luma suspiró con alivio y abrió sus ojos.

- ¡Eso es todo! -escuchó la voz de su madre y sintió su áspera mano acariciándole la cara - ¡Mira a tu hijita!

- ¿Está bien? -se preocupó Luma-. Nació casi un mes antes de tiempo...

La diminuta y roja carita de la recién nacida se arrugaba en llanto, los ojos parecían dos agujeros estrechos de color celeste pálido, pero Luma se imaginó que con el tiempo llegarían a ser grandes y azules, como los de Gauk.

-La Madre Osa te dio el alma de tu padre, ¿verdad? -sonreía Luma acercando la bebé a sus pechos hinchados-. Entonces, tú serás igual de valiente y bondadosa.

Gara se limitó a respirar con resignación, se acercó a la fogata y comenzó a soplar los carbones que ardían débilmente.

-Mamá, ¿por qué no te alegras? -con asombro preguntó Luma - ¿Acaso no me decías que siempre quisiste tener una nieta?

- ¡Claro! -pronunció la anciana-. Pero, ¿qué dirá la tribu? Si hubiera nacido un niño, todos pensarían que es Gauk quien volvió, pero una niña... El chamán dirá que es otro mal augurio. Y tendrá razón, porque este año en la tribu no nació ni un solo varón, solo niñas: en la primavera fue Nima, en verano, Bina, y ahora la tuya...

-Y si el chamán insiste en empezar otra guerra, en la tribu quedarán aún menos hombres -con enojo dijo Luma.

-No te enfades o no tendrás leche. Las mujeres guardamos el fuego, educamos los niños y nadie se atreve a contradecirnos en el campamento, pero en la guerra y en la caza deciden los hombres, debes entenderlo ya, pues ahora eres madre de dos niños. Claro que a nadie le gusta perder maridos e hijos, pero nada podemos hacer.

Así que la próxima vez no grites al chamán, si él desea, nos entregará a todos a los malos espíritus...

-Si seguimos calladas, los hombres seguirán buscando la muerte. Una cosa es morir como Gauk, buscando comida para la

tribu, pero matar a la gente... ¿Cuántos hombres morirán sin ningún sentido, solo para poder ofrecer a la Madre Osa a un solo prisionero? -no se calmaba Luma-. Yo no quiero tal destino para mi Zorg. A propósito, mamá, ¿dónde está?

-Neil lo llevó a su cueva. Ves, él ya empezó a cumplir su promesa -contestó Gara sonriendo.

...En el campamento reinaba el silencio. Los hombres dormían después de una caza exitosa, las mujeres alimentaban sus hijos con la jugosa carne de oso. Por primera vez en muchos días nadie tenía hambre; incluso los perros recibieron muchos huesos con restos de carne. El frío se convirtió en tormenta; en el aire volaban grandes copos de nieve. E-ei, e-ei, -aullaba el viento.

- ¡E-ei-la-la! ¡E-ei-la-la! -Luma arrullaba a su hija, entonando su canción con el viento -Te llamaré Eila, en memoria a esta tormenta. Y aunque digan lo contrario, tú traerás la felicidad no solo a nuestra cueva, sino a toda la tribu. Así que crece rápido y recuerda: eres hija de un cazador, luego serás mujer de un cazador y madre de un cazador.

¡E-ei-la-la! ¡E-ei-la-la!

## Los hijos de la Osa

### 1

Lentamente se extinguía la azul noche primaveral. Palidecía la plateada luna; del pantano crecía una neblina espesa que se extendía por todo el bosque. Cuando los primeros rayos del sol dispersaron aquella capa blanquecina, se descubrió un siniestro cuadro de lucha por la vida, tan viejo como el mundo.

Un enorme uro con tres flechas en sus costados y un cuchillo de obsidiana en su cuello cayó pesadamente sobre sus rodillas. La

vida se apagaba lentamente en sus ojos hinchidos; los afilados cuernos rojos de sangre humana inclinaban la majestuosa cabeza del animal a tierra; de su ancho pecho salía un ronquido desgarrador.

Un hombre se encorvó bajo un pino carcomido por el pantano cerca al uro, adonde lo arrojó el golpe.

Sus espesos y negros rizos, llenos de las agujas de pino, ocultaban su rostro casi por completo; las manos temblorosas tapaban la herida. La sangre empapaba los jirones de su chaquetón de piel, corría por el abdomen brillante de sudor, el ancho cinturón y el pantalón de cuero, bajando hasta el suave y verde musgo.

Aquellos dos enemigos, hasta hace poco entrelazados en una lucha mortal, se miraban uno al otro directo a los ojos, lo que en el lenguaje animal siempre significaba amenaza, pero la sangre continuaba enrojeciendo el musgo y junto con ella se apagaban las últimas chispas de vida. Por fin la negra cabellera del cazador cayó inerte su pecho; a estas alturas, de él se apoderó la indiferencia ante el inevitable final. El hombre ya no se movía.

Las finas aletas de la nariz del uro temblaron: sintió la cercanía del agua. Si en su cuerpo quedara un poco más de fuerza este gigante del bosque pisotearía a su enemigo vencido, pero ahora en su instinto ardía solo un deseo: calmar la sed que lo atormentaba. Haciendo un último esfuerzo, levantó su cuerpo de la tierra y en sus debilitadas patas se arrastró hacia el bosque.

2

-Nosotras, las mujeres, también debemos aprender a manejar las armas. En nuestro camino puede aparecer un animal peligroso o una persona malvada y entonces, un hombre dispuesto a defenderte no siempre llegará a tiempo.

Con estas palabras Luma hizo un pequeño corte en el tronco de un abedul. Inmediatamente un líquido transparente brotó del árbol y en un fino hilo corrió hacia el tazón de madera.

Eila escuchaba atentamente a su madre y se esforzaba por repetir con exactitud todos sus movimientos. La muchacha ya sabía que entre más alto hiciera el corte, más dulce sería el jugo y que de

un viejo abedul se puede obtener mucho jugo sin hacerle daño, en cambio un arbolito joven con seguridad moriría.

La primavera cobraba fuerza -la decimoquinta primavera en la vida de Eila. Aunque en las noches aún hacía frío y en la espesura quedaban algunos montículos de nieve, el bosque se despertaba alegremente después de su sueño invernal. Ya brotó la hierba joven, en la cual se asomaban las flores de fáfara, alegres y amarillas, como pequeños soles, las estrellitas blancas de anémona, las celestes flores de la hepática y las azules pulmonarias. Los sauces se engalanaban con sus aretes plateados y en los abedules de un momento a otro brotarían las pegajosas hojas.

La primavera trajo consigo el tan esperado calor pero al mismo tiempo, nuevos trabajos. Las mujeres que no se ocupaban de recoger el jugo de abedul, arrancaban la joven corteza de los árboles: la corteza de sauce servía para cocer la ropa de verano, la de tilo para fabricar un calzado ligero, la de abedul para hacer cestos. Los niños corrían entre sus madres y hermanas mayores, buscando las bayas que sobrevivieron al invierno bajo la nieve. Si alguien corría con suerte y encontraba una despensa intacta de un hámster o de una ardilla, todos gritaban alegremente y el botín era repartido entre todos con hermandad. De vez en cuando las mujeres dejaban sus quehaceres y atentamente prestaban oído a los sonidos del bosque y al no escuchar nada sospechoso continuaban con su trabajo. No lo hacían en vano: los osos, recién salidos de su sueño invernal, eran muy peligrosos y un encuentro con ellos no presagiaba nada bueno.

- ¿Acaso no es deber de los hombres defendernos?  
-preguntó Eila.

-Claro, es cierto. Pero nuestros hombres con frecuencia se alejan de casa por mucho tiempo -diciendo esto, Luma retiró del abedul el tazón lleno de jugo y colocó otro.

Frunciendo el ceño, Eila se quedó pensativa sobre las palabras de su madre, cosa que nunca hacía antes, pues confiaba completamente en su sabiduría reconocida por todos los Hijos de la Osa. Cuando la vieja Gara cayó en un sueño sin retorno, partiendo al País del Sol Poniente, Luma fue elegida Madre de la tribu. Su poder incondicional fue reconocido por todos a pesar de que en la tribu había mujeres mayores que Luma. Sin embargo, esta vez Eila quedó pensativa. ¿Por qué solo los hombres pueden salir lejos del campamento, mientras que las mujeres tienen que pasar toda su vida en el hogar? «Eres hija de cazador, cuando crezcas, serás mujer y madre de cazador» -con frecuencia repetía su madre. ¿Acaso las mujeres no tienen otro camino en la vida? ¡Sería maravilloso saber qué hay tras los límites del bosque natal!

Tratando de alejar estos pensamientos inútiles, Eila sacudió la cabeza. Sus largos cabellos llegaban casi hasta las rodillas y no eran rubios como los de Luma ni rojizos como los de Gauk, sino de un color intermedio: oro brillante y saturado, como los rayos del sol, cuando atraviesan la espesura del bosque. Sus ojos reflejaban la claridad del cielo, el azul profundo de las violetas y un poco del verde aterciopelado del musgo. A pesar de que Eila aún no tenía los quince inviernos cumplidos y, según las costumbres de la tribu, no podía encender su fogata familiar, su cuerpo ya tenía las formas de una mujer madura: unos pechos bastante desarrollados, una cintura flexible, unas caderas anchas y bastante fuertes para darle a la tribu suficientes hijos.

Junto a Eila daba vueltas su hermana menor -Uba, una niña de siete años, enflaquecida por el largo invierno, pero rápida y ágil como un armiño, blanca y pecosa, igual que su padre Neil.

Después de aquel desdichado y hambriento invierno, Neil había madurado notablemente y con mucha seriedad cumplía su juramento. Los mejores pedazos de sus presas eran para Luma y cuando Zorg creció, le enseñó el uso de las armas y todos los secretos de la caza. Gracias a sus relatos, Eila y Zorg conocieron a Gauk como el mejor cazador que fue, pero para los niños era un bondadoso espíritu protector más que una persona real. El verdadero padre para los dos era Neil.

Luma también cumplía con su promesa y Neil siempre era bien recibido en su cueva; en aquel tiempo aún vivía la vieja Gara que cada vez aprobaba más aquel joven callado y bueno, repitiendo a Luma que necesitaba un marido y sus hijos, un padre.

Aunque una viuda tiene derecho a encender su nueva fogata familiar un año después de la muerte de su esposo, Luma no se apresuraba a hacerlo y aparentaba no notar las tristes y largas miradas de Neil. El joven esperaba con paciencia, no prestaba atención a las muchachas de su edad y con firmeza eludía sus fogatas familiares. Finalmente Luma cedió a la fidelidad de Neil y lo anunció ante toda la tribu como su nuevo esposo.

Un año después al mundo llegó Uba y al siguiente año Neil esperaba que su mujer le regalara un hijo varón, pero en invierno, bajando por agua al río, por una ladera resbalosa, Luma tropezó y cayó, lo que provocó el nacimiento del niño tres meses antes, pero no respiraba. Desde entonces Luma no pudo tener más hijos, pero Neil nunca expresó malestar por aquello y con frecuencia repetía que la traviesa Uba valía por diez y hacía mucho consideraba a Zorg y Eila como sus propios hijos.

En estos años Luma había envejecido un poco; alrededor de sus ojos azules se notaban unas leves arrugas y dos surcos profundos se formaron junto a su boca, sin embargo, su rostro no había perdido su belleza de antaño. Eila nunca había visto a su madre llorar, reír o enfurecerse, pero en el fondo presentía que bajo esta tranquilidad eterna se escondían una profunda tristeza y un dolor que no podía aliviar ni siquiera el tiempo.

Junto con Luma y sus hijas trabajaban Arva y Malga. Aunque Arva no se casó y no tuvo más hijos, los años la cambiaron mucho más que a Luma y las demás mujeres de su edad: sus cabellos se tornaron canosos, los ojos perdieron brillo y parecían intranquilos, la piel adquirió un enfermizo matiz amarillento y, cuando cortaba la corteza de abedul, se notaba el temblor de sus delgadas manos con las venas hinchadas.

Su única hija ya sobrepasaba a la madre en estatura y se había convertido en una de las jóvenes más hermosas de la tribu, pero en la belleza de Malga se notaba algo foráneo. Sus cabellos eran más oscuros que de los demás Hijos de la Osa -de un color castaño, con reflejos rojizos, su piel, ligeramente morena y sus ojos almendrados con un cierto tono amarillento parecían aquellas piedras de lejanos mares nórdicos que los Osos a veces intercambiaban con otras tribus del bosque.

...Todos los tazones estaban llenos. Las mujeres vaciaron el jugo en dos grandes adres que a su vez amarraron a dos palos largos y volvieron a los abedules: el tiempo de recolección era corto y tenían que lograr recorrer la mayor cantidad de árboles.

-Hay que llevar el jugo al campamento. ¡Qué lo hagan las más rápidas! -ordenó Luma- ¡Eila, Malga, Nima, Bina a correr! Las

cuatro muchachas levantaron sobre sus hombros los palos con la carga. Los sacos eran pesados, por eso los cargaban entre dos.

- ¡Y no piensen en demorarse, las necesito aquí! -les gritó Luma.

Aquel tramo en bajada del camino las chicas lo recorrieron rápido, como corzos jóvenes, pero al llegar a la espesura donde aún había nieve, sintieron el cansancio. La rolliza y sonrojada Nima, que sudaba más que sus amigas, suspiró:

- ¡Descansemos! ¡Aunque sea un ratito!

-Luma se enojará si nos tardamos -se opuso Bina, de apariencia frágil, grandes ojos grises y prematura forma de pensar.

-Descansemos en el arroyo -propuso Eila-. Exactamente a mitad del camino.

El arroyo ya se había descongelado y murmuraba alegremente, como invitando a las muchachas a descansar en su orilla.

Después de calmar su sed, las amigas se sentaron sobre un tronco caído.

La primera en hablar, como siempre, fue Nima:

- ¡Ojalá que el calor llegue pronto y los árboles se tornen frondosos! Entonces toda la tribu se dirigirá a la Tierra de los Mil

Lagos y estará muy cerca el día en que encendemos nuestras fogatas familiares... ¡Ah, ojalá sea rápido!

-Sí, en la Tierra de los Mil Lagos nos reuniremos con otras tribus del bosque y la vida será más alegre -dijo Bina-. Y la Tribu del Lince, como siempre, llegará primera...

- ¡Si vieran el vestido que me estoy haciendo para el día de la Fogata Familiar! De pieles de zorros plateados y bordado con figurillas de hueso. El otoño pasado, cuando nos despedíamos, Targ me regaló varios animalitos y aves de hueso y ahora para él será agradable saber que no lo he olvidado. Targ hace todo lo que yo le digo.

Si le ordeno luchar a mano limpia contra un oso, él lo hará -se jactó Nima. Su atractivo rostro enmarcado en abundantes rizos rubios se ruborizó.

- ¿Para qué quieres un marido tan tonto? -se rió Bina.

- ¡Mira que no! Targ no es nada tonto. Tu Sink es mucho más estúpido, lo único que sabe es vociferar sus canciones y tocar el tambor.

Targ y Sink eran jóvenes de la Tribu del Lince con los cuales Nima y Bina se conocieron el verano pasado y ahora contaban los días que quedaban hasta su próximo encuentro. Eila y Malga callaban como si la futura celebración no les interesara. Malga pensativa observaba su reflejo en el agua, mientras que Eila como presintiendo un peligro rápidamente se puso en pie:

-Tss... ¿Escuchan? ¡En los matorrales en la otra orilla! Nima y Bina callaron. De los matorrales que tocaban el arroyo se escuchaba un fuerte ronquido.

- ¿Será un oso? -preguntó Nima asustada.

Al mismo tiempo las cuatro jóvenes se escondieron tras el tronco. Se escuchó un crujido de ramas, un mugido sordo que se tornó en un fuerte estertor y sobre el agua se deslizó la sombra de un enorme uro. La sangre corría a chorros por sus costados; en un último esfuerzo el animal llegó hasta el agua, se inclinó para beber y quedó quieto, como una montaña de piedras coronada por dos temibles cuernos.

Las muchachas seguían con lástima los sufrimientos del gigante y solo al convencerse que la bestia ya no se movía salieron de su escondite.

- ¡Uf, qué susto! -suspiró Nima.

Eila recogió una piedra y la tiró al uro. La bestia no reaccionó.

-Está muerto -dijo Eila con seguridad.

- ¿Y si no? -dudó Bina.

Sin responder Eila se puso en pie, atravesó el arroyo pisando las resbalosas piedras y superando el miedo que le hacía temblar las rodillas se acercó a la inmóvil bestia. Alargando su mano, la muchacha rozó la ensangrentada piel y volviéndose gritó a sus amigas:

- ¡Acérquense, no teman!

Las jóvenes observaban el animal muerto con curiosidad. Los uros eran una presa deseada pero muy rara para los Hijos de la Osa, pues su fuerza y ferocidad los hacían casi imposibles de cazar.

- ¡Miren, chicas, qué enorme! -con asombro exclamó Bina.

- ¿Quién lo habrá matado? -Malga fue la primera en pronunciar esta pregunta que interesaba a todas.

-Seguramente nuestros cazadores. Posiblemente ellos están siguiendo sus huellas y pronto estarán aquí -supuso Nima.

- ¡No, miren! -Eila arrancó del costado del animal una de las flechas-. Observen su punta. Nuestros hombres no usan flechas como esta.

Aquella punta en forma de una hoja afilada no estaba hecha de sílex ni de hueso sino de un material desconocido para los Osos -negro, transparente, con hermosas vetas multicolores.

- ¡Hielo, solo que negro y no se derrite! ¡Qué bien sería coserlo al vestido! -exclamó Nima, agarrando la punta pero gritó de dolor al instante. Aquella punta era mucho más afilada que la de sílex o del hueso e hirió la mano de la joven.

-Miren, aquí hay un cuchillo de la misma piedra -dijo Malga rodeando el animal por el otro lado - ¿Y si fueron los esteparios que

lo mataron? -Los esteparios no se atreven a meterse tan lejos en el bosque -movió la cabeza Eila-. Además, ellos no tienen estas piedras. No, estos cazadores son de alguna otra tribu, pero ¿de dónde salieron?

-Alguien viene -se puso en guardia Malga.

- ¿Serán los hombres que mataron el uro? ¡Escondámonos!  
-propuso la cuidadosa Bina.

- ¿Para qué escondernos de los nuestros? -se indignó Eila  
-Miren, son Neil y nuestros muchachos.

- ¡Oh, traen a alguien en la camilla! ¿Acaso alguno de los nuestros está herido o muerto? -se asustó Nima.

-No, hoy a cazar salieron siete hombres y ahora vienen los mismos siete -la tranquilizó Eila-. Pero entonces ¿quién yace en la camilla? ¡Hey, estamos aquí!

Los hombres ya habían notado el grupo de las muchachas junto al uro y se encaminaron hacia ellas. Delante de todos iba Neil quien durante muchos años era reconocido como el mejor cazador de la tribu. Su severo rostro, enmarcado por una espesa barba rubia, irradiaba tranquilidad y solo las densas pecas recordaban a aquel muchacho flaco y desgarbado que muchos años atrás había jurado cuidar de Luma y de sus hijos. Desde entonces Neil muchas veces había luchado contra fieras peligrosas y ya no retrocedía ante ellas; su poder sobre los demás cazadores era inquebrantable.

Zorg, quien siempre se esforzaba por tomar ejemplo de su padre adoptivo, caminaba tras él. En estos años creció, se hizo ancho de hombros y ganó la fama de ser el más capaz de los cazadores jóvenes. Alto, esbelto, de grandes ojos azules y de cabellera dorada, Zorg atraía las encantadas miradas de muchas jóvenes, pero el hijo de Luma era demasiado serio y pensativo para su edad, como para prestar atención a alguna de ellas.

Acercándose al cuerpo del uro, Neil quedó algo perturbado y posó su mirada en la camilla que cargaban los dos cazadores que cerraban el grupo.

-Ahora comprendo todo -pronunció Neil, acariciando su barba-. Nosotros recogimos al cazador y las muchachas, su presa.

-Hey, chicas, ¿con cuáles de sus encantos tumbaron el uro? -gritó Mak, el primer bromista de la tribu.

- ¡Cuánta carne! -con gusto exclamó Dirk, el hijo del chamán. La mirada del joven se deslizó por todo el cuerpo de la bestia y se detuvo en el largo y brillante cuchillo-. Pero ¡qué arma! Yo la vi primero, ahora es mía -Dirk con ansiedad se lanzó hacia el cuchillo, pero Neil decididamente lo golpeó en la mano: - ¿Acaso se puede apropiarse de un arma ajena si no la ganaste en un combate o en un intercambio?

-Pero el forastero igualmente morirá pronto -se justificó Dirk.

-Nadie sabe qué pasará mañana -cortó Neil y considerando la conversación terminada se volvió hacia las muchachas: -Que alguna de ustedes traiga al resto de las mujeres para que ayuden a

despresar el uro. Y a este -con un ligero movimiento de la cabeza el cazador señaló a la camilla -hay que llevarlo al campamento. Si no muere en el camino, la Madre de la Tribu y el chamán tendrán que resolver su destino.

Malga, Nima y Bina corrieron como una flecha. Eila quiso seguir a sus amigas pero se detuvo conmovida por la curiosidad.

- ¿Es un estepario? -preguntó acercándose a la camilla.

-No, hija -negó Neil-. Es de alguna otra tribu. ¡Mira tu misma!

Realmente, los cabellos del forastero eran de un color negro azulado, como las alas del cuervo, y la piel, tan oscura que en un comienzo Eila pensó que era una pintura hábilmente untada. La joven cara del desconocido a primera vista le pareció demasiado suave, casi femenina, con facciones finas y regulares. Los contornos de sus labios, su nariz aguileña y los pómulos ligeramente prominentes no reflejaban ni fuerza, ni dureza. Sin embargo, la solitaria caza del uro y la tenacidad con que este joven aguantaba el dolor eran de admirar. Su ropa hecha jirones hace tiempo no conocía la mano femenina; era evidente que durante varios meses él mismo había remendado los agujeros.

El muchacho se movió, sus inflamados labios temblaron, pronunciando algunas palabras en un idioma desconocido. Conmovida por la lástima, Eila sacó un poco de agua del arroyo y mojó los labios del herido. Sus pestañas largas y negras como el carbón temblaron y abrió los ojos -tan oscuros que parecían no tener pupilas.

- ¡Pero si es ciego! -exclamó Eila.

-No, un ciego no clavaría en el uro todas estas flechas -dijo Neil con sarcasmo-. Fueron buenos tiros, este forastero es valiente y ágil, pero muy impaciente.

Neil echó una mirada escudriñadora a los muchachos callados, los cuales escuchaban a su líder reteniendo la respiración.

-Antes de rematar al animal un cazador experto debe asegurarse que la presa está lo suficientemente agotada y este joven subestimó la fuerza de uro. Y algo más: si decidiste entrar en una lucha directa con la fiera, protégete el vientre, no lo descubras ante los colmillos y los cuernos. En cambio este muchacho se descuidó y ahora solo los espíritus saben si algún día se levantará. Eila, no le des más agua: el uro lo corneó en el vientre y aunque le paré la hemorragia no sé que tan profunda sea la herida. ¡Aprendan de los errores ajenos o de lo contrario los propios le pueden costar muy caro!

3

Alrededor de la fogata principal del campamento reinaba el silencio a pesar de la presencia de casi todos los miembros de la tribu. El sol desaparecía lentamente tras los árboles; poco a poco avanzaban las tinieblas. Sobre las pieles tendidas en la tierra se

sentaron las mujeres mayores, detrás de ellas los hombres adultos y fuera del círculo alumbrado los niños y los jóvenes. A estos últimos no les era permitido hablar en el consejo tribal pero nadie les podía prohibir estar presentes cuando se discutía un tema tan importante como el destino del misterioso forastero.

El silencio era tan profundo que se escuchaba incluso el zumbido de los zancudos; decenas de insectos volaban de la oscuridad al atractivo brillo del fuego. La luz de la fogata reflejaba el fino perfil de Luma y brillaba en sus ojos azules que ahora, en la semioscuridad, parecían negros. El rostro de la Madre de la Tribu se veía concentrado y sombrío como si estuviese premeditando algo muy importante. La pequeña y firme mano de Luma sostenía el cetro de hueso, cubierto con un tallado fino como la telaraña, donde se podían ver las figuras de aves y animales, entrelazadas con hojas y flores. Al cetro lo coronaba una cabeza de osa, que expresaba su ferocidad mostrando sus colmillos. En el centro, el tallado estaba desgastado por las manos de decenas de mujeres que en otros tiempos portaron ese cetro.

-Todos saben para que nos reunimos hoy en la Fogata del Consejo -comenzó Luma- Que la tribu resuelva qué hacer con el forastero que nuestros cazadores encontraron hoy en la orilla del pantano.

Primero, como lo exige la costumbre, el chamán debe pedir consejo a los espíritus.

El chamán se acercó a la fogata con un paso suave y silencioso que no había cambiado en tantos años. Envuelto en una piel de oso, escondía su cara tras una máscara de madera con unas fauces temibles. El chamán desplegó la piel y de pronto la fogata se llenó de una extraña luz verde. Casi instantáneamente salió una

espesa cortina de humo; todos los que estaban sentados cerca empezaron a estornudar y toser. Aullando y zapateando el chamán durante un buen rato giró alrededor de la fogata y finalmente se detuvo frente a Luma.

-La gran Madre Osa exhorta a su hija más amada, la sabia Luma y pide devolverle lo que por derecho le pertenece. ¿Acaso los Hijos de la Osa son tan ciegos que no ven la diferencia entre un hombre vivo y un espíritu perdido? ¿Acaso los vivos tienen los ojos y la piel de este color?

¡Claro que no! Por lo tanto, hay que ayudar al espíritu a regresar al País del Sol Poniente, ofrecerlo en sacrificio a la Madre Osa, ahogarlo en el mismo pantano de donde salió. ¿Es así o no?

Ni un solo músculo del rostro de Luma tembló, la mujer se veía fría e indiferente.

- ¿Quién está de acuerdo con el chamán? -se escuchó su tranquila y llana voz - ¡Hablen!

La muchedumbre se movió. Los adultos del círculo iluminado se animaron; en la oscuridad los jóvenes comenzaron a cuchichear.

-Chicas, en realidad él es extraño -dijo Nima- ¡Sus ojos son como dos abismos, la nariz como el pico de un gavián!

- ¡Y tú tienes la lengua como una serpiente -se arrastra por debajo de un tronco y muerde a todos! -la ofendió Mak quien se acercó a las muchachas a escondidas.

- ¡Uf, me asustaste! ¡Te acercaste como un lince! -gritó Nima.

- ¡Silencio, deben escuchar a los mayores! -les reprendió Bina.

El primero en levantarse fue Neil.

-Soy un simple cazador y no sé hablar como el chamán -empezó diciendo- Pero a quien encontramos hoy en el pantano no es ningún espíritu, sino un hombre común y corriente. Los espíritus no tienen cuerpo, ni pesan, en cambio este tiene en sus venas sangre como la nuestra, yo mismo se la detuve. Además, tiene peso como cualquier hombre, si lo dudan, pregunten a los muchachos que lo cargaron en la camilla.

Entre la muchedumbre se escuchó una leve risa. El mismo Neil ocultó una sonrisa, pero su rostro cobró seriedad inmediatamente:

-Un hombre verdadero no matará ni a su peor enemigo cuando este esté herido y yace inconsciente. Este joven no es ningún enemigo: nuestros enemigos son los esteparios y a leguas se ve que no es uno de ellos. ¿Quién sabe a qué tribu pertenezca y qué tan fuerte y poderosa sea? De pronto cobre venganza a los Osos por la muerte de su hijo.

«Neil tiene razón -pensó Eila al escuchar las palabras de su padre adoptivo-. Tenemos suficientes enemigos entre las tribus de la estepa, ¿para qué ganarnos nuevos? Neil no solo es hábil en caza, sino sabio, no en vano mi madre lo escogió como su marido».

-Además, -continuó Neil- no podemos ser tan ingratos. ¿Acaso hay en la tribu un solo hombre, mujer o niño que no haya probado la carne del uro? ¡Es todo!

Terminado su discurso, Neil se sentó sobre la piel y continuó tallando un cuerno de uro para fabricar un cuchillo. Al mejor cazador de la tribu no le gustaba estar ocioso, y sus manos siempre hacían algo.

-Es cierto, al forastero es mejor no tocarlo -apoyó a Neil su vecino, un cazador entrado en años, de barba canosa y larga-. Tal vez sea útil para los Osos.

- ¿Qué utilidad nos puede traer un extraño? -frunciendo el ceño, con rabia gritó Arva. Con fuerza apretó los puños, en su flaco cuello se hincharon las venas - ¡Nunca hemos visto nada bueno de los forasteros, solo maldad! ¡Para ellos existe un solo camino -el poste de sacrificios y después el pantano! Entre la multitud se escucharon algunas voces de aprobación, pero al instante desde la oscuridad una voz joven gritó con indignación:

-Madre, ¿acaso se puede ser tan mala? ¿Por qué odias tanto a todos los extraños?

Malga decididamente se separó de sus amigas y se acercó al centro del círculo. Se veía extremadamente pálida, sus cabellos castaños rojizos caían desordenadamente sobre los hombros y sus ojos ambarinos parecían dos carbones encendidos sacados de la fogata.

- ¡Esteparia, aquí mismo te arrancaré todos tus cabellos!  
-Arva se lanzó contra su hija, pero otras dos mujeres la agarraron por los codos.

Luma sin decir ni una palabra levantó su cetro y con decisión lo dirigió hacia donde estaba Malga. Bajando la cabeza, la joven se alejó lentamente hacia las cuevas casi invisibles en la oscuridad. La ley es la ley: Malga no tenía derecho a hablar en el consejo por lo cual fue expulsada.

Las mujeres tranquilizaron a duras penas la enfurecida Arva que gruñía como una gata salvaje y el cazador de la barba canosa de nuevo tomó la palabra:

-El provecho puede ser muy grande. Por ejemplo, este joven nos puede mostrar el lugar donde se encuentra el hielo negro. Si, por supuesto, sobrevive después de tal herida...

Los demás hombres y mujeres también se levantaban y hablaban. Unos defendían al forastero, otros exigían su inmediato sacrificio. Los jóvenes cuchicheaban en la oscuridad:

- ¿Acaso lo matarán? ¡Es una lástima!

- ¿Por qué tenerle lástima? De todas formas, morirá.

- ¿Para qué una boca más en la tribu?

-Parece ser un buen cazador y la tribu los necesita.

-Que primero se recupere y luego los adultos decidirán qué hacer con él.

- ¿Y si aparece toda su tribu? ¡Dirk, no me empujes! ¡Deja de entrometerte como un oso entre los árboles!

Eila no participaba en esta fuerte disputa y al sentir en su mano el roce de los fuertes dedos de alguien se estremeció. Los grandes y verdes ojos de Dirk la miraban fijamente en la oscuridad.

- ¿Cuándo te veré?

- ¿Acaso no me estás viendo ahora? -sonrió la muchacha.

-No aquí, sino... Tú entiendes.

-En nuestra cueva tenemos al forastero y yo tengo que ayudar a mi madre.

Dirk quiso recriminarle algo, pero en este momento Luma levantó su cetro de nuevo y todos callaron.

-Ahora nosotros no podemos matar al forastero -decididamente habló la Madre de la Tribu-. La Madre Osa se enojará con sus hijos si le ofrecemos en sacrificio a un muchacho casi muerto y, además, muy debilitado por el largo invierno. Nuestra progenitora no necesita tales guerreros. Además, todos sabemos que los grandes sacrificios se deben hacer en otoño para que el invierno sea suave y ahora estamos en primavera.

Comprendiendo que esta vez había perdido, el chamán se retiró del círculo silenciosamente y se perdió en la oscuridad.

-Por otro lado, -continuó Luma -no sabemos a qué tribu pertenece este joven. De pronto tras él llegarán a nuestro campamento otros guerreros con cuchillos y flechas de hielo negro y con ellos es mejor no pelear.

Eila absorbía cada palabra de su madre, admirando su sagacidad. La mano de Dirk continuaba sobre la muñeca de la muchacha y ella no se apresuraba a retirarla, como si no lo notara.

4

Las sensibles manos de Luma se deslizaron sobre el pecho del herido, luego con cuidado, tratando de no causarle más sufrimientos, palparon el abdomen.

Aunque la expresión de su rostro era impenetrable, Eila adivinó por unos signos imperceptibles que su madre estaba preocupada.

- ¿Está muy mal? -preguntó la muchacha.

- ¿Acaso puede estar bien alguien quien fue corneado por un uro? -con tristeza contestó Luma-. Menos mal que no fue pisoteado, de lo contrario el animal le hubiese partido todos los huesos. Echa más leña en la fogata, necesito buena luz.

Las llamas de la fogata alumbraban el rostro del forastero semicubierto por su negra cabellera y su cuerpo desnudo. Eila notó que el costado izquierdo del joven se había ennegrecido e inflamado y alrededor de la herida se formó un siniestro eritema.

- ¡Oh, Madre Osa! -gritó la joven.

Al sonido de su voz el forastero se estremeció y dirigió hacia Eila la enfermiza y alarmante mirada de sus extraños ojos.

Su impenetrable oscuridad recordaba los charcos negros del pantano, aparentemente tranquilos, pero al mismo tiempo asustaban por su profundidad sin fondo.

-Basta, yo he visto heridas aún peores. Tráeme el cuchillo de cuerno de uro, debe estar en la cabecera de Neil -ordenó Luma y, retirando la piel que cerraba la entrada a la cueva, llamó a gritos a su hija menor.

Uba, quien jugaba alegremente con el perro cazador preferido de su padre, dejó su diversión sin muchas ganas.

-Corre a la cueva del chamán y pídele polvo de matamoscas. ¡Vamos, rápido! -ordenó Luma. Mientras tanto Eila encontró el cuchillo que Neil había tallado de cuerno de uro y, sin esperar indicaciones de su madre, lo puso calentar en la fogata. Todos sabían que era mejor tocar la herida con el mismo objeto con que fue causada; solo entonces cicatrizaría rápido.

Pronto regresó Uba con un tazón de madera en cuyo fondo había un poquito de polvo grisáceo.

- ¿Por qué tan poco? ¿Seguramente perdiste la mitad por el camino? -preguntó Luma sospechosamente.

-No -Uba arrugó su nariz llena de pecas-El chamán no me dio más. Dijo que mucho polvo es dañino.

- ¡Igual de avaro, como siempre! -refunfuñó Luma-. Bueno, esto es mejor que nada. Es todo, vete.

- ¿Puedo mirar? -se obstinaba la niña-. A Eila tú le muestras todo, en cambio a mí siempre me corres.

-Cuando crezcas, te enseñaré todo. ¡Ahora vete a jugar!

Al sacar a Uba de la cueva, Luma volvió a la fogata. Mientras tanto Eila ya había calentado el cuchillo, hervido el agua y sacado el cofre hecho de corteza de abedul donde se conservaba polvo de hojas de alheña, vendas limpias de la corteza de sauce, yemas secas

de abedul, corteza de mundillo, bilis de oso, corazoncillo mezclado con tocino de jabalí y otros remedios, regalos del generoso bosque.

Luma disolvió el polvo de matamoscas con un poco de agua, revolviéndolo con cuidado, y obligó al forastero a tomarse la mezcla. El muchacho arrugó la cara, pero bebía dócilmente, como si comprendiera que este remedio de sabor poco agradable lo liberaría de sus sufrimientos.

Eila alcanzó el cuchillo a su madre. Luma rozó con el filo aún rojo el vientre del joven; el forastero no gritó ni se movió. El somnífero había actuado, llevando temporalmente el alma al País del Sol Poniente y haciendo el cuerpo insensible al dolor.

-Tú causaste esta herida -tú tendrás que curarla -susurró Luma, dirigiéndose al cuchillo-.

De lo contrario te tiraré al pantano y ya no podrás servir ni al animal, ni al hombre.

Con estas palabras Luma cortó la piel enrojecida alrededor de la herida. Del corte brotó en gran cantidad una sangre negra, purulenta y maloliente.

-Mamá, ¿él no morirá al perder tanta sangre? -con voz temblorosa preguntó Eila.

-Es sangre envenenada -Luma hacía más y más cortes, esforzándose por cortar todos los tejidos dañados y evacuar todo el pus que se había acumulado bajo la piel-. Si no le damos salida, se derramará por dentro, se dispersará por todo el cuerpo y el forastero morirá envenenado. Prepara cataplasmas de corazoncillo y que sean bastantes.

Cuando Luma comenzó a lavar las heridas, los párpados del joven se movieron y sus dedos con temblor se crisparon. Emitió un ligero gemido y pronunció con una voz apagada: -Madre, madre mía...

Esta palabra que se pronuncia igual en todos los idiomas, causó un dolor agudo en el corazón de Eila, pues la muchacha se preguntaba: «¿Dónde estarán tu madre y tu padre? ¿Por qué ellos no te enseñaron que solo un loco se lanza solo a la pelea contra un uro? ¿Cómo te dejaron partir solo a las tierras desconocidas?»

-Algún día los espíritus castigarán al chamán por su avaricia -e indignaba Luma mientras continuaba limpiando las heridas - ¡Ahorrar polvo para un herido! Aunque sea el forastero, pero también siente dolor. Tranquilo, joven, aguanta un poco más, pronto terminaré. Que bien que soporta el dolor con firmeza, pues algunos hombres mayores y más fuertes rugen como alces y hay que amarrarlos.

Aunque el muchacho no entendía nada de lo que le decía Luma, sus palabras lo tranquilizaron, ya no se quejaba ni temblaba, solamente mordía sus labios, sorprendiendo a las dos mujeres por su valentía silenciosa. Al terminar su trabajo, Luma se apartó y se lavó las manos, mientras que Eila, acercándose al forastero, comenzó a colocar sobre su vientre las cataplasmas de corazoncillo. Los negros ojos del joven que parecían aún más oscuros por sus espesas pestañas seguían todos los movimientos de la muchacha. Su extraña mirada encantaba y asustaba al mismo tiempo; Eila no podía liberarse de la sensación de ser absorbida por el negro charco del pantano.

-Ahora solo podemos esperar -dijo Luma, observando con aprobación como su hija colocaba las vendas con agilidad y rapidez -Él puede salvarse o puede morir, todo está en poder de la Madre Osa. Algunos hombres tienen el don de vencer la muerte, otros no y ¿cuál es la razón? -nadie lo sabe.

- ¿Y no podemos ayudarle en algo más? -preguntó Eila.

-Podemos si le cambiamos con frecuencia las compresas. Estaría bien darle de beber jugo de bayas, pero ¿dónde lo encontremos en primavera? Solo si alguien fuera al pantano y buscara la kliukwa que sobrevivió al invierno... -la voz de Luma sonaba seria, como siempre, pero en sus ojos brillaron dos chispas astutas-. Mañana al amanecer irás al pantano junto con Malga, pues por causa del forastero ya no quieres salir de la cueva. Mira que Dirk puede enojarse...

- ¿Y qué tiene que ver Dirk con todo esto? -replicó Eila con indiferencia fingida.

-Y en verdad, ¿qué tiene que ver el hijo de chamán? -con el mismo tono frío contestó Luma-. Entonces, no entiendo ¿por qué te sonrojaste como una kliukwa?

Eila sentía como ardían sus mejillas, pero no podía entender la causa: por su próximo encuentro con Dirk o porque el forastero de nuevo fijaba en ella su misteriosa mirada.

Al siguiente día Eila y Malga se levantaron al amanecer y empezaron a arreglarse como si fueran a una fiesta y no al bosque. En lugar de los vestidos cotidianos de tosca gamuza las muchachas se pusieron las finas ropas de fibras de sauce y complementaron su atavío con unos hermosos collares y pulseras.

Las mujeres adultas también se levantaron. Arva preparaba el desayuno para todos, colocando pedazos de carne sobre las piedras calientes. Luma se inclinó sobre el forastero dormido, secó su frente sudada y seguidamente cambió los vendajes sobre sus heridas. Neil todavía dormía envuelto en pieles -en el campamento aún quedaban reservas de carne fresca, por lo que los cazadores se permitían el lujo de dormir hasta tarde-. Zorg nunca pasaba la noche en la vivienda de su madre.

Según las costumbres de la tribu, los muchachos al cumplir los doce años eran separados de sus familias y enviados a vivir a una cueva común bajo la vigilancia de uno de los cazadores veteranos; vivían de esta manera hasta cumplir la mayoría de edad y formar su propia familia.

Uba parecía dormida, pero al sentir el olor de carne asada que llenaba todo el recinto, su rubia cabeza se asomó de debajo de la piel:

-Uf, ¿ya amaneció? Eila, ¿adónde vas? ¿Al pantano? ¡Yo voy contigo!

Levantándose de un salto, Uba corrió hacia la fogata, donde se freía la carne, rápidamente agarró un pedazo, quemándose la mano.

-Espera un momento que se enfríe -le reprochó Luma.

-No importa, estoy acostumbrada -contestó Uba con la boca llena-. Mamá, ¿puedo ir al pantano?

-Primero termina de masticar y después pregunta. Bueno, ve, pero obedece a Eila como a mí.

Arva colocaba sobre las piedras nuevas porciones de carne. Durante toda la mañana no miró a su hija, pues aún seguía enojada por lo sucedido la noche anterior en la Fogata del Consejo.

... La mañana era fresca y nebulosa. Un frío ligero se metía bajo la ropa.

- ¡Vamos corriendo! -sacudió Uba a su hermana-. Así nos calentamos más rápido.

- ¡Ratoncita, si no quieres que te envíe de vuelta a casa, cállate! -le amenazó Eila.

- ¡Silencio, chicas! Ellos nos pueden escuchar -susurró Malga cautelosamente.

Las muchachas pasaban frente a la cueva de los cazadores jóvenes, quienes a esta hora preparaban su desayuno a la salida de su vivienda y, al ver a las chicas, todos al mismo tiempo voltearon a mirarlas.

Se escuchó un silbido de admiración, pero Eila y Malga pasaron frente a los muchachos con una expresión pétrea en sus rostros. Uba, imitando en todo a su hermana mayor, hizo lo mismo.

- ¿Acaso nunca han visto a nuestras chicas? -preguntó Zorg, mientras apartaba con un largo palo los carbones apagados, limpiando de tal forma las piedras calientes. De todos los jóvenes él era el único que no prestaba ninguna atención a las muchachas-. Mejor cuiden la carne para que no se quemé como la vez pasada.

Dirk escogió un pedazo de carne bastante grande medio crudo, lo agarró de un extremo con sus dientes y del otro, con la mano, hábilmente lo cortó con su cuchillo de piedra y al instante lo tragó junto con las cenizas adheridas.

- ¿Qué haces? -preguntó Zorg con asombro - ¡Está cruda!

- ¡Así me gusta más, bien jugosa! -gruñó Dirk, trabajando enérgicamente con sus fuertes quijadas.

-Yo antes no lo había notado -se burló Zorg- ¡Cuidado, no te atragantes!

Sin prestar la menor atención a la burla de su compañero, Dirk corrió como un rayo a la cueva y al instante volvió con una pequeña hacha que pendía de su cinto y luciendo sobre sus hombros su mejor capa de lince.

-Se nos acaba la leña. Voy a cortar más -dijo el joven, notando las sorprendidas miradas de sus compañeros. En respuesta a su ingenuo pretexto se escuchó una explosión de carcajadas.

... La neblina sobre el pantano se dispersaba. Los dorados rayos del sol alumbraban las copas de los esparcidos pinos. De lejos el pantano parecía un tapete suave y verde, por el que sería agradable caminar, pero tal tranquilidad era engañosa, pues aquí y allá había charcos fangosos que absorbían con rapidez una persona o un animal grande que por descuido cayera en ellos. Pero las muchachas e incluso la pequeña Uba conocían muy bien estos lugares y los evitaban hábilmente.

En el pantano había muy poca kliukwa, ya que el otoño pasado las Hijas de la Osa hicieron bien su trabajo y recogieron casi todas las bayas. El fondo del gran cesto aún era visible, cuando Eila descubrió tras los arbustos la capa de lince y la rojiza melena de Dirk. Comprendiendo la situación, Malga guiñó el ojo a su amiga y Eila caminó lentamente al otro lado del pantano.

Dirk se apresuraba, su silueta se veía en medio de los pinos, en cambio Eila caminaba con lentitud como queriendo fastidiar al joven. Pasaron el pantano; el bosque se hacía más espeso. Pronto la muchacha llegó a la orilla del río, donde siempre se encontraba con Dirk, quien ya la esperaba entretenido mirando los témpanos de hielo que aún bajaban por el río.

La tierra aún era fría y húmeda, por lo que Dirk buscó un lugar más o menos seco donde extendió su capa; los dos se sentaron. Todo era como siempre, pero por alguna razón Eila no podía liberarse de esa extraña sensación de incomodidad y callaba todo el tiempo.

- ¿Por qué no habías salido en tanto tiempo? -preguntó el muchacho - ¿Acaso te he ofendido en algo?

-Tú sabes, yo debo ayudar a mi madre.

- ¿A cuidar al forastero? ¿Y la kliukwa también la recoges para él? ¡Lástima que mi padre no convenció a la tribu de sacrificarlo!

Eila levantó la cabeza y sorprendida miró a Dirk como si lo viera por primera vez. Era igual de rechoncho y pequeño como su padre, pero sus anchos hombros, brazos musculosos y pecho prominente hablaban de su gran fuerza. Sus cabellos rojizos de lejos parecían un peludo gorro de zorro y flameaban como una fogata, ya que Mak incluso bromeaba diciendo que Dirk si lo quisiera podría f reír carne en su cabeza. Sus facciones -la nariz ancha, labios gruesos, pómulos abultados y quijadas macizas- causaban la impresión de una fuerza ruda y terca.

-Dirk, ¿por qué odias tanto al forastero? ¿Solo por qué no te pudiste quedar con su cuchillo de hielo negro? -preguntó Eila.

- ¡No me importa el cuchillo! Algún día partiremos con Zorg a la guerra y traeremos para la tribu cientos de cuchillos como ese -Dirk alzó su brazo animadamente-. Lo que pasa es que este extraño me está robando tu presencia, eso es todo. No puedo entender, ¿en qué es mejor que yo? ¡Flaco, huesudo y la piel como si hubiese estado una semana ahumándola sobre el fuego!

- ¡Dirk! -se indignó Eila-. Este infeliz no puede mover ni un dedo y tú te imaginas no sé qué cosa.

-El invierno pasado, cuando me atacó un lince, tú no te preocupabas tanto por mí.

- ¡Pero si fue un simple rasguño!

- ¿Simple rasguño? ¡Aún tengo las cicatrices en mi espalda!  
-Dirk intentó tomar a la muchacha de la mano, pero ella se apartó con enojo- ¡Bueno, no te enfades! Mejor dime, ¿encenderás este verano tu fogata familiar?

-Pero si aún no he cumplido quince inviernos -respondió Eila secamente.

-Si lo deseas, mi padre pedirá a tu madre para que te permita escoger tu marido este año -Dirk por fin se apoderó de la mano de Eila y con fuerza apretó sus dedos endurecidos por el trabajo diario.

-Si tienes tanto deseo de casarte, puedes no esperar hasta el próximo año. Sabes bien que este verano encenderán sus fogatas muchas chicas hermosas...

-Ya te dije: ¡solo tú! No necesito a nadie más.

- ¿Y por qué? -sonrió Eila.

-Algún día seré chamán y la esposa de un chamán debe ser la más bella y sabia entre todas las mujeres de la tribu.

Una ráfaga de viento levantó los largos cabellos de Eila y los llevó hasta la cara de Dirk, cubriéndola con una cortina dorada. El joven no se movía, disfrutando de este momento, pero Eila se sentía igual de fría como los témpanos que flotaban por el río. No comprendía el incontenible deseo de Dirk de acariciar cada rato sus manos o cabellos. ¿Por qué incluso ahora, cuando sus manos se

juntaban y su cabeza se apoyaba sobre el fuerte hombro de Dirk, ella no sentía aquel dulce temblor del cual hablaba tanto la fogosa Nima y susurraba al sonrojarse la tímida Bina? «¿Será que no soy como las demás? -pensó Eila- ¿Por qué no siento nada y no ardo en deseos de acelerar los acontecimientos? ¿Qué cambiará si enciendo mi fogata un año antes? Dirk será un buen marido, yo le daré hijos igual de pelirrojos, él les enseñará a cazar y así será año tras año...» Todas las mujeres quieren lo mismo de la vida, pero Eila no podía pensar en esto sin dejar de sentir angustia y tristeza.

- ¿Estás de acuerdo? -preguntó Dirk y pasó su mano valientemente alrededor de la cintura de la joven.

-No iremos contra las costumbres de la tribu. Todo a su tiempo -le respondió Eila, apartando la mano de Dirk suavemente, pero con decisión-. Si quieres ser mi marido, entonces espera, pero si te da lo mismo con quien casarse...

- ¡Solo contigo! En cambio tú pareces apurada otra vez por ver a aquel ahumado... -con aire sombrío la recriminó Dirk y para esconder su angustiada mirada se puso a examinar con atención exagerada sus botas de piel de reno.

- ¡Dirk! -en un tono más suave exclamó Eila y pasó sus manos cariñosamente por la cabellera del joven- ¿Por qué te enojas? Cuando estamos juntos, yo ni me acuerdo del forastero, en cambio tú todo el tiempo hablas de él.

-Está bien, no lo haré más -prometió Dirk, acercando la mano de la muchacha a su mejilla- ¿Por qué te levantaste? ¿Ya te vas?

-Hay que apresurarnos. Todos en el campamento se burlarán si tú apareces sin leña y yo sin kliukwa.

Dirk acompañó con su mirada la silueta de la muchacha que se alejaba hacia el pantano y solo cuando desapareció, recogió su capa y se sumergió en el bosque.

... Uba gateaba alrededor del cesto buscando la kliukwa entre el musgo. Al ver a su hermana mayor frunció el ceño, refunfuñando: -De no ser por mí, no hubiésemos encontrado ni una sola baya. ¡Y tú aún me amenazaste de mandarme de vuelta a casa!

-Está bien, ratoncita, me arrepiento de mis palabras. ¿Y dónde está Malga? ¿Por qué no te ayuda?

Uba se encogió de hombros.

-Iré a buscar a Malga y tú no te muevas de aquí -ordenó Eila.

Malga estaba sentada bajo un pino y parecía sumida en sus pensamientos hasta el punto de no sentir cuando su amiga se acercó.

- ¿Qué te pasa? -preguntó Eila, sentándose a su lado- ¿Estás llorando?

Malga negó forzosamente con la cabeza, sus ojos brillaban pero estaban secos. Siempre fue una muchacha callada que no abría su alma a nadie. Tal vez por eso las demás jóvenes se apartaban e involuntariamente callaban, cuando ella se acercaba; al mismo tiempo su propia madre cada vez se preocupaba menos por ella y solo Luma de vez en cuando la compadecía en silencio.

Al ver a Malga tan triste, Eila sintió que su amiga necesitaba apoyo.

- ¿Por qué estás así? ¡Tú eres tan valiente! Mira que en la Fogata del Consejo nadie de nosotros se atrevió abrir la boca, en cambio tú defendiste al forastero...

-Y desde entonces mi madre no me dirige la palabra -concluyó Malga tristemente- A veces el odio de mi madre hacia los esteparios es insoportable, pero nadie la detiene. Dime, Eila, francamente: ¿tú también odias a los esteparios?

Eila titubeó. No, en su corazón no existía un verdadero odio hacia nadie, incluso hacia los eternos enemigos de los Hijos de la Osa. En toda su vida había visto solo unos cuantos esteparios, prisioneros capturados en las batallas. En los sacrificios en honor de la Madre Osa los amarraban al poste sagrado, los remataban a flechazos y después tiraban los cadáveres al pantano, rogando a los espíritus por una buena cacería. No se puede decir que a Eila le gustaban mucho aquellos ritos sangrientos, pero tampoco sentía lástima por los prisioneros. No, ella no odiaba a los esteparios, solo sentía hacia ellos una mezcla de indiferencia y curiosidad ociosa.

Quiso explicar lo que pensaba al respecto, pero Malga la interrumpió con impaciencia: -Significa que si la tribu mata a los forasteros, ¿no hay nada malo en eso? Para ti los esteparios son enemigos, pero para mí... Cada vez que veo a un prisionero morir, me parece que puede ser mi padre o hermano. ¿Cómo puedo estar tranquila al ver todo esto?

-Mi madre me contó que hace mucho tiempo todas las tribus del bosque también guerreaban entre sí -pronunció Eila pensativamente-. Los Osos mataban a los Lince, los Lince se esforzaban por desterrar a los Alces, estos últimos odiaban a los Jabalíes y todos querían dominar la Tierra de los Mil Lagos. Los bosques estaban rojos de tanta sangre...

Finalmente en todas las tribus quedaban tan pocos hombres que las sabias mujeres en un intento por salvar la vida de sus tribus se reunieron en la Fogata del Consejo. Desde entonces cada tribu tiene sus tierras y la Tierra de los Mil Lagos es de todos, pues en primavera y verano allí hay alimentos suficientes para toda la gente del bosque. Si nuestras tribus aprendieron a vivir en paz, algún día también habrá paz con los esteparios.

- ¡Algún día! -con tristeza sonrió Malga-. Y mientras tanto, ¿cuántos hombres morirán -y Osos, y esteparios? ¡Cuántas veces he preguntado a mi madre por mi padre, pero ella solo se enfada y dice que no quiere ni recordar ese monstruo! ¡Yo no le creo! Si yo fuera hombre, partiría a la estepa y buscaría a mi padre. Es tan duro, cuando no conoces a tu padre...

-Te entiendo -suspiró Eila-. Mi padre murió el día de mi nacimiento. Muchos no tenemos padre, no eres la única.

- ¡Pero es distinto! -exclamó Malga, golpeando con fuerza su rodilla-. A tu padre todos lo recuerdan, los adultos nos cuentan sobre sus hazañas. A los demás tampoco los olvidan, en cambio, yo... ¡Como si mi madre me hubiese recogido en el pantano, como kliukwa! Si algo me sale mal, me tilda de esteparia. ¿Acaso tengo la culpa de haber nacido con ojos rasgados y pómulos tan anchos? ¿Acaso soy culpable de ser tan fea?

Sin poder contener sus lágrimas, Malga se deshizo en llanto, ocultando su cara en las rodillas. Eila no creía en lo que veía ni en lo que oía. ¡Malga llora y se considera fea!

-Malga, ¿qué te pasa hoy? ¿Estás enferma? ¿Dices que no eres bonita? Basta con lo que sonrías a cualquier de nuestros chicos y de alegría él bailará tres días.

-Él ni siquiera me miró... ¡Y yo toda la mañana me arreglé para él, solo para él! -exclamó Malga entre lágrimas- ¿Y para qué? ¡Ya no necesito nada más!

Diciendo esto, Malga con rabia arrancó de sus cabellos un fino peine de hueso y con fuerza lo tiró entre los matorrales. Sus cabellos, como una pesada ola cayeron sobre sus hombros, cubrieron su frente y sus ojos lagrimosos.

-Pero, ¿quién es él? ¡Malga, no te encierres! Bien sabes que yo no soy Nima y no contaré tu secreto a nadie. Si quieres, hablaremos con mi hermano. Si alguien te ofende, Zorg le golpeará un par de veces su cabeza contra un tronco.

-Eres buena, Eila, y siempre estás dispuesta a ayudar, pero Zorg no va a golpear su propia cabeza contra un árbol.

-Así que es Zorg -masculló Eila entre dientes- ¡Pero ahora tendrá que oírme!

-No es necesario...

- ¿Y por qué? Malga, ¿por qué tú siempre callas? Los hombres a veces son tan tontos que hasta cuando no le muestres un

pedazo de carne, no entienden que están hambrientos... ¿Tú has hablado con él alguna vez al respecto? ¿Le has insinuado sobre la Fogata Familiar? ¿Por qué no lo molestas un poco? Provócale celos... Mira, ahora cuando partamos a la Tierra de los Mil Lagos, conócete con alguien de otra tribu. ¿Recuerdas, como el verano pasado Nima martirizó a Targ, aquel buen muchacho de la Tribu del Lince? ¡Me dio tanta lástima!

-Esto déjaselo a Nima o a Bina, yo no soy así -suspiró Malga-. En vano te he contado todo esto. Solo la Madre Osa sabe, qué pasará con nosotros, por eso es mejor mantenerse callada.

-Pero a veces nos sentimos tan mal que es necesario confiar nuestro dolor a alguna persona cercana -objetó Eila-.

Si algún día me siento tan mal como tú ahora, ¿podré contar contigo?

-Por supuesto -sonrió Malga, mientras secaba sus lágrimas-. Ahora ayudemos a Uba o volveremos a casa con el cesto vacío.

... A pesar de todos sus esfuerzos, los jóvenes no llenaron el cesto ni a la mitad y la leña que trajo Dirk resultó tan verde que solo producía humo y no se encendía. Al ver el cesto casi vacío, el humo denso frente a la morada de los jóvenes cazadores y los ojos enrojecidos de Malga, Luma solo se encogió de hombros y no hizo ningún comentario, ya que tenía asuntos más serios que atender. El joven forastero otra vez tenía fiebre y deliraba llamando a su madre.

Durante varios días el alma del forastero vacilaba entre el País del Sol Poniente y el mundo de los vivos. Su herida seguía infectándose, por lo que Luma le hacía nuevos cortes, y ahora el vientre del muchacho parecía una enorme herida. Su piel oscura adquirió un color térreo; el joven había adelgazado tanto que sus costillas sobresalían, pero igual no se rendía. Luchando por volver a la vida, se esforzaba por tomar el jugo de abedul y de kliukwa, apretando sus dientes, aguantaba las innumerables lavadas de su herida que diariamente le hacía Luma y finalmente venció a la muerte. Cuando la última nieve se derritió y un suave velo verde vistió los abedules, el forastero hizo el primer intento por levantarse y con un gesto pidió de comer. Pronto comenzó a caminar por la cueva, saliendo de vez en cuando a respirar aire fresco.

Observando al forastero, Eila no podía entender de dónde este joven sacaba sus fuerzas. Su cuerpo no se veía fuerte, pero parecía tener una fuente de vida sobrehumana que solo poseían muy pocos; a lo mejor, por sus venas corría alguna sangre especial que le permitía recuperarse de sus heridas con una rapidez increíble.

Sin saber cómo expresar su gratitud a Luma y sus parientes, el joven se esforzaba por realizar cualquier trabajo, sea raspar pieles, lavar tazones de madera, barrer la cueva o cortar la carne. De esta forma logró derretir incluso el frío corazón de Arva que no dejaba de refunfuñar porque en la cueva había una boca más. Los jóvenes cazadores se burlaban porque el forastero hacía trabajos femeninos y bromeaban, diciendo que en su tribu seguramente las mujeres cazan y guerrear y los hombres cuidan el hogar.

- ¡Basta de burlas! -defendía Neil al forastero-. Este muchacho es inteligente, deberían aprender de él. ¿Acaso puedes tomar las armas cuando tus músculos aún están debilitados por una larga enfermedad? Empieza por lo más fácil y después, por lo difícil.

Y así fue, el forastero recuperó sus fuerzas, dejó los oficios femeninos y se puso a revisar sus armas de caza, las cuales, gracias a la custodia de Neil, nadie se había atrevido a tocar. Fijando sus puntas de hielo negro a nuevas flechas y afilando su cuchillo, el forastero empezó a salir al bosque. Aún no se sentía suficientemente fuerte para partir a la caza mayor junto con los hijos de la Osa, por lo tanto cazaba solo, sin alejarse mucho del campamento y todas las tardes traía a Luma ortegas, urogallos o liebres.

Eila y Malga ardían en deseos de averiguar algo sobre el forastero y su tribu natal. El joven se explicaba animosamente con gestos y dibujos en la tierra. Fue así como las muchachas se enteraron que la patria del forastero se encontraba muy lejos al sur, mas allá de las estepas y las montañas.

- ¡Qué lejos! -exclamaron ambas.

La delgada y morena mano del joven dibujaba una multitud de gente, manadas de uros y otros animales desconocidos, construcciones de extraña forma, tal vez viviendas.

-Así pensé: que él procedía de un país muy lejano -dijo Eila-. Mira, Malga, ¡cuántos animales diferentes hay en sus tierras! Algunos ni siquiera los conocemos.

-Mira, este parece un lince, solo que con rayas y una larga cola -afirmó Malga, posando su dedo en el dibujo que le había interesado. - ¿Es grande?

Comprendiendo el sentido de la pregunta, el joven extendió sus brazos al máximo, mostró sus dientes y emitió un fuerte rugido.

- ¡Es una fiera peligrosa! ¿Y tú tribu la caza? -preguntó Eila y levantó la mano imitando un lanzamiento de venablo.

El forastero asintió con la cabeza y con unos gestos rápidos y expresivos mostró como los cazadores cercan la fiera, la matan y la despellejan. Sus movimientos bruscos e impetuosos no se parecían en nada a la seguridad sin prisa de los Hijos de la Osa.

- ¡Hey, ahumado, deja de presumir ante las chicas! -se escuchó la voz burlona de Dirk-. Demuestra tu valentía de otra forma. ¿Por qué no te atreves a salir con nosotros a la caza mayor, solo matas ortegas y urogallos?

Dirk y Zorg se habían acercado silenciosamente y se sentían satisfechos al haber asustado a las muchachas. Malga y Eila se estremecieron y el forastero miró a Dirk perplejamente con sus grandes ojos negros.

-Es fácil ser valiente ante las mujeres -se burló Dirk - ¿Qué dibujaste aquí? No existen lince rayados y los uros nunca se reúnen en manadas tan grandes. ¡Eres un mentiroso! ¿Y estos son tus paisanos? ¿Tienen la piel igual de ahumada como tú? ¡Qué horribles!

Probablemente el forastero no entendió ni una palabra, pero captando la burla, se encogió de hombros con desdén y se volteó de

espaldas a Dirk. Con enojo Dirk intentó borrar los dibujos, pero Eila con fuerza golpeó su mano y Malga pronunció despacio, como sin querer:

-Si no te parece interesante, vete de aquí y no nos molestes.

- ¡Defiendes con mucha frecuencia a este ahumado, esteparia! -se ofendió Dirk - ¿Tal vez lo hagas tu marido en la próxima fiesta de la Fogata Familiar? Y tú, Eila, no sueltes las manos, aún no soy tu marido. Zorg, ¡tranquiliza a tu hermana!

Pero Zorg no lo escuchaba, pues estudiaba atentamente el dibujo y no tenía el deseo de entrometerse en esta discusión. A Eila le asombró que los ojos de su hermano brillaran con tanto interés, pues generalmente su mirada era fría e impenetrable.

- ¿De dónde toman esto? -preguntó Zorg, señalando el cuchillo que colgaba del cinturón del forastero.

- ¡Ya te diré la verdad, espera, ja! -con un aire morbosito habló Dirk.

El forastero dibujó numerosos círculos a lo largo de la cadena montañosa.

- ¿En todos estos lugares hay hielo negro? -con desconfianza preguntó Zorg.

El forastero asintió con la cabeza.

- ¡Miente! ¡No le creas, Zorg! -repetía Dirk-. Si su tierra es tan grande y rica, ¿qué hace entre nosotros?

- ¿Cómo llegaste hasta acá? ¿Por qué estás solo? -preguntó Eila, mirando directamente a los ojos del forastero, pero el joven, sin entender nada, se limitó a sonreír y expresó su confusión, abriendo sus brazos.

Dirk rezongó con descontento y volteó la cabeza, mientras Zorg, inclinándose sobre el dibujo, no podía apartar de él su mirada.

...Pasaron los días y ya no solo en los abedules, sino también en los robles, encinas y tilos había brotado forraje verde; los claros del bosque se cubrieron de hierba joven y hermosas campanillas de lirios blancos. Llegó el momento de abandonar el campamento invernal y dirigirse al norte, a la Tierra de los Mil Lagos.

Al amanecer todo el campamento se puso en movimiento. Los hombres escogían sus mejores armas y utensilios y, llamando a los perros con un silbido, les enganchaban los tirantes donde llevaban la carga. Las mujeres empacaban en fardos la ropa, las vasijas de madera y la reserva de carne seca, mientras que los niños más pequeños con gritos alegres corrían de un lado para otro, felices por el viaje que harían.

El forastero participaba en las preparaciones para el viaje igual que todos, sin esperar órdenes de los Hijos de la Osa. Al comienzo quiso llevar en su espalda el mismo peso que cargaban todos los hombres, pero Luma, al examinar sus cicatrices, rechazó su gesto y le mostró un pequeño fardo de pieles ligeras.

Para aquel momento la ropa del forastero ya no le servía de nada, por lo que Luma le regaló una camisa y un pantalón que antes usaba Zorg, pero ahora le quedaban pequeños. Mucho más difícil fue encontrarle calzado, ya que ninguno de los Hijos de la Osa tenía los pies tan pequeños y ponerse unas botas femeninas sería una gran vergüenza para cualquier hombre. Pero el muchacho encontró una salida, envolviendo sus pies con pedazos de piel y, amarrándolos con tendones de reno, hizo algo parecido al calzado, tosco pero resistente para el viaje.

Los preparativos eran rápidos, y solo el chamán y su hijo seguían en su cueva. El chamán no permitía a nadie, fuera de Dirk, tocar sus cosas y, a diferencia de los cazadores y sus mujeres, sus pertenencias eran mucho más numerosas. No era fácil empacar todas las hierbas secas, semillas y polvos sin olvidar ni confundir nada.

Todos los demás esperaban pacientemente y solo cuando Dirk y su padre aparecieron en el umbral de su cueva, cargados de la cabeza a los pies, Luma dio la orden de partir.

El camino a la Tierra de los Mil Lagos era bien conocido por todos los Hijos de la Osa, incluso por los niños, pues todos los años la tribu lo recorría sin cambiar la ruta. La columna iba encabezada por los cazadores jóvenes, cuya tarea era observar con atención el camino y en caso de peligro dar una señal a los demás. Sin embargo, las tribus enemigas no se atrevían a penetrar tan lejos en el bosque y para las fieras en primavera había suficiente alimento, por lo que hasta los animales más peligrosos no tenían la necesidad de atacar a los hombres. Por eso los jóvenes observaban el camino a medias y con frecuencia bromeaban con el grupo de las muchachas que les seguían.

En el centro de la columna caminaban las mujeres con sus niños. Las madres cargaban a los más pequeños en brazos o a sus espaldas; los niños de más edad corrían en desorden de un lado para otro, cortando el paso a los adultos y solo las estrictas órdenes de sus madres los hacían regresar a su lugar. Cerraban el grupo los hombres que, a diferencia de los muchachos, nunca perdían la prudencia y siempre estaban listos a rechazar cualquier ataque.

La ágil Uba no deseaba quedar rezagada de su hermana mayor, avanzaba tercamente a la cabeza de la columna y con expresión de orgullo caminaba al lado de las muchachas mayores. Sin embargo, los jóvenes avanzaban más rápido que las cortas piernas de Uba y pronto la niña se cansó, por lo que Zorg, a pesar de sus chillidos, la levantó y la sentó sobre sus hombros.

- ¡Ya estoy grande! Puedo caminar sola -se indignó Uba y pellizcó la nariz de su hermano.

-Por supuesto, ya eres mayor -consintió Zorg-. Así que observa con atención y avísanos si ves algo extraño.

- ¡Uba, mira, una ardilla! -gritó Mak que caminaba detrás de Zorg.

- ¿Dónde, dónde? -la niña giró a los lados su rubia cabecita.

- ¡Te vio a ti y de miedo cayó del árbol!

Los cazadores y las muchachas se reventaron de risa y Mak, contento por el éxito de su broma, se dirigió a las jóvenes:

-Observen, chicas, son huellas de oso. En esta época anda buscando mujer. ¿Tal vez alguna de ustedes quiere casarse con nuestro antepasado?

Esta vez se carcajearon los cazadores, las muchachas se sonrojaron y solo Nima no se azoró:

-Casarse con un oso o contigo es la misma cosa: los dos son igual de zambos y desgrefñados.

No entiendo, ¿qué encontró en ti Irna, aquella chica de la Tribu del Alce que tanto ansías ver? ¡Cuidado, no te tropieces, osito zambo!

Las muchachas se rieron, los cazadores también sonrieron y solo Mak quien en realidad zambeaba un poco al caminar, se sonrojó como una frambuesa madura y trató de defenderse:

-Es mejor ser zambo que ahumado. A mí me espera Irna, pero con él nunca nadie se casará.

Todos al mismo tiempo dirigieron sus miradas hacia el forastero, quien caminaba al mismo ritmo de los demás jóvenes y aunque no entendía las bromas de Mak, sonreía contagiado de la alegría general. Sin embargo, sintió la burla hacia él, miró a todos con sus extraños ojos y algo tembló traicioneramente en su cara.

-Es fácil burlarse de quien no te puede responder -en voz baja, pero entendible pronunció Malga.

-A mí me parece que el forastero entiende más de lo que creemos -dijo Eila-. Así que mejor cállate, Mak.

-No me gusta que ustedes dos defienden mucho a este ahumado -con aire gruñón pronunció Dirk.

-Y tú siempre estás descontento, igual que el chamán -replicó Nima-. Mejor enseñémosle al forastero nuestro idioma para que pueda defenderse solo, sin la ayuda de Eila y Malga. ¡Mira, forastero, tierra, cielo!

- ¡Hierba! ¡Hojas! ¡Pino! ¡Abedul! ¡Piel! ¡Lanza!  
-solidariamente todos empezaron a mostrar y gritar el nombre de las cosas.

El forastero repetía para sí las palabras, sin decidirse a pronunciarlas en voz alta y a los jóvenes Osos le gustó tanto este nuevo juego que gritaban más y más palabras.

... En el camino las reservas de carne disminuían, por lo que algunos cazadores se separaban de la columna y organizaban una cacería, mientras que los demás con gritos, silbidos y golpes en los troncos asustaban a las fieras y aves, que tratando de escapar, caían directamente en las manos de los cazadores. La presa era abundante y los Hijos de la Osa dejaban vivas las hembras con sus crías, como lo exigía la ley de la cacería primaveral.

Acampaban donde los cogía la noche, encendían las fogatas, tendían las pieles y asaban la carne. El forastero siempre se sentaba al lado de Eila y Malga y después de la comida continuaban con las enseñanzas:

-Fuego, humo, carne... -repetían las muchachas y el joven atento escuchaba sus voces y, moviendo sus labios, repetía todo.

- ¿Tienes lengua o no? -perdiendo la paciencia, gritó Eila- ¿O eres mudo como un pez?

El muchacho negó enérgicamente con su cabeza.

- ¡Mira, me entendió! -con alegría exclamó Eila-. Malga, él ya entiende casi todo, pero ¿por qué no habla?

-Le seguiremos enseñando -sonrió Malga secamente-. Hay que tener paciencia.

Y le hubiesen enseñado hasta el amanecer, pero Luma los obligó a dormir. La Madre de la Tribu era rígida: la noche es la noche y le fue dada al hombre para dormir, para que en la mañana siguiente se levante fresco y lleno de fuerzas. Incluso los guardias se cambiaban cada dos horas, de esto se encargaba Neil.

Se levantaban y partían en la madrugada, apresurándose por llegar a la Tierra de los Mil Lagos antes de que empezara el período del desove de los peces. El camino llegó a su fin y cuando tras los árboles brilló la superficie plateada del gran lago, todos gritaron de alegría y se lanzaron en una desordenada carrera que no pudieron detener ni los viejos cazadores, ni el chamán, ni la misma Madre de la Tribu. ¡El objetivo final estaba cerca!

Al salir a la orilla del lago, Eila se detuvo y encantada miraba la Tierra de los Mil Lagos que se extendía ante sus ojos. La sorprendente belleza de esta tierra la embrujaba cada vez que veía los innumerables lagos grandes y pequeños unidos por un sin número de ríos y canales en un maravilloso collar azul; las rocosas

islas que se levantaban en medio del agua dispersadas aquí y allá por un enorme glaciar que reinaba aquí desde miles de años atrás, los majestuosos pinos que se levantaban como guardias severos de esta hermosa tierra; alegres y blancos abedules y sonoros arroyos.

Los primeros días de estancia en la Tierra de los Mil Lagos fueron para los Hijos de la Osa muy trajinados. Ante todo era necesario construir las viviendas de verano -cabañas sencillas con techo y paredes de ramas. Estas moradas se veían frágiles en comparación con las sólidas cuevas invernales, pero suficientemente seguras para dormir y defenderse de las lluvias.

Las demás tribus del bosque que arribaron a la Tierra de los Mil Lagos construyeron campamentos iguales. Es más, la Tribu del Castor nunca emigraba de estos lugares y en la estación fría simplemente trasladaba su campamento a uno de los lagos alejados bajo la protección de altos peñascos de granito. Sus vecinos -los Hijos del Lince -tampoco se alejaban de la región lacustre e invernanaban en los bosques cercanos por lo que en primavera eran los primeros en llegar a la Tierra de los Mil Lagos. No era lo mismo para los Hijos de la Osa y del Alce quienes tenían que emigrar al sur apenas comenzaba el otoño y a veces se atrevían incluso a penetrar en la estepa o la Tribu del Jabalí que avanzaba tan lejos al norte que alcanzaba las orillas del enorme lago salado y frío donde recogía pequeñas conchas y brillantes piedras solares altamente apreciadas entre todas las tribus del bosque. Altos, corpulentos, de cabellos y ojos claros, pacientes y parcos de hablar, todas las tribus del bosque eran muy parecidas. Hablaban dialectos semejantes, hace tiempo vivían en paz, invernanaban en sus tierras de caza, cuyos límites eran inviolables, y en primavera se encontraban en la Tierra de los Mil Lagos.

Al anochecer, cuando los Hijos de la Osa terminaron de construir sus cabañas, a su campamento se presentaron visitantes de las demás tribus para darles la bienvenida. Esta tradición se repetía cada año: los mayores se sentaban alrededor de la fogata y compartían las novedades del invierno pasado, mientras que los jóvenes se divertían a la orilla del lago. Los muchachos se jactaban de sus hazañas en las cacerías invernales y organizaban competiciones de lucha; los perdedores eran tomados de manos y pies y tirados al lago, acompañados de carcajadas. Mientras tanto las chicas escudriñaban una a otra sus nuevas ropas, intercambiaban adornos y chismes.

Las parejas separadas durante todo el invierno, buscaban lugares apartados. Mak con la cara ruborizada de alegría susurraba una de sus nuevas bromas en la pequeña y sonrosada oreja de la encantadora Irna de la Tribu del Alce. Nima hablaba algo rápido e incoherente bajo la encantada mirada de los pensativos ojos grises de Targ, un joven cazador de la Tribu del Lince. Este silencioso muchacho que rara vez sonreía escuchaba con atención el parloteo de su amiga, lo que no le impedía tallar una cuchara de madera cuyo mango terminada en una delicada cabeza de cisne. La Tribu del Lince era famosa por sus hábiles talladores de hueso y madera, pero incluso entre ellos los trabajos del joven Targ sobresalían por su incomparable belleza.

Sink, el paisano de Targ y poseedor de una fuerte y melodiosa voz, improvisaba una canción sencilla, pero hermosa, acompañándose con un pequeño tambor:

-Llegará el día, llegará el día, cuando en pleno verano caerá nieve y los lagos se congelarán, cuando en el pino crecerá el mirtillo y el helecho florecerá, cuando el sol brillará en la noche y las estrellas, al mediodía y ese será el día cuando dejaré de pensar en ti...

El delicado rostro de Bina se sonrojó, la muchacha bajó la mirada, escondiendo su confundida sonrisa. Todos sabían que esta canción ante todo iba dirigida a Bina, pero igualmente las demás chicas callaron, escuchando con atención, los jóvenes dejaron su juego ruidoso e incluso los mayores interrumpieron por un tiempo su charla junto a la fogata.

La voz de Sink cobraba fuerza y volaba sobre el centelleante lago:

-Llegará el día, llegará el día, cuando el corzo y la liebre perseguirán al lobo y el búho volará de día, cuando el pez saldrá a la orilla y el oso dormirá en verano, cuando las aves volarán al sur en primavera y las abejas harán una miel amarga y ese día te olvidaré...

Eila escuchaba atentamente la canción de Sink y de pronto se sintió triste sin saber por qué. Se retiró del alegre grupo de jóvenes y se acercó a la orilla del lago. En la negra profundidad del agua se reflejaban las estrellas plateadas y temblaba el claro de luna, formando un camino hacia la otra orilla.

- ¿Qué te pasa? Toda la tarde has estado extraña -escuchó a su lado la preocupada voz de Dirk- ¡Pero estás congelada!

El muchacho la cubrió con su capa y detuvo sus manos sobre los hombros de la joven.

-Nada, no pasa nada -negó Eila-. Puedes volver con tus amigos.

-Eila, ¿por qué siempre me rechazas?

-No te rechazo, simplemente nunca pensé que te gustara estar en la orilla y mirar la luna. En la primavera pasada tú solo te divertías con tus amigos y de mí ni te acordabas.

-Entonces todo era diferente -Dirk sacudió su cabellera y sus ojos brillaron en la oscuridad como dos lunas verdes-. La primavera pasada tú eras mía, solo mía, y yo sabía que nadie te robaría.

- ¿Y ahora? -sonrió Eila- ¿Acaso algo cambió?

- ¡No te burles de mí! El año pasado no estaba con nosotros este ahumado.

-Dirk, ¿qué tiene que ver el forastero?

- ¡Te retiraste del grupo para encontrarte con él! -gritó Dirk.

- ¡Yo ni siquiera pensé en eso! -se rió Eila.

-Cuando la mujer quiere engañarte, ella empieza a enmarañar sus huellas como una liebre. Eso dice mi padre, el más sabio en la tribu.

-Y mi madre dice que es más fácil enseñar a un perro a usar el arco que convencer a un hombre de que no tiene razón -cortó Eila bruscamente, liberándose con decisión del abrazo de Dirk y tirando su capa- El forastero toda la tarde ha estado cerca de la fogata y hasta el momento sigue ahí. ¡Vamos y verás!

Sin mirar a Dirk, la joven se dirigió a la fogata que brillaba en la oscuridad. Dirk caminó tras ella despacio, como sin querer, arrastrando su capa.

Efectivamente, el forastero no se había unido a los jóvenes y en plena soledad seguía sentado un poco alejado de la fogata. Su aparición fue, sin duda, el principal acontecimiento del invierno pasado y gracias a él la Tribu de la Osa era el centro de atracción; Neil ya había relatado con detalles todo lo sucedido en el pantano. Ahora todos escuchaban con atención la historia de un anciano de la Tribu del Jabalí sobre el ámbar del tamaño de un huevo de pato que encontró en la orilla del gran lago salado al comienzo de la primavera. Todos parecían olvidar la existencia del forastero y el joven observaba los alegres juegos de sus coetáneos y se esforzaba por comprender las palabras de la canción de Sink.

-Seguramente en su tierra lo espera una muchacha y ahora la está recordando -en voz baja dijo Eila.

- ¿Y esto te pone triste? -preguntó Dirk con malicia.

-Dirk, ¿cuándo madurarás? -se indignó Eila.

-Ya no se puede bromear contigo -Dirk acarició la mejilla de la muchacha, pero Eila ahora no estaba predispuesta al juego y lo rechazó con enojo- ¿Por qué te enfadas, Eila? ¡Sé más complaciente!

Hey, ahumado, ¿en tu tierra las mujeres son igual de malvadas?

El forastero levantó lentamente la cabeza, dirigió a Dirk su mirada brillante e inesperadamente pronunció en el idioma de los Hijos de la Osa:

-Mi nombre es Jian. No te he hecho ningún daño, Dirk, ¿por qué siempre me provocas y ofendes a tu prometida?

Asombrada de alegría, Eila no pudo pronunciar ni una sola palabra y Dirk despacio, haciendo un gran esfuerzo, solo pudo decir:

-Tú... ¿Tú sabes mi nombre?

-No solo el tuyo -esforzándose por pronunciar bien cada palabra, dijo el forastero-. Tu prometida se llama Eila, su amiga, la hermosa muchacha de los ojos tristes, Malga y la jefa de su tribu es Luma.

Olvidándose de todo, incluso de las costumbres de la tribu, Eila corrió al círculo iluminado y con alegría se lanzó abrazando a su sorprendida madre.

- ¡Mamá, nuestro forastero rompió el silencio! ¡Él habló! Su nombre es Jian...

La noticia corrió rápidamente por el campamento. Para no abusar de la hospitalidad de Luma, Jian decidió mudarse a una cabaña más espaciosa donde vivían los jóvenes cazadores, pero casi todas las tardes visitaba la vivienda de la Madre de la Tribu para conversar con Eila y Malga. A las chicas les gustaban estas largas charlas nocturnas que con frecuencia se extendían hasta muy tarde, cuando Luma o Arva les ordenaba ir a dormir.

Es así como Eila y Malga se enteraron del largo y peligroso camino que tuvo que recorrer el forastero.

Su tribu natal vivía muy lejos al sur, en un amplio valle rodeado de altas montañas boscosas. Deseando saber qué se encontraba tras los límites de sus montañas natales Jian con tres compañeros se encaminaron al norte, a pesar de las advertencias de los ancianos.

Uno de los amigos de Jian pereció en las montañas al resbalarse y caer en un abismo tan profundo que sus compañeros no pudieron rescatar su cuerpo para sepultarlo según las costumbres de su tribu. Sin embargo, ninguno de los jóvenes viajeros pensó en volver atrás. Pronto llegaron a la falda de la montaña y avanzando más hacia el norte vieron ante sí una inmensa llanura donde pastaban numerosas manadas de reses, saigas, caballos y asnos.

Para no perderse en estas tierras extrañas, los muchachos continuaron su camino a lo largo de un gran río; el color de sus aguas era turbio, amarillento y los viajeros lo llamaron Río Amarillo.

Navegar contra la corriente era casi imposible, por lo que decidieron seguir caminando. Las reservas que habían llevado se terminaron, pero había suficiente caza y los jóvenes sin mucha dificultad mataban a los antílopes y caballos que se acercaban a tomar agua del río.

- ¿Y los esteparios? -preguntó Malga con miedo- ¿No se encontraron con ellos?

-A veces veíamos sus bandas de caza, pero tratábamos de pasar desapercibidos. Las tribus de la estepa son numerosas y nosotros solo éramos tres, después quedaríamos solo dos -al decir esto último la voz de Jian tembló y una sombra de tristeza cubrió su rostro-. Perdí a mi mejor amigo...

- ¿Lo mataron los esteparios? -preguntó Eila.

-No, se lo llevó el Río Amarillo. Aquel día hacía calor, decidimos bañarnos y... ¡Maldito remolino! Jian calló agachando la cabeza. Las muchachas también guardaron silencio comprendiendo que el forastero de nuevo revivía la muerte de su amigo. Eila rozó con sus dedos la mano de Jian, el joven sonrió y continuó su relato.

... Avanzando hacia el norte, los jóvenes exploradores pronto encontraron en su camino los primeros árboles; al comienzo eran algunos robles dispersados, más adelante -pequeños boscajes y finalmente -un verdadero bosque. Mientras tanto el tiempo se estropeó por completo, el aire se enfrió, el cielo se cubrió de

nubarrones que trajeron las frías lluvias de otoño y más tarde, la nieve. Al no estar acostumbrados al frío, los viajeros se desalentaron, abatidos por la nostalgia por su tribu natal, pero al mismo tiempo comprendían que dar vuelta atrás en pleno invierno sería una locura. El regreso se aplazó hasta la primavera; mientras tanto, era necesario pensar cómo sobrevivir al invierno.

Jian y su compañero construyeron una choza cerca del pantano. Cortaron las ramas inferiores a tres grandes abetos que crecían juntos, clavaron entre ellos varias estacas que sirvieron de paredes, cubrieron el techo con ramas de abeto y limpiaron el piso de nieve. Seguidamente salieron de caza, mataron un par de corzos y con sus pieles protegieron su morada contra el frío.

El invierno era largo y difícil, más aún para Jian y su amigo que por primera vez en su vida se enfrentaron contra un frío verdadero y tenían que aprenderlo todo en el lugar. Al comienzo se hundían en la nieve, pero después adivinaron hacer una especie de esquís de ramas de sauce y pedazos de piel. La caza se hizo más fácil, pero perdían mucho tiempo buscando entre la nieve sus flechas con las valiosas puntas de hielo negro; el calzado hecho con un cuero mal trabajado resultaba pesado e incómodo lo que dificultaba el acecho de los grandes animales.

Les ayudaban las trampas y los lazos colocados en los senderos de las pequeñas fieras y la caza de urogallos que dormían en la nieve y asustados volaban hasta los pies de los cazadores.

Pero peor que el frío que penetraba hasta los huesos, el viento y la omnipresente nieve los martirizaba la nostalgia por la tribu natal. La situación se tornaba insoportable sobre todo en las tardes o cuando hacía mal tiempo y era imposible salir al bosque. En estos días los muchachos se sentían solos como nunca, perdidos en

un mundo hostil e inmenso y contaban los días que quedaban, según sus cálculos, hasta el comienzo de la primavera, cuando podrían emprender el camino de vuelta a casa.

Al final del invierno sucedió una nueva tragedia. Persiguiendo a un alce herido, el compañero de Jian se adentró en el pantano y al no notar un charco cubierto por una fina costra de hielo se hundió en el fango.

Cuando Jian, atraído por un grito estridente, llegó hasta el lugar, solo vio un charco negro con burbujas en la superficie.

- ¡Y te quedaste completamente solo! -exclamó Eila dolorosamente - ¿Qué decidiste hacer?

-Volver a casa -respondió el joven-. El frío cedió, la nieve comenzó a derretirse, pero era necesario abastecerme de carne y arreglar la ropa. Cierta vez seguía un uro y decidí que lo podría matar solo, pero no calculé la fuerza del animal, ya que los uros que viven en nuestras montañas no son tan grandes. De no ser por Neil, habría muerto en el pantano...

Jian calló. Lo mismo hicieron las muchachas, conmovidas en la más profundo por aquella historia.

-De todas formas, ¿por qué tú y tus amigos decidieron llegar tan lejos? -con aire pensativo preguntó Malga.

-A ustedes nunca les gustaría saber, ¿qué hay más allá de sus bosques? ¿Acaso no es interesante conocer qué plantas, animales o tribus viven allí? -con un brillo en sus ojos exclamó Jian-. Mis amigos

y yo nos sentíamos asfixiados en nuestro valle natal, por eso decidimos viajar.

-Pero tus amigos murieron -lo interrumpió Malga- ¿Acaso no te dan lástima?

-Claro que sí -suspiró Jian-. Pero nada se puede hacer.

-Si se hubiesen quedado en casa, nada habría sucedido -dijo Malga.

-La muerte puede sorprendernos en cualquier lugar -replicó Jian- ¿Acaso no es verdad?

Malga sacudió los hombros y Eila miraba el fuego, como tratando de ver a través de él paisajes de tierras lejanas. Las palabras de Jian penetraron a lo más recóndito de su alma, donde dormitaba un deseo secreto de conocer el mundo, de ver algún día qué hay más allá del horizonte. Pero la mujer no debe abandonar su hogar...

-Aunque haya perdido a mis amigos y yo mismo estuviera en las garras de la muerte, igualmente me siento feliz, pues ahora sé cómo viven otras tribus -la cara de Jian se iluminó con una sonrisa-. Mis paisanos no creerán cuando les cuente que hay tribus donde mandan las mujeres.

- ¿Acaso su jefe es un hombre? -se sorprendió Eila.

Jian se carcajeó, inclinándose de un lado a otro y golpeando sus rodillas. Malga y Eila se miraron con asombro.

-Yo... Yo simplemente me imaginé la cara de mi padre si hubiesen puesto en duda su calidad de hombre -dijo Jian riendo.

- ¿Y quién comanda la tribu cuando todos los hombres salen de caza? preguntó Eila - ¿O en tu tribu salen a cazar solo las mujeres? -No, nuestras mujeres, como debe ser, cuidan la casa, y los hombres no necesitan salir tan lejos y por mucho tiempo -sonrió Jian misteriosamente.

- ¿Acaso las presas pastan frente a sus casas? ¿O acaso su chamán es tan poderoso que embruja a los animales? ¡Jian, no te creo! -frunció sus labios Malga - ¡Eres un mentiroso!

-Pero aún no les he contado todas las maravillas de mi patria. ¡Pero mejor callaré! De todas formas, no lo creerán -con estas palabras Jian se levantó impetuosamente y antes que las chicas pronunciaron una palabra desapareció en la oscuridad. No se fue ni saltó, simplemente se disolvió en la noche. Ninguno de los Hijos de la Osa tenía la capacidad de desaparecer de esta forma y las muchachas veían esto por primera vez.

-En vano lo has ofendido -en voz baja dijo Eila.

- ¡Qué no sea presumido! -exclamó Malga-. A nuestros muchachos también les gusta jactarse, pero no tanto...

- ¡Hey, trasnochadoras! -se escuchó de la cabaña la descontenta voz de Arva - ¡A dormir ahora mismo o en la mañana no se levantarán!

Los días se hacían más calurosos y largos, las noches, más cortas. Las aves volvieron del sur y ponían sus huevos que eran recogidos por los niños que trepaban a los árboles. La flaquita, pero hábil y rápida Uba era la mejor en este tipo de tareas, subía a los árboles más altos, pisaba sin miedo las ramas más delgadas y encontraba los nidos más escondidos. Su cesto siempre terminaba lleno, aunque ella, al igual que los demás niños del bosque, había asimilado la principal regla de esta recolección: en ningún caso destruir nidos y tomar de cada uno no más de uno o dos huevos.

Las mujeres cocinaban los huevos en sacos de cuero, colocando dentro del agua piedras calientes; una vez preparados, les quitaban la cáscara, los trituraban sobre las piedras planas y el polvo seguidamente se secaba al sol, quedando listo para consumir en invierno.

Después llegaron los días de la gran pesca, cuando miles y miles de salmones llenan los ríos, dándoles un hermoso color plateado. Los peces eran arponeados, sacados en cestos o simplemente agarrados con las manos en los bancos, pero seguían nadando contra la corriente, arañando sus escamas con las piedras, hacia los lagos donde habían nacido.

Los perros también tuvieron su festín, trajinando bajo los pies de sus dueños. Cientos de aves rapaces volaban sobre los ríos,

saboreando al vuelo la tierna carne de salmón. Los osos, sin hacer caso a los hombres, se metían al agua, arrastrando los peces a la orilla, mientras que zorros y glotones con viveza robaban a los osos parte de su presa. La paz reinaba en la Tierra de los Mil Lagos, pues el alimento alcanzaba para todos.

Jian no sabía manejar el arpón y a pesar de todos sus esfuerzos no pudo enganchar ni un solo pez. Los demás jóvenes le hacían bromas maliciosas. Montando en cólera y apretando sus finos labios, Jian levantó su arpón, apuntó esmeradamente y golpeó el agua con tanta fuerza que no se sostuvo de pie y cayó en el río.

Todos se carcajearon: los hombres, y las mujeres que limpiaban el pescado en la orilla.

- ¡Miren, Jian es tan flaco que hasta el salmón puede tumbarlo con su cola! -se burló Mak - ¡Hey, ahumado, sal del agua o asustarás a todos los peces!

Sin responder Jian agarró la bota de Mak y lo tiró de la pierna con tanta fuerza que el bromista cayó al agua. Nuevamente se escuchó una explosión de carcajadas.

- ¡Mira, el forastero no es ningún cobarde!

-Hace mucho tiempo no hemos tenido una pesca tan divertida.

- ¡Arponéenlos, chicos, arponéenlos!

Algunos de los muchachos, fingiendo una amenaza, levantaron sus arpones, pero la fuerte y autoritaria voz de Neil terminó con este alboroto:

- ¡Bromearon y basta! ¡Mak, a tu lugar! Y tú, Jian, ve a ayudar a las mujeres, allá serás más útil.

Los jóvenes obedecieron en silencio. Los labios de Jian temblaban de rabia, pero acatando la orden de Neil, tomó su cuchillo, se unió a las mujeres y efectivamente allí su trabajo resultó más exitoso. Dos o tres movimientos de su cuchillo de obsidiana y a la tierra caían cabezas y vísceras. El pescado se cortaba en filetes, se secaba al sol, se ahumaba en las fogatas y una mínima parte se salaba, pues las tribus del bosque poseían poca sal.

No se podía encontrarla en el bosque y las salinas existían muy lejos en la estepa, en las tierras de las tribus enemigas. Aparte, en grandes baldes de madera, se salaba el manjar preferido de todas las tribus del bosque -caviar rojo. Trabajaban todos, incluso los niños. En los pocos días del desove era necesario preparar la mayor cantidad de pescado.

Eila y Malga colgaban el pescado en correas de cuero al lado de Jian, pero en toda la mañana no se intercambiaron ni una sola palabra. Aunque en el fondo del alma Eila sentía cierta culpa y Malga también se arrepentía de sus burlas, las dos muchachas preferirían entrar en la guarida de un oso furioso que dar el primer paso hacia la conciliación.

La situación fue salvada por la pequeña Uba, quien como una flecha corría entre Jian y las muchachas llevando y trayendo sartas del pescado limpio.

Uba se sentó junto a Jian y sin poder vencer su curiosidad le hacía más y más preguntas.

- ¿Acaso tu tribu nunca pesca?

Jian negó con la cabeza.

- ¿O sea que en tus tierras no hay ríos? -no se calmaba Uba.

-Hay y muy grandes, solo que no hay pescado rojo como aquí.

-U-u-u -exclamó la niña desilusionada-. A mí me encanta el salmón y sobre todo -su caviar. No, yo no podría vivir en tu país.

-Pero nosotros tenemos otras delicias que ustedes no tienen -sonrió Jian-. Cada otoño a nuestras tierras llega navegando en sus grandes lanchas de madera otra tribu que vive aún más al sur, a la orilla de agua salada. Ellos nos traen no solo pescado ahumado, sino cangrejos, estrellas del mar y conchas grandes que se pueden usar como trompetas.

- ¡Oh, qué interesante! -se animó Uba - ¿Y tu tribu qué les da a cambio?

-Muchas cosas -contestó Jian evasivamente, alcanzando a Uba una sarta de pescado limpio-. Toma, lleva esto a tu hermana.

Uba cumplió su tarea y en un parpadeo nuevamente se sentó junto a Jian.

-Y de todas formas, ¿qué hace tu tribu? Si ustedes no pescan, entonces, ¿salen de caza? ¿Qué animales matan?

-Venados, jabalíes, uros y muchos otros animales que no existen en sus bosques. Pero nosotros salimos de caza no todo el año, solo a finales de otoño y en invierno cuando no hay nada más que hacer.

- ¿Acaso los hombres de tu tribu son tan vagos? -curioseó Uba- ¿Qué hacen todo el año?

-Si te cuento todo lo que hacemos, no me creerás, como tu hermana y su amiga -pronunció Jian mirando de reojo a Eila y Malga.

Por unos instantes Uba calló mientras ensartaba en la correa de cuero los salmones recién limpiados, pero no estaba acostumbrada a guardar silencio por mucho tiempo.

- ¿Participarás en las competencias? -cambiando de tema, preguntó la niña.

- ¿En qué competencias? -se animó Jian.

-Para los cazadores jóvenes -explicó Uba- ¿Cuántos inviernos has visto?

-Diecisiete. Solo que nosotros no contamos inviernos, sino años o cosechas -dijo Jian.

- ¿Cuáles cosechas? -Uba con perplejidad movió sus claras pestañas - ¿De hongos, bayas o nueces? ¡Mira que son muchas! Pero, bueno, eso no importa.

Diecisiete inviernos o cosechas es la edad precisa, así que puedes participar y vencer.

- ¿Y qué me dará esa victoria? -preguntó Jian.

-Pronto comenzará la gran caza de renos y el ganador tendrá derecho a participar junto con los cazadores mayores y no como un simple ojeador -con un semblante de inteligencia aclaró Uba-. Además, podrá escoger la chica que lo coronará con flores.

- ¿Y la chica no podrá negarse?

- ¡Claro que no! Mi hermana siempre regala coronas a Dirk y pronto será su mujer...

- ¡Uba! -sin poder aguantar gritó Eila - ¡Deja de cansar a Jian con tu charla! Mejor ven y ayúdame. ¿Me escuchaste, ratoncita?

Uba arrugó su pecosa nariz con enojo pero, acostumbrada a obedecer en todo a su hermana, se puso a colgar el pescado dócilmente. Reinaba un silencio pesado.

-En vano la has gritado -susurró Malga al oído de su amiga.

- ¿Participarás en las competencias? -cambiando de tema, preguntó la niña.

- ¿En qué competencias? -se animó Jian.

-Para los cazadores jóvenes -explicó Uba- ¿Cuántos inviernos has visto?

-Diecisiete. Solo que nosotros no contamos inviernos, sino años o cosechas -dijo Jian.

- ¿Cuáles cosechas? -Uba con perplejidad movió sus claras pestañas - ¿De hongos, bayas o nueces? ¡Mira que son muchas! Pero, bueno, eso no importa.

Diecisiete inviernos o cosechas es la edad precisa, así que puedes participar y vencer.

- ¿Y qué me dará esa victoria? -preguntó Jian.

-Pronto comenzará la gran caza de renos y el ganador tendrá derecho a participar junto con los cazadores mayores y no como un simple ojeador -con un semblante de inteligencia aclaró Uba-. Además, podrá escoger la chica que lo coronará con flores.

- ¿Y la chica no podrá negarse?

- ¡Claro que no! Mi hermana siempre regala coronas a Dirk y pronto será su mujer..

- ¡Uba! -sin poder aguantar gritó Eila - ¡Deja de cansar a Jian con tu charla! Mejor ven y ayúdame. ¿Me escuchaste, ratoncita?

Uba arrugó su pecosa nariz con enojo pero, acostumbrada a obedecer en todo a su hermana, se puso a colgar el pescado dócilmente. Reinaba un silencio pesado.

-En vano la has gritado -susurró Malga al oído de su amiga.

- ¡Qué no meta su nariz donde no debe! ¿Qué piensas, el forastero participará en las competencias? -igualmente en voz baja pronunció Eila.

-Después de la vergüenza que pasó hoy seguramente no se atreverá -sonrió Malga.

Jian limpiaba el salmón que le traían y canturreaba para si mismo una extraña canción en el idioma de su tribu natal sin prestar ninguna atención a los susurros de las muchachas.

Terminada la gran pesca, todas las tribus del bosque empezaron a prepararse para la caza de renos. En el aire silbaban los mosquitos, zumbaban los tábanos y esto significaba que los renos, tratando de salvarse de estos insectos, se dirigirían al norte, hacia las aguas desheladas.

Como siempre antes de este gran día, los jóvenes cazadores deberían probar sus fuerzas en las competencias. Un día antes los niños apisonaban la hierba en un calvero ancho y plano, los jóvenes probaban escrupulosamente sus arcos, escogían flechas, revisaban hachas y lanzas, mientras que las muchachas recolectaban flores para hacer las coronas de los vencedores.

En un extremo del calvero se colocaban unos sacos de cuero rellenos con hierba, sobre los cuales se dibujaban con carbón las cabezas de fieras y aves. Hacia la línea divisoria en el otro extremo del calvero salían los jóvenes con sus arcos. Primero deberían acertar en el saco, después en las cabezas dibujadas y finalmente en el ojo.

Los espectadores seguían cada tiro y gritaban alegremente ante un blanco exitoso. Las muchachas sonrojadas y bien arregladas se mantenían en un grupo aparte y no perdían de vista a los jóvenes arqueros.

Uno tras otro los participantes iban saliendo de la competencia y decepcionados, con cabezas gachas, ocupaban su lugar entre los espectadores. Al final, en el calvero quedaron solo Targ y Zorg y los Hijos de la Osa y del Lince los saludaron con fuertes

gritos. Neil levantó la mano, dando la señal de silencio. Ahora se debería escoger el mejor arquero de todas las tribus del bosque.

Ambos finalistas recibieron de Neil dos flechas cada uno y se acercaron nuevamente a la línea divisoria. Zorg parecía no apuntar; sin pensarlo mucho, tensionó la cuerda, disparó la flecha que atravesó con precisión el ojo del ave pintada y se apartó a un lado, sin prestar la mínima atención a los alaridos de entusiasmo de sus paisanos.

Targ apuntó muy cuidadosamente y también dio en el blanco. Ahora se escucharon los gritos de los Hijos del Lince y Nima aplaudió con alegría.

Nuevamente disparó Zorg y otra vez su tiro resultó exitoso. Targ palideció ligeramente y en su frente brillaron gotas de sudor. Veía con qué tensión lo miraba Nima y como se preocupaban sus paisanos. El joven revisó atentamente la flecha, apuntó un largo rato, pero en el último momento su mano tembló y la flecha atravesó el saco cerca del ojo. Targ se hizo a un lado, esforzándose por no mirar a los ojos a ninguno de sus paisanos. Separándose del grupo de las muchachas, Nima corrió hacia el joven afligido, colocó su pequeña mano sobre el hombro de Targ y le susurró algo al oído. El muchacho olvidó momentáneamente su derrota y sonrió con alegría.

- ¡Zorg, hijo de Luma de la Tribu de la Osa! -anunció Neil solemnemente-. Te convertiste en el mejor arquero de este año y por lo tanto tienes derecho a participar en la gran caza junto con los adultos. Y ahora escoge a la muchacha que te colocará la corona.

Las chicas callaron emocionadas. Según la costumbre de todas las tribus del bosque, eran las mujeres las que escogían maridos y la victoria en las competencias se convertía para los jóvenes en la única oportunidad de expresar abiertamente su preferencia por tal o cual muchacha.

La fría mirada de Zorg se deslizó con indiferencia por los sonrojados rostros de las muchachas. Malga se puso pálida, sus ojos se encendieron con un brillo poco natural, la respiración se tornó rápida y cortada. Temiendo que Malga pudiera caer, Ella la cogió por la cintura con suavidad.

-Yo, Zorg, hijo de Luma, de la Tribu de la Osa, escojo a Malga, hija de Arva, de la misma tribu; -pronunció el joven finalmente.

Casi llorando de alegría, Malga colocó sobre la cabeza del vencedor la corona de flores. Zorg, siguiendo la tradición, alzó la muchacha en sus brazos y dio vueltas con ella por el calvero, mientras que los mejores amigos de la pareja formaron un círculo alrededor, cantándole elogios.

En la siguiente competencia -lanzamiento de hachas- Mak fue el mejor. A diferencia de Zorg, no vaciló ni un segundo y escogió a Irna de la Tribu del Alce. Con un grito de alegría la muchacha le colocó la corona, echándole los brazos al cuello, y los Hijos del Alce aplaudieron con fuerza, comprendiendo que los Osos no tendrían en su tribu por mucho tiempo a este hábil cazador.

Después los jóvenes recibieron lanzas y comenzaron a tirarlas a mano limpia. Esta vez sobresalió Targ y la sonriente Nima, tan orgullosa como el mismo ganador, le regaló la corona. Luego los sacos fueron retirados a mayor distancia y esta vez la competencia consistía en tirar las lanzas con ayuda de un propulsor. Determinar al

vencedor fue difícil, ya que esta vez casi todas las lanzas atravesaron el saco cayendo muy cerca una de otra.

Los mejores cazadores de todas las tribus se agruparon alrededor del blanco y discutían animadamente; los jóvenes esperaban el resultado nerviosamente.

- ¡El vencedor es Sink, hijo de Roda, de la Tribu del Lince!  
-por fin anunció Neil, lo que provocó una impetuosa alegría entre los Hijos del Lince y suspiros de decepción entre los demás espectadores.

- ¡Como ven, Sink sabe no solo componer canciones!  
-exclamó Bina. Riendo, el vencedor la levantó en sus brazos, la tímida joven tapó su cara con las manos, lo que causó un mayor júbilo entre los amigos del muchacho.

La última competencia era la lucha sin armas, el deporte preferido en todas las tribus. La mayoría consideraba que el título del mejor luchador era más honroso que el del mejor lancero o arquero, pues las mujeres también dominaban estas armas y algunas incluso manejaban hachas de combate, pero la lucha era un deporte puramente masculino.

Por dos años consecutivos el mejor luchador de todas las tribus fue Dirk. Sus golpes eran tan fuertes que sus rivales se rendían en los primeros minutos del combate; por eso pocos dudaban de su victoria esta vez.

-Prepara la corona, Eila -susurraban las muchachas.

En el centro del calvero fue dibujado un círculo. Los luchadores se paraban en su centro uno frente al otro e intercambiaban golpes hasta que uno de ellos cayera o saliera de los límites del círculo. Por seguridad, los puños eran envueltos en pedazos de piel y las cabezas protegidas por gorros de invierno. El perdedor abandonaba el calvero y los vencedores nuevamente eran divididos en pares que se iban eliminando hasta quedar solo dos finalistas.

Generalmente en esta competencia participaban los muchachos más fuertes y robustos. Por eso entre la multitud se escuchó una exclamación de asombro, cuando Jian que hasta el momento se mantenía al margen de la competencia, ocupó un lugar entre los luchadores.

- ¡El forastero se volvió loco! -exclamó Nima-. Cualquiera de los nuestros lo tumbará de un solo soplo.

-Si quiere competir, hubiese participado en tiro de flecha o lanza. Pero lucha... -dudó Malga.

Eila por su lado recordaba la tenacidad con que Jian soportaba el dolor y luchaba con la muerte y por eso su actitud no le pareció tan atrevida.

La primera pareja en salir fueron Jian y Zorg. Los espectadores no esperaban mucho de este combate, considerando que Zorg terminaría con el forastero de un solo golpe.

Según las reglas, los participantes tenían que desnudarse hasta la cintura y cuando los dos se quitaron sus camisas de gamuza, algunos espectadores bromearon con malicia.

-Hey, ahumado, ¿cómo vas a pelear si eres puros huesos?

- ¡Vamos, Zorg, lánzalo a un pino y déjalo colgado un par de días!

- ¡Termina rápido con ese forastero, queremos una lucha verdadera!

- ¡Silencio! -calmó a los bromistas Neil- Comiencen la pelea y recuerden: no morderse, no arañarse y no dar golpes bajos.

Zorg lanzó un golpe, apuntando a la cabeza del forastero, pero Jian se deslizó ágilmente bajo el brazo de su rival quedando detrás de él. El forastero ni siquiera intentaba atacar a Zorg, obligándolo a dar vueltas y evitando con destreza sus puños.

Las burlas cesaron; la pelea tomó un rumbo inesperado. Neil se acercó al borde del círculo, observando con atención los movimientos de los luchadores. De su mirada experta no se escapó que los fuertes hombros de Zorg brillaban de sudor y su ancho pecho respiraba con demasiada frecuencia, mientras que Jian seguía tranquilo; el forastero sabía conservar sus fuerzas.

Al darse cuenta de que su rival estaba agotado, Jian empezó a atacar. Ahora era Zorg quien retrocedía, evitando los puños del forastero quien lo acosaba cada vez más hasta los límites del círculo y finalmente le dio una rápida zancadilla. Zorg cayó rodando, dio varias vueltas y se detuvo casi a los pies de los espectadores.

Fue una victoria limpia, pero nadie aplaudió ni saludó al vencedor, pues Jian no tenía ni familiares, ni amigos, ni paisanos.

El público callaba. Zorg, poniéndose en pie, frotó su rodilla golpeada y dirigió a Jian una mirada de asombro.

-Fue una casualidad, simplemente Zorg lo subestimó -se escuchaba entre la muchedumbre.

Sin embargo, las dos siguientes peleas acabaron con esta ilusión. Nadie podía seguir los movimientos del forastero, a veces rápidos y bruscos, a veces suaves y ligeros, ni apreciar la fuerza oculta de su cuerpo flexible y delgado. Los dos rivales de Jian sin haberle dado ni un solo golpe se cansaban rápidamente, tratando de seguir sus impetuosos movimientos, finalmente se descuidaban y volaban fuera del círculo. Y después de cada victoria del forastero reinaba un silencio tensionado.

En otro grupo de luchadores sobresalía Dirk. A sus dos primeros rivales los tumbó de un solo golpe y el tercero, un joven prudente de la Tribu del Jabalí, se negó a participar voluntariamente.

A Dirk no le faltaban gritos de entusiasmo y el chamán saludaba a su hijo con alaridos estridentes y golpes de pandereta.

-A Dirk le ayudan todos los espíritus del bosque y nadie lo puede vencer -suspiró Irna sin poder disimular su decepción por Mak que ni siquiera se arriesgó a competir en la lucha.

El año pasado Eila se alegraba sinceramente de las victorias de su prometido, pero ahora su corazón temblaba al presentir que pronto Dirk y Jian se enfrentarían cara a cara en el combate decisivo. Cuando llegó este momento, Eila tuvo que esforzarse por reprimir el deseo de salir corriendo del calvero.

Con una sonrisa maliciosa Dirk salió al centro del círculo. Jian, sacudiendo su cabellera negra, también entró en el campo de lucha. El forastero era más bajo que su rival y casi dos veces más flaco y su piel morena resaltaba aún más su delgadez.

-Un roble y una caña -susurró Malga - ¿Acaso sus fuerzas son iguales?

-Pero esta caña ya demostró que no la tumba cualquier tempestad -dijo Eila.

Desde el primer momento era claro que la lucha sería difícil. Dirk se destacaba no solo por su gran fuerza, sino que por su prudencia. Él no daba vueltas inútiles, pues entendía muy bien que no lograría alcanzar a Jian con sus golpes largos, sino se tiró directamente contra su rival con la intención de apretarlo en un abrazo de oso. Su táctica dio resultado y Jian cayó sobre la hierba aplastado por el pesado cuerpo de Dirk. Los Hijos de la Osa gritaron con alegría, pero en un instante Jian se sobrepuso y con una agilidad extraordinaria se deslizó y resultó sentado sobre la espalda de Dirk. El hijo del chamán trató de sacudirse al forastero, pero Jian lo tomó del brazo con rapidez, echándolo hasta atrás con tanta fuerza que sonaron los huesos.

- ¿Te rindes? -preguntó Jian.

Dirk continuaba moviéndose y rechinando. Jian apretó el segundo brazo de su rival. Dirk gritó.

- ¡Ríndete, por fin, o quedarás sin brazos! -en un arranque de cólera exclamó el chamán.

Dirk se calmó y Jian, soltando sus brazos, se levantó de un salto. Entre la multitud reinó un silencio sepulcral. Dirk, tratando de no mirar a las muchachas, se retiró rápidamente. Jian continuaba en el centro del círculo sin sonrojarse ante las miradas de asombro y desconfianza que le dirigía la multitud. Su rostro cobrizo se iluminó con una sonrisa triunfal y desafiante.

-Jian, no conozco el nombre de tu madre ni de tu tribu, pero de todos modos te nombro el mejor luchador de este año -declaró Neil-. Tú podrás participar en la gran caza de renos junto con nuestros mejores cazadores y ahora escoge a tu muchacha.

En el grupo de las chicas se escuchó un susurro de descontento.

- ¡Si él me escoge, moriré de vergüenza!

- ¡No puedo soportar su piel oscura!

-Es muy feo...

Eila tembló al notar la escudriñadora mirada del forastero, pero al mismo tiempo sintió una alegría inexplicable.

- ¡Yo, Jian, hijo de Zaúr, de la Tribu de los Hijos de la Tierra, escojo a Eila, hija de Luma, de la Tribu de la Osa!

Sin prestar atención a los susurros de sus amigas, Eila se acercó a Jian, colocó la corona sobre su cabeza y, cuando los delgados pero fuertes brazos del joven la levantaron, a la muchacha se le cortó la respiración.

Después de las competencias los vigías de todas las tribus del bosque se fueron al sur, mientras que Neil y otros cazadores expertos cada noche subían a los peñascos y escudriñaban la oscuridad, esperando las señales convenidas. Las mujeres y hasta los niños también se contagiaron de su tensión preguntándose cuándo vendrían los renos.

Cada mañana, tratando de complacer a los espíritus, los jóvenes bailaban la Danza del Reno. Las muchachas con astas en las manos hacían pasos menudos en el centro del calvero, imitando los renos pastando. Los jóvenes armados de lanzas se les acercaban a rastras y, poniéndose de pie, con alaridos, se metían en el círculo, agarraban a una de las muchachas, tratando de llevarla, mientras que otras bailarinas se esforzaban por liberar a su amiga.

Todo esto parecía un juego divertido, pero los rostros de bailarines y espectadores permanecían serios, ya que no era una simple danza, sino un rezo a los espíritus de caza.

... Aquella noche Eila no pudo dormir. Echando sobre sus hombros una ligera capa, la joven subió a la cima de un cerro y se sentó sobre una de las piedras que allí abundaban. De pronto una de ellas se movió y se levantó. Eila se hizo hacia atrás asustada.

-No temas, soy yo, Jian -se escuchó la suave voz del forastero y su silueta oscura de nuevo quedó inmóvil como una piedra.

- ¿Por qué no duermes? -preguntó Eila con asombro-. Tienes que descansar antes de la gran cacería.

- ¿Habrás caza? ¿Acaso los renos siempre se reúnen en grandes manadas y van al norte cruzando la Tierra de los Mil Lagos? -No siempre -en voz baja contestó Eila- Hace dos años el verano era lluvioso y frío, y los renos no fueron al norte, sino al sur, a la frontera entre el bosque y la estepa...

- ¿Y qué sucedió entonces? -se interesó Jian.

-Todas las tribus del bosque aguantamos hambre.

Jian se sentó junto a Eila, tocándola con su hombro. La respiración de la joven se cortó, al igual que en el día de las competencias. Los roces de Dirk jamás le hacían sentir algo parecido...

-La gente de tu tribu es muy buena -con un aire pensativo dijo Jian-. Los jóvenes cazadores a veces se burlan de mí, pero no me enoja. Ahora ellos no pueden dormir, todos están preocupados... ¡Tu gente no debe aguantar hambre solo porque los renos no quieran venir! - ¿Y qué más nos queda? -replicó Eila-. No hay renos, no hay carne para el invierno, no se puede vivir solo de pescado y bayas. ¿Y tu tribu nunca sufre de hambre?

-Por supuesto, hay años buenos y malos, pero nunca he visto una verdadera hambruna.

-Seguramente tu tribu es mucho más pequeña que la nuestra y no necesita tanto alimento.

Para asombro de Eila, Jian lanzó una carcajada:

- ¿Pequeña? ¡Solo un poblado nuestro tiene mas habitantes que toda la Tribu de la Osa! Puedes no creerme, pero es así.

La risa del forastero le pareció a Eila burlona y ofensiva. La joven le dio las espaldas y distinguió en la oscuridad unos fuegucillos dorados que centelleaban a lo lejos.

- ¡Renos! ¡Renos! -sonaron por todo el campamento los alegres gritos de los observadores.

-Se acerca una manada grande -con satisfacción comentó Neil, escudriñando la oscuridad-. En la madrugada los renos cruzarán el valle junto al campamento.

Al amanecer los ojeadores ocuparon sus sitios entre las rocas y los arbustos por ambos lados del valle mientras que los cazadores se escondieron a cierta distancia en el bosque. Se vistieron de pieles de renos, cubrieron sus cabezas con tocados de astas y de lejos parecían verdaderos renos.

Primero todos oyeron un ruido confuso, el cual luego se transformó en un verdadero estruendo y, por fin, todo un bosque de astas y cabezas con ojos húmedos y brillantes llenó el valle. Los vigías se dispersaron, dejando el paso al rebaño y corrieron tras él, de vez en cuando asustando a los animales con sus gritos sin dejarlos desviar del camino.

Luego el rebaño se acercó a los ojeadores. Al dejar pasar a los renos, los hombres cerraron filas detrás de los animales y con fuertes alaridos los hicieron correr hacia los cazadores. Viendo adelante a sus parientes, los renos seguían avanzando; incluso cuando en el aire silbaron las primeras flechas, los animales no podían comprender de dónde venían y corrían hacia los hombres disfrazados.

Al quitarse las pieles y las astas, los cazadores corrían entre los animales enloquecidos de horror, matándolos con lanzas y mazas. Todo el valle se cubrió de renos muertos y los cazadores aún perseguían la manada, enviándole flechas y lanzas con ayuda de propulsores.

Llamando uno a otro con alegría, los hombres rodearon a sus presas ya inmóviles, determinando por las marcas de armas quien había causado el golpe mortal y se apropiaría de las pieles y astas.

Para el asombro de los mayores y la envidia de los jóvenes, el forastero de nuevo sobresalió: dos de sus flechas resultaron mortales, lo que significaba que se quedaría con dos pieles.

Los cazadores encendieron las fogatas y rápidamente despedazaron las presas. A muchos se les abrió el apetito y comenzaron a freír la carne fresca allí mismo.

Luego llegaron las mujeres. Ellas cortaban la carne en estrechas lonjas, las ahumaban sobre el humo de las fogatas, raspaban las pieles y, contentas, elogiaban a sus esposos, hermanos e hijos. El raspado de pieles se consideraba un oficio femenino y por eso algunos de los cazadores jóvenes se burlaban de Jian, viéndolo limpiar dos pieles que él había merecido como recompensa. El

forastero silbaba con despreocupación una extraña melodía y con empeño manejaba el raspador.

Las muchachas colgaban las cuerdas con lonjas de carne en la cima de un cerro.

- ¡Pobre forastero! -dijo Malga-. Tiene que ser hombre y mujer a la vez.

-Es que no tiene ni madre, ni hermana, ni mujer -comentó Bina.

- ¡Qué se case! -se rió Nima- ¿Chicas, a alguien le gusta este ahumado?

Eila abandonó a sus amigas y, al bajar del cerro, se acercó a Jian. El muchacho interrumpió su trabajo y la miró con turbación.

-El cazador que ha matado dos renos tiene que descansar -en voz baja pero clara pronunció Eila.

-Pero si me tumbo sobre la hierba, se dañarán estas pieles -respondió el joven.

Eila calló. No podía librarse de la sensación que la mirada de Jian la absorbía como un remolino negro. Era un muchacho agradable, de una voz suave y de una hermosa sonrisa, pero algo en sus movimientos impetuosos y la impenetrable oscuridad de su mirada parecía extraño e incluso alarmante.

- ¿Qué quieres de mí, Cabellos del Sol? -preguntó Jian.

- ¿Cómo dices? ¿Cabellos del Sol?

- ¿Nadie te ha dicho que tus cabellos son del mismo color que el sol? Claro, pues el sol aquí es tan pálido al igual que el cielo.

- ¿Y en tu tierra hay otro sol y otro cielo? -con desconfianza preguntó Eila.

-Los recuerdo cuando veo tus ojos y tus cabellos -sonrió Jian.

Al sentirse confundida Eila bajó la cabeza. "¡Este forastero me está robando tu presencia!" -una vez le dijo Dirk. ¿Tendrá algo de razón?

-Jian, yo limpiaré tus pieles -inesperadamente para si misma dijo Eila y al mirar el desgastado calzado del joven, añadió-. Y luego te haré unas botas.

Los pequeños rebaños de renos todavía recorrían el valle cerca del campamento, pero la caza principal había terminado. El verano se acercaba a su apogeo y comenzó la época de caza solitaria por la cual se apasionaban los jóvenes. Se dividían en pequeños grupos de dos o tres personas, salían al bosque en la madrugada y en la tarde regresaban al campamento con corzos, liebres, perdices, gansos, patos y algunos afortunados con alces y jabalíes.

A diferencia de los muchachos, los hombres maduros en estos cálidos meses preferían descansar de día y dedicar la noche a la pesca de enormes lucios y doradas tencas cuya carne era blanca y sabrosa. La vida era holgada y abundante.

Llegó la cosecha de bayas. Las cuestas de las colinas se cubrieron de vaccinieos; las bayas eran tantas que su color azul casi suplanta al verde de la hierba.

Los calveros estaban sembrados de mirtillo y los barrancos flameaban de grosellas y frambuesas. Corriendo de un arbusto al otro, las mujeres se esmeraban por recoger todas las bayas que posteriormente serían secadas al sol y trituradas en polvo o exprimidas en los sacos de cuero y convertidas en bebidas. Era necesario hacer reserva para el invierno y las mujeres trabajaban sin

descanso. Sin embargo, las muchachas de vez en cuando interrumpían la recolección para charlar.

-El forastero desparramó a los Hijos de la Osa como a unos cachorros ciegos -a cada instante se reía Irna-. Zorg y Dirk tienen que ponerse vestidos y recoger bayas.

-Y tu Mak resultó tan cobarde que ni siquiera se atrevió a pelear -respondía Malga constantemente.

Nima echaba alguna broma a ambas discutidoras, todas las muchachas se reían y de nuevo se inclinaban sobre las bayas.

Todo era como siempre, y solo Eila no sentía la misma alegría que en todas las cosechas anteriores. ¿Qué cambió ahora? El sol igualmente acariciaba con sus rayos generosos los pinos seculares y los peñascos mohosos, los lagos eran igual de bellos y tranquilos, la cosecha de bayas igual de abundante, pero al mismo tiempo algo cambió imperceptiblemente. Pero, ¿qué sucedió? Tal vez, era la extraña conducta de Dirk: el joven ya no se afanaba en las largas giras al bosque, no se alejaba mucho de las recolectoras de bayas, como si tuviera miedo de perder de vista a su prometida y no hacía caso a las risillas de las muchachas.

El corazón de Eila se oprimía, como si presintiera alguna desgracia, y comenzó a temer por Dirk y por Jian a la vez. Pero el mismo forastero no prestaba atención a las siniestras miradas de Dirk y parecía estar contento de su vida. Después de las competencias y la gran cacería de renos los jóvenes cazadores comenzaron a tratarlo con cierto respeto e incluso el burlón Mak tuvo que controlar su lengua. Muchos deseaban aprender los nuevos métodos de lucha y el forastero de buena gana compartía

con todos su habilidad, lo que poco a poco derretía el hielo de la desconfianza.

... Día tras día, con tranquilidad y mesura, transcurría el verano. Se aproximaba la gran fiesta de la Fogata Familiar; las muchachas la esperaban con impaciencia y todo el tiempo hablaban de sus prometidos y sus vestidos. Cualquier mujer sabía coser todo lo necesario para su esposo, sus hijos y para ella misma, pero una cosa era la sencilla ropa de cada día y completamente otra un vestido para recibir junto a la fogata a su prometido y comenzar una nueva vida.

Los vestidos para la gran fiesta se cosían de pieles de zorros, nutrias y martas que eran raspadas con mucho cuidado y remojadas en agua, para que fueran suaves, finas y pendieran con pliegues suaves, ajustándose al cuerpo. Luego llegaba la hora de adornar los vestidos con bordados y casi todas las muchachas pedían el consejo a Irna y a su madre, ya que nadie mejor que ella sabía combinar colores e inventar nuevos ornamentos. Placas de hueso y de nácar, pequeñas conchas, tendones de reno teñidos en varios colores, plumas, y todo esto bajo las hábiles manos femeninas se convertía en maravillosos bordados no solo hermosos y deslumbrantes, sino también llenos de algún significado secreto, que con frecuencia podían comprender solo la misma muchacha y su prometido.

A diferencia de sus amigas Eila no sentía la misma alegría, pues aún no podía encender su fogata familiar. En vez de dedicar todo el tiempo a su propio vestido, la muchacha hacía el calzado para Jian. Ya había cumplido su promesa a coserle las botas de verano y ahora hacía las de invierno mucho más sólidas y anchas para que fuera posible envolver los pies con pedazos de piel. El trabajo avanzaba rápido y ahora a Eila le quedaba solo adornar las botas con el bordado. Sin saber qué ornamento agradecería al forastero, Eila durante un tiempo permaneció turbada,

seleccionando tendones abigarrados, pero de pronto se le ocurrió una idea. Una vez Jian dijo que le hacía falta la luz y el calor del sol y ahora Eila decidió recompensarle esta carencia. Bajo sus manos en las botas aparecieron dos deslumbrantes soles que alegraban la mirada y el corazón. ¡Por muy helado que sea el próximo invierno, el forastero no tendrá frío!

- ¡Qué lindo bordado! -al oír la desapacible voz del chamán, Eila se estremeció y bajó la mirada. El trabajo la apasionó tanto que la joven no oyó sus ligeros pasos felinos.

-No te pareces a las otras chicas. Todas esas tontas piensan solo en sus trajes de fiesta, mientras que tú ya te preparas para el invierno, como una mujer madura. Los gruesos dedos del chamán acariciaron la mejilla de Eila y se deslizaron por sus cabellos desparramados por los hombros y la espalda como una suntuosa capa dorada. Yo sé que serás muy buena mujer para mi hijo y me darás nietos sanos.

Eila turbada y sonrojada se inclinó aún más sobre su trabajo; se pinchó un dedo con la aguja de hueso, pero ni siquiera gritó, sintiendo la escudriñadora mirada del chamán. El corazón de la joven se oprimió, como si el padre de Dirk la sorprendiera cometiendo algún crimen.

-Pero me parece... -el chamán entornó con astucia sus pequeños e inteligentes ojos-. Me parece que estas botas serán muy pequeñas para mi hijo.

Instintivamente Eila apretó su trabajo casi terminado contra su pecho y, tratando de parecer tranquila, dirigió al chamán una mirada interrogadora.

-Digo que estas botas serán muy pequeñas para Dirk -el chamán sonrió con malicia.

-No son para Dirk -Eila fingía aparentar indiferencia pero su voz temblaba-. A Dirk le hice las botas el año pasado, aún le servirán este invierno. Y estas botas... Estas botas son para...

-Pero no me vayas a decir que son para Zorg o Neil, no les entrarán ni a un dedo -con una sonrisa forzada dijo el chamán-. No me mientas, Eila, no se puede ocultar la verdad de los espíritus. ¿Estas botas son para el ahumado?

Eila asintió sobreponiéndose.

- ¿Acaso eres su hermana, esposa o prometida? Bueno, no vine a hablar contigo. ¿Dónde está tu madre?

-Estoy aquí -Luma salió de debajo de un toldo ligero donde secaba el mirtillo recogido durante el día- ¿Quieres hablar conmigo, mensajero de los espíritus?

-Sí, Madre de la Tribu.

-Vamos a la cabaña -dijo Luma, limpiando sus manos manchadas de jugo de bayas con un delantal de cuero.

Eila no pudo oír sobre qué conversaba su madre con el chamán. Al atardecer, cuando Neil, junto con otros hombres salió a la pesca nocturna, Luma mandó a Uba a dormir antes de tiempo

pese al lloriqueo de la niña y al quedarse a solas con Eila la llamó con un gesto. Sin poder desobedecer, Eila se sentó junto a la fogata y, presintiendo que la conversación no iba a ser agradable, agachó la cabeza.

- ¿Has robado la presa de la trampa ajena? -esta pregunta de Luma sonó bruscamente, como el silbido de una flecha.

Eila sorprendida negó con la cabeza.

- ¿Tal vez ofendiste a alguien o fuiste insolente con algún anciano? Confiesa, ¿qué has hecho?

-Nada -contestó Eila distraídamente.

-Entonces, ¿por qué te veo tan abatida? ¿Por qué al acercarse el chamán ya te sonrojabas, ya palidecías? ¿Por qué tartamudeabas cuando te preguntó sobre las botas? ¡Yo estaba cerca y oí todo!

Eila dirigió a su madre una mirada llena de súplica, pero el severo rostro de Luma, alumbrado por las llamas, parecía frío e impenetrable.

-Si no has hecho nada malo, ¿por qué tiemblas ante el chamán como una caña en el viento? -los firmes labios de Luma se torcieron- ¿Acaso el chamán es tan terrible?

-Sabe hablar con los espíritus -dijo Eila-. Si se enfurece...

- ¿Y por qué debe enfurecerse? Dirk tiene suficientes botas, mientras que el forastero anduvo casi descalzo durante toda la primavera. Tienes buen corazón, al igual que tu padre; decidiste ayudar a Jian y nadie tiene derecho a juzgarte por eso. Incluso si al chamán no le gusta tu preocupación por el forastero y quiere maldecirte, los espíritus no lo obedecerán...

- ¿Por qué? -se sorprendió Eila - ¿Acaso no sabe descubrir la voluntad de los espíritus?

-A veces predice la verdad, pero con frecuencia los espíritus le dicen solo lo que le place al chamán. ¿No te parece extraño? -se rió Luma-. La Madre Osa es severa, pero justa con aquellos que la honran y no te castigará si no has cometido nada malo. No es necesario ser chamán para poder hablar con los espíritus... Bueno, basta de hablar de los espíritus, no te llamé para eso. Dentro de dos días es la fiesta de la Fogata Familiar y el chamán me pidió que yo te permitiera encender tu fogata ya este año.

"¡Entonces, Dirk no pudo esperar!" -pensó Eila con irritación.

-Aunque todavía no has cumplido quince inviernos, creo que eres bastante madura para encender tu fogata este verano...

- ¿Mamá, por qué la costumbre nos permite encender nuestra fogata a los quince inviernos y no antes? -preguntó Eila-. Nima está soñando con su fogata desde hace dos veranos...

-Las muchachas piensan que son muy inteligentes -suspiró Luma-. Muchas no quieren comprender que el matrimonio no es lo mismo que bailar con un joven junto a la fogata. La tribu necesita nueva gente y por eso lo principal para nosotras es traer al mundo

hijos, cuidarlos y educarlos. ¿Acaso una chica inmadura de cuerpo y alma puede hacerlo? Pero tú eres distinta, me haces recordar mucho a mí misma y yo, cuando tenía tu edad, ya sabía lo que quería...

- ¿Y cómo te diste cuenta, qué era lo que querías? -preguntó Eila inesperadamente para sí misma.

- ¡Fue muy fácil! Yo tenía solo trece inviernos cuando comprendí que tomaría por esposo a Gauk de la Tribu del Alce.

¡Era tan fuerte y vigoroso, aunque tenía solo tres inviernos más que yo! -el severo rostro de Luma se suavizó, los ojos se ampliaron y se encendieron con un brillo emocionante como si viera algo invisible para los demás. Eila nunca vio a su siempre ensimismada y reservada madre en tal estado.

-Gauk y yo comprendimos enseguida que seríamos marido y mujer, pero yo tenía solo trece inviernos y aun no podía escoger a mi esposo. ¡Cuánto rogué a mi madre permitirme encender la fogata, pero Gara era inquebrantable! ¡Y yo me enojaba con ella, pues todavía era una tonta! -Luma sonrió, algo que no hacía hace mucho tiempo y ahora parecía diez años más joven. "Mi mamá es muy bella -de pronto pensó Eila- ¿Por qué no lo noté antes?"

-Dos años Gauk y yo esperamos nuestra fogata familiar y ¡qué dulce fue nuestra primera noche, cuando concebimos a Zorg! ¡Cuánto me gustaría que sintieras lo mismo con Dirk! Pero hoy el chamán pudo convencerme que para la felicidad de ustedes dos sería mejor no esperar hasta el próximo año. Sin embargo, la última decisión depende solo de ti. Dime, ¿te sientes dispuesta a convertirte en la mujer de Dirk este año?

Eila quedó pensativa. Algo subconsciente le sugería a la joven que si diera su consentimiento ahora mismo, no aliviaría, sino, al contrario, profundizaría aún más aquella extraña tirantez que había surgido este verano entre ella y Dirk. Preocupado por el extraño comportamiento de su hijo, el chamán decidió arreglar todo con un matrimonio inmediato, pero Dirk se hizo tan terco y sospechoso, que ni siquiera lo ablandaría la luz de la Fogata Familiar...

-No te exijo que me respondas ahora mismo -dijo Luma, acariciando el cabello de su hija. Al igual que todas las mujeres de la tribu, Luma no era pródiga en ternuras y esta caricia inesperada hizo a Eila temblar y abrazar a su madre.

-Yo sé que eres mucho más inteligente que la mayoría de las chicas de tu edad y sabrás escoger un camino correcto -continuaba Luma- Aun tienes dos días para pensar. Si decides encender tu fogata este verano, seré la primera en felicitarte a ti y a Dirk, si quieres esperar hasta el otro verano -te comprenderé y no voy a regañarte... Eila, ¿qué te pasa?

Hundiendo su cara en el hombro de su madre, la joven lloró, sollozando, como no había llorado ni siquiera en su niñez.

-Calma, calma o despertarás a Uba -Luma con suavidad apretó sus manos contra las mejillas de su hija, obligándola a mirarla directamente a los ojos-. Nunca fuiste llorona, ¿qué te pasa ahora?

-Dijiste que apenas habías visto a mi padre, comprendiste que querías tomar por esposo solo a él -sollozó Eila-.

Y yo... Tal vez esté enferma, porque no siento hacia Dirk lo que debe sentir una muchacha hacia su prometido...

-No todos los matrimonios son iguales -Luma dio un suspiro profundo y triste-. Cuando recibí a Neil junto a mi fogata tampoco sentía calor en la sangre. Pero esto no nos impide ser felices y cuidarnos uno al otro...

-Mamá, pero aceptaste a Neil sólo después de comprender que Gauk no volvería y no podrías encontrar a nadie como él. ¡Conociste una verdadera alegría, aunque fuera por poco tiempo! -Eila, con fuerza, apretó la mano de su madre- ¡Y yo no la sentiré jamás! ¡Jamás!

- ¿Es así? -dudó Luma-. Tal vez la sientas pero no con Dirk. ¿Dónde están las botas para el forastero?

Sorprendida por la pregunta de su madre, Eila le tendió su trabajo. Las botas estaban casi listas, les faltaban solo unos últimos puntos, pero ya se veía que Eila había cumplido con su tarea exitosamente. A la luz de la fogata los rayos de los soles bordados centelleaban con todos los matices de rojo y amarillo y parecían vivos.

-Las botas que hiciste para Dirk el año pasado eran buenas, sólidas y nada más. Y estas... -Luma, con cariño, como a un ser vivo, rozó la suave piel de reno-. Este bordado no solo adorna, sino que vive y cuando Jian se ponga estas botas no sólo le calentarán los pies sino también el alma... Decide tu misma, obedece a tu corazón y... -Luma bostezó-. Ya es hora de dormir.

Eila se acostó sobre las pieles; el sueño casi al instante se apoderó de ella pero era extraño e intranquilo. Soñó con Jian orgulloso, con una sonrisa triunfal, con su negro cabello flotando al viento y su cuerpo semidesnudo como en las competencias de lucha. Eila cruzaba el calvero para coronarlo con flores. El muchacho ya estaba cerca, Eila sentía su ardiente aliento, veía el brillo de sus profundos ojos, el movimiento de sus largas pestañas y el temblor de sus músculos bajo la piel cobriza. De cerca se veía que Jian no era nada flaco ni huesudo, sus músculos eran como piedras y su piel quemaba como el fuego. Al coronarlo con flores, Eila sintió un insuperable deseo de caer entre sus brazos, pero en este momento entre ellos apareció el chamán, envuelto en la hirsuta piel de oso y con la atronadora pandereta en la mano. Alrededor de él bailaban los espíritus, parecidos a hombres con cabezas de animales. Todo el mundo giraba y flotaba ante los ojos de Eila. «¡Eres mía!» -sonó detrás de su espalda la voz de Dirk. El joven la abrazó con fuerza, pero sus brazos no calentaban, sino esparcían un frío glacial. Eila trataba de liberarse, pero el frío se hacía más y más insoportable.

- ¡Suéltame! -gritó Eila con voz angustiada.

- ¿Qué te pasa, hija? ¿Soñaste con algo? -oyó la preocupada voz de Neil.

Aun poseída por su sueño extraño, la joven se levantó lentamente de su lecho. En la cabaña en realidad hacía frío: la fogata se había apagado y Neil trataba de avivar los carbones aun calientes. Luma y Uba dormían y junto a la entrada estaban colgados dos enormes lucios traídos por Neil de la pesca nocturna.

Inclinado sobre los carbones, Neil soplaba con toda la fuerza de sus pulmones; en su barba rubia se veían copos grises de la

ceniza. Al sentir la extraña mirada de Eila, el hombre interrumpió su trabajo:

- ¿No estás enferma? ¿Por qué estás temblando? Te veo muy pálida...

-No, no pasa nada, solo he dormido mal -Eila se acercó al saco con agua, se lavó la cara y comenzó a peinar su larga cabellera enmarañada con un peine de hueso.

- ¿Qué tal si alegramos a tu madre y a Uba? -sonrió Neil. Sus esfuerzos por fin se coronaron con éxito y sobre las cenizas apareció una lengua de fuego-.

Cuando se despierten, el desayuno ya estará preparado. ¿Cómo te parece un lucio asado sobre carbón?

-Neil, ¿tú nunca te sentiste ofendido por mi padre? -de pronto preguntó Eila.

- ¿Qué? -se asombró Neil-. Gauk me salvó la vida, ¿cómo puedo ofenderme con él? Además, no se puede pensar y hablar mal de los muertos, ya que sus almas se pueden vengar de los vivos. ¿Por qué haces tales preguntas?

-A un hombre no le gusta cuando su mujer está pensando en otro.

- ¿Quién te ha dicho esta tontería? -se indignó Neil-. Cualquiera mujer puede perder a su marido y tomar otro, pero nadie

puede prohibir a Luma pensar en Gauk. Yo también lo recuerdo con frecuencia y no lo olvidaré jamás...

Las pobladas y claras cejas de Neil frunciéron, casi ocultando sus ojos.

Eila se sintió arrepentida por haber causado dolor a su padre adoptivo. Sin decir ni una palabra más, la joven tomó uno de los lucios y comenzó a limpiarlo.

### 13

Como lo exigía la costumbre, la fiesta de la Fogata Familiar comenzó con los rezos de cada tribu a sus espíritus protectores. En el centro de un gran calvero fueron instalados los ídolos pintados de colores vivos que representaban a la Osa, el Alce, el Lince y otros animales progenitores. Las mujeres de todas las tribus los untaban con grasa y rociaban con jugo de bayas, pidiéndoles bendecir las nuevas familias y darles muchos hijos. Después de esta solemne ceremonia todos se dirigieron hacia el lugar donde fueron colocados tazones con comida y odres con bebidas alegres.

Para esta gran fiesta las mujeres prepararon una gran variedad de platos sabrosos de carne, pescado, huevos, raíces, bulbos, vástagos tiernos y polvo de bayas secas. Todos estos manjares se acompañaban con copiosos tragos de jugo fermentado

de mirtillo, grosella y frambuesa; los que preferían bebidas más fuertes mezclaban el jugo con polvo de matamoscas.

Los adultos comían sin prisa, pasando uno al otro los sacos con bebidas. Los niños y los jóvenes se saciaron rápido y comenzaron sus juegos. Los más pequeños corrían entre las cabañas jugando al escondite; los adolescentes preferían el juego al "oso ciego". El "oso" con los ojos vendados pateaba torpemente y rugía con rabia, mientras que los demás corrían en su alrededor dándole pellizcos y coscorriones. El «oso» tenía que aguantar todo esto hasta que no agarrara a una víctima, la cual, a su vez, se convertía en «OSO».

Los jóvenes que esta noche deberían unirse a la luz de la Fogata Familiar se divertían con un afán especial, como tratando de disfrutar hasta el máximo las últimas horas de libertad, ya que a partir del próximo día ya no podrían participar en los juegos.

Mientras tanto el sol declinaba hacia el Poniente y en el aire se sentía la frescura nocturna. Imperceptiblemente para los demás, los jóvenes y las muchachas casaderas abandonaban el juego y desaparecían en las cabañas con el fin de prepararse para el acontecimiento principal de esta noche. Los que aun no habían cumplido la mayoría de edad continuaban jugando. Para una gran alegría de los «cazadores», el «oso» se desplomó sobre la hierba. Todos emitieron una fuerte carcajada y el «oso» con rabia se quitó la piel que le tapaba el rostro. Era Dirk -rojo, sudoroso y desgreñado.

- ¡Eso está fuera de las reglas! -se indignó uno de los muchachos-. Dirk, no capturaste a nadie, ponte de nuevo la piel.

- ¡Ya no quiero jugar! -rezongó Dirk. Se acercó a Eila e intentó agarrarla de la mano, pero la joven se apartó.

- ¡Eila, vámonos de aquí!

- ¿Para qué?

-Tenemos que hablar.

-Háblame aquí, delante de todos.

Dirk, turbado, miró a su alrededor.

- ¿Por qué te callaste de pronto? ¿Te comiste la lengua? -se rió Eila. En sus grandes ojos azules se encendieron dos chispas maliciosas.

- ¿Por qué no te has ido? -fue lo único que pudo pronunciar Dirk.

- ¿Y por qué debo irme?

- ¡Para encender la fogata! ¡Nuestra fogata!

- ¿Acaso te he prometido encenderla este año? Mira, Zorg tampoco se apresura y a él no le preguntas nada.

-Todavía no me siento listo para casarme -dijo Zorg, eludiendo la mirada de su hermana.

-Yo tampoco estoy lista para escoger marido -cortó Eila.

- ¡En vez de esto prefieres divertirte con el ahumado!  
-exclamó Dirk.

Jian se escolerizó, apretando los puños. Zorg se metió entre ellos para evitar la pelea. Otros muchachos los observaban en silencio.

-No puedo casarme contigo ahora mismo Dirk -con una voz baja, pero firme manifestó Eila-. Mejor esperaré cuando madures...

Por suerte, esta conversación nada agradable fue interrumpida por el estruendo de tambores y el chillido de flautas de hueso que sonaron desde el calvero donde fueron colocados los ídolos.

Todos acudieron hacia allá para no perder el momento principal de la fiesta.

Las muchachas casaderas aparecieron en el calvero con sus mejores ropas, con ramos de flores en las manos y comenzaron a dar vueltas ya acercándose y juntando las flores en un enorme ramo, ya dispersándose por el calvero y convirtiéndolo en un prado florido. A todos los que observaban la danza se les encendían los ojos. ¡Qué trajes no había allí! Los vestidos bordados con tendones multicolores, conchitas, placas de hueso, collares de dientes de animales, nácar y ámbar –todo esto bajo los rayos del sol poniente irisaba de colores suaves y vivos.

Bina bordó su vestido con plumas teñidas de varios colores y ahora ella misma parecía una pequeña ave abigarrada. Nima se veía muy orgullosa en su vestido de zorros plateados adornado con numerosas figuritas de hueso, talladas por las hábiles manos de Targ.

Los brazaletes cubrían los brazos de la joven desde las muñecas hasta los hombros, el collar de varias sartas le pendía más abajo de la cintura. Cuando Nima se movía, todos sus adornos hacían ruido; representaban para ella una verdadera pasión no de muy buen gusto. Sin embargo, con sus brillantes ojos celestes, hoyuelos en sus mejillas sonrosadas y labios regordetes Nima tenía tanta gracia y parecía tan contenta de sí misma que se le recompensaba esa tonta profusión.

Irna, famosa por su gusto fino, se vistió con una sobria y rebuscada simplicidad. Su vestido estaba adornado con un solo bordado -una flor grande y roja en el pecho que parecía viva y atraía las miradas. La frente de la joven estaba cubierta por una diadema de hueso tallada con tanta finura que parecía una telaraña petrificada. El collar de placas de nácar esmeradamente pulidas no era ni muy largo, ni muy corto y provechosamente distinguía a Irna de aquellas muchachas cuyos vestidos parecían erizarse de adornos.

Malga sobresalía no tanto por su atavío, como por su extraordinaria belleza que en aquella noche parecía realmente deslumbrante. El sol poniente encendía chispas rojizas en sus cabellos cuidadosamente peinados, brillaba en sus ojos ambarinos, se reflejaba en sus mejillas ligeramente morenas. Malga bailaba mejor que todas sus amigas, moviendo con agilidad su cuerpo esbelto y flexible, pero su cara permanecía seria, sin sombra de sonrisa.

Poco a poco el ritmo de la música se aceleraba y al calvero salieron corriendo los muchachos. Todos estaban desnudos hasta la cintura para que las chicas pudieran apreciar en su justo valor sus musculosos cuerpos, pintados con colores vivos. Suntuosos plumajes abigarrados -rojos, verdes, azules y amarillos- adornaban sus cabezas, sobre los pechos saltaban collares de colmillos de oso y jabalí. Algunos petimetres lucían brazaletes de hueso y estrechos pantalones de cuero adornados con figuritas de aves y animales.

Los jóvenes saltaban, asestaban golpes a un enemigo invisible y corrían rápidamente de un lado para otro para que las muchachas pudieran examinar bien a todos los pretendientes. Las chicas daban vueltas alrededor de los cazadores, tirándoles flores de sus ramos, mientras que la música se hacía más y más rápida hasta que el sol se ocultó por completo detrás de los árboles.

La música se cortó, los bailarines quedaron inmóviles. Las Madres de todas las tribus entonaron un canto solemne, rogando a los espíritus dar la felicidad a las nuevas familias. Las muchachas una tras otra se acercaban a la fogata principal, sacaban de ella ramas flameantes y desaparecían en el bosque. Pronto en la oscuridad brillaron numerosas fogatas y los jóvenes acudieron a su luz.

En el calvero continuaba la fiesta. De nuevo sonaba la música y ahora los mayores, embriagados por las bebidas alegres, bailaban alrededor de los ídolos y la fogata. Incluso los ancianos, olvidando sus años, hacían figuras complicadas, mientras que los niños, cansados de todo este alboroto, ya dormían en las cabañas o simplemente en la hierba.

Dirk con aire afligido con frecuencia acercaba a su boca el saco con la bebida de matamoscas y Eila decidió dejarlo solo. De pronto la joven vio a su hermana menor: Uba se acurrucó en la hierba y dormía profundamente sin hacer caso a la música y los

gritos de los borrachos. «Alguien puede pisarla» -se preocupó Eila; se inclinó sobre Uba para levantarla y llevarla a la cabaña, pero la adelantó Jian quien de pronto apareció de la oscuridad. Sin decir ni una palabra, el forastero levantó a la niña entre sus brazos; Eila lo siguió en silencio.

En la cabaña Jian con cuidado acostó a Uba sobre el lecho de pieles y avivó la fogata casi apagada. Eila se sentó a su lado.

- ¿No te gusta nuestra fiesta? -preguntó la muchacha.

- ¿Y a ti? -sonrió el joven- ¿Por qué no bailas con todos? ¿No se ofenderá tu prometido?

-Ahora Dirk no necesita mi compañía, sino la bebida alegre. ¿Por qué tú no bebes? ¿No te gusta?

-No, de vez en cuando hay que alegrar el corazón. Pero este brebaje de matamoscas me da náuseas -el vivo rostro de Jian se arrugó de repugnancia-. Quien ha probado las bebidas hechas por las mujeres de mi tierra ya no va a querer beber ninguna otra cosa. Pero con todo esto no quiero ofenderte y decir que las mujeres de tu tribu no saben hacer nada. Las botas que me regalaste no podría hacerlas ninguna de las mejores artesanas de mi tribu. ¡Tienes unas manos maravillosas! Diciendo esto Jian apretó las manos de Eila con fuerza. La joven sintió una extraña ola de calor que inundó todo su cuerpo al igual que en su sueño. Entre las llamas del fuego le pareció ver surgir la silueta del chamán temblando en una danza precipitada. Eila liberó sus manos de los dedos de Jian.

En la cabaña reinó un silencio embarazoso, perturbado únicamente por el dulce resuello de Uba, el chisporroteo de la leña ardiendo y la música que llegaba desde el calvero.

-Se acurrucó como una ardillita -al inclinarse sobre Uba, Eila acarició su mejilla- ¿Jian, tienes hermanos?

El joven negó con la cabeza.

- ¿Entonces, eres hijo único? ¿Cómo tus padres te dejaron partir? -se sorprendió Eila.

-No tengo madre, murió hace tres cosechas -pronunció Jian con tristeza-.

Y mi padre no me necesita. Según las costumbres de nuestra tribu, un viudo puede casarse solo con una viuda, pero mi padre escogió a una mujer solo dos años mayor que yo...

- ¿No es viuda? -preguntó Eila.

-Sí, su esposo pereció en las montañas. Pero, de todas formas, lo que hizo mi padre es una traición.

- ¿Por eso te fuiste de casa?

-No solo por eso, hace tiempo quería conocer el mundo... ¡Si yo me muero, nadie va a llorar! – los negros ojos de Jian brillaron con desafío.

-No debes juzgar a tu padre -replicó Eila-. Al igual que yo no juzgo a mi madre. Mi padre pereció el mismo día que yo nací...

- ¿Cómo? -no entendió Jian- ¿Acaso Neil no es tu padre?

-No, es solo padre de Uba. Mi padre se llamaba Gauk, lo mató un oso. Pero Zorg y yo amamos a Neil y no pensamos que nuestra madre nos traicionó... ¿Jian, las muchachas de tu tribu también encienden las fogatas familiares? -tratando de cambiar del tema, preguntó Eila.

-No, nos tiran granos en el santuario de la Madre Tierra. Además, el hombre es quien escoge, la mujer puede sólo aceptar o rechazar su propuesta.

-Y tú... -la voz de Eila tembló, la joven sintió que sus mejillas ardían- ¿Ya escogiste a tu prometida?

Hasta en la penumbra de la cabaña Eila vio que el rostro moreno de Jian palideció; el joven se estremeció como por un golpe inesperado.

-Sí, -fue lo único que pudo pronunciar y al levantarse de un salto desapareció en la oscuridad.

... Una tras otra, las fogatas se apagaban. Las familias formadas esta noche se iban a las cabañas de las muchachas; a partir de este momento el joven dejaba de ser hijo de su tribu natal y pasaba a ser miembro de la tribu de su mujer. Una sola fogata seguía ardiendo; Malga miraba sus llamas con lágrimas en los ojos, pero aún esperaba. Al oír los pasos de alguien, la joven se volvió, en

sus ojos ambarinos brilló una esperanza que se apagó al instante. No era su elegido, sino Arva –desgreñada tambaleante y con los ojos centelleantes a causa del exceso de bebidas alegres.

Sin decir ni una palabra, Malga de nuevo dirigió su mirada hacia el fuego.

- ¿No te da vergüenza, tonta? -se enfadó Arva- ¡Ya se llevaron a todos los muchachos, y tú quedaste sola, imbécil! ¡Deshonraste a toda la tribu, esteparia!

-Los buenos cazadores no se me acercaban y yo no quiero ser mujer de cualquier hombre -cortó Malga.

- ¿Acaso alguien bueno se dejará llevar por tus ojos rasgados? ¡Fea como tu padre! -Arva aulló como una loba- ¿Acaso era malo aquel muchacho de la Tribu del Jabalí que se te acercó dos veces y tú lo rechazaste?

- ¡Era gordo y feo como un verdadero jabalí! ¿Mamá, acaso te gustaría tener un yerno como este?

- ¿Y el otro joven, él de la Tribu del Castor? Este sí era guapo, ¿por qué lo rechazaste? ¡Maldita, yo quería estrangularte apenas naciste, pero Gara y Luma no me dejaron!

- ¡Mamá! -exclamó Malga con dolor-. No tengo la culpa de nada, ¿por qué me odias tanto?

- ¿De nada? ¿No piensas casarte nunca? ¡Deja de desquiciarme con tus ojos amarillos, esteparia!

Arva alzó con amenaza su puño huesudo para asestar un golpe pero Malga ni siquiera tembló y respondió con una voz serena y clara:

- ¿Por qué no te casas tú? Tal vez un buen marido te tranquilice.

Como un árbol arrancado por el viento Arva cayó de bruces y en una furia impotente golpeó la tierra con sus puños. Malga miraba a su madre con lástima y horror.

Después de la fiesta de la Fogata Familiar los Osos perdieron no solo a Mak quien se convirtió en el Hijo del Alce, sino a dos muchachos más que pasaron a vivir a la Tribu del Castor. Pero estas pérdidas se recompensaban porque los Hijos de la Osa adquirieron a

un tallador tan hábil como Targ y a Sink quien no solo sabía componer hermosas canciones, sino también tender con mucha destreza todo tipo de trampas.

Poco después de aquella fiesta principal de todas las tribus del bosque la aproximación del otoño se sentía cada vez más. Las noches se tornaban más largas y frías; se enrojecían los racimos de serbas, aparecían hojas doradas en los abedules, flameaban como antorchas los arces y los álamos y luego el bosque se cubrió con todos los matices de oro y púrpura. Pero las tribus del bosque no tenían tiempo para admirar con ocio toda esta belleza: tenían que abandonar la hospitalaria Tierra de los Mil Lagos y partir a sus campamentos invernales.

Cada vez, en vísperas de la partida, Eila sentía una ligera aflicción. Era triste pensar que pronto las tormentas invernales encerrarían a los Osos en sus sombrías cuevas. Habrá fríos, enfermedades, quizá muertes.

Eila siempre se consolaba pensando que la próxima primavera volvería a esta hermosa tierra, pero esta vez tenía el extraño presentimiento de que el próximo año ya no vería estos lagos infinitos, ni majestuosos pinos, ni las rocas de granito. Pero, ¿qué pasará en invierno? Eila escudriñaba el profundo azul del lago como tratando de encontrar la respuesta a aquella pregunta que la atormentaba pero la imperiosa voz de Luma la volvió a la realidad:

- ¡Eila! ¿Qué estás haciendo? ¡Ven acá o nunca terminaremos de empacar!

... Todas las tribus regresaban a sus tierras cargadas de reservas de carne, pescado, pieles y cuero, sin las cuales sería

imposible sobrevivir el largo invierno septentrional. Eran las mismas marchas largas, breves descansos y estacionamientos nocturnos al cielo raso. Durante todo este tiempo Jian no se acercó a Eila y no le dirigió ni una sola palabra, pero trabó amistad con Zorg.

En las noches los dos jóvenes con frecuencia extendían sus lechos uno cerca del otro y conversaban horas enteras. Malga parecía aún más sombría y callada que siempre y en las noches lloraba sin cesar. Dirk seguía enfadado con Eila por la fogata no encendida.

- ¿Qué les pasa a todos? ¿Acaso temen al invierno? -bromeaba Neil con los jóvenes-. Si Mak hubiese estado con nosotros, les hubiese hecho reír a todos.

Solo dos parejas -Targ y Nima, Sink y Bina- no notaban la taciturnidad de sus paisanos y, al parecer, no se preocupaban por el futuro. Los recién casados no se separaban ni un momento y casi no dormían en las noches; de sus fogatas se escuchaban ya los gemidos apasionados, ya los susurros tiernos como de arrullo de tórtola. Luma los miraba con una sonrisa de aprobación y para sus adentros rogaba a la Madre Osa darles una vida larga y feliz.

El regreso a su tierra natal no trajo descanso a los Hijos de la Osa: era preciso reparar las cuevas dañadas por las aguas desheladas y los animales que mangonearon en el campamento abandonado durante todo el verano. Las mujeres trabajaban sin descanso, arreglando las viviendas y la ropa de invierno, mientras que los hombres se preparaban para otra gran cacería, acechando renos en las rutas de sus migraciones otoñales. Sin embargo, los días pasaban y los renos no aparecían.

Las heladas comenzaron antes de tiempo. La hierba abatida por el frío se puso parda; en la madrugada el bosque se veía plateado por la escarcha. El sol aparecía raras veces, los nubarrones grises cubrían el cielo y casi todos los días traían una lluvia fría, menuda y duradera. Las caras de los cazadores se ponían sombrías igual que el cielo.

-La Madre Osa está ofendida -cuchicheaban en el campamento-. Los renos no vinieron a nuestras tierras.

... Una mañana nublada y gris en el campamento de los Osos apareció una pequeña banda de jóvenes de la Tribu del Alce. Era algo sorprendente ya que las tribus del bosque rara vez se visitaban una a otra en otoño e invierno. El aspecto de los visitantes evidenciaba que iban a la guerra o a alguna ceremonia solemne. Sus cuerpos estaban protegidos con petos de cuero bordados con placas de hueso, tenían las cabezas coronadas con astas de alces y las caras cubiertas de pintura. Al ver esta procesión temible las mujeres se enfurruñaban con desvelo y apuraban a ocultarse en sus cuevas: según las costumbres, ninguna de ellas, incluso la misma Madre de la Tribu, tenía derecho a intervenir en los asuntos de guerra.

Los jóvenes cazadores de la Tribu de la Osa salieron al encuentro de los Alces. Durante un tiempo ambas pandillas se escudriñaron una a la otra en silencio, luego Zorg con un gesto hospitalario propuso a todos sentarse alrededor de la fogata.

- ¿Dónde están sus adultos? -preguntó el líder de los Alces, un joven alto y robusto con un complicado peinado adornado con astas y plumas.

-En el bosque -contestó Zorg.

- ¿Qué tal la caza?

Reinó un silencio turbado.

- ¿Para qué preguntar si todo está claro? -dijo Zorg- ¿O en sus tierras ya aparecieron los renos?

-Los viejos dicen que este año los renos no vendrán porque la hierba está enferma -contestó el líder de los Alces-. Los espíritus se enojaron y enviaron las heladas tempranas.

- ¡Entonces hay que ofrecerles un gran sacrificio! -exclamó su vecino. Su rostro se ocultaba bajo una gruesa capa de colores, pero la voz parecía familiar.

- ¡Mak! -se alegraron los Hijos de la Osa.

- ¿Acaso Irna te trata mal, que has vuelto con nosotros tan pronto? -Bromeó Zorg dándole a Mak una fuerte palmada en la espalda.

-Aunque ya soy Hijo del Alce, jamás olvido a los viejos amigos -sonrió Mak-. Fui yo quien convencí a los Alces de dar un rodeo y pasar por el campamento de los Osos...

- ¿Y los Alces te obedecieron? -preguntó Dirk con asombro fingido-. Veo que ya te has convertido en un hombre importante en tu nueva tribu.

-Basta, Dirk, yo no bromeo -Mak se puso serio- ¡Escuchen qué les vamos a decir!

De nuevo habló el líder de los Alces:

- ¡Nosotros vamos a la guerra para capturar muchos prisioneros y sacrificarlos! ¿Quieren unirse a nosotros?

- ¡Sí! -exclamó Dirk, alzando su lanza. Tres lanzas más se levantaron sobre sus cabezas.

- ¿Y tú, Zorg? -se sorprendió Mak- ¿Desde cuándo la guerra te da miedo?

-No me da miedo, solamente que no se deben resolver tales asuntos cuando los hombres adultos no están en el campamento. ¡Pero de todas formas, voy! -los ojos de Zorg brillaron desafiantes; el joven alzó su lanza. Los demás Osos parecían esperar este gesto pues enseguida creció todo un bosque de lanzas.

Targ y Sink titubeaban ya que todavía no se sentían pertenecer completamente a los Osos pero, contagiados por el ímpetu común, también alzaron sus armas. Solo Jian se mantenía al margen y fabricaba un nuevo arco con un aire despreocupado como si todo lo que sucedía no le interesara.

- ¿Y el forastero? -preguntó Mak- ¿Vas con nosotros? Jian negó con la cabeza.

- ¡Así lo pensé! -con una sonrisa malévola exclamó Mak-. El ahumado solo sabe dar puñetazos pero las armas se le caen de la mano. ¡Ay!

Mak se hizo a un lado: el cuchillo de obsidiana, lanzado por Jian, se clavó en un árbol cerca de su mejilla. Todos miraron al forastero con recelo.

-No quiero derramar la sangre de nadie -la suave y melodiosa voz de Jian era firme como nunca-. Aún tengo que volver a casa cruzando las tierras de los esteparios y no me conviene pelear con ellos. Los esteparios son sus enemigos pero no los míos. Además, cuando regrese Neil, todo esto no le va a gustar nada.

- ¿Qué entiendes de eso, forastero? -lo interrumpió Dirk-. Tal vez los hombres de tu tribu son tan cobardes que castigan a sus hijos por las hazañas, pero los nuestros no...

- ¡No por las hazañas, sino por la imprudencia! -de pronto sonó la voz de Luma. Apasionados por su disputa, los muchachos no se dieron cuenta como se les acercó la Madre de la Tribu.

-Cuando los hombres traman la guerra, las mujeres no intervienen -en voz baja comenzó a hablar Luma-. Qué silben las flechas, se partan las lanzas y se derrame la sangre de nuestros esposos, hermanos e hijos; la mujer permanece callada. Pero eso sucede -la voz de Luma cobró fuerza- cuando a la guerra van los hombres maduros y no las cabezas locas como ustedes. El forastero tiene razón: a Neil no le gustará toda esta empresa.

- ¿Por qué, madre? -replicó Zorg- ¿Acaso no tenemos que ayudar a la tribu? ¡La Madre Osa necesita un hombre!

- ¿Y los recién casados? -preguntó Luma dirigiendo a Targ, Sink y Mak una mirada expectante - ¿Acaso quieren perecer cuando su vida en la nueva tribu apenas comienza?

Como confirmando estas palabras en el umbral de su cueva apareció Nima y al instante echó a su joven marido una lluvia de reproches:

-Targ, ¿así que fuiste a cortar leña? ¡No tengo con que encender la fogata y tú charlas con tus amigos como un soltero! Sink, a ti te llama Bina: en tu cueva gotea el techo.

Targ se dirigió al bosque y Sink entró en su cueva refunfuñando.

- ¡Qué rápido Nima y Bina dominaron a estos Linces! -se rió Mak- ¿Y qué pasará cuando Targ y Sink les digan que van a la guerra? ¡Habrá una tormenta!

-Ya es hora de comprender que la vida familiar no es tan fácil como parece -dijo Luma secamente- ¿Mak, antes de partir a la guerra hablaste con tu mujer?

-Irna se deshizo en lágrimas como si ya estuviera enterrándose. ¿Quién comprenderá a esa mujer? -Mak manoteó con un aire de desespero.

- ¡Claro que tú, su marido! Ustedes ya son hombres, pero todavía inmaduros. ¡Esperen a los cazadores mayores, pidan su consejo! ¡Piénsenlo bien, les suplico por todos los espíritus del bosque!

Con estas palabras Luma se alejó, orgullosa e inquebrantable como siempre y ninguno de los muchachos vio que por su mejilla corrió una lágrima indiscreta.

A pesar de las advertencias de Luma y otras mujeres, los jóvenes cazadores se dejaron influenciar por los Alces y partieron esa misma tarde. En el campamento reinaba un silencio triste y alarmante. Nima lloraba sin cesar, casi no comía y cualquier trabajo se le caía de la mano.

Bina fingía tranquilidad pero se veía callada y abatida. Las mujeres mayores sabían dominar sus sentimientos mucho mejor y se portaban como si nada hubiera sucedido pero en sus ojos se veía una tristeza imperceptible.

Transcurridos de unos días al campamento regresaron los hombres que a pesar de todos sus esfuerzos no encontraron siquiera las huellas de renos. Cuando Luma contó a su esposo sobre la escapada de los jóvenes, Neil no pronunció ni una palabra, pero su rostro se puso aún más sombrío.

... Los penosos días de espera parecían extremadamente largos. Los hombres en vano esperaban la llegada de renos y se contentaban con caza menor, las mujeres pasaban casi todo el tiempo en el pantano, recogiendo la roja y agri dulce kliukwa.

El cesto de Eila ya estaba lleno, pero la muchacha no se apuraba en regresar al campamento.

Al separarse furtivamente de sus amigas, se internó en el bosque y se acercó a la orilla del río. Ahora Eila estaba en el mismo lugar donde en la primavera se había encontrado con Dirk. ¡Cuánto ha cambiado todo desde aquel día!

Tratando de comprender sus extrañas emociones, la joven miraba al río. Pasará muy poco tiempo y el río se dormirá bajo la gruesa coraza de hielo, pero en primavera se despertará para continuar su camino sin fin. ¿Adónde te apresuras tanto, río? Los hombres contaban que más al sur el río se hace tranquilo y caudaloso y aún más lejos, donde los bosques retroceden ante la estepa, sus aguas salen a una inmensa llanura y corren sin prisa,

bañando las pequeñas islas y luciendo bajo el sol los bancos de arena blanca. Debe ser un espectáculo inolvidable, pero Eila jamás podrá verlo: la mujer no debe alejarse de su campamento natal.

Los dedos de alguien rozaron suavemente el codo de la muchacha.

Eila se volvió constreñida. A su lado estaba Jian. Desde que los jóvenes cazadores partieron a la guerra, el forastero pasaba en el bosque días enteros y regresaba al campamento solo al atardecer. Estas ausencias parecían extrañas, ya que Jian no traía consigo ninguna presa, pero ahora todos los Osos estaban demasiado sumergidos en sus propios problemas para concederles alguna importancia.

- ¿Estás triste? -preguntó Jian apenas audiblemente.

Eila asintió en silencio.

- ¿Estás preocupada porque tu prometido se fue a la guerra?

-Dime, ¿alguna vez has matado a un hombre? -preguntó Eila inesperadamente.

Una sombra extraña se deslizó por el rostro del forastero; sus ojos se encendieron reflejando una lucha interna.

El viento del río hacía volar su cabello; Jian con un gesto brusco retiraba de su frente los enmarañados rizos y parecía ser la encarnación de una impetuosidad incontenible e indómita.

- ¿Sí o no? -insistía la muchacha.

-Sí -en voz baja contestó el joven-. Nuestra tribu también tiene enemigos... ¡Pero no me gusta guerrear!

-No te pareces en nada a nuestros chicos -dijo Eila.

-Pero la guerra que hace mi tribu tampoco se parece a todas estas escaramuzas -suspiró Jian.

- ¡De verdad eres extraño, como un espíritu perdido! -de pronto exclamó Eila.

- ¿Acaso parezco un espíritu? ¡Mira, soy un hombre de carne y hueso!

Dominado por un ímpetu inesperado, Jian abrazó a Eila, apretándola contra su pecho. «¡Suéltame!» -quiso gritar la muchacha, pero su respiración se cortó.

En vez de resistir Eila se le estrechó aún más, echando sus brazos al cuello del joven. El aliento de Jian quemaba sus labios, los ojos parecían más oscuros y profundos que siempre y absorbían a Eila como dos remolinos negros...

El corazón de la muchacha comenzó a latir como la pandereta del chamán, pero de pronto Jian volvió en sí y se apartó con suavidad.

-No, no puedo -la voz del forastero se tornó ronca- ¡Hacerlo ahora sería una gran vileza!

Como quebrantado, Jian se sentó sobre la hierba marchita, agachó la cabeza y sus hombros se estremecieron.

- ¡Jian! -exclamó Eila asustada- ¿Estás mal?

El joven estaba inmóvil como un peñasco, ocultando el rostro en sus rodillas. Eila acarició sus cabellos.

Espesos, suaves y brillantes, ellos no se parecían en nada a la áspera melena de Dirk y Eila apenas superó el deseo de hundir su rostro en los negros rizos de Jian.

-Tienes toda la razón -dijo la muchacha-. Sería una gran vileza hacia tu prometida.

- ¡Y también hacia ti, hacia Dirk, hacia toda tu tribu! -exclamó Jian-. Estoy vivo solo gracias a los Osos y no puedo pagarles con maldad. Yo sé que no caigo bien a Dirk, pero él y yo comemos y dormimos bajo el mismo techo, cazamos en la misma banda y no quiero pelear con él. ¡Vamos, te enseñaré algo!

Jian agarró la mano de Eila y los dos se echaron a correr a lo largo de la orilla. Eila se sentía perturbada, pero lo seguía en silencio. Los dos se pararon junto a un enorme pino hace tiempo tumbado por una tempestad. Sus raíces arrancadas formaron una verdadera cueva bastante profunda, seca y bien protegida de las lluvias y las aguas desheladas. Jian se arrastró ágilmente a este asilo y con un gesto llamó a Eila. La joven titubeó.

-No temas -sonó en la oscuridad la alentadora voz de Jian-. Aquí no hay nadie, solo tú y yo.

Los ojos de Eila poco a poco se acostumbraron a la oscuridad. Primero vio solo unas raíces que bajaban del techo de la cueva, luego reconoció varios troncos esmeradamente tallados y ligados formando una pequeña balsa.

- ¿Cómo te parece mi balsa? -preguntó Jian sonriendo.

- ¿La hiciste tú mismo? -se sorprendió Eila- ¿Jian, hay algo en este mundo que tú no sepas hacer?

-Arponear peces. ¡A pesar de todos mis esfuerzos mi arpón siempre vuela fuera del blanco! -el joven se rió pero enseguida añadió en un tono serio:

-Tampoco sé hacer maldad a las personas que me salvaron la vida. Esta balsa es de prueba, la hice para ver qué tal iba a navegar. Apenas termine el invierno haré otra balsa más grande y navegaré al sur...

- ¡Y no te veré nunca más, no voy a saber si llegaste bien a tu tierra o encontraste la muerte! -exclamó Eila. Su voz tembló y sus ojos se llenaron de lágrimas.

- ¡Eila! ¡Si yo pudiera decirte qué dolor tengo aquí! -Jian estrechó con fuerza las manos de la joven, apretándolas contra su pecho- ¡Aquí tengo un fuego que me está quemando día y noche! Pero no debería decírtelo ahora...

- ¿Y cuándo? -preguntó Eila entre lágrimas-. En primavera te vas y no te veré nunca...

-Todo saldrá bien -Jian la abrazó con ternura; Eila, sofocada por las lágrimas, hundió su cara en el hombro del muchacho-. Nos volveremos a ver. No voy a partir solo, Zorg quiere ir conmigo.

- ¿Mi hermano? -se asombró Eila.

-Aunque muchos jóvenes de tu tribu piensan que soy un mentiroso, Zorg me cree y quiere ver todas las maravillas de mi tierra con sus propios ojos. ¿Sabes por qué Zorg no quiso casarse este verano? ¡Para poder viajar en primavera! Zorg quiere aprender todo lo que sabe mi tribu y luego enseñarlo a los Osos. ¡Así será mi agradecimiento a los Hijos de la Osa por su hospitalidad!

Entre más hablaba Jian, más crecía el asombro de Eila. Ahora la joven comprendía qué era lo que se escondía tras el extraño ensueño de Zorg y la falta de deseo de comprometerse con alguna muchacha. Lo quemaba el mismo deseo de conocer el mundo que dormitaba en el alma de Eila y era incomprensible para los demás Hijos de la Osa. El sueño de Zorg pronto se hará realidad, mientras que Eila pasará toda su vida junto al hogar, sea ella la mujer de Dirk o de cualquier otro cazador.

-Yo volveré con Zorg y tú serás mi mujer... -la voz de Jian se cortó-. Pero, ¿qué pasará con Dirk?

- ¿Y con tu prometida? -preguntó Eila.

-Tal vez ya se haya casado con otro y si no... Le contaré toda la verdad y ella tendrá que comprenderme. Apenas yo lo haga, se

calmará la tempestad que tengo aquí -Jian llevó la mano a su pecho-. Si tus ojos no me mienten, tú harás lo mismo con Dirk.

-Sí, así será justo -consintió Eila en voz baja- ¿Y no me olvidarás en tu tierra?

-Llegará el día, llegará el día, cuando el sol se apagará para siempre y los lagos se congelarán en pleno verano, cuando el corzo y la liebre perseguirán al lobo y el helecho florecerá -de pronto cantó Jian-. Y este será el día cuando dejaré de pensar en ti...

Jian cantaba esta canción de otro modo del que lo hacía Sink: en un ritmo mucho más rápido y su voz temblaba de pasión.

Eila se sonrojó y bajó los ojos, pero un grito estridente en la orilla del río la hizo estremecer y apartarse del forastero.

- ¡Eila! ¡Eila! -gritaba alguien acercándose.

-Mejor salir para que no descubra mi refugio -dijo Jian.

Entre los árboles se veía la capa de lince y la roja cabellera de Dirk.

-Dirk está aquí, entonces, la guerra ya terminó -supuso Jian.

-Algo sucedió -se alarmó Eila-. Nunca he visto a Dirk tan preocupado...

- ¡Por fin te encontré! -dijo Dirk entre dientes. Su cabello parecía igual de erizado que la piel de su capa-. Eila, te busca la Madre de la Tribu. A Zorg lo hirieron los esteparios...

- ¡Madre Osa! -exclamó Eila- ¿Está muy grave? -Todos en el campamento hablan sobre eso, eres la única que no sabe nada -rezongó Dirk. Al forastero no lo dignificó ni con una palabra ni con una mirada.

-Cada noche yo rogaba a nuestra progenitora que te protegiera y ella me escuchó. ¡Aquel estepario te apuntaba justo al corazón y debe ser la misma Madre Osa quien detuvo su flecha!

La voz de Luma se cortó, pero sus sensibles manos que no se endurecían con ningún trabajo revolían con destreza las hierbas medicinales escogiendo las necesarias. Zorg yacía sobre la piel de reno y, tratando de no contraerse de dolor, miraba el techo ahumado de la cueva. Al parecer, ni siquiera vio entrar a su hermana.

-Zorg, ¿qué pasó? -Eila corrió hacia el lecho pero Luma detuvo a su hija con un gesto precavido: -No hagas ruido. Ya debes saber que en la guerra esto sucede con frecuencia. Un estepario disparó contra Zorg una flecha pero, al parecer, no tensionó bien la cuerda. La herida es superficial, la flecha solo se deslizó por las costillas.

-Atacamos a los esteparios de noche pero no logramos cogerlos por sorpresa -despertando de sus lúgubres pensamientos dijo Zorg-. Yo salí bien librado, pero Mak y dos Alces regresaron sobre camillas funerarias. ¡No capturamos ni un solo prisionero!

A Eila le pareció que todo se había sumergido en una profunda oscuridad, aunque la fogata seguía ardiendo. ¿Es posible que nadie más se reirá con las bromas de Mak? ¿Y qué sentirá Irna? Debe ser muy triste y doloroso enviudar después de estar casada sólo un par de meses...

- ¡No importa, aún nos veremos las caras con los esteparios!  
-Zorg intentó levantarse pero Luma con despecho le dio un fuerte coscorrón en la frente:

- ¡Quédate quieto o vas a sangrar de nuevo! Ya perdiste mucha sangre porque tus compañeros saben solo jactarse de su

fuerza pero no tienen la cabeza para parar bien una hemorragia y vendar la herida como es debido -al inclinarse sobre Zorg, Luma colocaba sobre el pecho de su hijo las cataplasmas de hojas de pulmonaria -Bueno, espero que para mañana esta hierba no solo calme el ardor de tu pecho, sino también aclare tu mente... ¿Cuándo entrarás en razón? Zorg, ya deberías casarte y construir tu propia vivienda. ¿Acaso piensas vivir con los jóvenes cazadores hasta ponerte canoso? ¡Ya quiero tener mis nietos! Luma calló y con la cabeza agachada salió de la cueva.

- ¿Por qué afliges tanto a mamá?

-preguntó Eila con reproche.

Zorg permanecía callado; sus inmóviles ojos dirigidos hacia la fogata reflejaban las chispas doradas.

- ¿Te duele mucho? -Eila acarició con compasión el pecho de su hermano.

El joven negó con la cabeza:

-Es un simple rasguño. Mañana me levantaré e iré a la Fogata del Consejo.

- ¿Habrás el Gran Consejo? -se animó Eila.

-Los adultos tienen que resolver dónde conseguir la víctima para la Madre Osa. ¡Hay que volver a la tierra de los esteparios! -los ojos de Zorg brillaron con odio-. Esta vez reuniremos una gran banda y ... vengaremos a Mak.

- ¿Y si los adultos no lo permitieran? -replicó Eila- ¿Tal vez la Madre Osa no se enoje si este año no le sacrificamos a un hombre?

-De todas formas, la Madre Osa necesita sacrificio o habrá hambre -con aire taciturno dijo Zorg-. Eila, tráeme agua, mi pecho arde en llamas.

Eila en silencio sacó un poco de agua de un saco de cuero. Zorg bebió con avidez y de nuevo se tendió sobre la piel. Eila humedeció sus ardientes mejillas y frente sudorosa.

-Tienes fiebre, Zorg.

-No es nada, la mamá dijo que esto pasaría mañana. ¿Y por qué te tiemblan las manos?

Eila calló. Si Zorg estuviera sano, ella sin pensarlo mucho trataría de averiguar todo sobre su empresa de partir al sur con Jian y compartiría con su hermano todas sus precauciones. Pero no se puede preocupar a los heridos y enfermos, esta regla la observaban todas las Hijas de la Osa.

17

Luma echó una mirada a todos sus paisanos reunidos en la Fogata del Consejo, levantó su cetro y habló, recalcando cada palabra:

-La Madre Osa envía a sus hijos una prueba difícil. Todos los signos evidencian que el invierno este año comenzará temprano, será frío y largo. Durante el verano la tribu cobró fuerza e hizo buena reserva, pero... Los renos no vinieron a nuestras tierras, nos quedamos sin presa de otoño lo que significa que a mediados de invierno, cuando se termine la reserva de verano, la tribu va a aguantar hambre. Muchos de ustedes recuerdan aquel invierno cuando pereció mi primer esposo. Este invierno puede ser igual de duro o incluso peor. ¿Qué dicen los espíritus?

Esta vez el chamán llegó al consejo sin máscara y amuletos y no quiso anticipar su discurso con danzas sagradas.

-La Madre Osa está ofendida -gritó sacudiendo su pandereta- Pronto caerá la primera nieve y si no la rociamos con sangre humana, muchos de los Hijos de la Osa no vivirán hasta la primavera. ¡Es mejor entregar ahora a un solo hombre que luego perder a muchos!

Todas las miradas se dirigieron a los jóvenes cazadores. Dirk clavó sus ojos en el suelo sin atreverse a mirar a la cara a ninguno de sus paisanos. Sink y Targ se miraron con perplejidad: su vida en la nueva tribu no comenzaba tan bien como les gustaría. Zorg, como tratando de defenderse, cruzó las manos sobre su pecho vendado; ya no tenía fiebre pero aún se veía débil y pálido. Los otros muchachos también estaban sentados con las cabezas gachas y sólo Jian permanecía tranquilo ya que no sentía ninguna culpa.

-Todos ya saben que la guerra contra los esteparios resultó un fracaso -dijo Luma-.

Sin embargo, quisiera saber, ¿por qué nuestros valientes guerreros huyeron después del primer combate? ¿Quién hablará?

Después de alguna vacilación se levantó Dirk:

-No penetramos lejos en la estepa porque nos encontramos con los esteparios antes de lo que esperábamos. Era una banda pequeña, así que decidimos esperar la noche y atacar su campamento...

- ¡Estúpidos! -sin poder aguantar exclamó Neil-. Un buen guerrero nunca comienza el combate sin saber que tan fuerte sea su enemigo.

-Pero los esteparios eran muy pocos... -trató de justificarse Dirk.

-Una banda pequeña puede causar grandes pérdidas -replicó Neil con severidad-. Un guerrero experto vale diez tontos como ustedes.

No deberían atacar el campamento de los esteparios aquella misma noche, sino seguirlos a escondidas y esperar cuando uno o dos enemigos se separen de la banda...

-Ya era tarde -contestó Zorg que hasta el momento guardaba silencio-. Me pareció que los esteparios nos descubrieron, pues se veían atentos. Propuse retroceder al bosque y esperar un tiempo pero nadie quiso escucharme. El líder de los Alces me trató de cobarde y dijo que la empresa era de él y todos teníamos que obedecerlo. Me callé pues en la guerra no puede haber dos jefes.

-Me alegro que mi hijo resultara un poco más prudente que los demás -con tristeza sonrió Luma-. Pero eso no elimina tu culpa, Zorg.

-Lo comprendo -suspiró el joven.

De nuevo habló Dirk:

-Al parecer los esteparios ya nos esperaban y pusieron centinelas a los cuales no percibimos. Cuando atacamos el campamento comenzó un alboroto... A Mak y al jefe de los Alces los atravesaron con lanzas en un instante y Zorg se salvó por pura suerte. Menos mal que los esteparios no nos persiguieron. ¡Pero pronto nos vamos a vengar de esas bestias!

Luma alzó su cetro haciéndolo callar. Reinó un silencio deprimente perturbado solo por los sollozos de las hermanas de Mak y de su madre, la vieja Mvena.

-Los jóvenes cazadores cometieron una gran estupidez -por fin dijo el chamán-. Pero la Madre Osa perdonará a sus hijos si recibe un gran sacrificio...

- ¿Dónde conseguimos ahora un prisionero? -Neil acarició su barba con desvelo-. No se puede ir a las tierras de los esteparios: ahora estarán alerta y se moverán solo en bandas grandes y bien armadas.

¿Cuántos Osos perecerán por un solo prisionero? Si la tribu perdiera a sus mejores cazadores, no sobrevivirá hasta la primavera.

-Bueno, entonces esperaremos la primera nieve sin sangre humana -dijo Luma- ¡No se puede sacrificar a la Madre Osa a uno de sus propios hijos!

La muchedumbre se conmovió con disgusto, muchos sacudieron sus cabezas mostrando indignación. Luma frunció el ceño y mordió sus labios. Viendo su turbación, el chamán sonrió:

-La Madre Osa acaba de susurrarme al oído como podemos complacerla y no arriesgar las vidas de nuestros mejores guerreros. No es preciso ir a las tierras lejanas para traer a un prisionero pues ya lo tenemos aquí...

Hasta aquel momento Eila escuchaba la conversación de adultos con tranquilidad pero ahora su corazón se estremeció presintiendo algo terrible.

Después de una pausa expresiva el chamán continuó su discurso:

-Esta primavera la Madre Osa nos envió un joven forastero y ahora tenemos que devolvérselo. ¡Qué regrese al pantano de donde salió! Los espíritus dicen que la tribu no tendrá suerte hasta que no les entreguemos el forastero. No pudimos sacrificarlo en primavera porque en aquel entonces estaba herido y débil, pero ahora es fuerte y sano. Ya sabemos que su tribu natal vive demasiado lejos, entonces, podemos no temer a sus paisanos con flechas y cuchillos de hielo negro. Además, seguramente ya lo creen muerto y no se van a vengar de los Hijos de la Osa. Decidan qué es mejor: ¿ofender a nuestra progenitora o sacrificarle al forastero?

La muchedumbre de nuevo comenzó a susurrar: unos expresaban su aprobación, otros, su indignación. Eila sintió una extraña debilidad, sus ojos se nublaron.

Malga apretó su mano tratando de consolarla. Las otras muchachas las miraron con sorpresa. Una sombra extraña ocultó el siempre impenetrable rostro de Luma, pero la Madre de la Tribu permaneció callada.

- ¡Jian no es ningún prisionero! -se indignó Neil-. No puedo alzar la mano contra alguien que vivió con nosotros tanto tiempo. ¡Sacrificar a Jian es lo mismo que matar a un paisano!

- ¿Prefieres que mueran los hijos de nuestra propia sangre? -sollozó Mvena-. Hoy he perdido a mi hijo, mañana lo mismo le puede suceder a cualquiera de ustedes...

- ¡Es cierto, hay que sacrificar al forastero! -la apoyaron las otras mujeres.

- ¡No! -de pronto exclamó Zorg olvidando por completo que los jóvenes no podían hablar sin permiso de los mayores-. Jian no debe morir por errores ajenos.

¡Sería justo entregar a la Madre Osa a alguien que hubiera participado en esta guerra!

-Estás loco... -susurró Dirk.

-Yo mismo estoy dispuesto a partir para el País del Sol Poniente si eso ayudara a la tribu -no se calmaba Zorg- ¿Por qué

nadie quiere comprender que al forastero lo necesitamos vivo y no muerto?

- ¡Cállate! -gritó Luma. Nadie nunca había visto a la Madre de la Tribu tan pálida y asustada-. Parece que la flecha no te hirió en el pecho sino en la cabeza. ¿Acaso se puede sacrificar a la Madre Osa a uno de sus hijos? Así provocaremos su ira y no su benevolencia.

El ruido se ponía más fuerte: nadie escuchaba a su vecino, todos manoteaban, discutiendo con exasperación. El chamán alzó su pandereta, la sacudió con fuerza pero esta vez nadie obedeció la voz de los espíritus.

Los jóvenes cazadores rodearon a Zorg quien trataba de superar el vocerío repitiendo que el forastero no debería perder la vida por tonterías que no había cometido; solo Dirk se mantenía aparte y ni siquiera trataba de ocultar su sonrisa triunfal. Eila se levantó de un salto pero Malga la detuvo con un fuerte abrazo.

Jian se acercó a la fogata; se veía tranquilo pero un poco pálido. Durante un tiempo observó a los enfurecidos Hijos de la Osa y luego habló con una voz sorprendentemente firme:

-Hace tiempo yo quería agradecer a los Hijos de la Osa pero no sabía cómo hacerlo. ¡Ahora los dioses me indicaron el camino correcto!

Los gritos cesaron. Todas las miradas se dirigieron hacia el forastero.

-No quiero que los Osos sufran y peleen por mí -la voz de Jian ni siquiera tembló-.

Si mi muerte puede ayudarle... ¡no la temo! ¡Los Hijos de la Madre Tierra y del Padre Cielo no somos cobardes!

Diciendo esto Jian arrancó de su cinturón el cuchillo de obsidiana del cual nunca se separaba y lo clavó en la tierra. Dirk miró el arma con un anhelo no oculto.

- ¡Qué se alegren los espíritus! ¡La primera nieve se manchará con sangre humana! -exclamó el chamán sacudiendo su pandereta.

- ¡Jia-a-an! -sin poder contenerse gritó Eila. En este momento no le importaba que pudieran pensar de ella su madre, Dirk y toda la tribu.

Jian se estremeció, se hizo hacia delante pero enseguida apartó la vista...

Aquella tarde en la cueva de la Madre de la Tribu reinaba un silencio lúgubre a pesar de tener un buen pretexto para alegrarse: en el río cerca del campamento se detuvo una gran bandada de gansos migratorios. La presa era abundante pero nadie tenía

apetito; el ganso asado quedó casi intacto y hasta la pequeña Uba, contagiada con la tristeza de los mayores, casi no tocó la apetitosa ala dorada.

- ¿Todos se enfermaron a la vez? -se alarmó Luma-. Zorg, has perdido mucha sangre y debes comer bien.

-No tengo ganas -contestó el joven con aire sombrío y se alejó al más apartado rincón de la cueva donde se tendió sobre las pieles. No se movía pero Eila sospechaba que Zorg no dormía sino que sufría por escrúpulos.

Neil salió de la cueva con el pretexto de dar de comer a los perros; Uba siguió a su padre.

Eila permanecía inmóvil; su mirada dirigida hacia el fuego no expresaba nada. Hace dos días, desde que a Jian lo tenían en la fosa para los prisioneros, ella no salía de la cueva y no quería hablar con nadie.

Luma recogió los tazones y sin poder aguantar la mirada de su hija habló con voz baja y temblorosa:

-Puedes pensar de mí todo lo que quieras. ¿Crees que para mí fue fácil entregar al forastero? ¡En primavera arranqué a ese muchacho de las garras de la muerte pero ahora no puedo salvarlo!

Eila guardaba silencio pero su corazón se oprimía al ver a su madre siempre tan segura de sí misma hablar con aire de culpa.

-No soy ciega y comprendo qué significa para ti ese chico. Pero no soy solo tu madre, sino también la Madre de la Tribu. ¡No podía enfrentarme a todos! ¿Acaso la jefa no debe dirigirse hacia donde se dirige la mayoría de la tribu?

Cuando seas mayor, comprenderás que la gente no siempre hace lo que quiere. ¡Lo mandé al sacrificio por toda la tribu! Eila, ¿por qué estás callada? ¡Dime algo!

Pero Eila no podía ni hablar, ni seguir escuchando a su madre. Sin decir ni una palabra la joven salió de la cueva y, sin saber por qué, se dirigió hacia el bosque. Como sumergida en un letargo, Eila caminó sin distinguir el camino y volvió en sí solo en el lindero del bosque, donde bajo los peñascos mohosos dormían en sueño eterno aquellos Hijos de la Osa cuyas almas se habían ido al País del Sol Poniente. Cuando Eila todavía era pequeña, Luma le había enseñado la piedra bajo la cual yacía Gauk, y ahora la joven se arrimó al peñasco como buscando la protección de su padre desconocido.

... Si hace quince años Gauk no hubiese cerrado el paso al oso enfurecido, seguramente viviría hasta ahora.

Entonces, Luma no hubiese perdido su alegría y Eila y Zorg tendrían a un padre verdadero y no solo recuerdos. Pero entonces Neil hubiese partido al País del Sol Poniente muy joven y al mundo no hubiese venido la traviesa y pecosa Uba, los jóvenes cazadores no tendrían a un educador tan paciente y sabio y nadie enfriaría ahora el ardor de los muchachos para disuadirlos de una nueva guerra contra los esteparios... ¿Quién sabe, cómo una sola persona podía cambiar la vida de toda la tribu?

Abrazando la piedra fría Eila sentía una ligera brisa rozar sus cabellos y eso parecía el contacto de unas manos invisibles, un cariño paterno. Aunque en el lejano País del Sol Poniente Gauk puede pedir a la Madre Osa ser benevolente, nunca intercambiará palabra con alguno de sus paisanos vivos. Desde su morada celestial Gauk ve todo lo que sucede en la tierra, sigue cada paso de sus hijos pero jamás podrá defenderlos contra todos los peligros de la vida terrestre ni ayudarles con sus consejos.

- ¿Puedes decirme si la Madre Osa en realidad exige la vida del joven forastero? -susurró Eila rozando con sus labios el musgo que cubría la piedra-. Neil dice que sacrificar a Jian es lo mismo que matar a un paisano, Zorg tampoco quiere este sacrificio pero nadie los escucha, todos creen al chamán. Yo nunca te pedí nada pero ahora te suplico: ¡haz algo, envía algún signo para que todos, incluso el chamán, comprendan que los espíritus no quieren la muerte de Jian!

Alguien tiró con suavidad la capa de Eila.

-No pensaba encontrarte aquí -sonó la voz de Malga-. Zorg con frecuencia habla con su padre muerto pero tú no lo haces nunca...

-Los hombres piden a los espíritus darles suerte en la caza o en la guerra pero nosotras, las mujeres, no tenemos una vida tan turbulenta y no debemos distraer a los muertos con pequeñas cosas -dijo Eila.

Malga tenía los ojos clavados en la tierra y no se atrevía a hablar.

- ¿Para qué me buscaste? -preguntó Eila.

-No quería escuchar a hurtadillas lo que decías al espíritu de tu padre pero... así sucedió. ¿Crees que los muertos pueden hacer algo para salvar al forastero?

Eila se encogió de hombros.

-Aunque la misma Madre Osa baje del cielo y diga que no aceptará al forastero en sacrificio, el chamán va a insistir en lo suyo -sonrió Malga con amargura-. No existe tal fuerza que obligue al chamán a cambiar su decisión. ¡Por Dirk él bajará la luna y las estrellas!

- ¿Por Dirk? -se sorprendió Eila.

- ¿Crees que todos somos sordos? Dirk hace tiempo amenazaba a Jian y repetía que tú no habías encendido la fogata familiar por culpa del forastero. ¡Ahora Dirk logró lo que quería!

- ¿Entonces, yo misma empujé a Jian hacia el poste de sacrificios? ¡Pero que Dirk no se alegre antes de tiempo, jamás lo recibiré junto a mi fogata! -exclamó Eila entre lágrimas.

Malga tocó con suavidad el hombro de su amiga.

-En primavera me dijiste que a veces es necesario confiar tu dolor a otra persona. Pero ahora tú eres la que calla y trata de ocultar su pena de todo el mundo. ¿Acaso no te dije que siempre podrías contar conmigo? Si el forastero te importa tanto, ¿podrás ver como lo van a asaeatar?

-Malga, todo esto me duele y tú me hieres aún más con tus palabras.

-Sí, voy a hacerlo hasta que comprendas que debemos salvar al forastero sin esperar ayuda de los muertos.

- ¿Cómo? A Jian lo vigilan muy bien, de eso se ocupa el mismo chamán.

-Pero el chamán también necesita dormir en la noche y yo sé cómo podemos eliminar a los vigías -Malga miró a su amiga con astucia-. Mi madre hace varios días tenía un terrible dolor de cabeza y no podía dormir en las noches. El chamán le dio un tazón de polvo de matamoscas y dijo que tomara un poquito cada tarde. Las dos últimas noches mi madre durmió como un tronco...

-Espera... -musitó Eila-. Quieres robar a Arva su polvo somnífero y...

- ¡Eso es lo que pienso! Yo sabía que ibas a entenderme enseguida. Pero... -Malga miró a su alrededor pero el bosque otoñal permanecía callado y sereno-. Si nuestros hombres lo siguen con los perros, Jian no irá lejos...

-No, el río no deja huellas -con seguridad dijo Eila.

19

El sol se apagaba tras los árboles. El aire se ponía más y más frío y Dirk echó más leña en la fogata. El otro guardia era Sink; él se arropaba con una ancha capa y soplaba sus manos heladas.

- ¡Ojalá la nieve caiga pronto! -con aire descontento rezongó Dirk- ¡Quién sabe cuántas noches más tendremos que vigilar a este ahumado!

-De no ser por él, ahora yo estaría acostado en mi cueva, al lado de Bina -suspiró Sink- ¡Qué frío! Oye, Dirk, ¿el forastero no se congelará? Los espíritus no necesitan a los enfermos y débiles.

Dirk sacó de la fogata un tizón flameante, se acercó a la fosa y miró hacia abajo. No era una fosa de caza, en vez de estacas afiladas tenía en su fondo una gruesa capa de hierba seca y ramas de abeto para que fuera posible empujar al prisionero sin causarle daño.

Forzando la vista, Dirk discernió que Jian estaba acurrucado en el fondo y parecía dormido.

- ¡Allá no hace tanto frío como arriba! -exclamó Dirk-. El ahumado duerme como un tronco y nosotros tenemos que congelarnos por su culpa...

- ¡Salta a la fosa y te calentarás! -sonó la burlona voz de una muchacha.

- ¿Quién es? -preguntó Sink alzando su lanza instintivamente.

- ¡Los suyos!

A la fogata se acercaron Malga y Eila con un plato de madera sobre el cual humeaba un ganso asado y con un odre lleno de jugo de kliukwa.

-Yo ya estaba pensando que la tribu se había olvidado de nosotros. ¿Creen que es fácil estar despierto toda la noche con el estómago vacío? -Dirk comía con avidez, mirando de soslayo a Eila quien esta noche se veía algo pálida pero más bella que nunca.

-No entiendo, ¿para qué hay que vigilar al forastero? -preguntó Malga acercando sus manos al fuego. -La fosa es bien profunda y él no podrá salir sin ayuda.

- ¡De ningún modo! -exclamó Dirk-. Este forastero es ágil como un lince. Deberíamos amarrarlo.

-Sí -contestó Sink quien devoraba un pernil de ganso.

-Dejen algo para el forastero -les reprochó Malga.

-Él no se despertará hasta la madrugada -Dirk limpió sus manos grasosas con hierba seca e intentó abrazar a Eila- ¿Por qué estás callada?

La joven se estremeció y con enfado quitó la mano de Dirk de su hombro.

-Eila, ¿qué puedo hacer para que no te enfades conmigo?  
¡No te hice nada malo! -en la voz de Dirk sonó una súplica.

Eila indicó a la fosa con un ligero movimiento de cabeza.

- ¿Por el forastero? ¡Pero si no fui yo quien lo tiró a la fosa, sino toda la tribu! Los espíritus ansían su sangre y nadie puede hacer nada. Si quieres saber, Jian dijo que no me guardaba rencor e incluso me regaló su cuchillo de hielo negro -los dedos de Dirk acariciaron el arma-. Si no me crees, pregúntale a Sink.

-Todos los jóvenes cazadores nos pusimos de acuerdo que en el día de sacrificio vamos a apuntarle sólo al corazón para que no sufra -comentó Sink.

-Buena idea -dijo Malga. Los muchachos no percibieron en sus palabras una burla oculta.

-Ves, Eila, eres la única que no quiere este sacrificio -concluyó Dirk-. El ganso estaba muy rico, ahora hay que remojar la garganta. ¿Qué tienen en el odre, chicas?

-Pruébalo -sonrió Malga.

- ¿Jugo de kliukwa? -al tomar un trago, Dirk chasqueó su lengua con satisfacción- ¡Sink, pruébalo, es delicioso!

Sink no esperó otra invitación. Pronto el saco quedó vacío.

-Gracias, chicas. ¡Todo fue rico pero poco! -Dirk secó sus labios y con tristeza apartó el saco vacío-. Sink, ¿las mujeres de la Tribu del Lince saben preparar bebidas tan sabrosas? ¡Sink!

El joven no reaccionó: un sueño profundo se apoderó de él en unos segundos. Dirk sacudió a su compañero pero pronto, sin poder superar una extraña somnolencia, también se tendió sobre la hierba.

... Se despertaron sólo en la madrugada. Una capa blanca y fina de la primera nieve cubría la tierra y los árboles. Casi toda la tribu se apiñó alrededor de la fosa vacía. El forastero se esfumó y junto con él desaparecieron Eila y Malga.

- ¡Yo les advertí que Jian no era un hombre común sino un espíritu perverso del pantano! -se encolerizó el chamán-. Primero nos envió las heladas tempranas y embrujó a los renos, luego avisó a los esteparios sobre la guerra y, cuando yo lo desenmascaré y quise regresarlo al pantano, adormeció a los guardias y nos raptó a Eila y a Malga.

No menos que el chamán se indignó Arva quien ya había descubierto la desaparición del polvo somnífero. Con un siniestro brillo en los ojos, se tiraba de los pelos y maldecía con palabras horribles no sólo al forastero, sino también a su propia hija.

- ¡Basta! -la cortó bruscamente la pálida pero tranquila Luma-. Antes de culpar a Malga piensa en ti misma. Ya comenzaste a odiar no solo a los esteparios, sino a todo el mundo, incluso a tu única hija. ¡Con razón la pobre chica decidió huir de tal madre! como

tú! Dirk y Sink se convirtieron en el blanco de las burlas, pues no solo se dejaron engañar por las muchachas sino también perdieron sus armas: Sink quedó sin su cuchillo y lanza y Dirk, sin su hacha y arco. Para gran sorpresa de todos, Jian le había dejado su cuchillo de obsidiana pero un regalo tan generoso no ablandó el alma de Dirk, sino que encendió su ira aún más. Blandiendo el arma, el joven juró que iba a cortarle la garganta al forastero con sus propias manos.

Viendo su furia, todos se hicieron a un lado instintivamente y solo Nima se atrevió a responder:

- ¡Primero atrápalo y después amenázale con la muerte! Me imagino que ahora Jian debe estar riéndose de ustedes dos.

Otras muchachas se rieron a carcajadas y solo Bina, afligida por el descuido de Sink, mordió sus labios con enojo y se alejó con la cabeza gacha.

El chamán sacudió su pandereta exclamando: - ¡Hoy cayó la primera nieve y no la rociamos con sangre humana! ¿Ven que los nubarrones cubren todo el cielo? ¡La Madre Osa no los dispersará hasta que no reciba a un hombre, pero ustedes solo charlan y pierden tiempo!

- ¡Es cierto, la Madre Osa está enfurecida! -gritó Dirk alzando el cuchillo de obsidiana - ¡No han podido irse lejos! ¡Verteré la sangre del forastero por todo el bosque y Eila hoy mismo será mi mujer, lo quiera o no!

Los otros jóvenes cazadores le respondieron con un estridente grito de guerra. El ardor que se apoderó de ellos no lo podía enfriar ni la misma Madre de la Tribu. Más que todos se

enardecían Dirk y Sink que deseaban a toda costa lavar su reciente deshonra.

Solo Zorg no quiso participar en la persecución alegando lo de su herida.

Separándose en pequeños grupos, los jóvenes cazadores se adentraron en el bosque.

El campamento quedó sumergido en silencio; solo el chamán continuaba dando vueltas alrededor del poste con el cráneo del oso suplicando a la gran Madre Osa no enfurecerse y esperar un poco más.

El bosque parecía inhabitado: el verano se terminó y el verdadero invierno no ha llegado todavía. El oso se refugió en su guarida, llenaron sus despensas las ardillas y otros pequeños roedores y toda la vida parecía extinguirse ante la llegada del invierno. Pronto caerá más nieve, enterrando la abigarrada alfombra de hojas doradas, marrones y rojas; aumentarán las heladas, se congelará el río y comenzará una nueva vida cruel, llena de peligros y muy distinta de la holganza de verano.

El velo de nieve aún no era lo suficiente grueso para ocultar todas las asperezas del pantano.

Por aquí y por allí se perfilaban los mogotes y se erizaba la hierba rematada por el frío. Al soplar el viento sobre el pantano volaba un susurro seco e indistinto, parecido al murmullo de unos labios invisibles y Luma lo escuchaba en silencio, como esperando que los espíritus del pantano le contaran algo sobre su hija desaparecida.

La Madre de la Tribu estaba tan sumida en sus pensamientos que no oyó enseguida los pasos de Neil. Sin decir ni una palabra, Luma dirigió a su esposo una mirada interrogadora. Neil solo movió su cabeza.

- ¿Nada de huellas? -se asombró Luma.

- ¡Nada! Hasta los perros no pueden olfatear el rastro. Los mismos espíritus protegen al forastero ya que han enviado la nieve precisamente esta mañana para esconder sus huellas. Nuestros muchachos pueden andar por el bosque todo el día pero no

encontrarán nada. Pero no puedo entender, ¿cómo Jian y las chicas lograron irse tan lejos en una sola noche?

Neil calló escuchando el susurro de la hierba seca. Luma también guardaba silencio.

¿Por qué Zorg no ha ido al bosque? No creo que sea porque le duele la herida. Hoy se ve mucho mejor que ayer -por fin dijo Neil-. Sospecho que sabe sobre el forastero más que nosotros...

-No lo presiones, Neil -suspiró Luma-. Zorg callará incluso si el chamán lo amarrará al poste de sacrificios en vez del forastero o lo desterrará del campamento.

- ¿Y tú misma? -Neil apretó con fuerza la mano de su mujer- ¿Acaso quieres que los muchachos atrapen a Jian?

-Claro que no -sonrió Luma-. La misma Madre Osa nos dio a entender que no recibiría su alma, de lo contrario, no cubriría con la nieve sus huellas.

- ¿Y qué será de Eila y Malga? ¿Acaso no te duele el alma? -insistía Neil.

Luma negó con la cabeza.

- ¿Cómo así? -se indignó Neil-. Eila no es la hija de mi sangre pero no puedo estar tranquilo pensando que ahora ella está errando no sé sabe dónde, aguantando hambre y frío. ¡Eres su madre!

-Sí, lo soy y por eso deseo para mi hija todo lo mejor. El día que nació Eila, comprendí enseguida que el alma de Gauk no voló al País del Sol Poniente sino que pasó a ella. Por eso Eila jamás se contentará con lo que sueñan otras chicas -hogar, marido, hijos- Luma suspiró con tristeza-. Parece que jamás veré a mis nietos: Zorg ni siquiera mira a las muchachas y Eila... Eila y Malga actuaron con sabiduría. Las muchachas quebrantaron las costumbres de la tribu y nosotros deberíamos expulsarlas del campamento. Es mejor que se fueran sin esperar la decisión del Consejo...

-Jian sabrá defenderlas -Neil puso la mano sobre el hombro de su mujer tratando de consolarla-.

Ese joven podría ser un verdadero Hijo de la Osa y Eila en realidad tiene el alma de su padre: es capaz de sacrificar su vida por salvar la de su amigo, al igual que Gauk.

-A veces me parece que estoy envejeciendo y ya no tengo la misma fuerza para dirigir -confesó Luma-. Apenas el chamán alzó su pandereta, todo el mundo perdió la cabeza y se echó a perseguir al forastero como si fuera un reno. ¡No hay nada peor que la caza de un hombre!

-Los muchachos están ciegos de furia pero tarde o temprano recuperarán el juicio y comprenderán que tú tenías toda la razón, como siempre -aseguró Neil-. Tus pensamientos son como las huellas enredadas de un animal astuto pero siempre llevan a la tribu por el camino correcto.

...Los nubarrones grises se hacían más y más densos y para el mediodía se descargaron con una nevada.

Los jóvenes cazadores volvieron al campamento cansados y sombríos, mientras que la nieve seguía cayendo -suave, esponjosa y no ensangrentada.

## Los esteparios

### 1

Durante toda la noche la balsa siguió rápidamente el curso del río. Aunque la corriente era bastante fuerte, Jian trataba de acelerar la marcha con ayuda de una pértiga para que la madrugada lo sorprendiera lo más lejos posible del campamento de los Osos. La noche era oscura y fría, pero por precaución los fugitivos no encendieron fuego. Eila y Malga escudriñaban la oscuridad pero el río, por suerte, no les colocó en su camino ni troncos flotantes, ni escollos, ni otros obstáculos. Parece que los espíritus a pesar de las predicciones del chamán, estaban de parte del forastero.

En la madrugada cayó la nieve y las muchachas vieron en eso otro buen augurio.

-La Madre Osa oyó nuestras oraciones o la convenció el espíritu de mi padre -susurró Eila con sus labios endurecidos por el frío.

Sin embargo, Jian solo fruncía el ceño, no soltaba la pértiga y cada vez que Eila o Malga le pedían descansar un rato y confiarles el manejo de la balsa, lo negaba con la cabeza.

-Pronto el río se congelará y tendremos que dejar la balsa -compartió Jian su preocupación con las muchachas-. Hay que ganarle tiempo al invierno...

Aunque el campamento quedó muy atrás, los fugitivos aún se encontraban en las tierras de los Osos y por eso no se atrevían a atracar y salir de caza. La precavida Malga tomó consigo cierta reserva de pescado seco y carne ahumada para subsistir varios días. Sin embargo, ninguno de los tres tenía apetito ni sueño; los

dominaba el único deseo de encontrar la seguridad lo más pronto posible.

... Pasaron varios días; la balsa seguía su ruta hacia el sur. El río se ponía más y más ancho, recibiendo nuevos arroyos y riachuelos; sus aguas ya no eran oscuras sino de un turbio color amarillento. Con frecuencia aparecían pequeñas islas y bancos de arena blanca.

Mientras tanto los bosques enralecían y se dispersaban en pequeños boscajes de robles, cediendo el lugar a las inmensas llanuras herbosas que se extendían hasta el horizonte. Eila y Malga jamás abandonaron sus bosques natales y ahora, sin la habitual protección de los árboles, miraban a su alrededor con curiosidad y miedo a la vez.

Precisamente aquí, en la frontera del bosque y la estepa, sus habitantes se enfrentaban cada año en sangrientos combates; de aquí los Hijos de la Osa traían a los prisioneros para los sacrificios y los cadáveres de sus compañeros sobre camillas funerarias; cerca de aquí hace poco cesó la vida de Mak...

Según los cuentos de los hombres, Eila imaginaba estas tierras como un lugar terrible, donde el mismo aire olía a sangre y tras cada piedra se escondía un estepario dispuesto a matar a cualquier intruso que pisara su tierra. Sin embargo, ahora todo se veía pacífico y tranquilo. Suavemente corrían las aguas del Río Amarillo; el viento susurraba entre las hierbas ya secas. La llanura verdigris, tachonada de pequeños y esparcidos boscajes, sorprendía por su inmensidad. El invierno aún no ha llegado a estas tierras y los nubarrones grises en vez de la nieve traían una lluvia menuda y fría.

Al comienzo Eila y Malga se estremecían por cualquier susurro: en todas partes les parecía ver esteparios. Pero los días

pasaban y los fugitivos no vieron ni un solo hombre, en cambio los animales eran numerosos y variados. Las grandes manadas de reses por el color de su pelaje se mezclaban con la hierba seca.

Las rápidas saigas pasaban como relámpagos, llenando la estepa con el ruido de sus pezuñas. En un meandro del río los viajeros ahuyentaron una caballada. Al ver la balsa, los caballos -todos grises, de una melena corta y levantada y una raya oscura a lo largo del lomo- corrieron como flechas, pero un potro se deslizó sobre la cuesta arcillosa, se separó de la caballada y Malga sin poder resistir la tentación, le tiró una lanza. El animal herido cayó en convulsiones; Jian dirigió la balsa hacia la orilla, saltó a la tierra y con un solo golpe preciso acabó con los sufrimientos del potro.

Eila y Malga sacaron la balsa a la orilla y, dejando a Jian despedazar la presa, se dirigieron a una arboleda cercana para buscar leña. Las muchachas recogieron ramas secas rápidamente y ya querían volver a la orilla cuando Eila vio un pequeño manzano cubierto de menudas frutas rojas, algo estropeadas por el frío pero aún comestibles.

Recogió tantas como pudo llevar para asarlas junto con la carne pero Jian, al ver las manzanas, se alegró como un niño, enseguida mordió una pero escupió al instante:

- ¡Fu, qué agria!

- ¿Quién puede comer manzanas crudas? -se sorprendió Eila.

-Las manzanas de mi tierra son grandes y dulces -dijo Jian.

- ¡Deja de hablar tonterías! -con desconfianza cortó Malga-. Mejor encendamos el fuego y procuremos que haya poco humo o nos descubrirán los esteparios.

Después de carne ahumada y pescado seco la carne fresca con manzanas asadas parecía extraordinariamente rica. Además, era muy agradable sentarse junto a la alegre fogata y aunque sólo fuera por un rato sentir bajo los pies la tierra firme en vez de la balsa movediza.

Durante todos esos días los fugitivos casi no hablaron, pero ahora, pasado el peligro inmediato, era preciso aclarar qué hacer después.

-No se puede escapar del invierno -habló Jian-. Por mucho que nos apresuremos igual nos alcanzará.

- ¿Y tu país todavía queda lejos? -preguntó Eila.

Jian solo emitió un suspiro profundo pero se dominó enseguida y dijo con voz habitual:

-Vamos navegando hacia el sur hasta que el río se congele y luego... Buscaremos un sitio para invernar, a lo mejor, algún bosque. Construiremos una cabaña, aquí hay suficiente caza, así que aguantaremos hasta la primavera y después seguiremos navegando. Lo más importante es no alejarnos del río o podemos perdernos.

- ¿Y los esteparios? -con voz temblorosa preguntó Eila-. Tarde o temprano nos descubrirán...

-Hay que tener cuidado, pero ¡no los teman tanto! El año pasado crucé con mis amigos toda la estepa y nadie nos vio. Pero, ¿por qué ustedes tienen tanto miedo a los esteparios?

-Son malos, porque matan a todos que penetran a sus tierras -dijo Eila.

-Hicieron prisionera a mi madre y después ella contaba cosas horribles -Malga se estremeció sin querer y miró a su alrededor-. Sobre sus muertos ellos no instalan peñascos, sino elevan túmulos de tierra sobre los cuales acuchillan a los prisioneros para complacer con su sangre a los espíritus subterráneos...

- ¿Acaso ustedes no hunden a los hombres en el pantano para alegrar a su Madre Osa? -intervino Jian.

- ¡Solo a los prisioneros de guerra! -replicó Malga con fervor. En cambio los esteparios matan a todos...

- ¿Acaso yo fui capturado en la guerra? -con tristeza sonrió Jian-. Además, no se puede juzgar a la gente que no conoces bien. Mi tribu también hace la guerra con aquellos que no nos dejan vivir tranquilos pero recibe como huéspedes a todos los que llegan en paz. Ustedes dos me salvaron del sacrificio; entre los esteparios también debe haber personas de buen corazón.

Las muchachas callaban sin saber qué replicar en contra y solo miraban fijamente las alegres llamas de la fogata.

Al día siguiente cayó nieve y pronto sucedió lo que tanto temía Jian: el río se congeló. Mientras el hielo persistía sólo junto a las orillas, el joven se obstinaba en seguir navegando pero muy pronto se hizo imposible abrirse camino a través de aquel picadillo de hielo. Los fugitivos, con gran lástima, dejaron la balsa que les sirvió tan bien durante todos esos días y se encaminaron a lo largo del río tratando de encontrar alguna espesura donde pudieran pasar el invierno. Pero esta vez la suerte los abandonó: no encontraron un lugar conveniente para invernar y a los pocos días los atrapó una tempestad.

Eila, Malga e incluso Jian quien había visto mucho en su viaje anterior ni siquiera imaginaron que el viento pudiera soplar con tanta fuerza. Ni siquiera era el viento, sino una densa pared de nieve seca y punzante que aplastaba a los viajeros con una fuerza irresistible. Hundiéndose hasta la cintura en los barrancos, deslizándose por las cuestas heladas de los cerros, agarrándose con fuerza de las manos, los caminantes trataban de mantenerse al sesgo del viento el cual con frecuencia cambiaba de dirección, derrumbaba y les echaba encima montones de nieve. Los tres, ensordecidos por el rugido del vendaval, cegados por la nieve o continuaron caminando sin saber hacia dónde.

Todos apenas resistían la tentación de acostarse, taparse con la cobija de nieve y descansar porque comprendían que pararse era lo mismo que morir congelados; la única salvación en la estepa abierta era el movimiento.

- ¡Si no encontramos un refugio, moriremos! -gritó Jian. Su voz parecía baja y débil, como si gritara desde lejos.

Por suerte, pronto lo encontraron o, mejor dicho, lo hizo el viento que otra vez tumbó a la debilitada Malga; la joven arrastró consigo a sus compañeros y todos chocaron contra un enorme peñasco. La nieve suavizó el golpe y los tres penetraron a rastras a sotavento de la piedra donde la nieve había formado algo parecido a una pequeña cueva. Pasaron allí tendidos no sé sabe cuánto tiempo, unas horas o tal vez unos días.

Jian y las chicas simplemente perdieron la noción del tiempo: la tensión sobrehumana de los últimos días les agotó sus fuerzas y ahora, arrullados por el viento, los tres cayeron en un sueño profundo, apretados uno contra otro.

... Jian se despertó primero y, al convencerse de que la tempestad se había calmado, sacudió a sus compañeras dormidas. Eila y Malga salieron de su sueño profundo con dificultad y, al parecer, no comprendieron enseguida dónde se encontraban. Dividieron en tres partes la carne que les quedaba, lo que apenas les calmó el hambre y, al salir de su refugio quedaron inmóviles, sorprendidos por el maravilloso espectáculo.

La nieve había cubierto todas las asperezas, piedras, arbustos y hasta pequeños árboles, convirtiendo la estepa en una infinita llanura blanca; los ojos dolían de su deslumbrante resplandor.

El cielo por primera vez en muchos días se liberó de los nubarrones y brillaba de un intenso azul; el sol relucía fuertemente pero no daba calor. Eila y Malga estaban pasmadas: las muchachas criadas en el bosque no podían acostumbrarse a la inmensidad de la estepa y se sentían como dos granos de arena perdidas en ese mundo ajeno y hostil.

Mirando a su alrededor Jian trataba de determinar dónde había quedado el río, pero pronto dejó ese trabajo inútil y se volvió hacia las muchachas:

-Hay que caminar. El cielo ahora está despejado, se puede encontrar el camino por el sol. Iremos hacia el sur hasta que encontremos algún bosque. No creo que estemos lejos del río: lo encontraremos cuando toda esta nieve se derrita un poco.

De nuevo se echaron a andar por la sombría llanura blanca. El hambre que sentían era atroz, pero las reservas se habían acabado y no se podía encontrar ninguna cacería: la tempestad había espantado a todos los animales. Los jóvenes se acercaron al pie de una pequeña colina cubierta de nieve cuando Jian, quien caminaba delante, se detuvo y alzó la mano con prevención. Sobre una cima plana, como cortada por un enorme cuchillo, apareció un lobo. Al percibir a los caminantes la fiera se erizó y, alzando su hocico hacia el cielo, emitió un aullido prolongado.

Al oír este sonido desgarrador Eila se estremeció y se estrechó instintivamente contra el hombro de Jian. Malga palideció y asustada miró alrededor. En su vida habían escuchado este aullido más de una vez y no le daban mucha importancia, pero ahora les pareció horrible y amenazante. Como verdaderas hijas de una tribu cazadora Eila y Malga no temían a las fieras y en invierno más de una vez alejaron a los insolentes lobos de las fosas con víveres, pero una cosa era encontrarse con el animal en el bosque natal donde conocían cada árbol, cada piedra, cada barranco y siempre podían contar con la ayuda de alguien y completamente otra en medio de una tierra desconocida.

Sin embargo, Jian, quien ya sabía algo sobre los hábitos de las fieras de la estepa, no se azoró. Forzando la vista, el joven

distinguió en la lejanía unos puntos negros y, alargando su brazo, los mostró a las muchachas:

- ¿Ven? ¡Son árboles! ¡Caminen hacia ellos y no se desvíen!

- ¿Y tú? -se preocupó Eila.

- ¡No te dejaremos! -se indignó Malga.

-Yo las seguiré -las calmó Jian.

Mientras tanto en la cima del cerro apareció otro lobo, luego, un tercero, después, más y más. Tratando de no perderlos de vista, Jian caminaba detrás de las muchachas e intentando asustar a los lobos de vez en cuando emitía un grito gutural.

Al comienzo los lobos, no se atrevían a acercarse a los viajeros y los seguían a cierta distancia pero el hambre les dio valor. Como comprendiendo que la presa podría escapar, las fieras apretaron el paso mientras que los jóvenes se hundían en la nieve y no podían avanzar rápido. La distancia entre ellos disminuía implacablemente y Jian, tratando de ganar tiempo de cualquier modo, alzó su arco y disparó contra el lobo más cercano. La fiera atravesada por la flecha cayó en la nieve sufriendo convulsiones; los otros lobos se detuvieron devorando al herido. Sin embargo, era una demora insignificante ya que esa migaja solo aumentó el apetito de la jauría hambrienta.

Por suerte, los árboles estaban cerca. Eran enormes robles de troncos gruesos, corteza arrugada y ramas frondosas que por un milagro aún sostenían las hojas pardas y muertas por el frío.

Cada árbol tenía por lo menos cien años y sus ramas inferiores se alzaban bastante lejos sobre la tierra, pero el peligro dio a Eila y Malga una agilidad increíble. Las muchachas treparon el tronco, en unos segundos alcanzaron las ramas y ahora miraban a Jian con inquietud.

El joven ya estaba cerca de los árboles salvadores, cuando un enorme lobo viejo, al parecer, el líder de la jauría, soltó sobre Jian con la intención evidente de clavarle sus colmillos en la garganta. El muchacho rechazó el ataque con un veloz golpe de hacha y la fiera herida voló rodando a un lado; los colmillos del lobo sólo alcanzaron a romper la manga del chaquetón. Otros dos lobos atacaron a Jian por la espalda, cerrándole el paso hacia los árboles. Lograron tumbarlo en la nieve pero el joven se liberó de su chaquetón, dio un salto y agarró una rama. Pronto ya estaba sentado al lado de las muchachas mientras que los lobos con rabia despedazaban su chaquetón.

- ¿No estás herido? -preguntó Eila con preocupación.

Jian negó con la cabeza.

- ¿Y cuánto tiempo estaremos aquí? -curioseó Malga.

-Temo que es por mucho -suspiró Jian.

Realmente, los lobos no querían dejar escapar su presa y se acomodaron alrededor del árbol esperando que alguno de los jóvenes perdiera sus fuerzas y cayera. Mientras tanto el frío helaba los dedos crispados, dispuestos en cualquier momento a soltar las ramas salvadoras; las manos y las piernas se entumecían más y más.

«¿Será así mi muerte? -pensó Eila tratando de no mirar a los lobos sino dirigiendo la vista hacia el cielo sereno e indiferente- ¿Moriré ahora, a los quince inviernos, sin poder convertirme en mujer y madre?» No enterrada según las costumbres de su tribu sino devorada por los lobos, Eila jamás llegaría al País del Sol.

Poniente y no podría encontrarse con Gauk y Gara; en vez de eso su alma pasaría a uno de los lobos y sería condenada a errar eternamente por la estepa infinita...

Al parecer, Malga estaba abatida por los mismos pensamientos: la joven mordía sus labios agrietados por el frío y de vez en cuando quitaba de sus largas pestañas las lágrimas congeladas.

- ¡Hey, chicas, no se duerman! -las sacudía Jian. El joven temblaba de frío en su ligera camisa de gamuza, sus dientes castañeteaban y sus cabellos ya no eran negros sino blancos de escarcha. Sin embargo, no se rendía. Corriendo el riesgo de caer, Jian con frecuencia cambiaba de rama tratando de no permanecer en un solo sitio por mucho tiempo y acercándose ya a Eila, ya a Malga, las sacudía por los hombros y trataba de distraerlas con su charla:

-Chicas, ¿qué les pasa? Sé que son valientes pues no temen ni al chamán, ni a su Madre Osa, pero ¿qué es lo que temen ahora? ¿La muerte? Una vez la vi muy de cerca y no es tan terrible como parece... Eila, frota tus mejillas, ya las tienes blancas.

-Pronto oscurecerá, en la noche el frío se hará aún más fuerte y moriremos congelados -con tristeza dijo Eila- ¡Y estos lobos

nos devorarán de todos modos! No quiero que mi alma se traspase a uno de ellos...

- ¿Eso es lo que temes? -silbó Jian-. Yo también prefiero que mis huesos estén enterrados en el santuario del Padre Cielo, donde yacen todos mis antepasados, en vez de blanquear en la estepa. Pero la muerte no siempre nos alcanza en casa.

-No quiero ser loba -dijo Eila mirando de soslayo a las fieras.

-A mi modo de ver, no hay nada malo en eso -replicó Jian-.

Es mejor convertirse en un lobo que en una rata o una lombriz. Seré un lobo fuerte y feroz y ustedes dos, mis lobas. Correremos los tres por esta estepa y aullaremos a la luna, siempre estaremos juntos y nadie podrá separarnos.

Por muy triste y abatida que se sentía Eila, no pudo ocultar la sonrisa y Jian dio una carcajada tan fuerte que los lobos le respondieron con un largo aullido.

-Malga, ¿y tú por qué callas? -Jian con agilidad pasó a la otra rama y se detuvo junto a la muchacha- ¡Oye, pero tienes los dedos vertos! ¡Agárrate con las piernas y dame tus manos!

La joven obedeció en silencio. Jian friccionó los dedos de Malga con tanta fuerza que hizo sonar los huesos.

- ¡Me romperás las manos! -gritó Malga.

- ¡Las romperé yo o las roerán los lobos!

-De todos modos, lo harán más tarde -suspiró Malga.

-Nadie sabe qué sucederá más tarde -dijo Jian.

Mientras tanto, el frío arreciaba, el sol declinaba hacia el poniente, las tinieblas se espesaban y los lobos, presintiendo el inminente festín, se animaron notablemente. Desde la altura del árbol los jóvenes oían el chasquido de sus mandíbulas y veían el siniestro brillo verde de sus ojos. La noche traía consigo una muerte inevitable.

-No importa, el día aún no termina -repetía Jian con obstinación aunque sus labios ya no lo obedecían- ¿Qué, lobos, no están cansados de esperarme? Hey, ¿adónde van?

Aunque ya había oscurecido, el joven notó que los lobos se pusieron nerviosos y de pronto desaparecieron, como por orden de los espíritus. Al instante en la oscuridad se escuchó el ladrido de unos perros y el crujido de unos esquíes sobre la nieve; luego varias figuras humanas en peludas ropas de invierno rodearon el árbol.

-Son esteparios... -susurró Malga apenas audiblemente.

Uno de los hombres se acercó al pie del árbol e hizo un ademán expresivo con la mano derecha.

-Ya nos descubrieron -dijo Jian-. Es mejor que bajemos.

El joven se deslizó precipitadamente por el tronco y sin esperar órdenes de los esteparios tiró a la nieve su arco, cuchillo y hacha. Malga y Eila lo observaban asustadas y preferirían morir congeladas en el árbol que caer en manos de los enemigos mortales de su tribu. Sin embargo, los esteparios, al parecer, no tenían intenciones de matar a su prisionero ahora mismo y solo se apoderaron de todas las armas de Jian.

- ¡Chicas, no teman! -gritó Jian y los esteparios alzaron sus brazos. Eila y Malga obedecieron con resignación.

Al ver a las muchachas los esteparios no pudieron ocultar su asombro. Las caras de estos cazadores de la estepa eran severas, de pómulos anchos y ojos amarillentos. A diferencia de los altos habitantes de los bosques, todos los esteparios eran de estatura mediana pero hasta los peludos chaquetones invernales no podían ocultar sus cuerpos musculosos y bien formados.

Los perros lanudos ladraban con ferocidad pero sus amos los sostenían y no les permitían lanzarse contra los advenedizos.

Un muchacho ataviado con un hirsuto gorro de piel de lobo empezó a hablar en una mezcla de dialectos de la Tribu de la Osa y la del Alce lo que no sorprendió a Eila ni a Malga: los hombres del bosque y de la estepa con frecuencia se enfrentaban en las batallas y sabían por lo menos unas frases de uso común en la lengua de sus enemigos. Sin embargo, ambas muchachas y Jian estaban demasiado cansados y débiles para entender algo; al comprenderlo el joven estepario calló y con un gesto de la mano les ordenó seguirlo.

Durante un largo rato caminaron por la estepa, luego bajaron por una cuesta escarpada. Era un camino difícil y los esteparios ayudaban a las muchachas con tanto cuidado como si

ellas fueran sus paisanas. Durante todo ese tiempo Malga, Eila y Jian trataron de caminar con las últimas fuerzas que les quedaban pero apenas los esteparios los hicieron entrar en el alumbrado calor de su vivienda, los tres cayeron en una extraña somnolencia que lindaba con el desvanecimiento. No veían ni el fuego, ni las paredes ahumadas de la cueva, ni pieles en el suelo, ni a las personas que trajinaban alrededor y sólo sentían cómo las manos de alguien con insistencia despegaban sus labios para darles de beber el caliente caldo de carne, untaban con grasa sus manos y caras, frotaban la piel congelada que poco a poco recobraba la sensibilidad y comenzaba a arder.

Era muy doloroso pero ninguno de los tres se quejaba ni resistía porque ya no tenían fuerzas.

### 3

Al despertarse Eila no pudo comprender enseguida dónde se encontraba: tan increíbles le parecían los acontecimientos de los últimos días. A su lado, envuelta en una cobija de piel, dormía Malga; en el fondo de la cueva ardía una fogata; sobre un espetón de hueso se asaba un pernil de caballo vigilado por una anciana canosa y delgada. Al sentir la mirada de Eila, la vieja esteparia dejó su tarea, se acercó a la muchacha y desplegó ante ella un vestido hecho con la fina piel de antílope.

Eila agradeció a la anfitriona con un gesto de la mano y se vistió rápidamente. La anciana le tendió en silencio un peine de hueso pero las debilitadas manos de Eila aún no la obedecían bien y la esteparia, sin pronunciar ni una palabra, comenzó a peinar los

enmarañados cabellos de la muchacha. A la luz de la fogata el rostro de la anciana parecía una máscara tallada de corteza oscura y arrugada pero sus facciones evidenciaban que en su juventud esta esteparia había sido muy bella. Hasta ahora conservaba una presencia imponente y majestuosa y su collar de varias sartas, numerosas pulseras y un zarcillo de hueso en la nariz demostraban que esta anciana era una persona importante en su tribu.

-Jian... ¿Dónde está Jian? -en voz baja, para no despertar a Malga, preguntó Eila. Una extraña alarma oprimió su corazón.

Al comprender su pregunta la anciana señaló la entrada tapada con pieles. Eila salió de la cueva y enseguida vio a Jian. Vestido como un estepario, el joven estaba sentado junto a la entrada sobre una piedra grande y plana y con interés examinaba el valle fluvial que se extendía ante sus ojos pero al ver a Eila se levantó de un salto.

- ¡Jian! -Eila rodeó con sus brazos el cuello del muchacho y, como buscando la protección de algún peligro invisible, ocultó su rostro en el pecho de Jian - ¿No te han hecho nada?

-Como ves, no. ¿Acaso los esteparios son enemigos de mi tribu? ¿Por qué estás temblando? ¡Cálmate, estoy contigo! -Jian apretó sus tibias manos contra las mejillas de Eila-. De no ser por los esteparios, los lobos hace tiempo habrían roído nuestros huesos. Si no nos han matado hasta ahora, es porque ya no lo harán; los esteparios no son tan malvados como ustedes creen. Incluso me alegro que hayamos caído en sus manos, pues ahora podré conocer una tribu más. ¡Aquí hay muchas cosas buenas para aprender!

A Eila hace tiempo le interesaba cómo se podría sobrevivir en la estepa donde no había refugio contra frío y vientos glaciales. La muchacha miró a su alrededor con curiosidad.

Los esteparios construían sus viviendas invernales de un modo muy original, cavando sus cuevas en la abrupta orilla del río. Las numerosas entradas conducían a las espaciosas habitaciones de las cuales se ramificaban pasillos más pequeños hacia los nichos y las despensas. Terminada la excavación, los esteparios rociaban con agua el techo y las paredes y luego encendían en el piso una enorme fogata. El agua y el fuego consolidaban la blanda superficie arcillosa, el techo y las paredes se cubrían de una costra dura y ya no amenazaban con derrumbarse. Desde lejos el campamento de los esteparios parecía una colonia de golondrinas y tenía un aspecto imponente.

-Cuando pasamos por aquí con mis amigos, vimos estos agujeros pero ni imaginamos que fueran viviendas -dijo

Jian-. En aquel entonces parecían abandonadas.

-Tal vez en verano los esteparios no viven junto al río sino en algún otro lugar -supuso Eila.

En la entrada apareció la vieja esteparia y con un ademán propuso a Eila y Jian pasar a la cueva. El pernil de caballo ya estaba listo; el apetitoso olor de carne asada había llenado todo el recinto. Jian, Eila y Malga, quien ya se había despertado y vestido, no esperaron otra invitación y se pusieron a comer con avidez. En calidad de aderezo la anciana les sirvió un tazón lleno de jóvenes retoños salados de totora. Las muchachas probaron este plato con desconfianza pero Jian lo encontró muy sabroso.

Eila tocó el tazón con curiosidad.

-No es de madera ni de piedra -pronunció la muchacha con perplejidad.

-Es una simple arcilla cocida en el fuego -dijo Jian.

- ¡No puede ser! La arcilla es blanda -replicó Eila- ¿Acaso sirve para hacer platos?

- ¡Cómo no! Mi tribu fábrica de arcilla no solo tazones y platos sino también grandes vasijas donde se puede almacenar cualquier cosa. ¡Son hermosas y mucho mejores que este tazón contrahecho!

- ¡De nuevo inventas tonterías, Jian! -se indignó Malga-. Mejor pensamos qué pasará ahora con nosotros. Esta vieja me mira tanto que puedo atragantarme.

En realidad, la anciana no quitaba sus ojos de la cara de Malga. Esa mirada escudriñadora inquietaba no solo a Malga, sino también a sus compañeros.

Apenas terminaron de comer, en la cueva entraron dos hombres. Uno de ellos era el muchacho que llevaba un gorro de piel de lobo y el otro, un majestuoso anciano de rostro severo, nariz aguileña, barba mechosa y teñida con ocre rojo, tenía unos ojos ambarinos llenos de un brillo juvenil y al mismo tiempo de una tristeza oculta. Ambos esteparios se sentaron junto a la fogata.

-Anoche nuestros jóvenes cazadores trajeron al campamento unas presas extrañas -lentamente, con dignidad habló el anciano. Dominaba muy bien la lengua de las tribus del bosque y pronunciaba con claridad cada palabra-. Un hombre, dos mujeres y todos, como veo, son de diferentes tribus.

El estepario calló, escudriñando a los viajeros con una mirada penetrante.

-Tú eres hija de una de las tribus del bosque -con un ligero movimiento de cabeza el anciano señaló a Eila y luego se fijó en Malga-. Y tú no te pareces en nada a tu amiga, porque en tus ojos y cabellos yo veo el brillo de nuestro sol de la estepa. Y el muchacho... Ni siquiera puedo imaginar de qué tierra has llegado. Ayer me pareció que tu piel se había oscurecido de frío pero ahora veo que es tu propio color.

Ninguno de los Hijos de la Loba había visto hombres como tú...

- ¿Hijos de la Loba? -preguntó Eila. Su curiosidad era tan grande que la muchacha olvidó su eterno miedo a los esteparios e incluso la prohibición de interrumpir a los adultos.

Sin embargo, el anciano no se ofendió.

-Sí, ahora ustedes están en manos de los Hijos de la Loba, la más fuerte y numerosa de todas las tribus de la estepa -contestó con orgullo-. Nosotros, los Lobos, de antaño vivimos en estas tierras y siempre somos los primeros en lanzarnos al combate contra los hombres del bosque. Aún más al sur viven nuestros hermanos -los Hijos del Saiga, del Caballo, del Onagro y del Águila con los cuales

nos encontramos dos veces al año, en primavera y en otoño, para celebrar nuestras fiestas y honrar a los espíritus protectores. La mujer que les dio la comida y el techo se llama Burma, es mi esposa y la Madre de la Tribu de la Loba.

Aquí, en el campamento, su palabra es la ley para todos los Lobos, pero Burma no habla la lengua de los hombres del bosque y por eso me ha permitido ser su boca. Mi nombre es Klak; en otros tiempos fui el mejor cazador y guerrero de nuestra tribu y ahora enseño a los jóvenes. Por lo que ustedes están vivos hasta ahora, agradezcan a uno de mis mejores alumnos: el viejo Klak tocó el hombro de su joven paisano. El muchacho que hasta aquel momento permanecía inmóvil, como un ídolo de piedra, alzó la cabeza con orgullo. Era robusto y musculoso como un hombre adulto pero miraba a los viajeros con una curiosidad casi infantil.

- ¿Es tu hijo, sabio Klak? -preguntó Jian con gentileza.

-No, Burma y yo jamás tuvimos hijos. Dzhar es el hijo de un amigo mío muerto hace muchos años - contestó Klak-.

Anoche, cuando los perros olfatearon a los lobos, Dzhar comprendió que alguien había quedado atrapado y convenció a sus compañeros de desviar del camino.

-Que te protejan los buenos espíritus, Dzhar -dijo Jian-. Me gustaría hacerte algún regalo pero no tengo nada.

El joven estepario sonrió con discreción y sus ojos amarillentos miraron a Jian con cierta simpatía.

-Ayer, mientras ustedes dormían, los Hijos de la Loba se reunieron en el Gran Consejo -continuó hablando Klak-. La tribu no quiso tomar ninguna decisión hasta que ustedes mismos nos cuenten para qué han llegado a nuestras tierras...

- ¿Acaso los esteparios no matan a todos los que aparecen en sus tierras? -de pronto dijo Malga.

Cayó un silencio embarazoso. Eila y Jian se miraron alarmados pero Malga aguantó la mirada de Klak con tranquilidad.

La luz de la fogata se reflejó en los ojos de ambos con un brillo desafiante haciéndolos sorprendentemente parecidos. El viejo y la muchacha no solo tenían los mismos ojos ambarinos con chispas doradas, sino también los mismos labios finos y un mentón firme, orgulloso y bien moldeado.

-Tienes la sangre esteparia, bella muchacha, pero no conoces nuestras costumbres -Klak movió su cabeza con aflicción- ¿Acaso se puede matar a una persona sólo porque haya llegado a tu tierra? Sí, matamos a los hombres del bosque cuando ellos cazan en nuestras tierras o vienen para capturar prisioneros. También reconozco que la gente del bosque tiene derecho a matar a aquellos cazadores nuestros que violan las fronteras... No podemos hacer nada: pasan años difíciles, cuando los veranos son muy calurosos, la hierba se seca, los animales van al norte, hacia la frontera con el bosque y yo no puedo impedir a nuestros jóvenes cazadores que vayan a las tierras ajenas... Además, la Madre Loba y otros espíritus protectores de vez en cuando necesitan sangre humana y hay que llevarles prisioneros...

-Cuando el verano es frío y las manadas van al sur, las tribus del bosque aguantan hambre, cuando sucede lo contrario, sufren los esteparios. ¡Y todos tratan de complacer a sus dioses con sangre humana! -exclamó Jian frunciendo el ceño- ¿Por qué no se reúnen en un consejo y permiten la caza común en los años difíciles?

Klak miró al muchacho con resentimiento. A la luz de la fogata el rostro del anciano parecía igual de rojo que su barba.

- ¿Dejar pasar a los hombres del bosque a nuestras tierras? ¡Nos dejarían sin presa alguna!

-Pero vi manadas muy grandes precisamente en la frontera entre el bosque y la estepa -no se rendía Jian- ¡Hay suficientes presas para todos!

-Tal vez para uno o dos años y ¿qué pasará después? Precisamente por eso cada tribu custodia sus tierras de caza y sus rebaños. No sé, joven, cuáles son las costumbres de tu tribu pero quiero darte un consejo: no te metas en riñas ajenas o lanzas y flechas te atravesarán desde dos lados. Pero en nuestro campamento tú y tus compañeras no tienen nada que temer -Klak entornó con astucia sus ojos vivaces y sonrió-. Incluso sin preguntarte comprendí que no habías venido a nuestras tierras a cazar ni a guerrear, así que puedes continuar tu viaje cuando quieras. Y a las mujeres no les causamos daño incluso si ellas pertenecen a alguna tribu enemiga...

- ¡Es mentira! -gritó Malga poniéndose en pie- ¿Qué habrán hecho los esteparios con mi madre si ella comenzó a odiar a todo el mundo, incluso a mí? No sé si ella fue prisionera de los Lobos o de

alguna tribu vecina pero fueron los esteparios los que rompieron su vida...

Klak quedó aturdido por ese torrente de palabras, pero su esposa, quien hasta aquel momento ni siquiera había intentado participar en la conversación se azoró. Al acercarse a Malga, Burma tomó a la muchacha del mentón, durante un largo rato examinó su rostro y luego, volviendo la cara hacia su esposo, le dijo algo en su lengua.

Malga se liberó bruscamente de los dedos de la anciana y tapó su cara con las manos.

-No temas, bella muchacha, mi mujer no te hará nada malo -trató de consolarla el viejo Klak-. No tiembles y no llores, que con eso hieres mi corazón ya que me haces recordar mucho a aquella prisionera que se escapó de mi cueva hace dieciséis inviernos. En ti hay algo que me recuerda a ella, tal vez, su rebeldía... ¿Quién es tu padre?

-Nunca lo conocí -contestó Malga sordamente-. Pero sé que fue un estepario.

- ¿Cuándo naciste? -preguntó Klak.

-A comienzos de invierno, cuando cayó la primera nieve.

Con una voz temblorosa Klak tradujo esas palabras a la lengua de los Hijos de la Loba. Burma doblaba sus dedos, como contando algo, y después de una breve vacilación asintió con un ligero movimiento de la cabeza. Toda una tempestad se reflejó en el rostro de Klak, una extraña mueca desfiguró sus firmes facciones. El

anciano sollozó, su cuerpo se estremeció y todos escucharon unos sonidos extraños: sollozos mezclados con risa.

Jian con fuerza estrechó contra su pecho a las asustadas muchachas. Dzhar se levantó bruscamente para acudir en socorro de su viejo educador pero Burma detuvo al muchacho con un gesto imperioso, puso su pequeña y seca mano sobre el hombro de su esposo y susurró algo a su oído.

-El dolor y la alegría nublaron mi mente, pero ahora de nuevo puedo hablar -Klak fingía tranquilidad pero su voz temblaba y las gruesas lágrimas corrían por sus mejillas arrugadas-. Un guerrero no debe mostrar sus lágrimas a nadie pero yo las contuve durante dieciséis inviernos y no puedo aguantar más... Más que nada en la vida yo quería tener hijos pero la Madre Loba no sé por qué se enojó conmigo y me privó de tal felicidad. He visto como sufre mi Burma pero no he podido disipar su pena en todos estos años. Mi sabia Burma me pedía tomar una segunda mujer para que me diera hijos. En aquel entonces yo ya no era joven pero tampoco tan viejo y arrugado como ahora y aún podía gustar a alguna muchacha joven y bella. ¡Pero en ninguna de ellas pude ver la madre de mi futuro hijo y ni siquiera imaginarla bajo el mismo techo con mi querida Burma! Pero una vez nuestros cazadores trajeron al campamento a una muchacha del bosque, era la única sobreviviente de una banda cazadora que había violado la frontera y fue sacrificada por nuestros guerreros. Esta prisionera - ¡qué me perdone Burma! -me pareció la mujer más bella que yo hubiese visto en toda mi vida. La quise solo para mí; yo era el mejor guerrero de la tribu y ningún otro hombre se atrevía oponerse a mi voluntad. ¡Qué hermosa me parecía aquella hija del bosque! Ahora comprendo que debería haberle dado algún tiempo para calmarse y volver en sí, pero el deseo me había cegado...

Klak calló como emocionado de nuevo por aquel error y continuó hablando:

-La tomé por la fuerza y ella comenzó a odiarme. Cada vez que me acercaba a ella, su cuerpo se ponía yerto de espanto y sus ojos brillaban con furia... ¡Si yo hubiera sabido cuánto me iba a costar todo eso! Ahora comprendo que me porté como un estúpido que no quise escuchar a nadie, ni siquiera a mi sabia Burma la cual repetía a cada rato que con fuerza y amenazas yo jamás detendría a aquella mujer a mi lado. ¡Pero yo me creía el mejor de los guerreros y cazadores de toda la estepa, estaba acostumbrado a mandar y a obtener todo lo que quisiera! Por primera vez en mi vida me encontré con alguien aún más rebelde y terco y me sentía incapaz de retroceder. ¡Las noches que compartí con aquella hija del bosque parecían verdaderas batallas pero yo la deseaba más y más! Pasaron dos meses y Burma con una sonrisa feliz me dijo que la prisionera estaba embarazada. Me regocijaba y por fin me creí vencedor y Burma lloraba de alegría pero la Madre Loba no nos permitió ser felices. Una noche la prisionera escapó y no la volví a ver jamás. Junto con mis guerreros la busqué por toda la estepa, tratando de no pensar en que la podrían devorar las fieras. Pero ella desapareció y fue la peor venganza que pudo infligirme: ¡ni siquiera me permitió ver a aquel hijo que yo deseaba tanto!

Desde entonces no me atreví a tomar ninguna otra mujer y ya me sometí al destino de morir solo, sin hijos...

Las lágrimas de nuevo corrieron por el rostro de Klak. El anciano ni siquiera trataba de contenerlas y con el llanto su corazón se liberaba de aquel martirio que la atribuló durante todos esos años.

- ¡Pero ahora me siento perdonado! ¡Qué alegría para mí es saber que aquella pobre mujer no pereció en la estepa sino pudo volver con los suyos y dio a luz a una hija no solo muy hermosa sino igual de valiente y orgullosa como ella misma! Mi sabia Burma enseguida descubrió nuestro parentesco pero todo eso me pareció demasiado increíble... ¿Cómo te llamas? ¿Malga? Tu madre no podía contarte de mí nada bueno y por eso no me sorprende que ahora no quieras ni acercarte a este viejo infeliz.

Malga levantó la cabeza lentamente y todos vieron que sus ojos brillaban de lágrimas.

-Nadie me quiso en la tribu de mi madre -con una voz temblorosa pronunció la muchacha- ¡Pero ahora sé que para alguien en este mundo fui deseada y esperada! ¡Mi padre no es ningún monstruo sino el hombre más sabio de una tribu grande y poderosa! ¡Yo sabía que tarde o temprano iba a encontrarte pero no pensé que eso sucedería tan pronto!

Malga se acercó a Klak y lo abrazó hundiendo su rostro en el hombro del anciano. Eila y Jian los miraban conteniendo la respiración, Dzhar mordió sus labios y apartó los ojos mientras que Burma sonreía con placidez.

La noticia de que Klak por fin había encontrado a su hija perdida, liberándose de aquella maldición que lo agobiara durante tantos años, voló por el campamento invernal de los Lobos como un relámpago.

Aquella misma tarde los Hijos de la Loba organizaron un grandioso festín. Malga, alegre y sonrosada, ocupó un lugar de honor entre su padre y la Madre de la Tribu y, al parecer, no podía acostumbrarse a su nuevo papel de hija del hombre más respetado de la tribu. A Eila y Jian también les concedieron sitios no entre los jóvenes sino junto a los cazadores y mujeres mayores y les sirvieron los mejores trozos de carne. Además, a Jian le devolvieron todas sus armas dándole a entender que desde entonces ya no era prisionero sino huésped de los Lobos.

Observando a los esteparios Eila pensaba que no eran aquellos monstruos ávidos de sangre con los cuales las mujeres de las tribus del bosque asustaban a sus niños, sino hombres comunes y corrientes. Aún hace poco Eila pudo contemplar con indiferencia la muerte de algún prisionero estepario pero ahora su corazón se oprimía al pensar que en el poste de sacrificios también podrían perecer Klak, Dzhar o cualquier hombre de los que ahora estaban sentados a su lado saboreando la bebida alegre o burlándose sin malicia de sus compañeros. Pertenecían a una tribu ajena y bastante extraña pero Eila ya no podía ver en ellos a sus enemigos mortales.

Jian no bebía, comía muy poco y parecía profundamente sumergido en sus pensamientos. Al adivinar su estado de ánimo el viejo Klak tocó el hombro del joven con suavidad:

-Aprende a olvidar tus penas al menos por un tiempo. Entiendo que tu camino es largo y peligroso, así que detente y descansa. En nuestro campamento tus perseguidores no te alcanzarán.

- ¿De dónde sabes que alguien me persigue? -se sorprendió Jian.

-De lo contrario no emprenderías tu viaje en invierno. No sé qué es lo que has hecho a los hombres del bosque y qué costumbres has quebrantado pero tus ojos me dicen que no puedes ser un criminal. ¡He visto mucho en mi vida, pues créeme! -Klak tomó un sorbo de la bebida alegre y sonrió con astucia- ¿Tal vez cortaste el camino a algún hombre del bosque?

- ¿Cuál camino? -no comprendió Jian.

-Hacia el corazón de aquella muchacha de cabellos del sol.  
¿Acaso no es cierto?

Jian asintió.

- ¡Así lo pensé! -Klak apartó la taza vacía y con satisfacción chasqueó sus dedos-. Algún hombre del bosque quiso acabar contigo, tú y tu compañera decidieron buscar asilo en tu tribu natal y mi hija partió con ustedes porque no se sentía muy feliz en la tribu de su madre.

- ¿Cómo lo adivinaste? -se asombró Jian.

-Si alcanzas a vivir hasta mi edad, aprenderás a comprender a la gente y adivinar los pensamientos ajenos. Por ahora no rechaces los consejos de los adultos y aprende a dominar tu impaciencia.

Entiendo que ahora estás ardiendo en deseos de continuar tu viaje pero te aconsejo que esperes hasta la primavera.

- ¿Y qué pasará en primavera? -preguntó Jian.

-Partiremos al sur y nos reuniremos con otras tribus de la estepa al pie de nuestros Túmulos Sagrados. También vendrá la tribu del Águila que podrá ayudarte. En verano los Águilas penetran tan lejos al sur que instalan sus carpas cerca de las altas montañas con cumbres nevadas...

- ¡Mi patria se encuentra detrás de aquellas montañas!  
-exclamó Jian con alegría.

-Ves, si uno piensa bien y no se enardece, puede superar cualquier dificultad -Klak escudriñó a Jian con su penetrante mirada. El joven se estremeció; le pareció que los perspicaces ojos del viejo estepario penetraban al mismo fondo de su alma y veían allá algo desconocido para el mismo Jian.

-Los hombres como tú o mueren muy jóvenes, o se convierten en grandes jefes y llegan a la ancianidad. No tienes ningún tercer camino, muchacho -por fin sentenció Klak-. Me caes bien porque veo en tí una chispa que poseen muy pocos. Has logrado ver y conocer mucho más que cualquier otro chico de tu edad y esa es tu principal arma. ¡Pero nunca intentes lograrlo todo de una vez o perecerás sin obtener nada! Y por ahora... Malga, hija, tráenos más bebida alegre, pues mi joven huésped se ve muy triste.

- ¿Qué es esto? -con desconfianza preguntó Jian mirando de reojo la taza que le sirvió la sonriente Malga- ¿Brebaje de matamoscas?

- ¡No, ya no estás en el bosque! -lo tranquilizó Klak-. Para olvidarse no hay nada mejor que el jugo de amapola. Si tomas demasiado, puedes caer en un sueño sin retorno pero unas cuantas gotas te darán la tranquilidad que no has tenido desde hace mucho. ¡Bebe, no temas!

Jian bebió y pronto sintió que la zozobra que atormentaba su corazón todos estos días se había esfumado. Su alma se alivió y parecía volar entre el cielo y la tierra...

5

Es así como Malga, Eila y Jian comenzaron su vida en una nueva tribu. Los Hijos de la Loba pasaban todo el invierno en sus confortables cuevas junto al río pero la necesidad de carne fresca y de pieles obligaba a los hombres a adentrarse lejos en la estepa donde soplaban los vientos glaciales y abundaban los peligros.

Los lobos y los grandes felinos que no atacaban a los hombres el resto del año, en invierno se volvían insolentes y con frecuencia se lanzaban sobre los cazadores.

En cualquier momento podía desencadenarse una tempestad que amenazara con enterrar bajo la nieve a cualquier ser viviente. Finalmente, en la estepa era muy fácil perderse y errar por aquella llanura blanca siguiendo sus propias huellas hasta perder las últimas fuerzas y morir de cansancio

Sin embargo, los esteparios conocían bien a fondo los hábitos de las fieras y los caprichos de la naturaleza. Sabían protegerse del viento y de la nieve en cualquier lugar y encontrar el camino a casa por unos signos imperceptibles, donde se perdería el cazador de cualquier otra tribu. Todos los esteparios no solo eran magníficos arqueros y lanceros sino que también manejaban con destreza armas desconocidas para la gente del bosque como boleadoras y lazos. A diferencia de los habitantes del bosque, los esteparios apreciaban en el hombre no tanto la fuerza, como la agilidad pues en la estepa era difícil encontrar un árbol o una piedra grande para subir en caso de un ataque inesperado de algún depredador y la salvación del cazador dependía únicamente de su destreza y rapidez.

Para compensar la carencia de madera, los esteparios encendían sus fogatas no con leños, sino con huesos de animales cortados en pequeños trozos. Un largo surco en la tierra hasta el centro de la hoguera conducía el aire bajo las llamas y así favorecía la combustión de los huesos resistentes al fuego.

El modo de cazar de los esteparios se diferenciaba bastante del utilizado por las tribus del bosque. Para cubrir el máximo espacio de terreno, los cazadores se separaban por parejas que se aventuraban en direcciones distintas pero, sin embargo, jamás se alejaban una de la otra a una distancia demasiado grande. Nadie se iba solo, pues era preciso contar con la ayuda de un compañero en caso de quedar herido.

Al percibir una manada de reses, caballos, antílopes o renos, la pareja afortunada hacía señales a los demás cazadores y toda la banda se reunía para comenzar la persecución. Los saigas, los caballos y otros animales de la estepa se destacaban por una vista sutil y un olfato fino; era imposible acercarse a sus manadas sin ser percibidos y por eso los cazadores se extendían en una cadena larga

acosando a los animales hacia la abrupta orilla del río, un pequeño lago congelado o hacia alguna emboscada.

Otra presa muy apreciada por los esteparios eran las avutardas. Estas grandes aves de color rojo manchado de negro corrían con una sorprendente rapidez pero, asustadas con los gritos de los cazadores, volaban con torpeza y lentitud y no era muy difícil abatirlas con lanzas o flechas.

Las manadas de onagros se reunían habitualmente en grandes barrancos donde los acechaban las fieras y los hombres.

-Los onagros tienen pezuñas débiles y no pueden escarbar bien la nieve para alcanzar la hierba -explicó Dzhar a Jian-. Se meten en los barrancos donde crece el tamarisco y se alimentan con sus ramas. Allí es fácil cazarlos, no en la estepa abierta.

Jian escuchaba con atención las palabras de su nuevo compañero de caza y Dzhar, orgulloso de su papel de educador, sonreía con satisfacción. Al igual que la mayoría de sus paisanos, era parco en palabras, no ardía en deseos de averiguar algo sobre los viajes de Jian y contestaba a las preguntas de su nuevo compañero con brevedad y, al parecer, sin muchas ganas.

Dzhar tenía la misma edad que Jian; era el decimoctavo invierno de su vida. Hace varios años había perdido a su padre, asesinado por los hombres del bosque, vivía con su madre y un hermano menor pero pasaba mucho más tiempo en la cueva de Burma y Klak.

A primera vista Dzhar parecía severo e insociable, pero muy pronto Jian comprendió que el joven estepario tenía un corazón

bueno y sensible a las penas de los demás. Siempre arreglaba las discordias entre los muchachos de su edad, no les permitía burlarse de la torpeza del forastero y desde el primer día lo tomó bajo su protección. Gracias a Dzhar, Jian logró muchos éxitos y en menos de un mes aprendió a encender la fogata con huesos, construir refugios en la nieve y orientarse en la estepa dilatada.

... Eila y Malga se adaptaron rápidamente a su nueva vida ya que no se diferenciaba mucho de aquella que habían llevado en su tribu natal. En invierno las mujeres de los esteparios rara vez salían de las cuevas y pasaban todo el tiempo cosiendo, zurrando pieles o fabricando vasijas de arcilla. Con la ayuda de Burma, Malga y Eila pronto aprendieron este oficio nuevo para ellas dos y, aunque los tazones fabricados por sus manos inexpertas estaban muy lejos de la perfección, la alegría de las muchachas no tuvo límites. Las vasijas cerámicas eran sólidas, ligeras y lo más importante era que se podían llenar con agua y colocarlas directamente sobre el fuego, sin perder tiempo para calentar piedras.

- ¡Qué bueno sería enseñarlo a nuestras mujeres! -con frecuencia repetía Eila.

-Primero tendrás que volver con los Hijos de la Osa -le contestaba Malga- ¿Crees que te aceptarán?

Eila callaba y sentía una profunda tristeza al pensar que jamás volvería a ver a su madre, Neil, Zorg, Uba... Pero la ley es la ley y ningún Oso jamás recibiría en su hogar a alguien que haya quebrantado las costumbres de la tribu.

- ¡No te pongas triste! -la persuadía Malga- ¿Acaso estamos mal con los Lobos? - ¿Piensas quedarte con ellos para siempre? -se sorprendió Eila.

- ¿Y por qué no? Entre los Osos nadie me quería, ni siquiera mi propia madre, mientras que mi padre y Burma me aman sin pedir nada a cambio. ¡Mi verdadera familia está aquí!

- ¿Y Zorg? -de pronto preguntó Eila - ¿Podrás olvidarlo?

- ¡Sí! -sin pensarlo mucho exclamó Malga-. Antes yo creía que iba a sufrir por él toda mi vida pero ahora comprendo que no es el único hombre en el mundo.

En verdad, Malga parecía olvidar por completo todas sus desgracias del año pasado. Cada día se veía más y más contenta, con frecuencia canturreaba algo alegre, con un verdadero afán se entregaba a las tareas domésticas y prestaba mucha atención a su atavío. Klak se veía muy orgulloso de su hija y Burma trataba a la joven con tanto cariño como Malga jamás había recibido de su madre verdadera.

Klak ya era demasiado viejo para cazar; lo alimentaban Dzhar y otros jóvenes cazadores. Pero a Klak no le gustaba permanecer con los brazos cruzados; todos los días tallaba huesos, colmillos y astas, transformándolos en utensilios, armas y adornos para toda la tribu y en las tardes su cueva se llenaba de niños y jóvenes. Klak y Burma tomaban una larga correa de cuero y, relevando uno al otro, contaban sobre el pasado.

La correa tenía numerosos nudos pintados de varios colores que alternaban con figurillas en forma de hombres, aves y animales. Cada nudo y cada figurilla recordaba a los ancianos algún acontecimiento importante. El nudo verde marcaba el año cuando la hierba en la estepa era tan alta y espesa que podía esconder toda

una manada de reses, el rojo, una batalla sangrienta contra los hombres del bosque, el blanco, un invierno cuando había caído mucha nieve.

La figurilla en forma de ave recordaba la primavera cuando los patos y gansos migratorios eran tantos que no se veía el agua en los lagos de la estepa.

-Era un buen año. Primero, muchas aves y luego, grandes manadas de renos -los dedos de Klak que acariciaban con veneración la figurilla de reno quedaron inmóviles al tocar un nudo negro. Klak callaba y Burma frunciendo el ceño se ponía a contar sobre una terrible enfermedad que había acabado con la mitad de la tribu.

Para comprobar la atención de los niños, Klak y Burma con frecuencia interrumpían sus relatos, haciéndoles numerosas preguntas o pidiéndoles repetir tal o cual historia. El mejor en este tipo de tareas siempre era Nam, el hermano menor de Dzhar. Este niño despierto y ágil nunca olvidaba nada de los cuentos de los ancianos y a pesar de sus diez años, ya sabía la historia de su tribu mejor que muchos adultos.

Nam contestaba a cualquier pregunta sin tropiezos ni titubeos y Dzhar, orgulloso de su hermano, le sonreía con aprobación.

Eila, Malga y Jian escuchaban estas historias con gran interés y al mismo tiempo aprendían una nueva lengua. Pronto Eila y Jian ya podían comprender a los Hijos de la Loba sin necesidad de traducción y Malga se expresaba con tanta facilidad como si hubiese pasado con los esteparios no unos cuantos meses sino toda la vida.

-A veces me parece que no estoy aprendiendo esta lengua sino recordándola. Los Osos siempre me tildaban de esteparia y ahora veo que tenían toda la razón -sonreía Malga y sus ojos se encendían con un brillo arrogante.

Durante ese invierno Malga cambió tanto que Eila apenas reconocía a su amiga. Ya no era la misma muchacha callada y triste que no creía en su propia belleza y lloraba furtivamente en las noches.

Ahora, al cobrar seguridad en sí misma, Malga se hizo aún más hermosa y eso no pasó desapercibido. Dzhaz y otros jóvenes cazadores pasaban por la cueva de Klak con cualquier pretexto y en las tardes, cuando llegaba la hora de las historias sobre el pasado, disputaban el puesto al lado de Malga. La misma muchacha era igual de amable con todos y pedía a sus admiradores impacientes darle tiempo para pensar hasta la gran fiesta primaveral.

6

La primavera rejuveneció la estepa y la hizo irreconocible. Cuando se derritió la nieve y terminaron las torrenciales lluvias primaverales, la estepa ya no era una llanura monótona y triste, sino un enorme jardín. Brotó la nueva hierba; poco después los blancos capullos de draba y los lirios azules y violetas rompieron el infinito verde.

Más tarde a este tumultuoso desbordamiento de colores se unieron los rojos y amarillos tulipanes y las flameantes amapolas.

Después de las lluvias los Hijos de la Loba abandonaron sus refugios invernales y se dirigieron hacia el sur donde se alzaban los Túmulos Sagrados bajo los cuales yacían los mejores guerreros de todas las tribus de la estepa.

-Nos dirigimos allá cada año para honrar la memoria de nuestros antepasados, festejar la llegada de la primavera y permitir a nuestros jóvenes unirse en matrimonio -diciendo esto el viejo Klak echó una mirada expectante a Malga y Eila- ¿Quién sabe, tal vez ustedes dos también encuentren a sus maridos este año?

Malga sonrió misteriosamente y Eila se encogió de hombros. Ahora la confusión en su alma era aún más grande que el año pasado.

Se sentía feliz caminando al lado de Jian, respirando a pleno pulmón el aroma de flores y hierbas desconocidas y concibiendo la inmensidad de aquel mundo tan distinto de sus bosques natales. Cuando Eila oía la voz de Jian o sentía el roce de su mano, todo en su alrededor -la floreciente alfombra de la estepa, las nubes y los majestuosos águilas en el infinito azul del cielo- le parecía maravilloso y bello. La deslumbrante sonrisa de Jian calentaba el corazón de la muchacha y lo llenaba de una inexplicable alegría; a veces Eila apenas reprimía el deseo de estrecharse contra el delgado, flexible y musculoso cuerpo del joven y sentir el calor de su piel cobriza, pero cada vez en lo más profundo de la memoria surgían las sombras de Dirk y de aquella muchacha desconocida que esperaba a Jian en su tierra natal, y Eila comenzaba a sentir unos remordimientos extraños.

... Al tercer día de la marcha en la estepa con más y más frecuencia aparecían unas extrañas islas blancas y relucientes bajo los rayos del sol. Sin poder dominar su curiosidad, Eila se separó de la columna y se detuvo al borde de la mancha blanca.

-Es sal -dijo Dzhar, acercándose a la muchacha.

Eila se inclinó, recogió unos cristales blancos y los probó con la lengua. ¡Sal, verdadera sal! Para las tribus del bosque una salina como esta sería una gran riqueza, mientras que los esteparios pasaban sin detenerse y contemplaban este tesoro con indiferencia.

-Allá, en el sur, hay salinas aún más grandes -comentó Dzhar-. Hasta el agua en los lagos no es dulce, sino salada.

-Yo vi esos lagos el año antepasado -dijo Jian quien también se había separado de la columna-. Mis amigos y yo probamos su agua y después escupimos todo el día.

- ¿En tus tierras hay salinas? -se interesó Dzhar.

-No, compramos sal a otra tribu y ellos la evaporan del agua marina -contestó Jian-. Pero aquella sal no es tan buena como esta, además, los Hijos del Mar la venden por un precio muy elevado y siempre exigen los mejores cuchillos de hielo negro.

- ¿Buenos cuchillos por un cesto de sal? -se asombró Dzhar-. Y nosotros la pisamos cada rato...

-Una tribu tiene mucha sal, otra, mucha carne, la tercera, mucho pescado -pronunció Eila con aire pensativo-. Pero a todos siempre falta algo y por eso comienzan las guerras...

El viaje transcurría día tras día hasta que en el horizonte aparecieron los majestuosos túmulos alrededor de los cuales se extendía el campamento de las tribus de la estepa.

Los Hijos del Saiga, del Onagro, del Caballo y del Águila saludaron con alegría a los recién llegados; al ver ese espectáculo el corazón de Eila tembló.

- ¿Por qué estás desalentada? -le preguntó Malga.

-Y los nuestros ahora se reúnen en el País de los Mil Lagos y se saludan de la misma manera -suspiró Eila-. Me da pena pensar que jamás volveré a ver a ninguno de los nuestros ni al País de los Mil Lagos.

- ¡Piensa de otra forma! -trató de alentarla Malga- ¿Qué tiene de especial el País de los Mil Lagos si lo conoce cada niño de cualquier tribu del bosque? ¿Acaso alguno de los Osos pudo ver los Túmulos Sagrados de los esteparios y quedar vivo? Hasta los mejores guerreros del bosque no se atreven a penetrar tan lejos al sur, pero nosotras lo logramos. Deja de suspirar y mejor ayudemos a Burma a construir la vivienda de verano.

Por falta de árboles, los esteparios no podían alzar cabañas sino que instalaban ligeras carpas de cuero usando como armazón los huesos de grandes animales. Construir tales viviendas no era difícil, pronto los Lobos terminaron y se sentaron junto a las fogatas, compartiendo con otras tribus los detalles del invierno pasado. Pronto todo el mundo se enteró de que la Madre Loba había perdonado a Klak, devolviéndole su hija perdida; para festejar un acontecimiento tan grande las mujeres trajeron tazas con bebida de amapola y pronto todos los esteparios se contagiaron de una desbordante alegría.

Klak parecía rejuvenecido en muchos años y, para el júbilo de todos, se puso a bailar alrededor de la fogata en compañía de su

hija. Malga se veía más bella que nunca, sus mejillas ardían como amapolas y los ojos irradiaban alegría. Dzhar la miraba insistentemente y, a diferencia de sus compañeros, no bebía, no bailaba y no buscaba la compañía de las muchachas de otras tribus.

Mientras tanto Eila y Jian observaban con curiosidad los túmulos alumbrados por los rojizos rayos del sol poniente.

- ¿Quieren subir? -de pronto les preguntó Klak, jadeando después de la frenética danza.

- ¿Se puede? -preguntó Jian, sorprendido por lo que el anciano de nuevo había adivinado su intención- ¿No se ofenderán sus antepasados que duermen bajo esta tierra?

-Claro que no si en tus pensamientos no hay nada perverso. Yo mismo te acompañaría a la cima pero mis viejos huesos duelen después del viaje y la danza -los ojos de Klak se convirtieron en dos pequeñas grietas-. Que lo haga Dzhar, pues hoy está muy triste y, al parecer, no disfruta de nuestra fiesta.

Dzhar no se hizo esperar y con un gesto propuso a Eila y Jian seguirlo. Los tres subieron por la cuesta del túmulo más alto y llegaron a la cima de donde voló una enorme águila que pronto se convirtió en un punto negro desapareciendo en el cielo.

-Es el alma de un guerrero que pareció lejos de su tierra natal -en voz baja pronunció Dzhar-. Dondequiera que lo atrape la muerte, el espíritu de un valiente de todos modos encuentra las tumbas de sus amigos y viene a visitarlas cada primavera.

«¿Será el alma de algún prisionero sacrificado por los Osos?» -pensó Eila y, como sintiendo una extraña culpa ante Dzhar y toda su tribu, bajó la cabeza. Comprendiendo el estado de ánimo de su compañera, Jian le susurró al oído:

-No te atormentes. No has podido salvar a todos los prisioneros como lo hiciste conmigo. ¡Mejor mira a tu alrededor!

La estepa primaveral extendía su multicolor suntuosidad hasta donde alcanzaba la vista.

En el Poniente aún centelleaban las nubes doradas pero del Este ya avanzaba una ola de oscuridad. Con timidez se encendían las primeras estrellas que parecían reflejar la luz de las numerosas fogatas que ardían al pie de los túmulos.

Eila no podía apartar su mirada del atardecer; en su bosque natal, donde los enormes árboles tapaban el horizonte y atrapaban el sol con sus ramas frondosas, no se podía contemplar la puesta del sol en toda su belleza. Mientras tanto Jian con un gran interés examinaba los ídolos de piedra sobre la cima del túmulo, en los cuales se perfilaban los contornos de hombres y animales. Los ídolos estaban rodeados con postes de piedra coronados con cráneos humanos.

-Son nuestros enemigos -contestó Dzhar al sentir la interrogadora mirada de Jian-. Los atrapamos en los combates y cada otoño los sacrificamos a nuestros espíritus...

- ¿Son hombres del bosque? -preguntó Eila.

Dzhar asintió en silencio y Eila pensó que tal vez precisamente este muchacho de ojos serios y buena sonrisa el

otoño pasado había atravesado con su lanza al pobre Mak o disparado su flecha contra Zorg...

-Si quieren, pueden pedir algo a nuestros espíritus -propuso Dzhar.

- ¿Y nos escucharán? -dudó Jian- ¿Acaso no somos forasteros?

-El sabio Klak dice que eso no importa. Hay que hablar de todo corazón y los espíritus te escucharán -dijo Dzhar-. Una vez la Madre Loba te salvó la vida, esto significa que le caes bien.

- ¿Puedo pedirle que me ayude a regresar a mi tierra? -preguntó Jian.

-Sí, pero tendrás que sacrificar a la Madre Loba unas cuantas gotas de tu sangre.

Es lo mejor que puede hacer un guerrero antes de hablar con los espíritus -aseguró Dzhar.

Sin pensarlo mucho Jian sacó el cuchillo, lo clavó en la palma de su mano izquierda y al acercarse al ídolo con la cabeza de lobo, dejó en la piedra la huella de su mano ensangrentada.

-Te pido, Madre Loba, señora de la estepa, que me ayudes a regresar a mi casa -pronunció el muchacho con voz entrecortada-. Nunca he causado daño a tus hijos y jamás lo haré en el futuro. ¡Te lo juro, Madre Loba, yo, Jian, Hijo de la Tierra!

En las tinieblas el rostro de Jian se tornó color cobre oscuro, sus ojos parecían dos pozos profundos bajo los enmarañados rizos negros que le caían sobre su frente. Apenas el joven apartó su mano del ídolo, en la lejanía sonó un largo aullido de lobo.

-Es un buen signo -sonrió Dzhar-. La Madre Loba te escuchó y pronto se cumplirá tu deseo.

Eila con un gesto pidió a Dzhar que le diera su cuchillo pero el joven estepario se negó:

-No eres guerrero, sino una mujer y cualquiera de ustedes, mientras sea joven y sana, cada mes sacrifica a los espíritus un poco de su sangre. No debes herir tus manos, solo deja a la Madre Loba algún regalo.

Eila se arrodilló ante el ídolo, se quitó un collar de cuentas blancas y negras de piedra caliza y lo puso sobre la hierba ante la progenitora de los Lobos. El collar era regalo de Dirk, y Eila sintió un ligero temblor en su corazón.

-Perdóname, Dirk, pero lo hago por ti y por toda nuestra tribu -susurró la muchacha-. Reconozco que he quebrantado la ley de mis antepasados, pero ¿acaso ya no se puede arreglar nada? Madre Loba, soy culpable ante mi progenitora la Madre Osa, pero no ante ti y por eso me atrevo a pedirte por mis paisanos. ¿Acaso tus hijos, los Lobos, no pueden dejar de guerrear con los Hijos de la Osa? ¡Enséñalos a vivir en paz, te ruego!

Eila calló, pero la progenitora de los esteparios no le dio ningún signo; solo el viento susurraba entre las hierbas.

-No me escuchó -con tristeza pronunció la muchacha.

-Esta vez no, pero te escuchará más tarde, cuando los hombres aprendan a pensar y a hablar antes que agarrar sus armas -dijo Jian.

- ¿Y qué hacer cuando te atacan, como lo hicieron los guerreros del bosque el otoño pasado? -replicó Dzhar- ¡Si me hubiese puesto a pensar, ellos me hubieran partido el cráneo o atravesado con sus lanzas!

-Si yo lo supiera... -con aire pensativo pronunció Jian- ¿Dzhar, y tú no vas a pedir nada a tu Madre Loba?

El estepario lo negó con la cabeza.

- ¿Por qué? -se sorprendió Eila-. Eres su hijo y ella cumplirá todos tus deseos.

- ¡Los espíritus no me ayudarán! -exclamó Dzhar y al alzar la cabeza dirigió su mirada a la negra inmensidad del cielo estrellado, como lanzándole un desafío- ¡Contra mi mal no hay remedio! Apenas ella apareció entre nosotros, Klak encontró la paz pero yo la perdí... ¡Si ella supiera que no puedo pensar en ninguna otra mujer desde el primer día que la vi!

Conmovida hasta lo más profundo de su alma, Eila callaba. Para ella no era secreto que Malga había herido los corazones de varios Hijos de la Loba, pero no podía imaginar qué dolor sentía Dzhar.

- ¡No te desesperes! ¿Acaso Malga te rechazó? -al acercarse a Dzhar, Jian le dio una ligera palmada en el hombro, pero el joven estepario manoteó con desespero:

- ¡Malga ni siquiera me mira! Y ahora detrás de ella andan no solo la mitad de los Lobos, sino también dos Saigas y tres Onagros...

-La persona que ha sufrido mucho no va a martirizar a los demás -dijo Jian con seguridad.

## 7

Los esteparios pasaron varios días al pie de sus Túmulos Sagrados. Los hombres cazaban gansos y patos cuyas enormes bandadas cubrían los lagos cercanos mientras que las mujeres recogían raíces y bulbos que ahora, en primavera, eran más tiernos y jugosos que el resto del año. En las tardes todos celebraban solemnes ceremonias en honor de los espíritus protectores y se preparaban para el acontecimiento principal de la primavera, la fiesta de la Fogata Familiar.

... Al parecer, la misma naturaleza había preparado un regalo nupcial para todos los que querían unirse en el matrimonio: el día era soleado, sin una sola nube en el brillante azul del cielo. Un vientecillo suave llevaba a todas partes el dulce aroma de menta y las amapolas en las cuevas de los túmulos flameaban como nunca.

Los muchachos, desnudos hasta la cintura, se tomaron de las manos formando un círculo alrededor de la fogata. Permanecían inmóviles como los ídolos sobre los Túmulos Sagrados, con las miradas clavadas en el fuego. Las muchachas ataviadas con sus mejores ropas, con amapolas y tulipanes en sus trenzas color castaño rojizo y con ramas espinosas en sus manos corrían alrededor con risas y gritos, pero los jóvenes cazadores seguían mirando a la fogata con obstinación.

Poco a poco los alaridos de las muchachas se hacían más y más fuertes:

- ¡Cobardes! ¡Corazones de liebre! ¡Moscas muertas!

Acercándose a los cazadores, las muchachas los azotaban sin piedad; las espinas herían la piel hasta sangrar pero los jóvenes permanecían inmóviles. Según las costumbres de todas las tribus de la estepa, un hombre verdadero tenía que ser firme y era suficiente gritar, gemir o simplemente temblar una sola vez para convertirse en blanco de todas las burlas y perder la oportunidad de crear su familia por todo el año. Los adultos animaban a los muchachos con gritos y silbidos, mientras que las chicas se veían más y más enardecidas.

Esta manera de tratar a sus prometidos le parecía a Eila muy extraña al igual que a Malga, la cual, aunque había adornado sus cabellos con flores, no se atrevía a unirse a las jóvenes esteparias.

-No temas -sonrió la vieja Burma empujando a la muchacha hacia delante pero Malga bajó la cabeza y se sonrojó.

Mientras tanto el juego cruel llegó a su apogeo: las desnudas espaldas de los jóvenes sangraban pero nadie se quejaba. Finalmente una de las muchachas, tal vez, la más piadosa, tiró su rama al suelo y al acercarse a uno de los jóvenes le dio una ligera palmada en el hombro. El elegido se volvió y su rostro pálido de dolor se iluminó con una sonrisa feliz. La muchacha echó a correr como una flecha y su prometido la siguió. La pareja dobló el túmulo y desapareció en el verde infinito de la estepa.

Las otras muchachas también se acercaban a los pretendientes y si estos últimos aceptaban sus propuestas, las parejas se dispersaban. A Dzhar lo rozaron varias muchachas a la vez, pero el joven no reaccionó.

- ¡Dzhar tiene miedo a las mujeres! -con enojo gritaron las rechazadas, azotando al pobre muchacho con doble fuerza- ¡Dzhar vivirá con su madre hasta la vejez! Dzhar no se movía y ni siquiera miraba a sus torturadoras aunque la sangre corría a chorros por la musculosa espalda del joven.

- ¡Dzhar, no te pongas terco! -exclamó Klak arrebatado al no poder contemplar con calma el suplicio de su mejor

alumno-. Ya sabemos que eres el más fuerte de todos, así que escoge a tu mujer o estas chicas te matarán.

- ¡Qué me maten! -gritó Dzhar y de nuevo apretó sus labios.

Malga palideció y Eila al adivinar los pensamientos de su amiga le susurró al oído:

- ¡Malga, olvida tu pasado! Ve rápido o el pobre Dzhar se va a desangrar por tu culpa...

Como despertando de un profundo letargo, Malga se acercó a la fogata y puso su pequeña mano sobre el hombro de Dzhar. Al joven estepario que no tembló ante los azotes ahora se le estremeció todo el cuerpo, se volvió y sonrió no con sus labios torcidos de dolor sino con sus radiantes ojos amarillentos. Malga y Dzhar quedaron pasmados, mirándose uno al otro, pero los demás jóvenes y muchachas no les permitieron prolongar aquel momento emocionante:

- ¿Por qué están parados? ¡A correr!

Al volver en sí, los dos se echaron a correr y pronto desaparecieron absorbidos por el verde tapete de la estepa sembrado de flameantes amapolas. Con un suspiro profundo Eila secó una lágrima indiscreta. Se alegraba al ver la felicidad de su mejor amiga pero al mismo tiempo sentía una ligera tristeza comprendiendo que desde entonces Malga tendría una vida nueva con sus propias alegrías y preocupaciones que no podría compartir con su amiga.

- ¿Por qué estás triste? -la vieja Burma acarició el hombro de Eila.

-Todas mis amigas ya tienen maridos y sólo yo... ¡Perdí a mi tribu, a mi prometido y no tengo nada!

-No es cierto -replicó Burma-. El hombre de tu vida ya está a tu lado, lo comprendí en seguida, apenas vi cómo te trata aquel joven moreno. He vivido mucho y veo que ustedes dos están unidos en la vida y en la muerte e incluso los espíritus no podrán separarlos.

8

Después de la fiesta todos los esteparios comenzaron a desmontar su campamento: las manadas que erraban por la estepa no permitían a los cazadores permanecer en un solo lugar por mucho tiempo. Cada tribu partía para sus tierras de caza y luego, en otoño, todos de nuevo se reunirían en sus Túmulos Sagrados para hacer sacrificios a sus espíritus protectores, rogándoles enviar un invierno suave.

El sabio Klak pudo convencer a Zira, la Madre de la Tribu de los Águilas, de llevar consigo a Eila y Jian pero cada rato pedía a los jóvenes quedarse para siempre con los Lobos:

- ¿Tal vez cambien de idea? ¡Quédense con nosotros!

Jian se opuso decididamente:

-Gracias por todo, pero tengo que volver a mi tierra.

- ¡Gracias a ustedes, chicos! -de pronto exclamó Klak, abrazando a los jóvenes- ¡Me trajeron a mi hija y la alegría de vivir!

En el día de la partida, cuando todas las fogatas ya estaban apagadas y las carpas, demontadas, Malga y Dzhar se separaron de los demás Hijos de la Loba para despedirse de sus amigos. Todos estos días los recién casados parecían radiantes de felicidad pero ahora sus rostros expresaban una profunda tristeza.

-Jian, aunque eres forastero jamás tuve un mejor compañero de caza -dijo Dzhar- ¡Quédate y serás un gran hombre entre los Hijos de la Loba!

-Los Lobos son una tribu valiente y poderosa, pero yo soy Hijo de la Tierra y lo seré para siempre -replicó Jian- ¡Pero no me olviden! Vengan a mi tierra, tráiganos su sal y nosotros les daremos cuchillos de hielo negro. No es difícil, hay que simplemente ir al sur y no desviar.

-Iré a visitarte -le prometió Dzhar.

Eila y Malga lloraban abrazadas y no podían separarse.

-Pronto aquí habrá otro lago salado -rezongó Dzhar con aire descontento.

-Eila, tenemos que apurarnos -dijo Jian-. Los Hijos del Águila nos están esperando.

- ¡Jian! -Malga abrazó al joven, apretando contra el rostro de Jian su mejilla ardiente y húmeda-.

Nunca he tenido un hermano pero me gustaría tener uno como tú.

-Te recordaré como a una hermana. Tarde o temprano nos volveremos a ver pues después de todo lo que nos ha pasado comienzo a creer que en el mundo no hay nada imposible -exclamó Jian.

... De nuevo los abrazaba la estepa infinita y embriagante. Desflorecieron las amapolas y los tulipanes y la estepa se convirtió en un vacilante oleaje de espolines de color verde plateado y de salvia azul. La primavera transcurrió rápidamente, el implacable sol de verano abrasó la vegetación, la hierba se tornó amarilla y los ardientes vientos arrastraban por todas partes las espinosas bolas de eringe. De vez en cuando el cielo se cubría de nubarrones que se descargaban con lluvias, truenos, relámpagos y a veces con relumbrante granizo blanco.

Las manadas de reses, antílopes y caballos erraban en búsqueda de hierba fresca, pero encontrarla era cada día más y más difícil.

Los acechaban las jaurías de lobos, los veloces guepardos y los majestuosos leones, acompañados a su vez por chacales y aves de rapiña.

Quemados por el sol y curtidos por los vientos, los Hijos del Águila continuaban su viaje al sur sin demorarse por mucho tiempo en ningún sitio, tratando de no perder de vista a los animales. Si la caza era abundante, la tribu acampaba junto a algún lago u otra fuente de agua, pero no permanecía allí más de dos o tres días.

-Las manadas no nos esperarán -explicó a Eila Zira, la jefa de los Águilas. Era una mujer alta y enjuta, de firme perfil aguileño, canas apenas visibles en su largo cabello castaño y una voz imperiosa la cual obedecían sin objeción todos sus paisanos.

- ¿Y los niños, y los ancianos? -preguntó Eila- ¿Acaso esta vida no es demasiado dura para ellos?

-Los niños tienen que acostumbrarse a la vida de cazadores y los ancianos son la sabiduría de la tribu y todos tratan de facilitar su viaje. Ustedes en sus bosques están acostumbrados a pasar mucho tiempo en un solo sitio, mientras que nuestros espíritus nos legaron siempre seguir adelante. ¡Un estepario se mueve mientras esté vivo! -secamente contestó Zira y dando a entender que la conversación había terminado, comenzó a cortar en estrechas lonjas la carne de saiga que luego ponía a secarse al sol. Eila ayudaba a la Madre de los Águilas, reflexionando sobre sus palabras.

Sí, la vida de los esteparios le parecía demasiado dura, pero ellos no conocían y no deseaban ninguna otra. En la primera semana de aquel viaje Eila sufrió por el calor y los vientos penetrantes pero poco a poco se acostumbró a esa nueva vida y cumplía con todas las faenas al igual que cualquier Hija del Águila, como si hubiese nacido no en una cueva en el bosque boreal sino en una de estas ligeras carpas de cuero.

Jian se acostumbró a su nueva vida aún más rápido. Aprendió a manejar el lazo y la boleadora como un verdadero estepario y todos los Hijos del Águila lo trataban con cierto respeto. Sólo Chir, el hijo menor de Zira, un joven obstinado y arrogante que desde el primer día comenzó a regalar a Eila sonrisas y miradas muy expresivas, nunca hablaba a Jian y fingía ni siquiera notar su presencia.

Eila hace tiempo dejó de mirar a los esteparios como a sus enemigos mortales y tuvo que reconocer que a pesar de sus pómulos anchos y ojos algo rasgados, algunos jóvenes cazadores le parecían bastante atractivos y Chir con su perfil fino como él de su madre y sus ojos fogosos de color oro oscuro era un muchacho realmente bello, pero sus miradas no herían el corazón de Eila.

... Poco a poco el paisaje cambiaba. Con más frecuencia se veían las colinas que a pesar de la canícula permanecían cubiertas de una hierba jugosa y verde. Las lluvias y las tormentas se hicieron más habituales y casi siempre estallaban en las noches. Los chorros de agua caían del cielo con tanta fuerza que a veces derrumbaban las carpas de los Águilas.

Pero nadie se quejaba: la caza en estas tierras era abundante y era mejor conformarse con algunas incomodidades que aguantar hambre.

-Ya son tierras premontañas -explicó Jian a Eila-. Entre más cerca estamos de las montañas, más lluvias habrá.

Con estas palabras el joven subió corriendo a una colina y quedó pasmado.

- ¿Qué pasó? -preguntó Eila.

En vez de responder Jian la llamó con un ademán expresivo. Al subir a la colina Eila vio en el horizonte una extraña cadena azul. Al comienzo la joven pensó que eran unos nubarrones, precursores de una tormenta inevitable, pero al mirar más atentamente se dio cuenta de que era una cadena montañosa.

- ¡Más allá de esas montañas está mi tierra natal! ¡Jo-o-o!  
-con toda la fuerza de sus pulmones gritó Jian, estrechando a Eila entre sus brazos. El rostro del joven se ruborizó y sus ojos brillaron como nunca. Eila jamás vio a Jian tan emocionado.

Al comienzo las montañas no le parecieron a Eila muy grandes pero, cuando los viajeros se acercaron a su pie, la joven no pudo ocultar su asombro. La cadena rocosa se adentraba en la estepa con varios contrafuertes como la zarpa de una gigantesca fiera con garras clavadas en la tierra. Enormes cedros y robles partían con sus raíces las rocas grises y rojizas y en una lejanía infinita se alzaban hacia el mismo cielo las majestuosas cumbres nevadas.

- ¡Nieve! -exclamó Eila asombrada

- ¿Por qué no se derrite si estamos en verano? -Eso no lo saben ni los ancianos de mi tribu –dijo Jian.

Zira, la Madre de los Águilas, se acercó a Eila y Jian y les habló con una ligera tristeza:

-Aquí tenemos que separarnos: nosotros, la gente de la estepa, nunca subimos a las montañas. ¿No quieren quedarse con nosotros? En otoño regresaremos al norte, a los Túmulos Sagrados,

donde ustedes se podrán encontrar con sus amigos de la Tribu de la Loba...

Eila descubrió que las severas facciones de Zira se suavizaron y su mirada se enterneció. Sin poder dominar su pena, Eila abrazó a la jefa de los Águilas. Jian frunció el ceño y dio la espalda a ambas mujeres.

-Eres una muchacha muy buena -la pequeña y firme mano de Zira acarició los cabellos de Eila que bajo el ardiente sol de la estepa se hicieron aún más claros-.

Aunque eres la hija de una tribu enemiga, quiero que sepas que entre los Águilas siempre tendrás comida y techo. ¿Tal vez te quedarás con nosotros? Mi hijo menor se fijó en ti y quiere ser tu marido...

-No -contestó Eila sintiendo cómo ardían sus mejillas-. Chir es un cazador valiente y hábil pero... ¡Yo no puedo!

Jian ni siquiera miraba a las mujeres pero al oír las últimas palabras de Eila suspiró con alivio.

-Así lo pensé -sonrió Zira-. Ya caíste en la trampa de otro cazador. Varias veces he repetido a Chir que no está bien robar presas de las trampas ajenas pero mi hijo es muy terco... Bueno, ¡qué los protejan en su viaje los espíritus de estas montañas!

Los hijos de Zira acompañaron a los viajeros hasta las primeras rocas. Los dos hermanos mayores se despidieron de Jian, dándole amistosas palmadas en los hombros, mientras que Chir no apartaba de Eila sus ojos entristecidos.

- ¡Vengan a visitar a los Hijos de la Tierra! -propuso Jian.

Los dos mayores se miraron con indecisión y Chir, sacudiendo con desafío su abundante cabellera castaña, dijo dirigiéndose no a Jian sino a Eila:

- ¡Yo iré y tú serás mía!

Los hijos de la tierra

1

Los majestuosos árboles enredados con tenaces lianas alzaban al cielo sus ramas frondosas; a cada rato el paso lo cerraban el enebro, el escaramujo, el mirto, el zarzal o la densa pared de bambú y Jian abría camino con ayuda de su hacha. Aunque Eila se había criado en el bosque, esta espesura no se parecía en nada a su natal bosque boreal y la joven se detenía con frecuencia contemplando ya el abigarrado brillo de las orquídeas, ya un esbelto granado de flores rojas o un enorme helecho que alcanzaba la altura de un hombre adulto.

Cuando Jian y Eila subían un poco más, los bosques retrocedían ante unas extensas altiplanicies abiertas a los vientos y a los rayos del sol, cubiertas de hierba jugosa y flores desconocidas para Eila: las estrellitas rojas de clavel, grandes campanillas blancas y violetas, globos azules y dorados. Luego el camino de nuevo bajaba a los bosques donde reinaba la penumbra y un calor sofocante.

Casi todos los días estallaban tormentas de las cuales los jóvenes se escondían en las cavernas rocosas o bajo las copas de grandes robles y hayas. Cuando los relámpagos partían el cielo sobre las cumbres lejanas y los truenos hacían temblar las rocas, a Eila le parecía que había llegado el fin del mundo pero Jian la tranquilizaba diciendo que él había visto tormentas aún más fuertes. Estas lluvias torrenciales terminaban tan bruscamente como irrumpían. Los nubarrones desaparecían tras las cadenas montañosas, el cielo se despejaba, el sol de nuevo abrasaba la tierra y el aire se llenaba de un embriagante aroma de hierbas y flores.

Todo en esta tierra -el sol, las lluvias y la suntuosidad de las plantas- parecía excesivo.

El mundo de animales también sorprendía por su riqueza y diversidad. Los uros, aunque no tan enormes como sus parientes del norte pero temibles e imponentes -pastaban en los claros soleados y, orgullosos de su fuerza, no hacían caso a los jóvenes viajeros. De vez en cuando Jian y Eila se encontraban con los osos que se veían muy ocupados buscando moras maduras y raíces tiernas. Los tímidos gamos con una agilidad increíble saltaban de una roca a otra y, al correr a una distancia segura, con curiosidad seguían a los viajeros con sus hermosos ojos. Sobre las terrazas rocosas se veían las inmóviles siluetas de los muflones con sus extraños cuernos espirales. Las camadas de jabalíes con sus graciosas crías rayadas abrían anchos senderos en la maleza.

En las grietas de las rocas con frecuencia aparecían y desaparecían las impetuosas martas, bastante parecidas a aquellas que Eila había visto en su bosque natal pero el pelaje de estas pequeñas fieras era más claro y no tan espeso. En las altiplanicies abiertas había grandes colonias de marmotas que se calentaban al sol con despreocupación, pero apenas sobre la hierba caía la sombra de un águila, los animalitos se escondían en sus madrigueras con gritos alarmantes.

Las aves en su mayoría también eran desconocidas para Eila: las abubillas con recargados penachos en las cabezas, las rojizas perdices de la montaña, unos pájaros negros parecidos a los mirlos pero con grandes zarcillos amarillos, los faisanes cuyo plumaje brillaba con todos los colores del arco iris. A estos últimos Jian los derribaba diestramente con sus flechas proporcionándose carne tierna y deliciosa.

Desde el primer día de su viaje por las montañas Jian había advertido a Eila que mirara con atención bajo sus pies y tratara de no rozar las ramas, pues en la hierba abundaban serpientes y de los árboles caían pequeñas garrapatas que se adherían a la piel con tanta fuerza que era difícil arrancarlas.

En su primera noche en las montañas Eila no pudo pegar los ojos. Al comienzo la interesaron los fuegucillos que volaban en el aire de un lado para otro y se detenían en las ramas de los árboles. Al percibir la curiosidad de la muchacha, Jian le explicó inteligiblemente que eran unos insectos que poseían el don de alumbrar la oscuridad. El joven no les hacía caso, pues estaba muy ocupado construyendo un cerco de ramas espinosas.

Pronto el aire se llenó de zumbidos y chirrido: los grillos y las chicharras celebraban a su manera la llegada de la bochornosa noche. De un riachuelo cercano venían los salvajes gritos de los sapos que no se parecían en nada al croar de las ranas de los pantanos boreales. Más tarde, cuando al cielo salió una luna enorme, estos sonidos fueron sustituidos por el aullido de los chacales, la desgarradora risa de las hienas, el rugido lejano de los leopardos y la ronca tos de los tigres.

Eila se estremecía a cada instante: le parecía que todas las fieras que merodeaban en la oscuridad la devorarían apenas ella cerrara los ojos. Le asombraba la tranquilidad de Jian: sin hacer caso a todos estos sonidos siniestros, el joven se tendió sobre la hierba, se quitó la camisa y la colocó bajo su cabeza.

-No temas, nadie te va a comer -dijo Jian en respuesta a la alarmada mirada de Eila-. Todas esas fieras no aguantan ni fuego ni espinas. Además, tienen suficientes presas sin necesidad de atacarnos.

Pronto Jian se sumergió en un sueño tranquilo y profundo; Eila se acostó a su lado pero a pesar de su cansancio no pudo dormir. Los ojos se le cerraban, pero el gruñido, el aullido o el grito lastimoso de una víctima invisible que venían de la espesura del bosque le ahuyentaban el sueño.

Una hiena demasiado curiosa dio varias vueltas alrededor del cerco, llenando la noche de su horrorosa risa. Ese sonido le pareció a Eila tan espantoso que la joven no aguantó más y despertó a Jian. Sin decir ni una palabra, el muchacho sacó de la fogata un tizón flameante y lo tiró a la oscuridad. La hiena aulló estridentemente y desapareció.

-No debería despertarte -con aire culpable dijo Eila-. Soy una cobarde.

- ¡Eres la chica más valiente de todas las que yo he conocido! -replicó Jian con ardor-. Todavía no estás acostumbrada, eso es todo. Yo me familiaricé con toda esta música desde niño, cuando acompañaba a mi padre a la caza. ¡Tú también te acostumbrarás pronto, ya lo verás!

Realmente, después de unas cuantas noches sin dormir y largas marchas diarias, Eila se sentía tan cansada que dormía sin temer por su vida. Numerosos depredadores que merodeaban alrededor no se atrevían a atacar a los viajeros y preferían presas más fáciles.

Pasaron varios días y Eila notó un gran cambio que había sucedido a Jian. ¡Si lo vieran ahora Dirk y todos aquellos que lo creían torpe y poco sagaz! En los bosques boreales y en la estepa Jian confiaba principalmente en la experiencia y en los conocimientos de los demás, pero aquí, en sus montañas natales, se fiaba solo de sí mismo y más de una vez sorprendía a Eila por su destreza al subir las rocas casi verticales, vadear los ríos poco profundos pero torrenciales, acercarse cautelosamente a los gamos y corzos y orientarse en aquel laberinto de rocas, quebradas y bosques. Como obedeciendo a algún olfato interno, Jian encontraba infaliblemente aquel camino que debería llevarlo a los brazos de sus paisanos y jamás perdía seguridad.

De vez en cuando el joven subía a alguna roca y se quedaba inmóvil, escudriñando los alrededores. Los rayos del sol alumbraban su fino perfil, se reflejaban en su piel cobriza y en la negra profundidad de sus ojos y en aquellos momentos Jian parecía a Eila el verdadero dueño de esas montañas misteriosas.

Durante todo el viaje Eila una sola vez vio en los ojos de su compañero algo parecido al miedo. Eso sucedió un amanecer, cuando los viajeros al terminar su desayuno y al apagar la fogata se adentraron en el bosque. Los jóvenes no se alejaron mucho del lugar de su estacionamiento nocturno cuando Jian, quien caminaba delante, de pronto quedó pasmado. Llamaron su atención las cenizas de una fogata apagada alrededor de la cual estaban desparramados huesos roídos y utensilios de obsidiana tan toscos que cualquier artesano del bosque y de la estepa se burlaría de aquel trabajo.

La tez morena de Jian se puso gris y sus labios temblaron traicioneramente. El joven se arrodilló, tocó las cenizas y al darse cuenta de que ya se habían enfriado suspiró con cierto alivio. Eila lo observaba en silencio y no podía comprender qué había asustado tanto al valiente Jian.

- ¡Hijos de la Caverna! -fue lo único que contestó el joven respondiendo a la silenciosa pregunta de su compañera.

- ¿Son enemigos de tu tribu? -susurró Eila como temiendo que alguien pudiera escucharla.

Jian asintió en silencio.

- ¿Por qué crees que son precisamente ellos? ¿No podrían estar aquí tus paisanos? -supuso Eila.

- ¿Acaso mis armas se parecen a esta deformidad? -Jian levantó de la tierra una punta de obsidiana y escupió con desdén - ¡Estas hienas ni siquiera saben labrar la piedra como es debido! Además, mis paisanos no andan descalzos.

Diciendo eso, Jian mostró a Eila el rastro de un pie descalzo sobre el suelo arenoso. La huella le pareció a Eila dos veces más grande que su propio pie y la joven sintió un extraño escalofrío.

- ¿Por qué les tienes tanto miedo? -preguntó Eila y se arrepintió enseguida. Los negros ojos de Jian brillaron como un relámpago, el muchacho alzó la mano y con fuerza tiró la punta a la maleza.

- ¿Crees que soy un cobarde? ¡No temo por mí, sino por tí! Si nos encontramos con los Hijos de la Caverna, ellos acabarán conmigo de un mazazo en la cabeza, es una muerte fácil pero ni siquiera me atrevo a imaginar ¡qué es lo que aquellas bestias pueden hacer contigo! Los Hijos de la Caverna andan solo en grandes bandas y ni siquiera podré defenderte...

-Jian, perdóname -Eila puso su mano sobre el hombro del joven.

-Yo mismo soy culpable de asustarte tanto. Vámonos de aquí, hay que ser prudentes.

Dos noches seguidas Jian no se atrevió encender el fuego ni a dormir sobre la tierra. Por suerte, en estos bosques abundaban los grandes árboles con ramas gruesas y frondosas y lianas resistentes con las cuales se podía atarse sin ningún riesgo a caer en plena noche. Sin embargo, los nervios tensionados de los jóvenes viajeros no les permitían dormir.

- ¿Quiénes son estos Hijos de la Caverna? -preguntó Eila en una de aquellas noches sin sueño.

-Alguna vez te lo contaré -contestó Jian evasivamente y calló como presintiendo algún peligro.

De abajo sonó un susurro y luego, un rugido sordo. Entre los arbustos apareció una sombra larga. La fiera se detuvo bajo el árbol y comenzó a afilar sus garras con el tronco; a la pálida luz de la luna su piel rayada adquirió un hermoso color plateado.

Eila agarró compulsivamente una rama gruesa pero Jian suspiró con alivio:

- ¡Es sólo un tigre! Y yo que pensé que los Hijos de la Caverna nos acechaban... ¡No temas, el tigre no nos alcanzará!

Realmente, aunque la fiera había olfateado a los jóvenes, sólo los miró con curiosidad con sus ojos verdes como esmeraldas y desapareció en la oscuridad...

## 2

Durante varios días todo pareció tranquilo: los Hijos de la Caverna no aparecieron, Jian se calmó definitivamente y al ver una gran roca afilada de la cual caía una hermosa cascada el joven se alegró:

- ¡Este río nos llevará a casa! Nace aquí, en las montañas y al salir a nuestro valle se hace ancho y tranquilo. ¡Pronto verás todo eso con tus propios ojos!

Eila se sintió contagiada por la alegría de Jian. La cascada irisaba de todos los colores y se veía tan bella que la muchacha

sintió un deseo insuperable a poner sus manos y su rostro bajo los chorros frescos. La joven se echó a correr cruzando un prado florido pero al sentir un ligero golpe en la pierna izquierda se paró. El largo y flexible cuerpo de una serpiente se arrastró hacia el zarzal.

- ¡Jian! -gritó Eila asustada.

El joven llegó a su lado de un salto. Al ver a un nuevo enemigo, la serpiente levantó la cabeza y silbó amenazante. Jian alzó su arco como si fuera un palo y con un golpe exacto mató el reptil, partiéndole la espina dorsal.

-Me mordió -la voz de Eila tembló, cuando la muchacha alzó el dobladillo de su vestido mostrando a Jian dos manchas rojas en su tobillo.

Sin decir ni una palabra, el joven la hizo sentar sobre la hierba y sacó el cuchillo. Eila gritó estridentemente cuando Jian cortó la piel y los músculos en el lugar de la mordedura. La sangre corría de la herida más y más profunda y Jian, tratando de extraerla aún más, con fuerza friccionaba el tobillo de Eila. La muchacha gemía, mordiendo sus labios, pero aguantaba el dolor, comprendiendo que su vida dependía ahora de la destreza de Jian.

Luego el muchacho arrojó el cuchillo y apretó sus labios contra la herida. Eila tensionada miraba como Jian succionaba su sangre, escupiendo cada rato, y el corazón de la joven dejaba de latir. Finalmente Jian, jadeando de cansancio interrumpió su difícil trabajo.

- ¿Moriré? -en voz baja preguntó Eila.

- ¡Claro que no, pues he sacado casi todo el veneno! - ¿Y tú mismo no te envenenaste? -se alarmó Eila y, al sentir un fuerte mareo quedó callada. Percibió como el sudor frío brotaba por todo su cuerpo.

-No temas, eso pasará -susurró Jian inclinándose sobre ella- ¡No temas nada!

La aguda vista de Jian distinguió en las rocas junto a la cascada una pequeña caverna que podía servirles como un refugio bastante seguro. El joven alzó entre sus brazos el inerme cuerpo de Eila; la muchacha compulsivamente, como temiendo perder la última esperanza, abrazó el cuello de Jian.

A pesar de todos los esfuerzos de Jian, una pizca del veneno penetró en la sangre de Eila. La joven temblaba como de frío aunque su rostro brillaba de sudor, gemía lastimosamente y a cada instante pedía de beber. Jian le traía agua de la cascada, secaba su frente y sus mejillas, ponía paños fríos sobre su tobillo hinchado y, apoyando la cabeza de Eila sobre sus rodillas, le hablaba con una voz tranquila e inmutable:

-En estas tierras hay muchas culebras y casi cada verano muerden a alguien de mi tribu, pero mueren muy pocos, en su mayoría, niños. Cuando yo era un chiquillo, me mordió una serpiente y estuve enfermo casi todo el verano. Todo el mundo pensaba que iba a morir y sólo mi madre no quiso creerlo. No se apartaba de mí ni de día, ni de noche y me curó. ¡Yo tampoco me alejaré de ti y vas a vivir!

Jian se inclinaba sobre el rostro de Eila, tocando con sus labios la frente, las sienes y las mejillas de la muchacha. La boca de Jian era fresca y cariñosa, hacía a Eila temblar de un placer extraño y vehemente y esa sensación era más fuerte que la fiebre y el dolor.

En esos momentos Eila no tenía miedo de la muerte: caer en un sueño sin retorno entre los brazos de Jian sería una gran felicidad.

Eila sufrió toda la noche y casi todo el día siguiente. Solo cuando el sol comenzó a declinar hacia las montañas, la fiebre bajó; Eila ya no sudaba ni temblaba y cayó en un sueño tranquilo. Cuando de nuevo abrió sus ojos, descubrió con asombro que Jian no estaba en la caverna. Había oscurecido, la fogata ardía mortecinamente. El corazón de Eila se llenó de miedo. ¿Acaso Jian se había ido dejándola sola en esas montañas desconocidas? ¿Por qué lo hizo? Seguramente porque ahora Eila, enferma e incapaz de continuar el viaje, se convirtió en un estorbo en su camino hacia casa... ¿Tendrían la razón Arva y todos aquellos que afirmaban que del forastero se podía esperar cualquier maldad?

Sin embargo, el desespero de Eila no duró mucho porque la joven recordó las palabras de Luma: «Eres hija de un cazador y tienes que saber defenderte». Ante todo Eila echó más leña en la fogata; por suerte, Jian había dejado junto a la entrada un montón de ramas secas. Muy cerca bramaba una cascada invisible, el fragor del agua provocó en Eila una fuerte sed. La joven palpó con cuidado su tobillo aún hinchado y rojo. Superando el dolor, agarrándose de la pared, Eila se levantó lentamente y salió de la caverna cojeando. El sol declinaba pintando de púrpura las cumbres nevadas y el bosque en las cuevas de las montañas cercanas se veía negro y siniestro. A Eila le dio miedo alejarse de la caverna con la fogata salvadora pero la sed resultó aún más fuerte. Aunque la catarata se encontraba a dos pasos, después de su amarga experiencia Eila miraba bajo sus pies con cuidado.

Al acercarse a la cascada, bebió con avidez y después del primer trago se sintió mucho mejor. Todo su cuerpo olía a sudor; Eila se quitó el vestido y se metió al agua. La corriente era muy fuerte, la joven se esforzaba por sostenerse de pie.

El agua fría calmaba los nervios, aflojaba los músculos entumecidos y, al parecer, se llevaba consigo todos los miedos y presentimientos lúgubres.

- ¿Estás loca? -al oír muy de cerca la voz de Jian, Eila se estremeció, se deslizó y no cayó solo porque pudo agarrarse de un arbusto cuyas ramas pendían sobre el agua.

El fragor del agua no permitió a Eila oír los pasos de Jian. El joven cargaba sobre sus hombros un corzo joven y se detuvo junto a la cascada. Tratando de evitar su mirada, Eila salió a la orilla y se vistió en silencio.

- ¡No aprendiste nada! -la voz de Jian temblaba de indignación-. ¡A esta hora vienen a beber agua los tigres, leones, y leopardos! Ni siquiera oíste mis pasos y ¿qué pasaría si no fuera yo sino alguno de esos vagabundos Hijos de la Caverna? ¡Y ni hablar de las serpientes!

-Yo... Yo pensé que me habías abandonado -apenas audiblemente, como disculpándose, balbuceó Eila.

- ¿Qué? -se sorprendió Jian.

-Aspirabas tanto a llegar a tu casa y yo no puedo caminar bien. Creí que te habías ido...

- ¿Dejándote sola? Claro, ¿qué más se puede esperar de un forastero ahumado cuya alma debe ser igual de oscura como su piel y sus cabellos? Así cuchicheaban de mí los chicos de tu tribu

creyendo que yo no podía comprenderlos... -la voz de Jian se cortó y su rostro se desfiguró con una mueca de dolor-. Yo creí que eras distinta pero ahora veo que eres como todos. ¡Soy Hijo de la Tierra y nosotros jamás abandonamos en las montañas a nuestros heridos y enfermos! ¿Para qué me salvaste del sacrificio si piensas que soy tan malvado? ¡Mejor te hubieses quedado para siempre con tu Dirk!

Todas estas palabras herían a Eila como flechas. Sin decir nada, la joven despedazó el corzo traído por Jian, cortó la carne en estrechas lonjas, las ensartó en las ramas y comenzó a asarlas sobre la hoguera.

Al desahogarse, Jian por fin se calló y se sentó en el borde de la luz y la oscuridad, hundiendo su cara en las rodillas. Pronto el aire se llenó del apetitoso olor de carne asada; la comida transcurrió en silencio. Jian ni siquiera miraba a la muchacha y Eila de pronto se sintió tan desolada y perdida en este mundo desconocido que se deshizo en lágrimas.

- ¿Qué te pasa? -preguntó Jian.

Eila sollozaba lastimosamente, como una niña, sus hombros se estremecían y sus cabellos se esparcieron en desorden.

- ¡Eila, no llores! Yo también tengo la culpa: no debí dejarte sola, aun estás muy débil... ¡Pero es que necesitábamos comer algo!

- ¿Ya no estás enfadado? -preguntó Eila rodeando con sus brazos el cuello del joven. Hacía mucho calor, Jian no llevaba camisa y Eila sintió como se tensionaban los fuertes músculos del muchacho.

- ¡Eila, Eila! ¡Si supieras, cuánto me asustaste! -sin poder contenerse, exclamó Jian-. Es que pudiste haber muerto y si eso hubiese sucedido... ¡Juro por la Madre Tierra que me hubiese acostado contigo en la misma tumba para no separarme jamás! ¡Jamás!

El cuerpo del joven era ardiente y tembloroso; cuando hundió sus labios en el cuello de Eila, la muchacha no se apartó. Se entregaron uno al otro en la oscuridad de la caverna, sobre un lecho de ramas verdes, bajo la protección de la fogata. Todo sucedió tan rápido que Eila casi no sintió dolor y, hundiendo el rostro en el caliente hombro de Jian, lloró de esa felicidad que había descubierto por primera vez en su vida...

Ya se dormían estrechándose uno contra el otro, ya se despertaban y de nuevo se entregaban al amor. La noche era cálida, húmeda, impregnada de perfume de tomillo y romero.

En la madrugada estalló una tormenta que hizo callar a las hienas y los chacales, alumbró las rocas y el bosque con los relámpagos y lavó toda la tierra con la tibia lluvia de verano.

Cuando las estrellas palidieron, de la espesura del bosque salió corriendo una pareja de jóvenes leopardos. La graciosa hembra de piel dorada y salpicada de manchas negras cruzó con unos saltos impetuosos el prado plateado bajo la luz de la luna y se detuvo frente a la cascada. El macho negro se acercó con un rugido cariñoso y su pareja le dio un ligero zarpazo, comenzando una pelea afectada, aquel prelude antiguo de juego amoroso.

3

"¿Será un sueño?" -se preguntaba Eila en la mañana tratando de comprender todo lo sucedido en la noche anterior pues todo le parecía demasiado maravilloso para ser realidad y tenía miedo de moverse para no interrumpir su dulce sueño.

Jian estaba ahí, a su lado. Eila sentía en su mejilla el ardiente aliento del joven, el calor de sus brazos y de su pecho sobre el cual era tan dulce apoyar la cabeza... ¿Desaparecerá todo esto cuando el

sueño termine y de nuevo se despertará sola, en una caverna perdida en las montañas desconocidas?

- ¡Jian, Jian! -de pronto gritó la muchacha.

- ¿No estás dormida? -el joven levantó la cabeza- ¿Por qué tiemblas? ¿Te sientes mal?

- ¡Nunca en mi vida me sentí mejor! -Eila se estrechó contra Jian, ocultando su rostro entre los rizos negros del joven - ¡Pero me da lástima que esta noche volara tan rápido!

-Tendremos muchas noches aún mejores, te lo prometo -sonrió Jian.

Salieron de la caverna sin vestirse y quedaron pasmados ante un espectáculo maravilloso: en el prado, al pie de la cascada, enredándose en un nudo vivo, jugaban dos leopardos. Al olfatear a los seres humanos, las fieras interrumpieron su juego apasionado. La hembra dorada se puso en guardia; el macho, negro como la noche, rugió amenazante, mostrando sus temibles colmillos. Jian dio un paso atrás, tapando a Eila con su cuerpo, e intentó alcanzar su lanza. Sin embargo, el leopardo decidió limitarse a una simple demostración de fuerza y con un salto veloz desapareció en el bosque. Su hembra lo siguió en silencio.

Eila sonrió.

- ¿De qué te ríes? -preguntó Jian.

-Ese leopardo se parece a ti: es igual de negro y rápido.

-Y tú eres dorada como su hembra -se rio Jian-. ¿No quieres bañarte en la cascada? Antes que Eila pudiera decir algo, Jian la levantó entre sus brazos. Ambos gritaron al sentir la fuerza de los chorros helados. Eila se liberó de los brazos de Jian y, al correr a cierta distancia, le salpicó el rostro con agua. Jian trató de agarrarla pero Eila se le escapó de un salto, salió a la orilla y se tendió sobre la hierba.

- ¿Cómo está tu pierna? -preguntó Jian, acostándose a su lado.

-Todavía me duele un poco, pero ya estoy bien.

-Tendremos que pasar aquí varios días hasta que tu herida cicatrice.

-Jian... ¿Qué pasará ahora con nosotros? ¿Y con tu prometida?

-Con ella nos unen palabras y contigo, la vida y la muerte. ¿Cuál juramento es más fuerte? ¡Ya somos marido y mujer y nadie podrá separarnos! - ¿Acaso me convertí en tu mujer según las costumbres de nuestras tribus? -dudó Eila.

- ¿Acaso no me aceptaste anoche junto a la fogata, como lo hacen todas las mujeres del bosque? -sonrió Jian- Entonces, hemos cumplido con las costumbres de los Hijos de la Osa y en lo que se refiere a los ritos nupciales en honor de la Madre Tierra... Puedo hacerlos hoy mismo. ¿No tienes hambre?

Aún les quedaba carne de corzo y Eila se puso a calentarla sobre la hoguera. Mientras tanto Jian sacó del fuego un pedazo de carbón, esperó que se enfriara y comenzó a dibujar sobre la rocosa pared de la caverna un cuadro extraño. Unos trazos rápidos y sobre la piedra surgió una figura femenina: una esquemática cabeza sin rostro, pechos prominentes, cintura estrecha, caderas anchas, piernas macizas y brazos alzados en éxtasis.

Alrededor de la mujer Jian con la misma rapidez esbozó las siluetas de diferentes animales: uros, venados, gamos y leopardos.

Eila contemplaba los movimientos de la mano de Jian con respiración contenida. Los Hijos de la Osa y otros habitantes del bosque también sabían dibujar y cubrían con imágenes de animales las rocas en el País de los Mil Lagos. Los pintores del bosque sabían interpretar a la perfección la rabia violenta de un uro herido y la majestuosa esbeltez de un alce pastando pero todas esas figuras eran inmóviles como blancos para lanzas y flechas y cada animal parecía tener su propia vida, no relacionada con uros, alces y renos de otros dibujos, mientras que los animales en el cuadro de Jian eran distintos: no se pasmaban en una inmovilidad pétrea sino corrían en un torbellino mágico acudiendo a la llamada de su señora, la mujer de brazos alzados.

Aunque Jian dibujaba sin aquella minuciosidad escrupulosa de cada detalle que caracterizaba a todos los pintores del bosque, su cuadro sorprendía por su integridad y vivacidad. Allí reinaba la inmutabilidad de cada figura, aquí, la fluidez y la fantasía sin límites.

Al terminar su cuadro, Jian encendió ante la mujer dibujada una pequeña fogata, cortó un pedazo de carne de corzo y lo tiró a las llamas. Luego el joven se arrodilló y pronunció unas cuantas palabras en su lengua natal. A la luz de la fogata los animales en la

pared parecían temblar en una danza extraña alrededor de la majestuosa figura femenina.

-Sacrifiqué a la Madre Tierra una parte de nuestra primera comida familiar y le pedí que nos diera una vida larga y muchos hijos. Ahora tú también eres Hija de la Tierra -la voz de Jian era suave y algo misteriosa. El joven abrazó a Eila y la apretó contra su pecho-.

Aquí, ante la imagen de mi progenitora, te reconozco como a mi mujer...

-Sabes dibujar bien -sonrió Eila- ¡Mejor que cualquier hombre del bosque!

-Eso no es nada -contestó Jian con modestia aunque era evidente que el elogio le agradó mucho-. Pronto verás con tus propios ojos las pinturas en los santuarios de la Madre Tierra y del Padre Cielo. ¡Son maravillosas!

Jian apretó a Eila entre sus brazos con tanta fuerza que la respiración de la muchacha se cortó.

- ¡Suéltame! -exclamó Eila riendo y tratando de liberarse- ¡La carne se quemará!

- ¡Qué se queme! Ya no tengo hambre sino... ¡Ay! -gritó Jian porque Eila de pronto inclinó la cabeza y mordió el hombro del joven- ¡Eres una verdadera leoparda, furiosa pero muy bella! ¡Toma!

Con estas palabras Jian tumbó a Eila sobre el lecho de ramas y con un grito triunfal la aplastó con su cuerpo.

- ¡Suéltame! -con una indignación fingida Eila le dio una ligera bofetada- ¡Ay, Madre Osa!

- ¡Tu progenitora está muy lejos y no te oirá, en cambio, la mía se encuentra aquí, en la pared! ¡Ríndete!

Eila dejó de resistir y cerró los ojos. Los dos cuerpos estrechamente entrelazados se unieron en uno solo y ya no existía el Hijo de la Tierra ni la Hija de la Osa, sino simplemente un hombre y una mujer.

Pasaron en la caverna diez días inolvidables. Aunque para aquella demora existía un pretexto justificado porque Eila todavía no podía apoyarse bien con su pie herido y hacer marchas largas, ambos jóvenes trataban de hacer todo lo posible para retrasar la partida y no querían abandonar aquel hermoso lugar donde por primera vez en su vida habían encontrado una gran felicidad.

Todos estos días estuvieron llenos de un encanto inexplicable. En las mañanas Jian salía a cazar tratando de no alejarse mucho de la caverna. Durante su ausencia Eila siempre encontraba algo que hacer: barría la caverna, cubría el suelo con ramas frescas, colgaba en las paredes manojos de hierbas aromáticas o recogía en el bosque cercano moras y agracejinas.

En las tardes los dos pasaban largas horas sentados junto a la fogata. Jian enseñaba a Eila la lengua de los Hijos de la Tierra. La memoria de Eila era brillante: la muchacha aprendía las palabras con una rapidez asombrosa y pronto pudo pronunciar frases completas. Cierta dificultad para Eila presentaron sólo algunos sonidos broncos y guturales ausentes en los dialectos de las tribus del bosque pero Jian resultó un educador paciente, corregía escrupulosamente los errores de su alumna y pronto la pronunciación de Eila se mejoró.

Las noches transcurrían en interminables juegos amorosos. Las manos de Jian se hacían cada vez más y más hábiles y Eila, dominada por una fervorosa pasión, nunca trataba de evitar sus caricias. Cada vez los dos encontraban en sus placeres algo nuevo y creían que ya no podrían sentir nada mejor, pero la siguiente noche traía consigo nuevos descubrimientos y sensaciones. Todo aquello se parecía a un viaje interminable por las montañas: al subir una cima, los jóvenes viajeros veían delante otra cumbre aún más bella y atrayente...

Todo esto era tan hermoso que el corazón de Eila se llenaba de angustia cada vez que pensaba en que toda esta vida no podía durar eternamente. Una tarde, cuando los dos estaban sentados junto a la fogata, la joven entabló la conversación que sería magnífico quedarse aquí para siempre, nunca abandonar esta pequeña caverna y vivir solos, sin depender de otras personas.

-Sí, sería excelente -suspiró Jian y, como tratando de alejar aquella idea, sacudió su cabellera-. Pero un hombre no puede vivir sin su tribu. Si algo me pasa en la caza, ¿quién cuidará de ti? El verano pasará, vendrá el invierno... Aunque aquí los inviernos no son tan duros como en tus bosques, los ríos no se congelan y la nieve nunca persiste por mucho tiempo, un invierno es un invierno...

-A veces yo pienso ¿por qué todos los hombres no pueden ser felices? -dijo Eila mirando distraídamente a las llamas-. Aún en el verano pasado creí que jamás iba a encontrar mi felicidad... ¡Y no la hubiera encontrado de no ser por ti!

-Mejor dicho, por aquel uro. Si no me hubiese corneado jamás nos hubiéramos visto... -la voz de Jian se cortó-. Cuando te inclinaste sobre mí y me mojaste los labios con el agua de aquel arroyo, creí que ya había llegado al país de los antepasados donde reina nuestro Padre Cielo y que veía a una de sus hijas inmortales... ¡Apenas te vi ya no pude pensar en mi prometida! -Y de no ser por la serpiente, yo no me hubiera atrevido a convertirme en tu mujer en ese momento. Ahora yo también sé qué es estar en las garras de la muerte -dijo Eila-. Aunque tú eres Hijo de la Tierra y yo, Hija de la Osa, el Uro y la Serpiente son nuestros espíritus comunes... Jian, ¿qué pasará si no caigo bien a tus paisanos? ¿Qué dirá tu padre?

- ¡Yo te escogí y eso es lo más importante! Ya te juré mi fidelidad ante la Madre Tierra y no puedo dar un paso atrás -exclamó Jian con pasión-. En vez de pensar en cosas tristes, mejor ven conmigo...

Eila se entregó a manos de Jian, sumiéndose en el mar de la pasión, pero en el fondo de su alma palpitaba un recelo confuso. A

diferencia de Jian, Eila no creía que todas sus vicisitudes acabarían apenas ellos llegaran al poblado de los Hijos de la Tierra.

...La pierna de Eila ya no le dolía; sobre lo ocurrido quedaba sólo una cicatriz en el tobillo. Ya no había ningún pretexto para aplazar el viaje y una mañana soleada, después de hacer un sacrificio de agradecimiento ante la imagen de la Madre Tierra, los jóvenes abandonaron la caverna. Aunque Jian repetía sin cesar qué maravillosa vida les esperaba a los dos en el poblado de los Hijos de la Tierra, a Eila le parecía que en el fondo de su alma el joven quería prolongar el viaje. Jian no caminaba con la misma rapidez que anteriormente, afirmando que Eila aun no había recuperado todas sus fuerzas; con el mismo pretexto ellos acampaban para pernoctar más temprano y se levantaban más tarde. Durante todo este tiempo Jian con afán y paciencia enseñaba a Eila nuevas palabras de su lengua y en las noches, bajo la protección de la fogata y el cerco espinoso, los dos se amaban con abnegación, llenando la oscuridad de gritos apasionados que ahuyentaban las fieras que merodeaban alrededor.

El viaje transcurría sin aventuras, pero una vez, cuando según decía Jian, hasta su valle natal no quedaban más de una o dos jornadas de marcha, sucedió algo extraordinario. Al comienzo tras la densa pared de zarzas y agracejos sonó un fuerte gruñido, luego se escuchó un crujido de ramas y cuatro monstruos lanudos rodearon a Eila y Jian. Los extraños animales tenían grandes cabezas, anchos pechos, temibles colmillos y tocones gruesos en vez de colas; ladraban como perros pero no se parecían en nada a aquellos perros de caza que tenían en sus campamentos las tribus del bosque y de la estepa.

Las fieras ladraban sin cesar, mostrando sus temibles fauces pero, al parecer, no tenían la intención de devorar a los advenedizos sino simplemente detenerlos.

Eila quedó petrificada del susto mientras que Jian permanecía completamente tranquilo. El joven emitió un ligero silbido, se acercó a uno de los monstruos y le miró directamente en los ojos. El animal movió el tocón de su cola y gañó apenas audiblemente, como pidiendo perdón por su conducta nada amable. Jian se rió y acarició la cabeza de la fiera. Los demás animales también callaron mirando a los viajeros con sus expectantes ojos que reflejaban una inteligencia casi humana.

Eila apenas pudo cobrar el aliento y miró a Jian con asombro.

-Ya estamos en casa -sonrió el muchacho.

- ¿Qué animales son? -con una voz temblorosa preguntó Eila.

- ¡Perros! -Jian rascó tras las orejas a un perro enorme el cual entornó sus ojos con placer.

- ¡Qué enormes! -exclamó Eila.

-Nuestros perros no temen ni a los tigres, ni a los leones...

Jian no terminó la frase. De nuevo sonó el crujido de ramas y al calvero salieron varios muchachos armados de lanzas, cuchillos y arcos. Todo su atavío consistía en ligeros taparrabos y collares de dientes de animales y cuentas azules. Eran muy parecidos: morenos, delgados, rápidos, de cabellos negros y ojos brillantes y oscuros.

Al comienzo los jóvenes se mostraron incrédulos pero, al reconocer en Jian a su paisano, tiraron sus armas al suelo y armaron tanto vocerío que a Eila le zumbaron los oídos. Todos rodearon a Jian: cada uno quería saludarlo, darle una palmada amistosa en el hombro o en la espalda, rozarlo por lo menos con un dedo. Al mismo tiempo miraban con curiosidad a Eila y le regalaban sus deslumbrantes sonrisas. La muchacha bajó la mirada con perplejidad: no estaba acostumbrada a una manifestación de alegría tan tempestuosa, pues entre los Hijos de la Osa tal conducta se consideraría extraña e incluso indecorosa para los hombres.

Uno de los muchachos abrazó a Jian con tanta fuerza que sonaron los huesos. Los demás gritaron con animación y hasta los perros, alegrándose junto con sus amos, ladraban ininterrumpidamente. Perturbada por todo este ruido, Eila se mantenía al margen de la alegría de los Hijos de la Tierra hasta que Jian, liberándose a duras penas del abrazo de su compañero, la tomó de la mano:

- ¡Conoce a mis paisanos! Él es Ngor, mi amigo de infancia. También quería viajar conmigo a tu tierra pero en aquel entonces cayó enfermo. ¿Ya estás bien, Ngor?

El joven asintió con un rápido movimiento de la cabeza. Eila le sonrió con discreción y este saludo moderado causó un efecto inesperado: el muchacho se rió a carcajadas y habló con tanta rapidez que Eila no pudo entender nada a pesar de que ya sabía muchas palabras en la lengua de los Hijos de la Tierra.

-Ngor te invita a descansar un rato -tradujo Jian-. Pronto vas a comprenderlo sin mi ayuda.

...En un extenso prado pastaban ovejas y cabras las cuales, para gran asombro de Eila no temían ni a los hombres ni a los perros. A cierta distancia saboreaba la jugosa hierba un rebaño de animales muy parecidos a los uros pero un poco más pequeños. Un toro negro, majestuoso y bello mugió ruidosamente. Eila tembló involuntariamente, pero Jian corrió hacia el animal con un grito alegre.

- ¡Me reconocí! -exclamó el joven, acariciando el cuello del animal- ¿Negro, me extrañaste? ¡Cuánto has crecido y qué bello eres!

El toro lamió la mejilla de Jian; el muchacho se rió y lo abrazó con más fuerza. Sin creer a sus propios ojos, Eila miraba como una bestia temible se sometía a las caricias del hombre y parecía muy contenta.

- ¿Jian, no es peligroso? -preguntó Eila.

-Conocí a Negro cuando era un ternero así que crecimos juntos. Es furioso sólo con lobos, tigres, leopardos y todos aquellos que amenazan a su rebaño pero con sus amigos es manso. ¡Acércate, no temas!

Pero Eila prefirió no arriesgarse y se sentó sobre la hierba a la sombra de un peñasco. Jian por fin se separó de su amigo cuadrúpedo y se acomodó al lado de la muchacha. Ngor, sin dejar de sonreír, les sirvió grandes tazas de leche, una bola de queso y un pan redondo y plano.

- ¡Cuántas noches he soñado con un buen pedazo de pan!  
-exclamó Jian-. Y ahora ni siquiera puedo creer a mis propios ojos...  
Y si me despierto ¿todo desaparecerá?

Eila probó con desconfianza los alimentos desconocidos: su sabor le pareció extraño pero agradable.

- ¿Te gusta? -preguntó Jian.

Eila se encogió de hombros.

-Pronto te acostumbrarás y ya no podrás vivir sin leche y pan  
-aseguró Jian quien ya había vaciado su taza y comido un gran trozo de pan con queso.

- ¿Por qué todos estos animales no temen a los hombres y no tratan de huir? -preguntó Eila contemplando el rebaño.

-Pero tu tribu también tiene animales que viven junto a las cuevas y no huyen al bosque -dijo Jian.

- ¿De cuáles animales estás hablando? -no comprendió Eila.

- ¡De los perros!

-Pero es algo distinto -replicó Eila-. El perro es cazador, como el hombre. Cazan juntos y luego comparten la carne. Pero ovejas, cabras y uros no son cazadores sino presas... ¿Acaso el chamán de tu tribu es tan poderoso que tiene embrujados a todos estos animales?  
-Puedes creer que es así -sonrió Jian-. Ellos están acostumbrados a la presencia del hombre porque los cuidamos, les encontramos los

mejores pastos y las fuentes de agua y los protegemos de las fieras. Por supuesto, los sacrificamos para obtener carne pero nunca matamos hembras jóvenes ni crías.

Solo ahora Eila pudo comprender por qué Jian no quería contar a los Hijos de la Osa sobre la vida de su tribu. Nadie creería en su cuento sobre los grandes rebaños que pastaban al lado del hombre sin tenerle miedo...

Al terminar de comer Eila se acercó a los animales. Aparentemente estas ovejas, cabras y reses no se diferenciaban en nada de sus parientes salvajes. ¿Qué magia poseían los Hijos de la Tierra para detenerlos a su lado? ¿Cuál era su secreto?

Como tratando de responder a la pregunta de Eila, Ngor se acercó a la muchacha con un pequeño cordero entre sus brazos.

-El pobrecito no tiene madre, murió al parirlo -pronunció el joven lentamente, tratando que Eila comprendiera todas sus palabras-. Si fuera salvaje, con seguridad moriría, pero con nosotros vivirá y crecerá fuerte y sano...

El cordero baló lastimosamente. Conmovida por una extraña ola de ternura, Eila lo levantó en sus brazos y con fuerza lo apretó contra su pecho. Sentía que en su corazón se despertaba un cariño casi maternal hacia aquel ser frágil e indefenso. ¿Quién sabe, tal vez todo había comenzado precisamente con aquella lástima del hombre hacia una cría que había perdido a su madre?

-Ya te conviertes en una verdadera Hija de la Tierra -sonrió Jian.

-Si ustedes no están muy cansados, los acompañaré al poblado -propuso Ngor-. Está cerca de aquí.

Los tres se adentraron en el bosque y durante un largo rato oyeron los gritos de despedida que les enviaban los pastores. Los muchachos caminaban adelante, Eila se mantenía unos pasos atrás.

- ¿Y qué pasó con los muchachos que salieron contigo? -preguntó Ngor apenas audiblemente- ¿Ya no volverán?

Jian frunció el ceño y agachó la cabeza.

-Que los reciba en su morada el Padre Cielo -suspiró Ngor.

-Sí, murieron como verdaderos guerreros -contestó Jian y preguntó con una voz entrecortada-: ¿Cómo está Naya? ¿Ya se casó?

- ¡Cómo va a hacerlo si piensa solo en ti! -replicó Ngor-. Todos, hasta tu padre, te creen muerto y solo Naya te sigue esperando. Cada mañana sube al techo del santuario y mira si apareces tú... Jian, ¿qué te pasa? ¿Por qué estás triste?

-Naya me espera -pronunció Jian con voz apagada-. Esto es lo que temía...

5

En la orilla de un río caudaloso se levantaban unas casas con paredes de barro y techos de paja. Alrededor se extendían unos campos cubiertos de una extraña hierba amarilla con una doble

hilera de semillas doradas. Varios hombres y mujeres segaban las espigas con hoces de hueso y echaban los granos en grandes cestos pero al ver a los viajeros dejaron su trabajo y corrieron a su encuentro. En el muro se abrió una puerta y apareció un anciano ataviado con una larga túnica blanca fabricada de un material que no se parecía a la piel de ningún animal.

-Es Anhu, jefe de esta aldea y padre de mi madrastra -susurró Jian al oído de Eila y Ngor lo asintió con un ligero movimiento de cabeza.

Ambos muchachos se inclinaron respetuosamente ante el anciano. Eila hizo lo mismo aunque se sentía indisputada bajo las curiosas miradas de los Hijos de la Tierra.

-Así que has regresado -pronunció el anciano rozando el hombro de Jian-. Y no has vuelto solo sino con una joven forastera.

Al sentir la escudriñadora mirada del anciano Eila se sonrojó. Jian la abrazó con un gesto tranquilizador y dijo en voz baja pero clara:

-Es mi mujer.

En el arrugado rostro del viejo jefe se reflejó un asombro sincero, sin embargo, habló con una voz tranquila e inmutable:

-La belleza de esta forastera es deslumbrante como la de las hijas inmortales de nuestro Padre Cielo. Pero, ¿qué dirá tu padre Zaúr y toda la tribu? En fin, no es asunto mío. Al viejo Anhu siempre le agradan los huéspedes.

Si quieren, pueden pasar la noche en mi casa y yo enviaré a un mensajero para que comunique a Zaúr que su hijo ha vuelto.

... Ngor se ofreció a mostrar a Eila su aldea natal. Jian los siguió para servir de traductor pero, como lo comprendió Eila, también para disfrutar contemplando todo aquel paisaje que amaba tanto y extrañó durante casi dos años.

Todo en el poblado de los Hijos de la Tierra era insólito para Eila y la muchacha ni siquiera trataba de ocultar su curiosidad, mirando a todos lados. Las casas de barro, aunque vulnerables a las lluvias de invierno, se veían sólidas y no se parecían en nada a las cuevas de los Hijos de la Osa ni a las carpas de los esteparios. No menos interesantes le parecían los pesados molinos de piedra con morteros redondos con ayuda de las cuales las mujeres trituraban el grano convirtiéndolo en harina; un gran horno de arcilla hundido hasta la mitad en el suelo y en el cual una mujer cocía el pan colocando sobre la masa guijarros calientes para acelerar la cocción; los enormes recipientes cerámicos para cocinar y almacenar alimentos. Todo esto parecía estable, duradero y evidenciaba que los Hijos de la Tierra jamás abandonaban su poblado y no se trasladaban de un lugar a otro.

Un ancho patio adyacente a la puerta en el muro estaba vacío y cubierto de huellas de pezuñas de animales. Al captar la interrogativa mirada de Eila, Ngor le explicó que para seguridad allí encerraban el ganado durante la noche.

Finalmente los tres jóvenes subieron al muro. Alrededor de la aldea se extendían los campos de hierba dorada alternando con pequeños bosques de árboles frutales y extrañas manchas azules.

Eila pensó que eran pequeños lagos pero Ngor replicó con su constante sonrisa:

-Son flores de lino, una planta de la cual nuestras mujeres fabrican telas. Y lo amarillo es cebada y trigo.

Jian tradujo a Eila todas estas palabras y sonrió porque le gustaba la insaciable curiosidad de la muchacha y aquel brillo en sus ojos azules el cual aparecía cada vez que Eila descubría algo nuevo.

-Jian, ¿dónde está tu casa? ¿Dónde vive tu familia? -preguntó Eila.

-Hasta mi casa hay que caminar un día más -contestó el joven-. Estaremos allí mañana en la tarde.

-Puedo entender cómo los Hijos de la Tierra domesticaron a los animales pero no comprendo, ¿cómo se puede obligar a las plantas a crecer junto a las paredes de tu casa? -preguntó Eila encogiéndose de hombros- ¿Acaso el viento no dispersa las semillas dónde le dé la gana?

-Sí, tienes razón -dijo Ngor-. Es una historia muy larga y no la recuerdo bien. Que te la cuente Jian, es el hijo del sacerdote supremo y sabe todo de memoria.

-Esta historia me la contó mi padre y a él, mi abuelo -comenzó Jian contemplando con aire pensativo los campos que se extendían en su alrededor-. Todo comenzó hace mucho tiempo, cuando nuestros antepasados vivían más al sur, donde no había ni montañas ni cascadas y solo un valle enorme entre dos ríos

caudalosos que llevaban sus aguas al mar. En aquellas tierras siempre hacía sol y el calor era abrasador...

-Aquí también hace mucho calor -comentó Eila.

-Pero aquí en invierno caen lluvias frías y en las montañas, incluso nieve, pero allí el cielo estaba despejado todo el año, el sol brillaba con mucha más fuerza y crecía mucha hierba dorada la cual llamamos trigo -continuó hablando Jian-. En aquel entonces mis antepasados eran cazadores, al igual que tus paisanos, pero pronto se dieron cuenta de que los campos de trigo silvestre podrían darles suficiente alimento sin necesidad de recorrer grandes distancias. Es así como ellos comenzaron a construir sus viviendas al lado de los trigales y ya no se atrevían a dejarlos sin custodia. La Madre Tierra había dado a sus hijos un regalo generoso pero en aquel entonces ellos no sabían cómo usarlo. Cuando el trigo se maduraba, su espiga estallaba y los granos se desprendían. ¡Cuántas veces los hombres venían al campo sólo para encontrar que casi todas las espigas estaban vacías o esperaban para estallar al toque de la hoz! ¡Con qué dolor veían los granos dorados arrastrados por el viento e imploraban a la Madre Tierra rogándole para que el trigo no se comportara de este modo! La Madre Tierra no abandonó a sus hijos. Alguna espiga no se sabe por qué no estallaban y precisamente esas semillas la gente con más frecuencia las recogía en sus cestos. Algunos granos caían al suelo, luego brotaban y la cosecha que producían fue casi toda no estallante.

Es así como la Madre Tierra dio a comprender a los hombres que debían sembrar el trigo con sus propias manos...

Jian calló para cobrar aliento; Eila con aire pensativo miraba ya a él, ya a las pequeñas figuras humanas que trajinaban en el campo. Solo ahora pudo comprender de dónde Jian sacaba su

extraordinaria fuerza: se la daba la misma Madre Tierra, fuerte y generosa.

-Fue así como nuestros antepasados comenzaron a sembrar el trigo y luego comprendieron que podrían hacer lo mismo con la cebada, la lenteja y el garbanzo. Poco a poco aprendieron a labrar la tierra con el azadón escondiendo los granos bajo la tierra para que brotaran con más facilidad y protegerlos de aves y animales. Pasaban los años, las cosechas aumentaban, los campos se hacían más y más extensos. La gente ya no aguantaba hambre pero muy pronto en aquel hermoso valle entre dos grandes ríos no quedó espacio para todos los que querían cultivar la tierra. Entre las tribus comenzó una verdadera guerra por las mejores tierras y muchos tuvieron que abandonar su patria bajo la presión de los vecinos. Nuestros antepasados partieron hacia el norte llevando consigo lo más valioso -los cestos llenos de granos. Durante mucho tiempo erraron por los bosques y las montañas hasta que llegaron a este valle...

-Es un lugar muy lindo -dijo Eila-. No me sorprende que tus antepasados decidieron quedarse aquí para siempre...

-Pero en aquel entonces esta tierra no era tan hospitalaria como ahora -replicó Jian-. Todo este valle estaba cubierto de bosques donde abundaban las fieras y los Hijos de la Caverna que vivían aquí mucho antes que nosotros, recibieron a los advenedizos con lanzas y mazas. Sin embargo, nuestros antepasados ya no tenían fuerzas para buscar un nuevo asilo y tenían que o conquistar este valle, o perecer todos en las batallas contra los Hijos de la Caverna.

Los negros ojos de Jian se encendieron con un brillo triunfal y en su voz se escuchó un verdadero orgullo:

-En aquel tiempo los Hijos de la Caverna eran más numerosos que ahora y tenían armas de hielo negro. Nuestros antepasados aún no conocían aquella piedra pero pronto aprendieron a tallarla mejor que sus enemigos. Los Hijos de la Caverna hasta ese momento no manejan arcos y flechas, mientras que mis antepasados sabían hacerlo desde cuando vivían en el gran valle. Cuando ellos aprendieron a sujetar a sus flechas las puntas de hielo negro, los Hijos de la Caverna no pudieron resistir contra aquella arma mortal y comenzaron a retroceder a las montañas. Pero la guerra duró muchos años más y en realidad aún no ha terminado.

Entre más hablaba Jian, los pensamientos de Eila se enredaban más y más. Hasta entonces la guerra significaba para la muchacha las escaramuzas esporádicas entre las tribus del bosque y de la estepa, en las cuales los jóvenes cazadores trataban de mostrar su osadía y aplacar a los espíritus ofreciéndoles en sacrificio a los prisioneros. Aunque esas batallas eran sangrientas y crueles, a ninguno de los guerreros se le ocurría destruir las viviendas de sus enemigos, sacrificar a sus mujeres y niños o apoderarse de sus tierras. Lo que contaba Jian no tenía nada que ver con aquellas batallas ocasionales; era una guerra totalmente distinta cuyo objetivo definitivo era la exterminación completa del enemigo.

-Jian, ¿por qué dices que esta guerra no se ha terminado hasta ahora? -la voz de Eila tembló - ¿Acaso los Hijos de la Tierra no lograron lo que querían: este hermoso valle? - ¿Te dan lástima los Hijos de la Caverna? -se indignó Jian-. ¡Si vieras cómo esas bestias quemaban nuestros campos, mataban nuestro ganado y raptaban a nuestras mujeres! Por supuesto, nuestros guerreros también los mataban sin piedad porque ellos no la merecen... En otros tiempos esos hijos de hiena no quisieron aprender a vivir en paz con nuestros antepasados. - ¡Qué paguen ahora por sus errores!

Eila miró a los ojos de Jian y no lo reconoció. Ya no era el mismo muchacho de suave voz y deslumbrante sonrisa sino un hombre implacable y despiadado. Al pensar que ella le había entregado con abnegación no sólo su cuerpo sino también su futuro, el corazón de la joven se heló de miedo. Eila bajó la cabeza y fijó su inmóvil mirada en los campos dilatados. ¿Quién sabe, cuánta sangre humana se había derramado sobre aquella tierra hasta que la cubrieron las espigas doradas? Parece que en todo el mundo no existe tal tierra donde los hombres no se maten entre si...

Comprendiendo la perturbación de Eila, Jian la abrazó con suavidad y rozó con sus labios la mejilla de la muchacha:

- ¿Recuerdas que una vez te dije que no me gustaba guerrear? ¿Ahora comprendes por qué? Aunque hemos expulsado a los Hijos de la Caverna lejos, a las montañas, nuestros caminos siguen cruzándose. Aquí, en el valle, no hay hielo negro y tenemos que ir a buscarlo a las montañas. En las cuestas de aquellas cumbres que humean y de vez en cuando botan al cielo chispas rojas hay mucho hielo negro; los Hijos de la Caverna también lo saben y hacen allí sus emboscadas. Además, nosotros pastamos nuestros rebaños en los prados altos, nuestras mujeres recogen en el bosque nueces y bayas y los Hijos de la Caverna nunca pierden la ocasión de acabar con alguno de los nuestros.

¡Si supieras, cuántas Hijas de la Tierra fueron raptadas por aquellas bestias!

-Soy fruto de uno de estos raptos -dijo Ngor quien hasta aquel momento guardaba silencio- ¿Acaso no se ve enseguida?

Eila dirigió la mirada al rostro de Ngor. Era un joven igual de moreno y rápido que otros Hijos de la Tierra, sin embargo, era más robusto y carecía de las finas facciones de sus paisanos: tenía la frente algo baja y ligeramente inclinada, la boca carnosa y grande, la nariz aplanada y el mentón apenas esbozado. El rostro de Ngor a cada instante se iluminaba por una sonrisa reluciente que suavizaba sus toscas facciones, pero ahora Eila se dio cuenta que en el fondo de los negros ojos del muchacho dormitaba una tristeza profunda.

-A la madre de Ngor la secuestraron los Hijos de la Caverna cuando ella recogía bayas y por descuido se alejó del grupo. Tan sólo en unos cuantos meses nuestros guerreros la liberaron pero ella ya estaba muy enferma y murió poco después de dar a luz -en voz baja dijo Jian-. Al niño lo adoptó el sabio Anhu y Ngor creció en su casa como un hijo más...

-Jian, ¿acaso no se puede cesar todo esto? -preguntó Eila con esperanza en la voz- ¿Acaso en ambas tribus no hay personas sensatas para arreglarlo todo en paz?

-Los Hijos de la Caverna no se parecen en nada a los Osos, ni a los Lobos, ni a ninguna otra tribu que yo haya visto en mi viaje -contestó Jian-. Ellos no quieren convivir con nadie.

-Sí, es cierto -suspiró Ngor retirando de su frente sus enmarañados cabellos-. Miren, todo el mundo regresa de los campos, es hora de comer.

El viejo Anhu invitó a los viajeros a su casa. Mientras las mujeres extendían en el suelo las esteras limpias y colocaban encima los platos de arcilla y madera, Eila con curiosidad examinaba la vivienda.

La casa consistía en una gran habitación con suelo de arcilla a la cual se conectaban unos cuantos recintos más pequeños que servían de despensas y alcobas. A pesar de que la tarde era calurosa, las paredes de arcilla conservaban una agradable frescura. El mobiliario se limitaba a unas esteras, alfombras de piel de tigre y leopardo y unas cabezas de toro hábilmente moldeadas de yeso que adornaban las paredes.

-Son símbolos de la Madre Tierra -susurró Jian al oído de Eila.

Los comensales eran unos veinte: el mismo Anhu que ocupaba el sitio de honor bajo las cabezas del toro, sus dos esposas, numerosos hijos, nueras, nietos y, además, algunos parientes lejanos y simplemente amigos de la familia. Jian con orgullo explicó a Eila que cualquier Hijo de la Tierra podía quedarse a comer e incluso a dormir en la casa de su paisano tanto en su comunidad natal como en otra.

Privar a alguien de comida y techo se consideraba entre los Hijos de la Tierra un delito grave.

- ¿Y cuántas comunidades hay en tu tribu? -curioseó Eila.

-Cinco, sin contar la principal cuyo jefe es mi padre. Lo obedecen Anhu y los jefes de otras comunidades.

-Tu tribu es muy numerosa. Solo este poblado tiene tantos habitantes como toda la Tribu de la Osa...

- ¡Y tus paisanos no me creían! -se rió Jian-. Espera, pronto verás cuánta gente se reúne en los santuarios cuando comiencen las fiestas...

Jian quiso agregar algo más pero su atención la atrajo un tazón de humeante potaje que le sirvió una de las hijas de Anhu.

El plato principal servido con el pan era un potaje de garbanzo aderezado con trozos de carne.

Luego fue servida una mezcla de piñones y trigo tostado, aliñada con hierbas olorosas y bayas de enebro; un cesto de peras y manzanas tempranas, nueces, almendras y pistachos. Tampoco faltaron las bebidas: dos grandes cuencos contenían la cerveza de cebada para hombres y el jugo de almeza para mujeres y niños. A Eila todo este festín le pareció realmente suntuoso pero Jian aseguró que era una simple comida cotidiana, incomparable con aquellos manjares que se servían en los días de grandes fiestas.

Durante la comida Eila sentía las curiosas miradas de los Hijos de la Tierra y a su vez los observaba con interés. El color de su piel variaba del cobre oscuro entre los hombres que pasaban días enteros en los campos y pastos bajo el sol hasta un ligero tono oliváceo entre las mujeres. A diferencia de los habitantes del bosque boreal, los Hijos de la Tierra no sentían atracción por barbas largas y preferían acortarlas o eliminarlas por completo con hojas de hielo negro. Todos sujetaban sus negros cabellos con correíllas de cuero; la mayoría de los hombres vestían túnicas cortas y ligeras pero algunos, en su mayoría los jóvenes, se contentaban solo con taparrabos.

Las Hijas de la Tierra lucían largos vestidos de lino o lana fina, decorados con ornamentos y franjas de varios colores. Las mujeres mayores recogían sus abundantes cabelleras en moños y las muchachas llevaban trenzas o se amarraban en la nuca algo parecido a la cola de caballo.

Para una gran sorpresa de Eila, durante la comida los Hijos de la Tierra no guardaban silencio sino que reían, bromeaban y hablaban interrumpiendo el uno al otro. Mientras Jian les contaba sobre su viaje, nadie, incluso los hombres adultos, trataba de disimular sus emociones. Una de las mujeres de pronto emitió un alarido desgarrador y, tapando su rostro con las manos, prorrumpió en sollozos; todos comenzaron a consolarla.

-Es la madre del amigo que se ahogó en el pantano -suspiró Jian.

Eila se encogió de hombros. Por supuesto, esa pobre mujer le dio lástima, sin embargo, una manifestación tan tempestuosa de los sufrimientos le parecía extraña. Las mujeres del bosque que perdían a sus esposos e hijos jamás lamentaban y sollozaban tan ruidosamente.

-Es mejor dar salida a todas tus penas de una vez que llevarlas en el fondo de tu alma. Al parecer, no te agrada la conducta de los Hijos de la Tierra -dijo el viejo Anhu mirando a Eila con sus ojos sagaces. Jian tradujo sus palabras en voz baja.

-La gente de mi tribu considera que no está bien mostrar tu dolor a los demás -contestó Eila en la lengua de los Hijos de la Tierra-. Pero cada tribu tiene sus costumbres y hay que respetarlas.

-Forastera, eres no solo muy bella sino inteligente -sonrió Anhu mostrando sus dientes sorprendentemente fuertes y sanos para su edad-. Jian hizo muy buena elección pero ¿qué dirá Zaúr?

- ¿Y qué puede decir mi padre? -exclamó Jian en airado. Sus ojos se encendieron con un extraño brillo húmedo y en su frente brotaron gruesas gotas de sudor. Eila lo miró con perplejidad. Jian siempre era sobrio en la comida y nunca abusaba de las bebidas alegres pero esta vez comió y bebió copiosamente.

-No te acalores, torito joven -Anhu sonrió al muchacho y le dio un ligero coscorrón en la frente-. Jian, no te reconozco. Siempre fuiste un chico sensato pero ahora me parece que has dejado toda tu razón en tierras lejanas. ¿Acaso olvidaste qué iracundo se pone Zaúr cuando algo no le agrada? Eila sintió un extraño frío que le corría por la espalda. Un presentimiento funesto oprimió su corazón.

Salieron de la aldea en la madrugada luego de despedirse cordialmente de Anhu y toda su familia. La mañana era serena y soleada; el aire, fresco y transparente. El viaje era fácil y agradable y Eila no dejaba de admirar la belleza del valle que se extendía alrededor. Jian contra su costumbre se veía abatido y demasiado pensativo.

- ¿Qué te pasa hoy? -preguntó Eila cuando al pasar los campos de trigo y cebada entraron en una pequeña arboleda y se sentaron a descansar al amparo de un árbol.

-Nada, me duele un poco la cabeza. Ayer bebí demasiada cerveza -Jian trató de sonreír pero sus ojos reflejaban una profunda angustia.

-No trates de enredar las huellas. ¿Ya no me consideras tu mujer? ¿Lamentas haberme traído hasta aquí? -con voz entrecortada preguntó la muchacha.

- ¡Eila! -Jian apretó las finas muñecas de la joven- ¿Crees que soy tan vil? ¡Te reconocí como mi mujer ante la imagen de la Madre Tierra y nadie nunca podrá separarnos!

Eila no dijo nada y solo abrazó a Jian sintiendo el embriagante calor de su piel. Esta vez los dos se acariciaban con una pasión exaltada como presintiendo que tal vez fuera la última vez y hacían todo lo posible para prolongar el placer...

El valle tachonado de boscajes y surcado por el río caudaloso era muy bello. Contemplándolo con sus ojos nublados por la pasión Eila sentía la misma sensación que conmovía su alma al ver

la Tierra de los Mil Lagos. Los plátanos exuberantes, los esbeltos cipreses, los cerros verdes y las deslumbrantes cumbres nevadas no se parecían en nada a los pinos y abedules de la Tierra de los Mil Lagos pero Eila los amaba de todo corazón porque Jian también era parte de ese mundo...

El sol ya declinaba hacia las montañas cuando los jóvenes lograron el objetivo final de su viaje. En un meandro del río se alzaban al cielo los macizos muros de cálido matiz pardusco, tras los cuales se escondían numerosas casas de adobe. No era una simple aldea de agricultores sino una verdadera ciudad.

Unos hombres armados, sin decir ni una palabra, abrieron la puerta pero no respondieron al saludo de Jian y el mayor de todos frunció el ceño y dio la espalda a los viajeros.

-Su hermano menor se fue conmigo y cayó al abismo  
-respondió Jian a la silenciosa pregunta de Eila.

La ciudad se levantaba sobre un montículo que había crecido a medida que se alzaban nuevas edificaciones sobre las ruinas de las antiguas viviendas. Para construir sólidamente sobre aquellos niveles desiguales, los habitantes apiñaban sus viviendas para que cada muro sirviera de soporte a la casa vecina. Todas las casas tenían dos pisos y estaban tan juntas que sus techos planos, comunicados por medio de escaleras, servían de calles. La entrada a los hogares también se efectuaba por el tejado, mediante una puerta de madera ya que las puertas al nivel del suelo hubiesen permitido la entrada de las aguas de inundaciones primaverales y de huéspedes tan indeseables como serpientes y escorpiones.

Aunque los techos de barro sufrían una intensa erosión después de las torrenciales lluvias de invierno y requerían una reparación anual, a primera vista era evidente que los habitantes de

la ciudad llevaban una vida mucho más cómoda que todas las tribus del bosque y de la estepa e incluso aquellos Hijos de la Tierra que vivían en las aldeas.

Jian en un abrir y cerrar de ojos subió por la escalera de madera al techo de una de las casas y tendió la mano a Eila. Los dos atravesaron varios techos. A Eila le parecía que era mucho más fácil perderse en medio de estas casas completamente iguales que en el bosque, en la estepa o en las montañas pero Jian, con una facilidad asombrosa, se orientaba en aquel laberinto que le era familiar desde la niñez.

Para gran sorpresa de Eila, en la ciudad reinaba un silencio sepulcral. Algunos perros ladraban allí y allá; a lo lejos se oía un débil golpeteo de pezuñas de ganado ya encerrado para la noche en un corral junto al río. Nadie salió a recibir a los viajeros y aquellos habitantes de la ciudad con los cuales los jóvenes se encontraban en su camino estaban ocupados en sus asuntos y contestaban a los saludos de Jian con frialdad e indiferencia.

En el alma de Eila creció un presentimiento alarmante pero Jian, aunque tal vez se sentía afligido, lo disimulaba muy bien y silbaba con despreocupación.

En el patio de una de las casas una mujer tejía sobre un telar que consistía en cuatro estacas clavadas en el suelo. Eila observaba con interés como la tejedora, arrodillada sobre la parte de la tela ya terminada, hacía retroceder cada nueva fila de trama con ayuda de un listón de madera. El proceso de tejeduría le pareció a Eila muy entretenido pues antes no había visto nada similar. Conmovida por la curiosidad, la joven se acercó al borde del techo. Al sentir la mirada de Eila, la mujer interrumpió su trabajo, alzó la cabeza y echó

a la muchacha toda una lluvia de palabras. Aunque Eila apenas pudo comprender la mitad, era fácil percibir que eran maldiciones.

-Vámonos -Jian la agarró de la mano.

- ¿Por qué esta mujer se enfadó? -preguntó Eila- ¡No le hice nada malo! ¿Acaso está cumpliendo algún rito secreto?

-No, simplemente está fabricando tela. Es otra cosa... -Jian suspiró-. Es la madre de mi mejor amigo ahogado en el Río Amarillo y... de mi prometida...

Jian no terminó la frase. Las casas se abrieron ante una espaciosa plaza en el centro de la cual se alzaban dos majestuosas edificaciones con fachadas adornadas con cabezas de toro muy parecidas a aquellas que Eila había visto en la casa del viejo Anhu.

-Son santuarios de la Madre Tierra y del Padre Cielo -en voz baja dijo Jian.

Frente a los santuarios se reunieron muchas personas. Todos guardaban silencio mirando como Jian descendía por la escalera y ayudaba a bajar a su compañera. Nadie dijo nada mientras los jóvenes cruzaban la plaza acercándose a los santuarios.

En ese silencio unánime Eila sintió una reprobación muda; la joven se estremeció y bajó los ojos.

Sobre la plataforma entre los dos santuarios estaba sentado un hombre moreno, de estatura mediana pero bien formado, ataviado con una túnica blanca y un collar hecho del colmillo de un jabalí. Tenía las mismas finas facciones que Jian y los ojos igual de

grandes y negros pero su expresión no era ni suave, ni soñadora sino firme, penetrante y hacía recordar la mirada de un ave rapaz. Su cabello negroazul le caía hasta los hombros; una barba rizada y esmeradamente cortada cubría su mentón firme y orgulloso.

A su lado estaba una mujer joven, de unos veinte años, que llevaba un largo vestido bordado de rombos rojos y tenía hermosos cabellos oscuros recogidos en un pesado moño. Entre sus brazos sostenía a un niño que, al parecer, ni siquiera tenía un año de edad.

El pequeño sonreía con su boquita aun sin dientes y sus manos regordetas jugaban con el collar azul del cuello de su joven madre. La mujer sonrió y por esa manifestación de amabilidad Eila sintió cierto alivio.

A Jian le temblaban los labios pero el joven se acercó a la plataforma tratando de caminar con seguridad y firmeza. Eila parecía petrificada, su respiración se cortó. "¿Acaso olvidaste qué iracundo se pone Zaúr cuando algo no le agrada?" -recordó la muchacha las palabras del sabio Anhu. ¿Quién sabe, qué pasará ahora entre el padre y el hijo?

- ¡Escúchenme, Hijos de la Tierra! Mi hijo mayor ha regresado. Dos años Jian estuvo errando no se sabe dónde y no le importaron ni las lágrimas que derramaron por él nuestras mujeres ni aquel dolor que desgarraba mi alma.

Zaúr tenía una voz igual de suave y melodiosa que la de su hijo pero el tono con el cual fueron pronunciadas estas palabras no presagiaba nada bueno.

- ¡Por fin está aquí -envuelto en pieles andrajosas, quemado por el sol, sucio y desgreñado como un Hijo de la Caverna!

Dentro de la muchedumbre se oyó una breve risa la cual cesó enseguida.

-Jian, erraste en lejanas tierras dos años, perdiste a tus mejores amigos, pero ¿qué hiciste para tu tribu natal? -continuó diciendo Zaúr dirigiéndose a su hijo- ¿Qué provecho tendrán los Hijos de la Tierra de tus vagabundeos? ¿Qué querías demostrarme cuando te fuiste de casa? ¿Trajiste contigo algo valioso además de esta joven forastera a la cual, como me informó el mensajero de Anhu, llamas tu mujer?

- ¡Sí, es mi mujer! -exclamó Jian desafiante-. Le debo mi vida, estoy unido a ella por las costumbres de su tribu y de la nuestra y la reconozco como a mi mujer delante de todos.

Zaúr, al parecer, no esperaba una respuesta tan decidida y no pudo encontrar enseguida las palabras adecuadas para contestar.

- ¡Jian! -sonó de pronto una voz femenina.

Abriéndose paso entre la muchedumbre, a la plaza salió una muchacha. Su cabello negro y ondulado, sujetado en la nuca por una cinta blanca, le pendía más abajo de las rodillas. Tenía la tez de un hermoso matiz dorado más claro que el de la mayoría de las Hijas de la Tierra, su boca parecía una flor de granado y los ojos, enmarcados por unas pestañas sorprendentemente largas, hacían recordar una noche oscura, cálida y húmeda.

Eila miraba a la joven desconocida sin poder apartar los ojos y pensó: "Su belleza me emociona aunque también sea mujer ¿qué es lo que deben sentir los hombres al verla?"

La bella desconocida se acercó a Jian. Al parecer, el primer impulso de la muchacha fue arrojarse al cuello del joven pero en el último momento se detuvo mirándole con reproche.

-Naya, te has hecho tan hermosa... -dijo Jian pero la muchacha lo interrumpió con fogosidad:

- ¡Te esperé dos años! Cuando el mensajero de Anhu nos contó a todos que habías tomado otra mujer, no le creí, pero ya lo confesaste... ¡Maldito seas, Jian!

-Naya, escúchame... -Jian intentó tomarla de la mano pero la joven se apartó con rabia. Su rostro ardía de furia y de sus negros ojos brotaban chispas:

- ¿Cómo pudiste, Jian? ¡Qué te castigue la misma Madre Tierra, qué no conozcas ni paz ni alegría, qué te caigan encima todas las enfermedades y qué tu semen sea tan seco que no podrá germinar en ninguna mujer! ¡Qué me escuche la Madre Tierra!

Sin poder aguantar su indignación, la muchacha se tapó la cara con las manos y salió corriendo. Jian mordía sus labios y tenía los ojos clavados en la tierra mientras que Eila, aunque no comprendió casi nada de aquel colérico discurso, sentía tanta vergüenza que deseaba que la tierra la tragase.

- ¿Ves, hijo, cuánta pena has causado a tu prometida? -dijo Zaúr con severidad-. Y ahora puedes preguntar a mi mujer cuántas noches ella ha pasado sin dormir porque se sentía culpable de tu fuga...

-Perdóname, Alda -pronunció Jian, dirigiéndose a la mujer sentada en la plataforma-. No supe que fueras a sufrir tanto por mí al igual que ignoraba que me hubieras regalado un hermano menor.

-No te guardo rencor, Jian -contestó la mujer. Su voz sonora y cantarina acariciaba el oído y en un instante penetraba hasta el fondo del alma.

-Eres demasiado complaciente, Alda -suspiró Zaúr-.

Tal vez perdonaste a Jian pero ¿acaso lo perdonaron los parientes de aquellos muchachos que encontraron la muerte en tierras lejanas? Es cierto, cualquier Hijo de la Tierra debe estar dispuesto a perecer luchando contra una fiera o un enemigo para defender nuestros campos, nuestros rebaños, nuestras mujeres y es una muerte gloriosa. ¿Y para qué murieron tus compañeros, Jian?

El muchacho seguía mirando en la tierra.

- ¿Acaso te portaste bien con la joven forastera? -continuó diciendo Zaúr-. Dices que es tu mujer pero ¿será es posible si su matrimonio no fue bendecido por la Madre Tierra?

- ¡Cumplí el rito como me lo enseñaste! -exclamó Jian.

- ¿Así que fuiste el sacerdote en tu propia boda? -sonrió Zaúr maliciosamente- ¿En qué santuario cumpliste el rito? ¿Lo construiste tú mismo?

- ¿Acaso para poder hablar con la Madre Tierra es obligatorio ser su sacerdote y encender la fogata en un templo? ¿Acaso no fuiste tú quien me enseñaste que la Madre Tierra es omnipresente y escucha a todos aquellos que le hablen de todo corazón? -no se rendía Jian-. Si es así, Eila es mi mujer ante los dioses y los hombres.

- ¡Chico tonto, no profanes la fe de tus antepasados! -la voz de Zaúr tembló- ¿No entiendes que el Padre Cielo y la Madre Tierra pueden castigarte con crueldad por tus palabras insolentes? ¡Hijos de la Tierra, escuchen mi decisión! Mi hijo mayor cometió una falta muy grave y debe ser castigado. Jian, te prohíbo cruzar el umbral de mi casa hasta que expíes tu culpa ante toda la tribu. Pasarás esta noche en el santuario de la Madre Tierra, a solas con nuestra progenitora y reflexionarás bien sobre tu conducta. En la madrugada abandonarás la ciudad, te irás a los pastos lejanos a cuidar el ganado y permanecerás allí hasta que yo te permita volver. Si alteras mi prohibición, te desterraré para siempre y ordenaré a los jefes de todas las aldeas que no te den asilo... Y algo más: antes de entrar en el santuario de la Madre Tierra, báñate, vístete como es debido y haz algo con tu cabellera porque hasta la Gran Madre puede asustarse al verte tan sucio y desgreñado.

Jian agachó la cabeza fingiendo sumisión pero las aletas de su nariz temblaban de ira apenas contenida y los ojos se extornaron con hostilidad.

- ¿Tal vez quieres decir algo para justificarte? -preguntó Zaúr echando una mirada escudriñadora a su hijo.

-Para mí no te pido nada -con tranquilidad fingida contestó Jian- ¡Pero no culpes a Eila! Estoy vivo sólo gracias a ella; por mí dejó su tierra y su familia, quebrantó las costumbres de su tribu y nunca dejaré de llamarla mi mujer.

-Nadie piensa hacerle daño -dijo Zaúr-. Tal vez la joven forastera haya violado las costumbres de su tribu, pero no las nuestras y por eso la aceptaré en mi casa, aunque no como tu mujer sino como un huésped que ha llegado en paz. ¡Sí, la acepto, pero no a ti, hijo! ¡Qué me escuchen los dioses!

Aunque Eila no pudo comprender todo el discurso de Zaúr, sin embargo, se dio cuenta que una fuerza hostil y misteriosa la separaba de Jian tal vez para siempre.

La suave luz de las cuatro lámparas de arcilla, llenas de aceite aromático y colocadas en los rincones del santuario, alumbraban las paredes decoradas con ornamentos en forma de rombos rojos, contornos de manos humanas, cuernos de toro y pechos femeninos de terracota rojiza que tenían en vez de pezones garras de buitre y colmillos de leopardo.

Al entrar en el templo, Jian se detuvo en el umbral con perplejidad. Todo le era familiar porque estaba iniciado en los misterios de la Gran Madre desde su niñez. Sin embargo, después de su larga ausencia no podía liberarse de la sensación que las paredes del santuario lo reprochaban silenciosamente.

De pronto Jian descubrió que no estaba solo. Junto a la pared principal, decorada con dos leopardos esculpidos en yeso de tamaño natural, se encontraba una plataforma con una pequeña estatua de la Madre Tierra que tenía la apariencia de una mujer metida en carnes y, evidentemente, embarazada. La diosa estaba completamente desnuda pero ataviada con un complicado tocado; los círculos rojos -símbolos de fecundidad- cubrían su vientre prominente y redondeado. Frente a la estatua, ofreciéndole un manojo de espigas, estaba una joven arrodillada; las líneas de su

cuerpo flexible y esbelto se perfilaban bajo un ligero vestido de lino casi transparente.

Al oír los pasos de Jian, la muchacha se levantó de un salto. El joven reconoció a Naya.

- ¿Qué estás haciendo aquí? -preguntó Jian.

- ¿Ya olvidaste las costumbres de tu tribu natal? -con tono glacial preguntó Naya-. Hoy segaron las primeras espigas de trigo...

-...Y la virgen más bella tiene que llegar al templo a medianoche y regalar a la Madre Tierra las primeras espigas de la cosecha de ese año -dijo Jian-. Como ves, no lo he olvidado. Y no me sorprende que mi padre haya enviado al templo precisamente a ti. ¡Hace dos años eras una niña y ahora te has convertido en una verdadera beldad!

Sin decir nada Naya de nuevo se arrodilló frente a la estatua, desparramando las espigas sobre la plataforma.

A la temblorosa luz de las lámparas las cabezas y las colas de los leopardos de yeso parecían moverse, como saludando a la muchacha.

-Pero hay algo que no puedo entender. ¿Por qué mi padre te envió al templo precisamente hoy, sabiendo que yo estaría aquí toda la noche?

Al colocar sobre la plataforma la última espiga, Naya se levantó y echó a su ofrenda, llena de satisfacción, una mirada.

- ¿Por qué callas? -casi gritó Jian.

- ¿Y qué quieres que te cuente? -la muchacha trataba de hablar con una voz tranquila pero sus grandes ojos negros se humedecieron traicioneramente- ¿Quieres saber cómo te esperé estos dos años pensando sólo en ti? Cuando transcurrió el primer año y tú no regresabas, el mismo Zaúr trató de persuadirme para que olvidara nuestro juramento y me desposara con otro. ¿Crees que me faltaron pretendientes?

Ni siquiera debes preguntarme si te he sido fiel o no: si hubiese perdido mi virginidad no me atrevería a aparecer hoy ante la Madre Tierra con las primeras espigas... Zaúr me envió al templo precisamente esta noche porque guarda la esperanza que tú y yo nos reconciliemos, pero yo sabía que lo nuestro ya no tiene arreglo. Quédate aquí, reza, pide perdón a la Madre Tierra, yo no quiero verte más...

Naya corrió hacia la salida como una sombra ligera, pero Jian la agarró de la mano.

- ¡No me toques! -el fino rostro de Naya se arrugó de repugnancia-. Te odio y estoy dispuesta a repetir ante la Madre Tierra todas mis maldiciones...

- ¡Naya, cállate! -exclamó Jian asustado- ¿Acaso olvidaste que es un gran pecado desear a alguien desgracia, enfermedades y falta de hijos? La Madre Tierra puede enfadarse y castigar con todo eso a ti misma.

- ¡Qué lo haga! -Naya apretó en arrebató sus pequeños puños- ¡Para mí todo ya se acabó!

-Has cambiado solo aparentemente -sonrió Jian-. En el fondo eres la misma niña caprichosa que me agarraba del cabello cada vez que algo no le agradaba...

En un instante la mirada de Naya se enterneció pero su voz temblaba de rabia:

-Cuéntame, Jian, cómo no te acordaste de mí ni un momento y apenas viste las tierras lejanas olvidaste que la Gran Madre castiga a los perjuros con crueldad. ¡Y cuéntame también cómo has matado a mi único hermano!

Sin poder contener sus lágrimas Naya prorrumpió en sollozos, temblando todo su cuerpo. La cinta que sostenía el peinado de la joven se desató y una cascada de cabellos brillantes y negros se precipitó casi hasta el suelo. Jian guardaba silencio esperando que pasara el ataque de desespero impetuoso.

- ¿No sabes, qué decir? -exclamó Naya entre sollozos- ¡Erg pereció por tu culpa!

- ¡No hables así! Erg era mi mejor amigo y su muerte me duele no menos que a ti. ¡No lo maté, se ahogó en el río!

-Pero fuiste tú quien tentó a Erg con aquel maldito viaje. Y no trates de engañarme diciendo que te duele su muerte. Lo único que te hace sufrir es que Zaúr te ha separado de tu forastera.

Jian con fuerza agarró a Naya de los hombros y mirándole a los ojos dijo con voz jadeante:

-Puedes mandarme las peores maldiciones. ¡Pero no te metas con Eila! ¡Prométeme que no le harás nada! Si algo le pasa... ¡no respondo por mí!

-Déjame -Naya pronunció estas palabras con tanta firmeza que Jian bajó sus brazos con obediencia- ¿Por qué debo maldecir a la forastera? Lo único que siento por ella es lástima: la pobre dejó su tribu natal por un hombre que recoge a las mujeres como flores y las tira al lodo cuando le aburren...

- ¡Es mentira! Eila es mi primera y única mujer. ¡Lo que siento por ella es más fuerte que todos los recuerdos y juramentos!  
-Jian con fuerza se golpeó en el pecho.

- ¡Juramentos! -se rió Naya con sorna- ¿Qué significa para ti un juramento? Me juraste volver en un año y ¿por qué no lo hiciste?

-Yo quería llegar a tiempo y estar aquí el verano pasado pero... ¡No pude hacerlo! -contestó Jian sordamente.

- ¿Por qué? Pero no trates de inventar otra mentira, no te voy a creer.

- ¡No quise asustarte pero tú misma lo quisiste!

Con estas palabras el joven desabrochó los corchetes de hueso que sujetaban en sus hombros la túnica de lino y quitó su vestimenta quedándose solo en taparrabo. A la mortecina y temblorosa luz de las lámparas de aceite las cicatrices en el vientre

de Jian parecían aún más grandes y profundas. Al verlas Naya gritó asustada; su primer impulso fue acercarse a Jian y abrazarlo pero la joven tapó su rostro con las manos y salió corriendo.

Durante un tiempo Jian estuvo inmóvil, luego con pasos inseguros se acercó a la estatua de la diosa.

-Gran Madre, reconozco que he causado mucho daño a mis paisanos pero te juro que jamás he tenido malas intenciones -pronunció el muchacho en voz baja pero inmutable- si estoy mintiendo - ¡qué tus leopardos sagrados salten de la pared y me devoren ahora mismo!

Jian calló escuchando el silencio. Los leopardos en la pared no se movían y la diosa miraba al muchacho con sus ojos de conchas nacaradas con tranquilidad e indiferencia.

-Si tengo la culpa castígame, Gran Madre -susurró el joven- ¡Pero solo a mí! No quiero que Eila y Naya sufran por mi culpa. Eila es mi mujer y tú, Madre Tierra, lo sabes porque te sacrificamos una parte de nuestra primera comida familiar. Aunque Eila sea forastera, cuídala como si fuera una hija tuya porque yo no podré estar a su lado: nos separa la voluntad de mi padre. Y no te enfades con Naya, no le envíes aquellas maldades que ella desea para mí. Naya no es mala, sino muy iracunda así que cálmala dándole un buen marido e hijos sanos...

Jian dio un paso atrás, volteó bruscamente y dio un salto comenzando la danza sagrada en honor de la Madre Tierra. Era todo un torbellino de vueltas y saltos impetuosos que exigían una extraordinaria fuerza y flexibilidad; bailar esa danza sagrada lo

podían hacer sólo aquellos jóvenes que habían tenido una preparación especial.

En la penumbra el cuerpo de Jian adquirió un matiz cobre rojizo, sus pies ligeros parecían no rozar el piso, sus brazos alzados temblaban como lenguas de fuego y su cabellera negra flotaba tras la cabeza como participando también en esa danza frenética.

## 8

Las primeras luces del amanecer acariciaron los planos tejados. Zaúr se despertó casi al instante, apenas el sol entró en su casa por una pequeña abertura en el techo. Luego de estirar todo su cuerpo, el hombre se levantó del lecho: -una estera tejida sobre una baja plataforma de adobes en un rincón de la ancha habitación. Sus sandalias de cuero yacían sobre el suelo de arcilla pero subió descalzo por la escalera de madera: la mañana era cálida y él tenía los pies habituados a los peldaños.

Entornando los ojos a causa del resplandor del sol, Zaúr atravesó con pasos rápidos el techo de su vivienda y pasó al del santuario de la Madre Tierra. Por la abertura en el tejado descendió rápidamente y se detuvo frente al altar. El santuario estaba vacío: alrededor de la estatua yacían las espigas dejadas por Naya y en el suelo blanqueaba la túnica de Jian. Las pobladas y negras cejas de Zaúr se unieron, algo tembló imperceptiblemente en su severo rostro moreno y el sacerdote supremo apenas contuvo un suspiro de lástima. Al levantar del suelo la túnica de su hijo, Zaúr la apretó contra su pecho, durante un tiempo permaneció inmóvil ante la estatua de la Gran Madre, triste y acongojado, pero se dominó enseguida y subió por la escalera.

Cuando volvió a casa, encontró despierta a su mujer. Alda ya se había levantado del lecho construido sobre una plataforma y situado frente al de su marido, junto a la otra pared de la habitación, más cerca de la cocina y del calor de las cenizas del hogar. Allí mismo fue instalada una cuna de cañas entrelazadas en la cual dormía el niño.

Zaúr encendió el fuego mientras Alda se dirigía a la despensa donde había un gran recipiente de arcilla.

- ¿Jian se fue? -preguntó la mujer mientras extraía un puñado de granos de un pequeño orificio que había en la parte inferior del recipiente; éste se llenaba por arriba y se vaciaba por el fondo de manera que los granos más viejos y expuestos a la humedad eran los primeros que se extraían.

Zaúr asintió en silencio.

-Ni siquiera quiso desayunar con nosotros -suspiró Alda. Luego de echar los granos en un gran tazón de arcilla, la joven lo puso sobre el fuego y luego agregó leche.

-Es mejor que Jian se haya ido -contestó Zaúr-. Si me hubiese quedado a solas con él, estoy seguro que lo hubiera abrazado y perdonado...

- ¿Por qué no lo hiciste ayer, delante de todos? -reprochó Alda.

- ¿Acaso era posible? Mi deber es dirigir la vida de la tribu según las costumbres que nos legaron la Madre Tierra y el Padre Cielo y aplicar la justicia por muy severa que sea -exclamó Zaúr- ¿Acaso puede ser justo el jefe que se muestra demasiado suave con su hijo cuando éste ha cometido faltas muy graves? Ninguna mujer, ni la más sabia, es capaz de razonar...

- ¡Y a los hombres no les duele el corazón! -Alda revolvió la papilla con entusiasmo.

- ¡No es cierto! Anoche estuve en el techo del santuario y vi todo. Cuando Jian mostró a Naya sus cicatrices, el corazón me dio un vuelco. ¡Todo su vientre está desfigurado! ¡Cuánto debió sufrir en aquellas tierras lejanas, mi chico tonto! Y ahora se marchó sin despedirse y ni siquiera llevó su ropa, como tratando de demostrar que no quiere nada de mí...

-Espera, los dioses arreglarán todo -dijo Alda dulcemente, pero Zaúr la interrumpió con impaciencia:

-Yo también quisiera creerlo pero no puedo... Ayer Naya salió del santuario bañada en lágrimas y la forastera no durmió toda la noche; tras la pared pude oír como ella suspiraba y daba vueltas...

-Tarde o temprano Jian se convertirá en el sacerdote supremo y un jefe tan grande puede tener más de una mujer -dijo Alda- ¿Por qué tu hijo no se casa con las dos? Por supuesto, Naya tendría que ser su esposa principal y si la Madre Tierra le diera un hijo, él tendría que ser iniciado en todos sus misterios.

-Eres muy buena y piensas que todos a tu alrededor son así -sonrió Zaúr con tristeza-. Pero te diré una cosa: quien tenga dos

esposas -olvidará la paz. Por eso yo no tomé la segunda mujer mientras vivió mi Sura aunque comprendí muy bien que después de haber traído al mundo a Jian ella no podía tener más hijos...

-Mi padre tiene dos esposas y en nuestra casa siempre ha reinado la paz -se opuso Alda.

-Anhu tomó la segunda mujer cuando ya era un hombre maduro, pero Jian... -Zaúr movió su cabeza tristemente-. Es demasiado joven para poseer dos esposas. Naya es muy orgullosa y no aguantará a su lado ninguna rival, la forastera es más tranquila pero parece ser inflexible. Por mi hijo ella ha abandonado su tribu natal y no creo que se contentará con ser sólo su segunda mujer. Y si la Madre Tierra les diera hijos a las dos, no sería un don sino una verdadera maldición. Naya con seguridad indispondría a sus hijos contra los de la forastera y finalmente mis nietos terminarían matándose entre ellos. La tribu se debilitaría y los Hijos de la Caverna no tardarían en arrebatarnos el valle.

-Entonces, ¿qué se puede hacer? -con voz temblorosa preguntó Alda.

-Lo único que puedo hacer ahora es mantener a Jian alejado de ambas muchachas para que no cometa más estupideces.

-La forastera no se parece a una simple mortal. Sus cabellos brillan como el sol, sus ojos son como dos pedazos de cielo. ¿Será la hija de nuestro Padre Cielo y de alguna mujer mortal? Si la ofendemos con algo, sobre los Hijos de la Tierra caerán numerosas desgracias -dijo Alda con precaución-. En la ciudad ya cuchichean sobre tal posibilidad.

-Incluso si ella es una diosa que descendió de su morada celestial para proteger a mi hijo, no tenemos nada que temer -calmó Zaúr a su mujer-. Los dioses saben mejor que nosotros qué es la justicia y el deber y por lo tanto comprenderán que un culpable siempre tiene que ser castigado.

Ve y mira si la forastera ya despertó y llámala a desayunar, yo cuidaré la papilla.

... La morada del sacerdote supremo se comunicaba con varias habitaciones. Ahora permanecían vacías pero en los días de grandes fiestas allí se hospedaban los invitados de honor de otras comunidades. A Eila le otorgaron uno de estos cuartos. Cuando Alda tocó la puerta, la muchacha ya no dormía. Después de lavarse la cara y peinar sus cabellos, Eila con cierta lástima examinaba el vestido que le había regalado al despedirse Zira, la Madre de los Águilas. Hecho de fina piel de antílope y bordado con tendones abigarrados, en otros tiempos le pareció a Eila el colmo de la perfección pero en comparación con las elegantes ropas de las Hijas de la Tierra era tosco y deplorable. Además, el vestido estaba considerablemente estropeado por las lluvias, los rayos del sol y los arbustos espinosos.

Como percibiendo los pensamientos de Eila, Alda salió pero pronto regresó y desenvolvió ante la huésped un vestido de lana sedosa y ligera. Con una sonrisa amable Alda ayudó a la muchacha a vestirse, envolvió su cuello con un hermoso collar de lapizlázuli y sujetó los cabellos de la joven con una cinta bordada a la manera de las Hijas de la Tierra.

Mientras Eila examinaba con curiosidad su nuevo atavío, Alda salió de nuevo y regresó con un pequeño cofre de madera. Dentro de él había dos conchas, una de las cuales contenía carmín y

la otra, un tinte negro para pestañas y cejas, varias paletas de hueso para aplicar las sombras azules y verdes que hacían resaltar los ojos y un pequeño frasco con infusión de flores de acacia. Sonriendo, Alda ennegreció un poco las cejas y las pestañas de Eila, cubrió sus párpados con tono azul y tomó la concha con carmín pero en un instante la dejó a un lado.

-No necesitas pintarte ni labios, ni mejillas -pronunció Alda lentamente-. Los tienes rojos como escaramujo.

Eila sonrió. Había pasado una noche sin sueño y se sentía abandonada y completamente sola en esa ciudad extraña que no se parecía en nada a todo aquello que había visto durante su viaje. Sin embargo, la amistosa sonrisa de la Hija de la Tierra le infundía la esperanza de que tarde o temprano todo mejoraría.

Mientras tanto Alda roció los cabellos de Eila con la aromática infusión de acacia y acercó al rostro de la muchacha un pequeño espejo de obsidiana esmeradamente pulida. Para su gran sorpresa Eila vio en él su reflejo con la misma nitidez que en un arroyo transparente y puro.

- ¿Te gusta? -preguntó Alda.

Eila asintió en silencio. La esposa de Zaúr le tendió el cofre, dándole a entender que era un regalo.

- ¿Es para mí? -se sorprendió Eila-. No, gracias...

-No, ahora es tuyo -pronunció Alda dulcemente y sonrió de nuevo. La mujer de Zaúr no poseía una belleza perfecta pero su rostro moreno y suave se distinguía por un encanto singular; sus

cejas delgadas y oscuras parecían tener vida propia y sus ojos eran de un castaño cálido y alegraban el corazón.

-Vamos a desayunar -dijo Alda e hizo un gesto con la mano invitando a Eila a seguirla.

La familia desayunaba en la cocina, sobre las esteras extendidas encima de las plataformas a lo largo a la pared. El desayuno era sencillo pero abundante: papilla de leche y cereales, pan, miel y queso de cabra. El pequeño hijo de Alda ya se había despertado y la joven madre comenzó a alimentarlo con una cuchara fabricada de una costilla de toro.

Era un instrumento ingenioso: la papilla vertida en el extremo más ancho del hueso, fluía en pequeñas dosis a la boca del niño.

Mirando al bebé, Eila sentía como su corazón se llenaba de ternura. Era un niño bastante grande para su edad, rollizo y moreno; tenía los ojos igual de grandes y negros que su padre y su hermano mayor. Casi nunca lloraba y solo sonreía con sus labios rojos y regordetes.

- ¡Qué bebé tan bonito! -sonrió Eila- ¿Cómo se llama?

-Sí, la Madre Tierra me dio buenos hijos -dijo Zaúr-. Jian recibió su nombre en honor de su abuelo y el pequeño aún no tiene nombre, lo recibirá más tarde, cuando vea su primera cosecha.

- ¿Así que los Hijos de la Tierra no reciben sus nombres después del nacimiento sino después de un año? ¿Por qué? -con curiosidad preguntó Eila.

-Para su seguridad. El primer año de vida es muy difícil, el niño es muy vulnerable ante los espíritus del mal y por lo tanto es mejor que nadie sepa su nombre -explicó Zaúr.

Eila contemplaba como el sacerdote supremo partía el pan y lo untaba con miel, como miraba con cariño a su mujer y a su hijo y no se parecía en nada a aquel juez severo que había desterrado a Jian de la casa paterna. ¿Dónde estará Jian en este momento? El corazón de Eila se oprimió.

Al terminar el desayuno, Zaúr se despidió de las dos mujeres y de nuevo trepó al techo.

-Ahora estamos en la época de siega, pronto comenzarán las fiestas en honor de los dioses y Zaúr está muy ocupado -dijo Alda retirando los platos de la estera- ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan triste?

Eila se encogió de hombros en silencio. Percibió en la voz de Alda una compasión sincera pero su lenguaje era todavía muy pobre para revelar a su nueva amiga aquella profunda tristeza que le había provocado su separación de Jian, de su tribu natal y de toda aquella vida a la cual estaba acostumbrada...

Alda no dijo nada. Tomó a su hijo entre los brazos, ascendió por las escaleras y con un gesto expresivo invitó a la huésped a seguirla. Las dos jóvenes salieron de casa, subieron al techo del santuario de la Madre Tierra y luego, al del otro templo.

-Es la casa de nuestro Padre Cielo que nos recibe después de la muerte -dijo Alda-. Cuando me siento mal, vengo acá.

Descendiendo por la escalera, ambas mujeres entraron en una habitación espaciosa cuyas paredes estaban cubiertas con una pintura extraña: los enormes buitres rojos atacaban a los hombres decapitados. Sobre una gran plataforma se hallaba la estatua de un hombre barbudo y corpulento montando un toro; alrededor se encontraban varias plataformas más pequeñas.

Alda se inclinó ante la estatua del dios; Eila siguió su ejemplo.

- ¿Por qué todos estos hombres en las paredes no tienen cabeza? -curioseó la muchacha.

-Para mostrar que están muertos -contestó Alda dejando a su hijo sobre una de las plataformas-. Que se quede un rato con sus antepasados, pues tengo los brazos cansados. Los buitres jamás atacan a los vivos. El buitre es un ave sagrada del Padre Cielo y su mensajero fiel. Estas aves ven todo lo que sucede en la tierra, luego lo cuentan al Padre Cielo y él retribuye a los hombres según sus méritos. Cuando una persona muere, los buitres llevan su alma al cielo y los huesos los sepultamos. Cada familia tiene en su casa un pequeño santuario donde entierra a sus seres queridos y sólo las personas muy importantes tienen el honor de yacer en la morada del Padre Cielo.

Aquí yace Sura, la madre de Jian -dijo Alda rozando con veneración una de las plataformas.

- ¿Cómo era la madre de Jian? -preguntó Eila.

-Dulce, bella y generosa, como la misma Madre Tierra. Cuando Sura sonreía, todo el mundo se alumbraba y el día más

nublado no se veía tan triste; Jian heredó su sonrisa. El día que Sura murió, el cielo no se despejó y llovió sin cesar y luego tembló la tierra... ¡Hasta los dioses la lloraron! Pero Sura no dejó de ayudar a la gente incluso después de su muerte...

El rostro de Alda se ensombreció y sus ojos se hicieron aun más oscuros y profundos.

-Mi primer esposo era joven y fuerte y éramos de la misma aldea; viví con él un poco más de un mes. Murió buscando hielo negro en la cuesta de la montaña que siempre bota chispas. Pero aquel día los espíritus subterráneos se enfurecieron y soltaron de debajo de la tierra un líquido ardiente que quemó todo en su camino... Enviudé y regresé a la casa de mi padre; mi dolor era aún más profundo porque ni siquiera tuve un hijo. Luego el mismo Zaúr se fijó en mí, pero al comienzo no me sentía feliz con mi nuevo esposo. Tuve que abandonar mi aldea natal y acostumbrarme a vivir en esta ciudad donde la gente cuchicheaba que yo, la hija del jefe de un pequeño poblado, no era digna de ocupar el lugar de la gran sacerdotisa de la Madre Tierra. Zaúr es mucho mayor que yo y no siempre nos comprendíamos bien y Jian ni siquiera me hablaba... Pero yo no perdía el ánimo, venía a este santuario cada día pidiendo al alma de Sura que me ayudara y ahora, gracias a ella, tengo todo lo que puede desear una mujer: un esposo sabio y atento, un hijo hermoso y sano y Jian ya no me odia...

Alda de nuevo rozó la plataforma sepulcral y sus ojos se iluminaron con un brillo feliz. Su pequeño hijo gateaba entre las tumbas de sus antepasados y sonreía, tendiendo sus pequeños y regordetes brazos hacia la estatua del Padre Cielo. Aunque Eila apenas pudo comprender la mitad de todo lo que le había contado la joven sacerdotisa, sintió un extraño sosiego y su angustia retrocedió a un rincón apartado del alma.

El sol descendió hacia las cumbres lejanas; las noches en los pastos eran frescas incluso en verano y los muchachos que pastaban el ganado encendían grandes fogatas. Jian se separó de sus compañeros, se acercó a un peñasco y, aprovechando los últimos rayos del sol, comenzó a dibujar sobre la roca gris una silueta femenina: esbelta, ligeramente alargada, sin formas exageradas de la Madre Tierra. Los finos brazos de la mujer estaban levantados y estirados hacia delante como queriendo abrazar a alguien y sus largos cabellos flotaban llevados por el viento...

Alguien rozó el hombro de Jian; al volverse vio surgir ante sus ojos una taza de leche.

- ¡Toma o pronto vas a estirar la pata de hambre! -sonó la burlona voz de Ngor- ¿Quién es?, ¡la forastera? ¡Te salió bien parecida!

El último rayo del sol se deslizó por la roca, alumbró la figura femenina y se apagó. El dibujo desapareció en la oscuridad. Jian agachó la cabeza y suspiró apenas audiblemente.

-No sufras, todo se arreglará -dijo Ngor de nuevo rozando el hombro de su compañero-. Parece que te embrujaron en las tierras lejanas. Antes eras alegre y te gustaban mis bromas y ahora... ¿Será que en aquellas tierras los inviernos son tan fríos que tu alma se congeló?

- ¡Por el contrario, se encendió! -replicó Jian-. Hace un mes que no veo a Eila y si no la hago, uno de estos días... ¡Soy capaz de hacer cualquier cosa!

Ngor miró a su amigo con perplejidad y al mismo tiempo con una ligera envidia: no podía comprender todos estos ímpetus, su cuerpo y alma aún permanecían en paz, no afectados por aquel sentimiento extraño que consumía a Jian.

- ¡Oye, Jian, no te pongas así! Cuando eras prometido de Naya, no te pasaba nada parecido.

-Naya era un pequeño arroyo, en cambio Eila es un río torrencial -dijo Jian-. Antes no me imaginaba que las mujeres pudieran ser tan diferentes...

-Pero eso no significa que por culpa de ellas hay que perder la cabeza y dejar de comer. Puedes cubrir con tus dibujos todas las rocas y no te sentirás mejor. ¡No vayas a cometer ninguna tontería! Dame tiempo y trataré de encontrar alguna salida.

- ¿Cómo? ¡Si mi padre me prohibió aparecer en la ciudad!  
-Jian manoteó con desespero.

-No es necesario que lo hagas -sonrió Ngor- ¡Mañana será otro día y por ahora nos vamos a divertir y olvidar todas las penas!

-Ve tú, yo no tengo ganas -dijo Jian.

Ngor se encogió de hombros y, dejando a su amigo en soledad, se unió a los otros pastores. Los pastos altos se encontraban a un día de marcha del poblado más cercano de los Hijos de la Tierra, llevar el ganado al valle todos los días era muy fatigoso y por eso los jóvenes preferían pasar las noches en los pastos, bajo la protección de fogatas y cercos espinosos. Para acortar las noches, los pastores bailaban alrededor de las hogueras, hacían competencias de lucha, cantaban o, sentados en círculo, contaban historias divertidas o pavorosas. Antes a Jian le gustaban mucho esas diversiones sencillas pero ahora no sentía ninguna atracción por los juegos ruidosos de sus amigos; su alma deseaba silencio y soledad.

... Una lengua áspera y caliente lamió el hombro desnudo de Jian.

- ¡Negro! -sonrió el joven abrazando el cuello del toro. Como comprendiendo el estado de ánimo del muchacho, el animal mugió con una evidente compasión.

- ¡Qué bien que tú no puedes hablar y deshacerte en consuelos que no me sirven para nada -dijo Jian acariciando a su amigo cuadrúpedo- ¿Me entiendes, Negro? ¡Claro que sí! Tú debes ser feliz, porque todas tus vacas siempre están contigo...

Poco a poco se fueron calmando los alegres gritos junto a las fogatas. Pronto todos los pastores se sumergieron en un sueño profundo; velaban sólo los guardias que cuidaban el fuego. Soplaban un viento frío. Jian se envolvió en una capa de lana y se acurrucó en la hierba al lado del toro. El hombre y el animal quedaron dormidos, calentándose uno al otro.

...Jian se despertó con una zozobra confusa. Todo a su alrededor estaba oscuro, las grandes estrellas brillaban junto a las plateadas cumbres nevadas, un vientecillo susurraba suavemente entre las hierbas, pero el presentimiento de un peligro cercano oprimió el corazón del joven como si fueran unos dedos helados. El toro también se despertó, moviendo a todos lados su cabeza coronada con cuernos temibles. Hasta en la oscuridad se podía distinguir que los ojos del animal se inyectaron de sangre.

- ¿Qué te pasa, Negro? -se alarmó Jian.

El toro emitió un mugido prolongado, como tratando de avisar al hombre sobre algún peligro, se levantó bruscamente y corrió a la luz de la fogata, inclinando su cabeza en forma amenazante. De la oscuridad salió un rugido atronador, el ladrido de los perros, el rechinar de unas fauces poderosas y un mugido desgarrador.

Los pastores, agarrando sus cuchillos y lanzas, corrieron al son de la batalla, alguien echó más ramaje a la fogata. Todo el prado se iluminó y los muchachos vieron el flexible y ágil cuerpo de un enorme felino saltar a la oscuridad y desaparecer en el bosque.

El toro herido yacía sobre la hierba, mugiendo lastimosamente; de su ancho pecho salía un estertor estridente.

- ¡Negro! -Jian cayó de rodillas junto a su favorito. Los ojos del animal expresaban un sufrimiento casi humano y una súplica muda; su mirada se apagaba lentamente.

- ¿Tal vez podremos salvarlo? -preguntó con esperanza uno de los pastores, pero Jian lo negó con la cabeza: las profundas heridas en el cuello del toro eran mortales.

Mientras tanto Ngor sacó de la fogata un tizón encendido y se puso a examinar los rastros de la fiera -evidentemente felinos pero más grandes que las huellas de un tigre o un león.

- ¡Qué animal tan raro! -balbuceó Ngor rascando con preocupación su negra cabellera- ¡Ni siquiera le dio miedo la fogata! Al parecer, quería arrastrar una cabra, una oveja o un ternero pero se enfrentó con Negro... ¿Alguien pudo ver esta fiera?

Los pastores discutían acaloradamente: unos afirmaban que veían una melena de león, otros, que el depredador tenía la piel rayada, como un tigre. Nadie pudo dormir hasta el amanecer; la cercanía de una fiera desconocida y peligrosa les daba miedo a todos. Los perros que habitualmente se lanzaban al ataque contra cualquier animal, esta vez parecían asustados y se estrechaban contra las rodillas de sus amos.

- ¡Gato maldito, me lo pagarás! -gritó Jian alzando la lanza y escudriñando la oscuridad con sus ojos brillantes de ira y lágrimas.

- ¡Ni se te ocurra seguirlo! -al adivinar la intención de su amigo, Ngor clavó sus dedos en el hombro de Jian- ¡Cálmate, por

fin! Ya encontraremos a esta fiera. Hay que enviar a alguien a la ciudad para que cuente todo a Zaúr... ¡Oye, Jian, tengo una idea!

10

Día tras día, transcurría la vida de Eila en la ciudad de los Hijos de la Tierra. La amistad de Alda le ayudaba no solo a combatir la angustia sino también a conocer muchas cosas útiles e interesantes.

Ante todo, Eila se esforzaba por aprender todo lo que sabían hacer las mujeres de la Tribu de la Tierra. La fabricación de los cestos no le era nueva; este arte también lo dominaban las mujeres del bosque. Viviendo con los esteparios, Eila aprendió algo sobre cerámica y ahora, bajo la dirección de Alda, mejoró su habilidad y aprendió a moldear las vasijas tan perfectas que no se diferenciaban de las fabricadas por las alfareras de la ciudad. Sin embargo, lo que fascinaba a la muchacha más que todo era la tejeduría, un oficio completamente nuevo para ella. Al comienzo Alda le confiaba sólo fabricar hilos, retorciendo la hebra y enrollándola al huso, pero pronto le permitió usar su telar. Al principio Eila rompía y enredaba los hilos pero luego, con la ayuda de Alda, sus manos adquirieron habilidad. Las telas terminadas fueron adornadas con sellos de arcilla cocida que permitían producir variados ornamentos y de diferentes colores.

Muy pronto Eila se dio cuenta que no todos los hombres de la ciudad trabajaban en los campos o pastaban el ganado; muchos se quedaban en sus casas para dedicarse a todo tipo de artesanías. En el pulimento y tallado de la piedra los Hijos de la Tierra lograron una verdadera perfección y sus cuchillos, hachas y puntas de lanzas y flechas estaban por encima de todos los elogios.

Todas las armas y herramientas eran de hielo negro traído de las montañas; su recolección era un trabajo difícil y peligroso. Cada año alguno de los Hijos de la Tierra perecía bajo un derrumbe, caía al abismo o moría asesinado por los Hijos de la Caverna que acechaban a sus enemigos junto a los yacimientos de obsidiana. Una vez Eila preguntó a Alda por qué los Hijos de la Tierra no dejaban esa ocupación tan peligrosa y no buscaban para sus necesidades algún otro material.

- ¿Acaso existe algo mejor que el hielo negro? Sin esa piedra no habría nuestra ciudad -contestó Alda enrollando con sus ágiles dedos un delgado hilo de lana- ¿Crees que nuestros campos pueden dar suficiente alimento para tanta gente?

De verdad, los campos de cebada y trigo que rodeaban la ciudad al igual que los rebaños que pastaban cerca de sus muros, no podían alimentar una población tan numerosa.

Al poco tiempo Eila comprendió que la ciudad la mantenían no tanto los agricultores y los pastores, sino sus numerosos artesanos que fabricaban utensilios de hielo negro, cestos ornamentados, vasijas y telas. Todo esto gozaba de gran demanda entre los habitantes de las aldeas, los cuales pagaban con generosidad con granos, carne y leche.

-Pero, ¿por qué las otras comunidades no recogen hielo negro y fabrican armas? ¿Por qué sus mujeres no hacen vasijas y telas? -preguntó Eila- ¡Así todo sería más fácil!

-Por supuesto, cualquier hombre de nuestra tribu puede tallar un cuchillo de hielo negro y cualquier mujer sabe tejer -respondió Alda-. Pero no todos llegan a la perfección. Alguien sabe mejor que todos cultivar la tierra, alguien se lleva bien con las ovejas y las cabras, alguien tiene suerte en la caza, alguien hace maravillas de piedra o arcilla.

¿Acaso no está bien cuando cada persona puede hacer lo que le sale mejor que a los demás, sabiendo que si cumple bien con su trabajo la comunidad le dará todo lo necesario?

Eila quedó pensativa. ¿A qué se debía aquella perfección propia de todos los artículos de los Hijos de la Tierra? Tal vez, a que los artesanos que los fabricaban no tenían que pensar en ninguna otra cosa y distraerse de su trabajo con otras preocupaciones...

-Los Hijos de la Tierra siempre se ayudan uno al otro -continuó diciendo Alda-. Cuando yo aún vivía en la casa de mi padre, en nuestra aldea sucedió una desgracia: un relámpago encendió el granero y quemó todas nuestras reservas. Pero nadie aguantó hambre porque las otras comunidades nos alimentaron hasta la primavera. El sabio Zaúr se preocupa por todos los Hijos de la Tierra...

Realmente, el padre de Jian tenía bajo su dominio no solo la ciudad sino todas las aldeas cuyos jefes lo obedecían sin objeción. Sin embargo, su vida no era nada fácil. Todos los días Zaúr se levantaba con los primeros rayos del sol y enseguida se iba al campo

para inspeccionar cómo se realizaba la siega. Distribuía personalmente entre los artesanos todo el hielo negro traído de las montañas, arreglaba discordias no solo entre algunos vecinos sino entre comunidades enteras, verificaba si las reservas de granos se distribuían justamente entre todas las familias. Además, en los días de grandes fiestas Zaúr dirigía las ceremonias en honor de los dioses y en caso de guerra se convertía en el jefe militar y dirigía a los Hijos de la Tierra en los combates contra sus enemigos.

A veces los asuntos obligaban a Zaúr a partir hacia alguna aldea alejada y pasar fuera de casa varios días. Imperioso e inmutable, el jefe de los Hijos de la Tierra era completamente distinto bajo el techo de su casa y amaba de todo corazón a Alda y a su hijo. Con Eila, Zaúr se mostraba gentil y amable pero jamás trataba de averiguar algo sobre su tribu natal ni de aquello que la unía con Jian.

En la casa de Zaúr Eila se sentía tranquila y segura y prefería no salir a la ciudad, cuyos habitantes la miraban con curiosidad y algunos, sobre todo las muchachas amigas de Naya, con una hostilidad no oculta. Al comienzo Eila se estremecía bajo estas miradas y Alda, al percibirlo, trató de tranquilizarla:

-No temas, nadie te hará daño. Si te pasará algo malo, Zaúr enseguida descubriría al culpable y lo castigaría con severidad porque los huéspedes para nosotros son sagrados.

- ¿Y cómo Zaúr encontraría al culpable? -se sorprendió Eila.

-Se lo indicaría el mismo Padre Cielo. Con tranquilidad, como si se tratara de algo habitual, contestó Alda. Su fe en las capacidades

sobrenaturales de Zaúr era inquebrantable; esta opinión la compartían prácticamente todos los Hijos de la Tierra.

Durante todo ese tiempo Eila una sola vez se enfrentó a la prometida de Jian. Una tarde, cuando Eila y Alda tejían en el patio, Naya pasó por la casa del sacerdote supremo a pedir un poco de aceite para la lámpara. Cuando Alda entró en la casa, las muchachas quedaron a solas. Eila de nuevo se sintió sorprendida por la extraordinaria belleza de la prometida de Jian y Naya pronunció en voz baja pero firme:

-Al parecer, Jian no te hizo feliz. Solo trae desgracias a las mujeres, ¿verdad?

Diciendo eso, Naya ni siquiera miraba a su rival, fingiendo una altivez arrogante, pero en el fondo de sus negros ojos se reflejaba una tristeza profunda.

En el corazón de Eila se agitó algo parecido a la compasión; quiso decir algo cariñoso y animador pero mientras buscaba palabras adecuadas, volvió Alda con un pequeño recipiente de arcilla y Naya se apresuró a retirarse.

A veces, cuando la angustia y la soledad se hacían insoportables, Eila iba al santuario del Padre Cielo y se sentaba junto a la tumba de la madre de Jian. La muchacha no pedía nada al alma de aquella mujer desconocida pero, acariciando el yeso frío de la plataforma, sentía que entre ellas dos existía una afinidad porque ambas amaban a Jian...

En el día Eila siempre encontraba algún medio para superar todas sus penas, pero en las noches la tristeza que dormitaba en el fondo del corazón se apoderaba de todo su ser. Apenas cerraba los

ojos, de la oscuridad surgía el rostro de Jian, sus ojos negros y su deslumbrante sonrisa.

Luego el joven desaparecía disolviéndose en el verde infinito de la estepa salpicada de flameantes amapolas. Malga y Dzhar corrían por este tapete florido, cogidos de manos y radiantes de felicidad. De pronto ante los ojos de Eila caían copos de nieve y se extendía un campo blanco rodeado de majestuosos abetos y pinos bajo los cuales se amontonaban las cuevas de los Hijos de la Osa. Como una borrasca de viento y nieve ante la mirada de Eila aparecían y desaparecían los rostros de Luma, Neil, Zorg, la rubia cabecita de Uba y los verdes ojos de Dirk que la miraban con tristeza y reproche... ¿Quién sabe, cómo estarán ahora los Osos? ¿Cómo han sobrevivido el último invierno?

...Esta noche Eila no podía dormir. Acostada en su lecho, la joven dirigía su mirada indiferente hacia una estera de cañas entretreídas que reposaba sobre las vigas del techo, cuando alguien llamó a la puerta.

-Forastera, no temas, soy yo, Ngor -sonó la voz del joven.

Eila abrió la puerta y, pisando cautelosamente con sus pies descalzos el techo de barro, se acercó al huésped nocturno. La noche era fresca; de los picos nevados que blanqueaban en la oscuridad de vez en cuando irrumpían ráfagas de viento que penetraban hasta los huesos. Sin embargo, Ngor vestía únicamente un taparrabo; sus hombros fornidos y ancho pecho reflejaban en la oscuridad un ligero tono cobrizo. El rostro del joven parecía sombrío y decidido.

-Jian está muy mal -dijo Ngor sordamente.

- ¿Está herido o enfermo? -se alarmó Eila - ¿Dónde está?

-Allí -Ngor manoteó hacia las montañas-. Su cuerpo está sano pero le duele el alma porque no puede verte.

- ¿Y tú que haces en la ciudad? -se sorprendió Eila - ¿Acaso no vives en la aldea del viejo Anhu?

-Cerca de los pastos altos apareció una fiera horrible. Hace dos días mató a nuestro mejor toro y ahora está merodeando alrededor de nuestros rebaños. Vine a pedir a Zaúr que nos diera buenas lanzas con puntas de hielo negro y unos guerreros expertos para que nos ayuden a matar la fiera. Además, tengo un mensaje para ti. Zaúr prohibió a su hijo aparecer en la ciudad y Jian me envió a ti...

Los ojos de Eila se llenaron de lágrimas: ya de alegría porque Jian la recordaba y deseaba verla, ya de tristeza porque en vez de venir él mismo, hubiera enviado a su amigo. Dominada por sus sentimientos contradictorios, Eila abrazó a Ngor y apretó su mejilla mojada contra el rostro del joven.

-No llores. -Ngor acarició torpemente los cabellos de la muchacha. A pesar de la oscuridad Eila notó que el rostro del joven se sonrojó y sus toscas facciones ahora le parecían muy atractivas.

-Tú no te pareces a nuestras chicas. Ahora comprendo por qué Jian ha perdido la cabeza por ti. Naya y sus amigas nunca me trataron bien porque mi padre era un Hijo de la Caverna, pero tú eres distinta. -Ngor sonrió mostrando sus dientes blancos y bien alineados.

-Ngor, cuando la Tribu de la Tierra va a la guerra contra los Hijos de la Caverna, ¿no te da miedo pensar que entre los enemigos pueden estar tus familiares? -preguntó Eila cautelosamente para no ofender al joven.

-A mi padre y a todo su clan los mataron el mismo día que liberaron a mi madre... -contestó Ngor frunciendo sus cejas pobladas- ¿En tu tribu hay otras chicas como tú?

-Hay mejores -sonrió Eila.

-Entonces, algún día partiré a tu tierra y encontraré a mi mujer allá, como lo hizo Jian... Oye, si Jian te pidiera que dejes todo y lo sigas sin saber adónde, ¿lo harías?

-Una vez lo hice...

- ¿Y lo harías otra vez? -insistía Ngor.

Eila asintió.

-En las montañas ya maduraron las nueces y uno de estos días las muchachas van a recogerlas en el bosque cerca de la aldea de Anhu. ¡Dile a Alda que también quieres ir! -con estas palabras Ngor se deslizó precipitadamente por la escalera y antes que Eila pudiera decirle algo desapareció en la oscuridad.

Las muchachas se dispersaron por el bosque, charlando y riéndose. Por primera vez en todo este tiempo Eila se alegró de que las Hijas de la Tierra evitaran su compañía y no le molestaran por contemplar la belleza de la madrugada cuando todo a su alrededor le parecía hermoso como nunca: las gotas de rocío sobre la hierba, los reflejos del sol sobre las hojas de avellanos y nubes ligeras y blancas que se agarraban a los picos nevados en el resplandeciente azul del cielo.

Las voces de las Hijas de la Tierra, invisibles tras los frondosos avellanos, poco a poco se alejaban pero Eila no intentó alcanzarlas. Esta mañana no temía estar sola en el bosque y ni siquiera tembló al oír detrás los pasos de alguien porque todo su ser presintió que era Jian.

El muchacho se paró bajo un plátano exuberante a unos pasos de Eila, apoyándose en una lanza de madera. Jian había cambiado: aparentemente era igual de moreno, delgado e impetuoso como antes, pero sus ojos adquirieron un brillo desconocido y miraban con tanta decisión que Eila comprendió al instante que Jian había premeditado algo muy importante.

La angustia, la soledad y todas las penas que Eila sufrió durante el último mes desaparecieron en un instante, llevadas por las lágrimas que brotaron de sus ojos apenas Jian la estrechó entre sus brazos.

- ¿Por qué lloras, Cabellos del Sol? ¿Ves?, he venido por ti.

La voz de Jian era suave y consoladora pero Eila, apretándose contra el joven, no podía calmarse. Lloraba sin sollozar, sin hacer ruido, solamente unas lágrimas gruesas corrían por sus mejillas.

-Cálmate y escúchame -dijo Jian- ¿Estás dispuesta a partir conmigo ahora mismo?

- ¿Adónde?

-A algún lugar donde podamos estar juntos, tú y yo, sin que nadie nos moleste.

-Y tú... ¿Abandonarías la tierra que extrañabas tanto?

Por unos segundos Jian permaneció callado y sus labios temblaron traicioneramente. Tras los arbustos se llamaban una a

otra las Hijas de la Tierra, sonaban sus risas alegres, el viento susurraba entre las hojas de plátano, en el cielo trinaban las invisibles alondras pero todos esos sonidos parecían venir de otro mundo. Comprendiendo qué tempestad atormentaba ahora el corazón de Jian, Eila guardaba silencio.

-Los Hijos de la Osa me tildaban de forastero -por fin dijo Jian- ¡Ahora comprendí que soy forastero incluso en mi tierra! Durante este mes he comprendido que no puedo estar tranquilo y feliz cuando tú no estás a mi lado...

-Yo tampoco -sonrió Eila.

-Entonces, ¿qué esperamos? Mi padre quiere separarnos - ¡dejemos a los Hijos de la Tierra! Hay otras tierras donde viven tribus que nos aceptarán bajo su techo. Vámonos a la estepa, a vivir con los Lobos o con los Águilas, olvidemos que soy Hijo de la Tierra y tú, Hija de la Osa, seremos simplemente marido y mujer. ¡Huyamos!

- ¿Ahora mismo? -se sorprendió Eila.

- ¿Por qué no? ¡Una vez dejaste tu tribu por mí y ahora yo lo haré por ti! -exclamó el joven y Eila temiendo que las Hijas de la Tierra pudieran oírlo, le tapó la boca con la mano. Los labios de Jian eran calientes y ásperos, como en aquella noche inolvidable...

- ¿Vamos? -Jian agarró la mano de Eila.

Los dos se encaminaron, subiendo la cuesta de la montaña.

-Primero tenemos que llegar a los pastos altos -explicaba Jian de paso-. Allá me esperan mis amigos que nos van a dar un poco de comida y puntas de hielo negro.

- ¿Y si tu padre se entera y decide a perseguirnos, tus amigos no le indicarán nuestra pista? -se alarmó Eila.

-Estos muchachos no traicionan a nadie -dijo Jian-.

Además, ahora todos están muy ocupados acechando aquel animal extraño que apareció en los pastos altos...

Continuaron su marcha en silencio porque la senda entró en un escarpado cañón donde bramaba un río pequeño pero torrencial. El paso era muy estrecho, era imposible caminar juntos y Jian adelantó a Eila, saltando ágilmente de una piedra a otra. Eila se mantenía atrás, pues no podía escalar las montañas con la misma facilidad de los Hijos de la Tierra.

La silueta del joven desapareció tras una roca. Eila lo siguió, dio la vuelta y paró casi tropezándose con Jian. El muchacho quedó pasmado y su rostro se puso gris. A unos diez pasos de él, donde el sendero subía a una cuesta escarpada, estaba un animal extraño que se parecía a un león y a un tigre a la vez. Una melena gris y no tan copiosa como la de un león ordinario adornaba su cabeza maciza; unas rayas negras cubrían su cuerpo amarillento, largo y musculoso.

Sus ojos redondos y amarillos examinaban a los seres humanos ininterrumpidamente.

Los grandes felinos solían cazar de noche y la aparición de la fiera en pleno día era algo muy inesperado incluso para Jian quien conocía muy bien los hábitos de todos los animales que poblaban las montañas. Ninguno de los dos jóvenes sabía que ante ellos estaba un león de las cavernas pero sintieron instintivamente que el animal era el vestigio de un mundo mucho más antiguo, con otras leyes de la lucha y de la vida.

El león arqueó la espalda preparándose para el salto. Un fuerte tirón y el enorme felino precipitaría su pesado cuerpo sobre aquellas criaturas insolentes que se atrevieron a cruzarse en su camino. Sin embargo, Jian se dominó un instante y con un grito estridente desconcertó a la fiera por un momento. Al mismo tiempo Eila sintió como la fuerte mano del joven la agarró por el hombro, tirándola hacia atrás.

La muchacha saltó a la cuesta, a los apenas visibles saledizos de piedra pero Jian no la vio porque el león saltó, derribando el cuerpo del joven quien extendió su lanza instintivamente.

El golpe fue tan fuerte que a Jian se le cortó la respiración y sus ojos se nublaron. La lanza se clavó en el vientre del animal y se partió con un crujido siniestro. El león se encorvó, tratando de arrancar el arma con sus dientes y Jian pudo levantarse y saltar al saledizo de la roca junto a Eila. No obstante, la fiera alcanzó con su zarpa delantera la pierna de Jian; tres surcos sangrantes cruzaron la piel desde la rodilla hasta el tobillo. En el momento el joven no sintió dolor y, agarrando una piedra grande, la tiró al león golpeándolo justamente en la nariz.

Un rugido espantoso conmovió las rocas. Otra piedra, tirada por Eila, golpeó a la fiera entre las orejas. Sin embargo, el león no se daba por vencido. Aunque la sangre brotaba a chorros de su herida

y las entrañas salían de su vientre, arrastrándose por el suelo, la fiera todavía era lo suficientemente fuerte para trepar la cuesta un poco más. Eila y Jian no podían continuar la subida: se lo impedía una cornisa de piedra que pendía sobre sus cabezas.

Jian tiró otra piedra pero en ese momento una flecha se clavó en el costado del león. Sobre la cresta de la montaña alumbrada por el sol apareció un hombre con arco. A Eila le pareció que los espíritus nublaban su vista: ¡aquel arquero era Zorg!

Con un rugido furioso el león se lanzó contra su nuevo enemigo pero Zorg, imperturbable como siempre, le disparó otra flecha que le atravesó un ojo. La fiera se sentó pesadamente sobre sus patas traseras. Los cuatro cazadores bajaron corriendo por la cuesta y remataron al león con sus lanzas. ¡Eran Neil, Dirk, Targ y Sink!

Fuera de sí de alegría y asombro, Eila se arrojó a los brazos de sus paisanos. Solo ahora, viéndolos no en sus sueños, sino en la realidad, la muchacha comprendió cuánto echaba de menos su tribu natal y no pudo contener lágrimas de felicidad.

-Neil, ¿cómo llegaron hasta acá? -sollozaba Eila, hundiendo su rostro en el pecho de su padre adoptivo.

-Agradece a tu hermano -la voz de Neil era diligente y fría como siempre, pero sus ojos claros parecían tiernos como nunca y sus brazos que estrechaban a Eila temblaban ligeramente.

Zorg saludó a su hermana con una sonrisa discreta: los Hijos de la Osa nunca demostraban sus emociones con efusividad. Dirk, al sentir la mirada de Eila, se enfureció y le dio la espalda. Sink y Targ examinaban con curiosidad al león muerto.

Jian todavía permanecía en la roca, sin prestar atención a la sangre que corría a chorros de sus heridas.

-Cada vez que nos encontramos, estás sangrando -gritó Neil, alzando la cabeza- ¿Qué tienes esta vez?

-El león me desgarró la pierna.

-Baja y te ayudaremos. No temas, nadie te va a sacrificar -se rió Neil.

- ¿Y por qué debo tener miedo si estamos en mi tierra?  
-replicó Jian con desafío y, a pesar de su pierna herida, bajó de la roca con su habitual agilidad.

## 12

Zaúr recibió a los Hijos de la Osa como huéspedes de honor, otorgándoles los mejores aposentos. Durante varios días los viajeros disfrutaron de descanso y tranquilidad; todo ese tiempo Eila no se separaba de Neil, escuchando sus historias sobre lo sucedido en el campamento de los Osos durante el invierno.

...Como lo predecía el chamán, el invierno fue largo y difícil. Las reservas se agotaron para mediados de la estación, pero, por suerte, el hielo que cubría el río este año no era demasiado grueso y una abundante pesca permitió a la tribu sobrevivir sin pérdidas hasta la primavera.

-Entonces, ¿nadie murió? -se alegró Eila.

-Solo Arva, pero no la mató el hambre ni la enfermedad sino la angustia -el rostro de Neil se ensombreció-. Desde que Malga

desapareció, Arva perdió la razón de pena y una noche, cuando se desató una nevada, se fue al bosque a escondidas y no regresó. La encontramos solo dos días después, muerta por el frío.

Eila se estremeció. ¡Debe ser horrible morir en soledad, en la impenetrable oscuridad de la noche invernal, en medio del estridente aullido del viento!

-Tu madre ha decaído bastante -suspiró Neil, continuando su historia-

Ahora tiene muchas más arrugas y canas que el año pasado. Luma no te culpa de nada, hija, al igual que yo, pues Jian no debía morir por errores ajenos. ¡Pero si supieras qué triste estuvo Luma todo el invierno!

- ¿Y cómo está Uba? -preguntó Eila.

-Desde que te fuiste, tu hermana ha madurado bastante. Ya no es la misma niña traviesa, no corre por el bosque sino que ayuda a su madre en todo. También te extraña mucho y me pregunta cada rato cuándo volverás... Por fin Zorg no pudo ver más los sufrimientos de Luma y le prometió que te llevaría de vuelta a casa, cueste lo que costare...

-Pero, ¿cómo Zorg encontró el camino al país de los Hijos de la Tierra? -lo interrumpió Eila con impaciencia.

-Zorg y Jian conversaban mucho entre ellos, ¿recuerdas? -sonrió Neil-. El forastero le contó muchas cosas y tu hermano tiene una memoria brillante.

Zorg sabía todo sobre la empresa de Jian con la balsa y comprendió enseguida que ustedes habían huido al sur navegando río abajo, pero calló durante todo el invierno. ¡Si vieras, hija, qué sucedió en primavera cuando tu hermano lo confesó en la Fogata de Consejo! El campamento parecía un hormiguero pisado por un oso. El chamán vociferaba que Zorg había traicionado su tribu y debía ser desterrado o ahogado en el pantano. Pero Luma no se confundió y dijo que si los espíritus habían permitido que el forastero escapara, entonces, no querían su sangre. Luego Zorg anunció que se iría de viaje y te llevaría a casa. Dirk enseguida se ofreció a acompañarlo, Targ y Sink también y no los detuvo que Nima y Bina pronto serían madres...

- ¡Nima y Bina son inseparables como siempre! De niñas jugaban juntas, encendieron sus fogatas familiares el mismo verano y, al parecer, ¡darán a luz al mismo tiempo! -bromeó Eila pero su rostro en un instante cobró seriedad-. Neil, ¿y tú por qué partiste a este viaje?

-Para prevenir que los jóvenes cazadores cometan alguna estupidez, como en la última guerra contra los esteparios. En primavera, cuando toda la tribu partió al norte, a la Tierra de los Mil Lagos, nos dirigimos hacia el sur.

Luego Neil en unas frases breves y expresivas contó a Eila como los Hijos de la Osa habían construido una balsa y navegado río abajo durante mucho tiempo. El viaje transcurrió sin aventuras: la caza era abundante y los esteparios en verano se mantenían lejos del río así que no hubo escaramuzas. Cuando en el horizonte aparecieron las montañas, Zorg no se perturbó y siguió la marcha orientándose por las estrellas. Los Osos caminaron rumbo al sur hasta llegar al país de los Hijos de la Tierra...

- ¿Y cómo has vivido todo este tiempo, hija? -preguntó Neil.

Eila no dijo nada y solo suspiró con tristeza. Durante los días transcurridos desde la aventura con el león, ella no había vuelto a ver a Jian. El joven no se levantaba de su lecho en el santuario de la Madre Tierra y nadie, fuera de Alda, la sacerdotisa suprema, podía ver al herido. Los Hijos de la Tierra creían que para los enfermos y heridos no había el mejor sitio que el templo donde el aliento de la Gran Madre ayudaba a una curación rápida.

Los jóvenes Osos observaban con curiosidad la extraña vida de los Hijos de la Tierra. Sink y Targ ni siquiera trataban de disimular su admiración al ver los campos de trigo, las casas grandes y las vacas aparentemente temibles que se sometían dócilmente a las manos de las mujeres que las ordeñaban, pero Dirk repetía con frecuencia:

- ¿Acaso es vida, ja? ¡Todos los días revuelven la tierra, como lombrices! No, yo prefiero cazar en nuestros bosques.

Zorg no compartía las burlas de Dirk, ni el asombro casi infantil de Targ y Sink y decidió aprender algo útil. En su primer día en la ciudad de los Hijos de la Tierra Zorg se levantó con los primeros rayos del sol y salió al campo. Había llegado el tiempo de segar la cebada, aquella planta maravillosa que se convertía en la embriagante bebida dorada que encendía el fuego en la sangre. Según la tradición, sus primeras espigas tenían que ser cortadas por los jóvenes y las muchachas que apenas cumplieran la mayoría de edad. Zaúr, quien dirigía la ceremonia, con sonrisa entregó a Zorg un instrumento extraño: un mango de hueso ligeramente arqueado con ranuras a lo largo de un borde, en las cuales fueron incrustadas y fijadas con resina de pino pequeñas hojas de obsidiana. Era un instrumento muy ingenioso: si una de las hojas se rompía o se

perdía, era muy fácil sustituirla por una nueva. Zorg nunca vio algo parecido y escudriñaba el utensilio con un interés no oculto.

Las voces sonoras entonaron una canción solemne que elogiaba la generosidad de la Madre Tierra, numerosos brazos morenos alzaron las hoces al mismo tiempo, cortando las espigas. Zorg trataba de imitar los movimientos de los Hijos de la Tierra, pero la hoz era un instrumento insólito para sus manos, acostumbradas a manejar lanzas y hachas. Las espigas a cada instante se escurrían de los dedos del joven y caían no al cesto sino al suelo. Zorg se detenía recogiendo los granos vertidos; su rostro se volvió rojo y sudoroso. Otros segadores lo adelantaron mucho y se reían de la torpeza del forastero, pero el Hijo de la Osa no se rendía y no dejaba la hoz.

Naya se separó de sus paisanos, se acercó a Zorg y, sin decir ni una palabra, se inclinó para enseñarle al forastero que era más fácil segar apoderándose de un manojo grande; sus manos se encontraron. Naya enrojeció; los ojos de Zorg se encendieron como llamas azules.

Comenzaron a segar juntos. El Hijo de la Osa con un evidente placer contemplaba los movimientos graciosos de esta muchacha morena y aparentemente frágil, pero, en realidad, fuerte y ágil. Naya sonreía bajo la clara mirada del forastero, echando a su cesto más y más manojos de espigas. Poco a poco el cesto de Zorg se llenaba.

Zaúr, quien no quitaba los ojos de los segadores, frunció el ceño y llamó a Naya con un gesto imperioso:

-Hace tiempo no te veía tan alegre. El día que regresó mi hijo no le regalaste ni una de tus bellas sonrisas que ahora estás

prodigando a este forastero -con aire descontento dijo el sacerdote supremo.

Naya dejó de sonreír y sus labios temblaron. Zorg, aunque no comprendió nada, interrumpió su trabajo como sintiendo alguna culpa.

-En nuestra tribu hay otras muchachas dispuestas a ayudar al joven viajero del norte -pronunció Zaúr con severidad-.

Pero debes recordar que mientras tu prometido no pueda levantarse de su lecho, tienes que olvidarte de bromas y risas. Tu deber es ir al templo y preguntar a mi mujer cómo se siente Jian.

Naya se encaminó hacia el muro con sumisión. Zorg la acompañó con una mirada larga y algo perpleja.

... Las heridas de Jian resultaron leves: las garras del león desgarraron solo la piel y los músculos sin dañar huesos ni tendones. Además, el hijo de Zaúr poseía una fuerza vital realmente sorprendente: cualquier otro hombre en su lugar permanecería en el lecho por lo menos una semana pero Jian se recuperó en tres días. Todo este tiempo Alda no se apartaba del herido, curando su pierna con hierbas medicinales, dándole de beber tisanas tonificantes y rogando a la Madre Tierra por una rápida curación. Al cuarto día Jian agradeció a Alda por sus cuidados y, aunque todavía no podía apoyarse bien en su pie herido, salió del santuario. Su rápida recuperación era muy a propósito porque sin su ayuda Zaúr y Neil no podían comunicarse bien.

Todos esos días Eila se sintió muy intranquila a pesar de aquella alegría que le trajo el encuentro con sus paisanos. No pudo

encontrarse con Jian a solas ni un momento. En las noches Zaúr mandaba a su hijo a dormir al santuario bajo el pretexto que aún no estaba recuperado de sus heridas y necesitaba el aliento curativo de la Madre Tierra y durante el día Jian estaba muy ocupado sirviendo de traductor entre su padre y Neil.

Zaúr mostraba a su huésped los campos, las viviendas y los santuarios, pero Neil, como un verdadero hijo de bosques boreales, disimulaba su asombro hábilmente. Cuando Zaúr se convenció definitivamente que los huéspedes del norte no tenían malas intenciones y llegaron a la ciudad de los Hijos de la Tierra únicamente por su paisana, ambos jefes se retiraron al santuario para conversaciones decisivas. Nadie, a excepción de Jian, supo de qué hablaron Neil y Zaúr. La plaza frente al templo se llenó de gente; los jóvenes Hijos de la Osa se mantuvieron aparte y sólo se cruzaban algunas palabras en voz baja.

Eila esperaba el resultado de esas conversaciones como nadie más y, tratando de disimular su tensión nerviosa, preguntó a Alda:

- ¿Por qué Zaúr no quiere discutir su decisión con todos sus paisanos? La Madre de nuestra tribu siempre reúne a todos en la Fogata del Consejo y pide ayuda primero a los espíritus y luego, a todas las mujeres y cazadores mayores.

-Es una costumbre extraña -dijo Alda-. Cuando el jefe esté tomando una decisión, nadie debe distraerlo.

-Pero hasta el más sabio de los jefes de vez en cuando puede equivocarse -insistía Eila- ¿Acaso los Hijos de la Tierra permanecen callados aunque comprendan que su jefe se equivoca?

- ¡Claro que no! -replicó Alda-. Todos los Hijos de la Tierra mayores de edad pueden expresar con gritos su aprobación o disgusto. Cuando hay muchas personas descontentas, el jefe debe retirarse de nuevo al templo e invitar a los hombres más sabios para que le ayuden a tomar otra decisión. ¿Acaso no es razonable? ¡Mira, mira, están saliendo!

En el techo del santuario aparecieron Zaúr, Neil y Jian. La muchedumbre quedó pasmada en espera.

-La Madre Tierra, el Padre Cielo y la progenitora de los hombres del bosque la Madre Osa serán benévolos con sus hijos si cumplimos su voluntad -comenzó diciendo Zaúr-. Los Hijos de la Osa llegaron en paz, para llevar a casa a su hija fugitiva y, además, libraron nuestras tierras de una fiera horrorosa. Cualquier Hijo de la Tierra que se atreva a causar daño a alguno de nuestros huéspedes, será castigado con severidad.

Zaúr calló mientras su hijo traducía aquellas palabras en la lengua de los Osos y luego continuó:

-La joven forastera debe partir al norte con sus paisanos. Yo ya sabía que ella había violado las costumbres de su tribu y los Hijos de la Osa decidirán qué castigo tiene que sufrir esta muchacha.

Neil salió adelante:

-Eila, mi hija adoptiva, ayudó a huir a un prisionero predestinado para el sacrificio a la Madre Osa. Según la costumbre de los Osos, es un delito grave y el culpable tiene que ser expulsado del campamento. Sin embargo, el condenado no pertenecía a una tribu enemiga y por eso los mismos dioses lo tomaron bajo su

protección y le ayudaron a volver a casa. Esto significa que Eila no cometió ningún crimen sino, por el contrario, desvió de su tribu la ira de los dioses; lo demuestra que este invierno ninguno de los Osos murió de hambre o en la caza. Por lo tanto, mi hija puede regresar a su tribu natal y ninguno de los Osos tiene derecho a reprocharla.

Jian tradujo estas palabras rápidamente. Alda susurró al oído de Eila:

-Ves, todo se arregló.

Pero Eila no podía alegrarse. Los Osos la aceptaban de nuevo pero al mismo tiempo la separaban de Jian.

-Los Hijos de la Osa y los Hijos de la Tierra no tienen por qué pelear -continuó Neil-. Pero el pájaro no puede tener su nido en el fondo del río y el pez, en la cima de un árbol. Los Hijos de la Tierra necesitan sus campos y nosotros, nuestros bosques. Que cada tribu viva en sus tierras como le han legado sus antepasados. El sabio Zaúr pudo convencerme que será mejor que los hijos de nuestras tribus no se encuentren más y corten el camino uno al otro -diciendo eso Neil atravesó con su mirada sagaz primero a Jian y luego, a Dirk-. Así podremos evitar la hostilidad y por eso los Osos tienen que abandonar estas tierras lo antes posible. ¡Es todo!

Zaúr de nuevo tomó la palabra:

-El mayor de los huéspedes habla con sabiduría. Sin embargo, quisiera pedir a los valientes Hijos de la Osa quedarse en nuestra ciudad un poco más para cobrar fuerzas antes de su largo viaje y divertirse con nosotros en nuestra gran fiesta en honor de la

Madre Tierra y el Padre Cielo. Además, los Hijos de la Tierra siempre han sido célebres por su generosidad y por eso los Osos no deberán irse con las manos vacías.

Con un gesto imperioso Zaúr llamó a su hijo y le susurró algo al oído. Jian desapareció y pronto volvió en compañía de varios jóvenes y muchachas que traían regalos. A Neil le entregaron una magnífica hacha de obsidiana, dos cuchillos y un collar fabricado con un colmillo de jabalí muy parecido a aquel que llevaba Zaúr y casi todos los hombres mayores de la Tribu de la Tierra. Eila recibió un cofre con afeites, un collar de lapizlázuli y dos brazaletes de conchas marinas. A los jóvenes cazadores les regalaron un cuchillo y una vaina con puntas de hielo negro para cada uno. Además, Naya con una sonrisa confusa extendió ante Zorg una capa de la piel del león de las cavernas.

-Esta piel de un animal raro es suficientemente hermosa para adornar nuestro Santuario de la Caza, pero los Hijos de la Tierra son justos y por eso regalan este botín a aquel joven guerrero de la Tribu de la Osa quien fue el primero en lanzarse contra la fiera y le clavó dos flechas -proclamó Zaúr-. La capa hecha por las manos de la más bella de nuestras muchachas, la prometida de mi hijo mayor, es un atavío digno para un guerrero tan audaz.

Todas las miradas se dirigieron hacia Zorg, pero el joven no reveló su alegría sino, por el contrario, sus ojos se nublaron de una extraña tristeza.

13

Cuando fueron segadas las últimas espigas de cebada y trigo y maduraron las manzanas, ciruelas y peras, llegó la hora de la fiesta principal de los Hijos de la Tierra. Un día antes, por el río llegaron en sus enormes lanchas hechas de troncos vaciados, los Hijos del Mar -una tribu bastante numerosa que vivía aún más lejos al sur. Físicamente los huéspedes se parecían mucho a los Hijos de la Tierra: eran igual de morenos, de cabellos y ojos negros, alegres y habladores.

-En otros tiempos nuestros antepasados vivieron uno al lado del otro, en el mismo valle entre dos ríos caudalosos, pero luego nuestros caminos se separaron -explicó Zaúr a los Hijos de la Osa-

Sin embargo, honramos a nuestros antepasados comunes y cada año nos reunimos en esta gran fiesta.

- ¿Los Hijos de la Tierra nunca guerrear con los del Mar?  
-preguntó Zorg inesperadamente.

- ¡Claro que no! ¿Acaso se puede guerrear con tus parientes? -se indignó Zaúr-. El jefe de los Hijos del Mar está casado con mi hermana, algunos hombres nuestros también tienen esposas de aquella tribu.

- ¡Los Hijos de la Osa también podían emparentarse con los de la Tierra! -exclamó Zorg y calló enseguida porque Neil apretó con fuerza el brazo de su hijo adoptivo y Jian no se atrevió traducir sus palabras.

Mientras tanto, el jefe de los Hijos del Mar -un hombre enjuto, de estatura mediana, copiosa barba negra y ojos astutos bajo unas cejas pobladas -ordenó a sus paisanos descargar las lanchas.

Los navegantes llevaron a la orilla los grandes cestos llenos de pescado ahumado, cangrejos y calamares secos, collares de perlas, ramitas de coral, conchas de diferentes formas y colores. Los Hijos de la Tierra trajeron cestos con trigo y cebada, vasijas de aceite, bolas de queso de oveja y cabra, frutas frescas y secas, rollos de telas de lana y lino, adornos de lapizlázuli y armas de hielo negro.

Zaúr y el jefe de los Hijos del Mar examinaron escrupulosamente las mercancías predestinadas para el intercambio y, al parecer, quedaron satisfechos. Observando esta escena, los Hijos de la Osa notaron que los artículos más apreciados por ambas partes eran el hielo negro y las conchas marinas. Estas dos mercancías jugaban un papel muy importante en los cálculos porque servían como medida de valor para el resto de las cosas.

Terminado el comercio, todos se dirigieron a los santuarios. Aunque los templos principales eran espaciosos, allí no cabía toda la gente porque a la fiesta llegaron no solo los habitantes de la ciudad, sino también aquellos Hijos de la Tierra que vivían en las aldeas. Por eso a la ceremonia principal podían asistir solo los elegidos: miembros del clan sacerdotal, otros ciudadanos eminentes, jefes de las comunidades con sus parientes, entre los cuales Eila reconoció al viejo Anhu quien regaló a la muchacha una afable sonrisa. Todos los demás se dispersaron por los santuarios caseros, así que nadie quedó descontento.

Como invitados de honor, los Hijos de la Osa tuvieron acceso al santuario principal y vieron la solemne ceremonia con sus propios ojos. Cuatro jóvenes encendieron en cada rincón de la sala una lámpara con aceite aromático y luego colocaron frente a la imagen del Gran Padre varios cestos llenos de granos, frutas y nueces, mientras que Zaúr rociaba las tumbas de los antepasados y la estatua del dios con una infusión de menta, ajeno y otras hierbas olorosas. Luego, el sacerdote supremo entonó una oración de gratitud y todos los Hijos de la Tierra lo acompañaron cantando.

Una ceremonia parecida sucedió en el santuario de la Madre Tierra con la sola diferencia que allí el papel principal lo desempeñaba Alda, rodeada de cuatro muchachas vestidas de blanco, entre las cuales Naya sobresalía no solo por su belleza y la perfección de todos sus movimientos, sino también por la expresión de su cara. Mientras que sus amigas sonreían con alegría, agradeciendo a la diosa por la buena cosecha, Naya escudriñaba el impenetrable rostro de la estatua con una tristeza profunda, como dirigiendo a la Gran Madre una súplica muda que salía del fondo de su alma.

Después de las ceremonias, anfitriones y huéspedes pasaron al Santuario de la Caza, donde cada año se celebraba un grandioso festín. Junto a la entrada de aquel templo había un pozo profundo; acercándose a él, los Hijos de la Tierra sacaban de los pliegues de sus túnicas figurillas de arcilla que representaban uros, venados, jabalíes y otros animales, las rompían y tiraban al agua.

-Para que la caza sea abundante -explicó Zaúr a los huéspedes-. Ya recogimos toda la cosecha y ahora podemos dedicarnos a la caza.

El Santuario de la Caza atrajo la atención de los Hijos de la Osa por unos hermosos frescos que adornaban sus paredes. Sobre el fondo amarillento corrían, a un galope vertiginoso, uros y venados rojos, rodeados de cazadores con arcos y flechas, ataviados con cinturones y gorros de piel de leopardo. Las esbeltas y flexibles figuras humanas, al igual que los majestuosos animales, parecían sorprendentemente vivos. El piso lo cubrían lujosas alfombras de pieles de tigre, leopardo y león; a lo largo de la pared se alzaban algunas plataformas sobre las cuales las mujeres extendieron esteras y colocaron platos con comida, grandes cuencos con bebidas y copas de cerámica.

Ninguno de los Osos había visto antes tanta variedad de platos: carne acompañada con diferentes salsas picantes y agridulces, todo tipo de granos con toda clase de condimentos, pirámides de pan tierno con apetitosa costra dorada, pescado ahumado, camarones y otras delicias del mar; en otro lado: jugosas manzanas, ciruelas y peras, almendras, pistachos, nueces, pasteles de miel, nata montada... Los hombres bebían la fuerte cerveza de cebada; esta bebida se consideraba inadmisibles para las mujeres las cuales se contentaban con el suave vino de manzana, almeza o mora, endulzado con miel.

Eila se encontraba sentada entre sus paisanos, lejos de Jian, no compartía la alegría común y casi no comía. Jian ocupaba un sitio de honor junto a su padre pero tampoco parecía feliz a pesar de que Alda a cada instante echaba en su plato los mejores trozos de carne y vertía cerveza en su copa.

Los Hijos de la Osa se adaptaron con facilidad al nuevo ambiente y disfrutaron de manjares y bebidas. Entre los jóvenes cazadores se distinguía Zorg: la nueva capa de piel de león dio a su esbelto y vigoroso cuerpo un porte realmente majestuoso. Varias muchachas lo miraban furtivamente y se sonrojaban.

Targ y Sink miraban con curiosidad a todos lados e intercambiaban sus impresiones a media voz. Dirk, sentado al lado de Eila, era atento y suave como nunca y, tratando de distraer a la joven de sus tristes pensamientos, le contaba sobre sus aventuras en la cacería invernal.

Durante la cena los Hijos de la Tierra bromeaban y se reían, como siempre. Algunos jóvenes, embriagados por la cerveza, comenzaron a molestar a las muchachas, tirándoles nueces y frutas; ellas no se amilanaron y respondieron con lo mismo. Para gran asombro de los Osos, los adultos no se indignaron sino, por el contrario, animaban a los traviesos con alaridos. Sin embargo, apenas Zaúr se levantó y alzó su copa, todos callaron.

-Agradecemos a nuestros progenitores, la Madre Tierra y el Padre Cielo, por esta generosa cosecha -pronunció con solemnidad el sacerdote supremo-. Este año los dioses inmortales me dieron otro pretexto para la alegría: me devolvieron a mi hijo mayor al cual ya creíamos muerto. Aunque Jian ha cometido muchos errores, hoy lo perdono delante de todos. Desde hoy mi hijo puede volver a casa

y pronto, cuando llegue la época de las bodas, él se casará con Naya, la más amada entre todas las Hijas de la Madre Tierra. Naya, mi nueva hija, acércate y ocupa tu sitio al lado de tu futuro esposo.

Naya se separó de sus amigas, cruzó la sala y se sentó en la alfombra junto a Jian. El muchacho se hizo a un lado y ni siquiera la miró. Viéndolos juntos, Eila sintió un extraño mareo; le parecía que las paredes y el techo del santuario se estremecían, amenazando derrumbarse y aplastarla.

- ¿Eila, te sientes mal? -preguntó Dirk, mirándola con sus alarmados ojos verdes.

-No, todo pasó -la muchacha fingió una sonrisa y, apenas reprimiendo el deseo de deshacerse en lágrimas delante de todos, hundió su rostro en el hombro de Dirk. La cara del joven se alumbró con una sonrisa triunfal.

- ¡Diviértanse y disfruten en honor de la Gran Madre, el Gran Padre y todos los espíritus protectores! -exclamó Zaúr - ¡Qué lleguen los músicos y nuestra bella juventud honre a los antepasados con sus danzas!. Todo el mundo sabe que mi hijo mayor baila mejor que cualquier otro muchacho de su edad, pero Jian aún no se ha recuperado por completo de sus heridas, así que su prometida bailará sola.

Al santuario entraron varios hombres y mujeres con tambores, panderetas y flautas de hueso y comenzaron a tocar una melodía suave y lenta. Naya se levantó, alzó sus brazos finos y salió al centro de la sala. Sus pies pequeños apenas rozaban el suelo; su cintura estrecha y flexible se inclinaba de un lado para otro al compás de la música y las caderas se movían rítmicamente. Era una

antigua danza de la fertilidad, de antaño, bailada por las Hijas de la Tierra para encender la pasión en la sangre de los hombres. Sin embargo, para gran asombro de todos, Naya desde el comienzo se alejó de Jian, se acercó a los Osos y se puso a dar vueltas frente a Zorg. Echándose hacia atrás con todo su cuerpo hasta que sus largos cabellos negros rozaran el piso, la muchacha sonreía con sus finos labios de púrpura, pero sus negros ojos permanecían serios y algo tristes.

Zorg no apartaba de la bailarina sus ojos sorprendentemente brillantes.

-No vayas a perder la cabeza, esa chica no es para tí -le susurró al oído el precavido Targ, pero Zorg no le hizo caso.

La música cesó y Naya en silencio regresó a su sitio, indiferente a los alaridos de los espectadores.

- ¡Y ahora nuestros jóvenes cazadores van a pedir a los espíritus de la caza darnos suerte! -exclamó Zaúr.

De nuevo sonó la música y unos quince muchachos, ataviados con cinturones y gorritos redondos de piel de leopardo, al igual que los cazadores en los frescos, comenzaron su danza frenética. Los bailarines saltaban, emitían gritos guturales, blandían armas imaginarias.

Sus torsos cobrizos, brazos musculosos y piernas esbeltas parecían volar en un torbellino vertiginoso. Con la temblorosa luz de las lámparas de aceite se reanimaron las figuras de hombres y animales en las paredes del santuario, como participando también de esa antigua danza de cazadores.

-Ahora comprendo, por qué nadie pudo vencer a Jian en la lucha -susurró Dirk a Eila-. Esta danza es muy buena preparación, me gustaría aprenderla.

Aguantar este ritmo impetuoso era difícil, uno tras otro, los bailarines perdían las fuerzas y, jadeando, se tendían sobre las alfombras. Finalmente un solo cazador quedó en pie. Con un grito triunfal el muchacho alzó sus brazos y quedó inmóvil. Eila reconoció a Ngor.

Todos los espectadores aplaudieron, Alda sirvió al vencedor una copa de cerveza y Zaúr con un gesto de la mano invitó a Ngor a ocupar un sitio de honor junto a los jefes.

- ¡Y ahora que bailen nuestros huéspedes! -gritó alguien.

- ¡Qué bailen! ¡Qué bailen! -lo apoyaron todos.

Varios Hijos del Mar salieron al centro del santuario y entonaron una canción, acompañándola con suaves movimientos de los brazos, imitando las olas. Los sonidos de su canción parecían el fragor del oleaje, el silbido del viento y los lastimosos gritos de las gaviotas. Incluso Eila, quien nunca había visto el mar, pudo imaginar un enorme espejo de agua verdiazul bajo un cielo igual de inmenso.

La lengua de los Hijos del Mar casi no se diferenciaba de la de los Hijos de la Tierra, muchos de los cuales acompañaban el canto, tambaleándose como las olas y marcando el ritmo con sus copas. "Los paisanos de Jian saben no solo trabajar sino también entregarse a la alegría con toda su alma" -pensó Eila.

- ¿Y qué pasó con nuestros huéspedes del norte? -preguntó Zaúr apenas los Hijos del Mar terminaron su canción- ¿Por qué están callados y tristes? Ahora es su turno para bailar o cantar.

-Ven, Sink, cántales algo -Neil empujó a Sink con el codo.

El muchacho pidió con un gesto que le dieran un tambor y entonó una canción sobre un abedul triste y solo, con las ramas plateadas de escarcha, en medio de un campo blanco, rodeado por el silencioso bosque invernal, sobre el cual flota una luna fría y pálida. La voz de Sink era tan fuerte y expresiva que Eila sintió el frío glacial de una noche de invierno, vio la blancura de la nieve bajo la pálida luz de la luna, oyó el silbido de la nevasca, el aullido del lobo y el lejano ulular del búho. Dirk, como si fuera casualidad, dejó caer su mano sobre la muñeca de la muchacha y Eila no se apartó porque en aquel momento necesitaba el apoyo y el calor de alguien como nunca en su vida...

-Te hundiste en la nieve, mi blanco abedulito -cantaba Sink y sus ojos grises se oscurecieron como el cielo invernal-. Nos separan las montañas y la estepa y aunque me rodean ahora las fragantes flores del sur, mi alma vuela hacia ti, mi abedulito...

Todos guardaban silencio. Aunque los Hijos de la Tierra y del Mar no podían comprender ni una palabra de esta extraña canción que no se parecía en nada a sus preferidos ritmos fogosos, la voz de aquel joven rubio penetraba sus almas despertando a la vez ternura y tristeza.

De pronto Naya se levantó y, tapando con las manos sus ojos humedecidos, salió del santuario. Jian corrió tras ella. Zorg también

quiso levantarse pero Neil lo agarró de la mano y frunció el ceño con aire descontento.

... La noche cubrió las montañas lejanas con su velo negro, bordado de estrellas plateadas. A pesar de la hora avanzada la ciudad no dormía; todos honraban a la Madre Tierra y al Padre Cielo con cantos, música y festines rituales en los santuarios caseros.

Naya se encontraba parada al borde del techo, estremeciéndose en sollozos. Jian se acercó silenciosamente y rozó el hombro de la muchacha. Naya no reaccionó.

- ¿Por qué lloras? ¿Acaso no es eso lo que querías?  
-preguntó el joven sordamente.

-Vete, Jian -con tono inmutable contestó Naya-. Aunque de nuevo seas mi prometido, no quiero verte ni ahora, ni después.

El joven desapareció en la oscuridad.

... En el Santuario de la Caza continuaba la fiesta, sonaban canciones y alabanzas en honor de los dioses pero Zaúr se ensombreció y no participaba de toda esa alegría.

- ¿Qué te pasa? -preguntó Alda dulcemente, rozando la mano de su esposo- ¿Acaso estos forasteros, al parecer, enviados por el mismo Padre Cielo, no arreglaron todo? Pronto Eila regresará a su tierra y...

-No me gusta lo que pasa entre Jian y Naya -suspizó Zaúr.

-Dales tiempo -intervino el viejo Anhu quien hasta el momento guardaba silencio-. Tú tampoco te recobraste enseguida después de la muerte de Sura. Ahora Naya sigue enojada con tu hijo y será mejor que no se vean por algún tiempo.

- ¿De nuevo tendré que sacar a Jian de la ciudad? -dijo Zaúr-. Todavía no se ha recuperado por completo y así yo no puedo mandarlo a cazar o a buscar el hielo negro.

-No debes hacerlo. Anhu sonrió con astucia y se dirigió a su hija: -Alda, desde que te casaste con el sabio Zaúr, no has vuelto a visitarnos.

Tu madre y tus hermanos quisieran verte bajo nuestro techo aunque sea por un tiempo. Además, tienes varios sobrinos nuevos que todavía no conoces. Ven a visitarnos junto con mi nieto y para que no te aburras, lleva contigo a alguna amiga, por ejemplo, a Naya...

Después de las fiestas la ciudad de los Hijos de la Tierra quedó sumergida en silencio: zarparon en sus grandes lanchas los Hijos del Mar, partieron a su lejana patria los Osos y los mismos Hijos de la Tierra finalmente pudieron respirar con alivio después de la agitación del verano. Se apaciguaron los campos segados, los pastores con sus rebaños bajaron de los pastos altos al valle y ahora muchos hombres pasaban días enteros en las montañas, cazando o buscando hielo negro.

...Jian se encontraba arrodillado en el santuario del Padre Cielo, frente a la tumba de su madre y parecía tan sumergido en sus pensamientos que ni siquiera vio entrar a su padre. Zaúr roció con infusión aromática las tumbas de sus antepasados, luego se acercó a

su hijo tocando su hombro. Jian se volteó bruscamente, mirando de reojo con sus sombríos ojos negros.

-Te perdoné y de nuevo te acepté bajo mi techo. ¿Por qué sigues enfadado conmigo? -Preguntó Zaúr, sentándose al borde de la plataforma sepulcral.

Jian le dio la espalda.

-Tal vez soy un mal padre, pero hasta el peor de los padres desea que su hijo sea feliz. La forastera tiene que irse con los suyos, es para tu bien.

-Aunque eres el sacerdote supremo, no puedes penetrar en las almas ajenas y saber qué necesita cada persona para ser feliz -contestó Jian.

-No volvamos a discutir en la tumba de tu madre -con aire conciliador dijo Zaúr-. Sura era una mujer maravillosa. En toda su vida no dijo a nadie ni una palabra brusca y tú la obedecías sin objeción. ¿Por qué cambiaste tanto después de su muerte?

-Mi madre me amaba tal como soy y tú tratas de moldearme a tu gusto. ¡Pero no soy arcilla! -Jian sacudió sus rizos con desafío.

-Tu madre era suave y dulce, no puedo entender, a quién saliste tan rebelde.

-Mira en el espejo y lo verás -balbuceó Jian.

- ¡No sueltes la lengua! -lo interrumpió Zaúr con severidad-. A tu edad yo era padre de familia y no cometía tonterías. Puedes estar enojado con todo el mundo pero yo no voy a perder mi tiempo tratando de demostrarte que no estás en lo cierto y solo quiero pedirte dos cosas.

Ante todo, tienes que prometerme que vas a honrar a Alda como a mi mujer y no volverás a herir su corazón.

- ¡Te lo juro! -exclamó Jian sin pensar-. Reconozco que he sido culpable ante tu segunda mujer pero ella, a pesar de todo, me cuidó con amor y cariño. Solo gracias a Alda me recuperé tan rápido y te juro que ella jamás sufrirá por mi culpa. Por supuesto, es demasiado joven para que pudiera llamarla madre pero la honraré como a mi hermana mayor.

-Estás madurando ante mis ojos -sonrió Zaúr-. Espero que ahora también cumplas mi segunda petición. Apenas empiecen las lluvias de invierno y llegue la época de las bodas, te casarás con Naya y vivirás con ella por los legados de nuestros antepasados. ¿Me lo juras, Jian?

El joven lo negó con la cabeza.

- ¿Qué significa todo esto? -se indignó Zaúr.

-Ya pedí perdón a Naya pero no puedo casarme con ella respondió Jian con firmeza-. Puedes desterrarme para siempre porque jamás voy a prometerte lo que no podré cumplir. Naya es digna de un marido mucho mejor que yo y lo encontraré. Y yo ya juré mi fidelidad a Eila ante la imagen de nuestra Madre Tierra...

- ¿Vas a mortificar tu carne toda la vida? -con desconfianza preguntó Zaúr-. Entonces, para ti sería mejor que te acostaras vivo sobre la plataforma funeraria y esperaras a los buitres. Lo dices ahora, pero eres un hombre joven y sano y tarde o temprano la forastera se esfumará de tu memoria...

- ¿Por qué crees que vine a la tumba de mi madre? ¡Para pedirle que me dé suerte en mi nuevo viaje!

- ¿Cuál viaje? ¿Qué vas a hacer, hijo? -la voz de Zaúr tembló- ¿Adónde crees que irás si pronto llegará el invierno? ¿Piensas ir a las tierras de los Osos? ¡Pero si me puse de acuerdo con su jefe en que nuestras tribus no deben encontrarse! Los Osos tienen todo el derecho a atraparte y condenarte al sacrificio y los Hijos de la Tierra no vengarán tu muerte. ¿Esto es lo que quieres? ¡No seas tonto, Jian!

- ¡Qué los Osos me tiren al pantano! -el rostro de Jian se sonrojó-. Cada otoño Eila vendrá ir a recoger bayas y me recordará, aunque se convierta en la mujer de otro. Y si los dioses nos permitirán vencer todos los peligros y estar juntos, encontraremos algún lugar donde podamos vivir tranquilos, como marido y mujer. Nuestro valle es muy hermoso pero ahora sé que existen otras tierras no menos bellas y ricas. Puedes maldecirme por el resto de mi vida pero no cambiaré mi decisión. Apenas mi pierna herida me permita escalar las montañas, partiré...

- ¡Jian! -gritó Zaúr. Su rostro enmarcado de barba negra se hizo blanco como la nieve en las cumbres lejanas.

Ya no era aquel juez temible ni el jefe todopoderoso sino un hombre profundamente abatido e infeliz-. Eres el único recuerdo

vivo de mi inolvidable Sura y ahora quieres abandonarme para siempre...

-Alda te dio otro hijo, tú vivirás muchos años más y le enseñarás todos los misterios de la Tierra y del Cielo. Mi hermano crecerá y luego te sucederá pues yo no sirvo para el sacerdocio, prefiero ser un simple cazador del bosque o de la estepa -habló Jian con ardor pero Zaúr no lo escuchó. El sacerdote supremo se apresuró a salir del santuario para que su hijo no viera unas lágrimas indiscretas.

... Una conversación parecida tenían aquella misma tarde dos jóvenes mujeres en una pequeña y apartada alcoba en la casa del viejo Anhu.

- ¿Por qué estás triste, Naya? -preguntó Alda, meciendo la cuna- ¿Acaso no lograste lo que querías? La forastera se fue y Jian pronto se casará contigo...

- ¡Pero yo misma no quiero esta boda! -exclamó Naya. La muchacha arrancó la cinta de sus cabellos brillantes y negros y con un gesto nervioso la enroscó en sus dedos.

- ¿Por qué? ¿Acaso no esperaste a Jian durante dos años? Por fin mi hijo duerme, ahora podemos hablar con calma -Alda se apartó de la cuna y se sentó sobre la estera al lado de Naya-. Espera, todo se arreglará. El tiempo pasará y Jian olvidará a su forastera.

- ¡No la olvidará! -replicó Naya-. Antes yo estaba furiosa pero ahora me siento capaz de perdonar a Jian...

La muchacha se estremeció, sus ojos se llenaron de lágrimas y su cabeza cayó sobre el hombro de Alda. La mujer de Zaúr acarició el cabello de su joven amiga.

-Jian no podrá olvidar a Eila porque toda esa gente del norte tiene algo especial. ¡Al verlos una sola vez es imposible olvidarlos! -entre lágrimas exclamó Naya.

- ¿No puedes dejar de pensar en aquel joven cazador que mató al león? -preguntó Alda con perspicacia-. Y yo pensaba que simplemente querías usarlo para provocar celos a Jian...

-Al comienzo lo era pero luego... ¡Aquel hombre es alto, como un cedro, sus cabellos son como un triguero y los ojos, como el cielo! Pero no volveré a verlo, porque los Osos no regresarán a nuestras tierras...

-Nadie, además de los dioses, sabe qué sucederá luego -dijo Alda-. Zaúr quiere lo mejor para todos...

- ¡Lo mejor para él pero no para Jian ni para mí! -exclamó Naya-. Algunas mujeres no saben aventar bien el trigo y luego mezclan la paja con el grano. Aparentemente aquel pan no se diferencia del otro, pero su sabor no es igual.

Si me caso con Jian, nuestra vida será como aquel pan mezclado con paja.

-No sé qué cosa aconsejarte -dijo Alda, pero un extraño ruido tras la pared la hizo ponerse en guardia.

Los perros ladraban con rabia; el ganado, encerrado en el patio, mugía asustado y golpeaba la tierra con las pezuñas, como si se le acercara algún depredador.

Despertado por todo ese ruido, el pequeño hijo de Alda lloró, la madre se inclinó sobre la cuna y Naya salió corriendo de la casa.

Ante los ojos de la joven apareció un cuadro espantoso. Los techos de paja ardían en llamas; entre las casas aparecían y desaparecían sombras de hombres desgredados y envueltos en pieles hirsutas, las mujeres gritaban estridentemente, los niños lloraban. Frente al granero bullía un verdadera batalla: ante todo los Hijos de la Tierra trataban de defender su cosecha.

Aterrorizada por aquel espectáculo escalofriante, Naya corrió hacia la puerta, pero una mano fuerte y despiadada la agarró del cabello y la arrastró a la oscuridad.

15

-A nuestras tierras ya llegó el otoño y aquí todavía hace calor -comentó Targ y, al quitarse la capa, la extendió sobre la hierba-. De no ser por las fieras, no sería necesario encender el fuego.

-El fuego es el mejor amigo del hombre -dijo Neil-. Pero a veces puede descubrir tu refugio y atraer los enemigos.

Los Hijos de la Osa descansaban después de la marcha. El cielo se oscurecía, en el aire se sentía una agradable frescura, los últimos rayos del sol encendieron de púrpura las nieves lejanas.

-El jefe de los Hijos de la Tierra me ha dicho que en estas montañas vive una tribu feroz -mencionó Neil-. Hay que estar atentos. Vamos a poner centinelas...

- ¿Acaso los Osos van a temer a un enemigo que ni siquiera se atreve a dejarse ver y se esconde en las cavernas? -se rió Sink.

-No juzgues a la gente, que jamás has visto, severamente-. Lo interrumpió Neil-. Los Hijos de la Tierra son fuertes y numerosos, sin embargo, temen a aquellos hombres de las cavernas...

- ¡Todos los ahumados son cobardes! -exclamó Dirk-. Remueven la tierra como lombrices y no saben hacer nada más.

- ¡Es mentira! -con cólera se opuso Zorg quien hasta el momento había guardado silencio- ¡Los Hijos de la Tierra son sabios, deberíamos aprender algo de ellos!

Eila, quien no intervenía en la conversación de los hombres, miró a su hermano con asombro.

A diferencia de otros Osos, Zorg parecía no alegrarse con los regalos ni del próximo regreso a casa y se veía triste e inquieto.

-Veo que los Hijos de la Tierra nublaron la cabeza no solo a Eila sino también a Zorg -sonrió Sink con malicia- ¿Acaso te gustó aquella chica que se retorció frente a ti como una serpiente? Yo no vi en ella nada bueno: es igual de flaca y ahumada que toda su tribu.

- ¡No te metas con Naya! -se enojó Zorg, dando a Sink un fuerte puñetazo bajo las costillas. Sink le respondió con lo mismo y

Targ, apoyando a su mejor amigo, dio a Zorg un fuerte coscorrón en la nuca.

- ¡Dos contra uno, es injusto! -se indignó Zorg- ¡Dirk, ayúdame!

- ¡Basta! -exclamó Neil-. Targ y Sink pronto serán padres pero se portan como niños.

- ¡Que Zorg confiese que aquella Hija de la Tierra lo hizo perder la cabeza! -no se rendía Sink- ¡Él incluso recuerda su nombre!

- ¡Naya no tiene nada que ver con todo esto! -se encolerizó Zorg y su rostro habitualmente tranquilo se retorció como de dolor-. Los Hijos de la Osa se portaron como unos ciegos que no ven más allá de sus narices. ¡Se contentaron con los regalos y se fueron!

- ¿Y qué deberíamos hacer? -se asombró Neil- Eila de nuevo está con nosotros, Jian se quedó con los suyos, nosotros no nos manchamos las manos con su sangre y no nos creamos nuevos enemigos.

- ¡Pero tampoco aprendimos nada nuevo! -Zorg alzó la cabeza con obstinación- Deberíamos hacernos amigos de los Hijos de la Tierra para sembrar el trigo y...

- ¡Zorg quiere convertir a los Osos en lombrices, ja! -se rió Dirk.

Neil palmoteó, exigiendo el silencio. Los jóvenes cazadores callaron al instante.

- ¡Cada tribu debe vivir como le han legado sus antepasados, así que basta de discutir!

-Pero los Hijos de la Tierra no siempre supieron cultivar la tierra -no se calmaba Zorg-. Jian me contaba que al comienzo sus antepasados solo recolectaban trigo silvestre...

- ¡A nadie le interesa qué es lo que hacían los antepasados de Jian! -cortó Neil-. Aquel muchacho nos trajo tantas molestias que será mejor olvidarse de él, como si jamás hubiese existido. ¡La tribu por fin debe encontrar tranquilidad!

Durante toda esta conversación Eila guardó silencio pero sus nervios estaban tensionados. En el fondo del alma comprendía que Zorg tenía razón pero ahora no le quedaban fuerzas para apoyar a su hermano y discutir con los demás. Todo el día había sentido una extraña debilidad y mareos; de vez en cuando unos puntos negros le nublaban la vista.

Sin embargo, la muchacha no comentó a nadie sobre su malestar, caminó todo el día al igual que los hombres y ahora se sentía completamente quebrantada. No podía escuchar la discusión entre los cazadores: sus voces parecían golpear la cabeza de Eila como hachas de piedra. La muchacha se levantó agarrando un saco de piel.

- ¿Adónde vas, hija? -preguntó Neil.

-Hay que traer agua.

Aunque el arroyo estaba cerca y los viajeros oían su rumor tras la densa pared de arbustos, Dirk se ofreció a acompañar a Eila con el pretexto que las montañas estaban llenas de peligros. Por supuesto, era verdad pero Eila comprendía muy bien que Dirk simplemente quería quedarse con ella a solas.

Con un alegre murmullo el arroyo corría entre los peñascos manchados de líquenes multicolores. El agua era tan transparente que se veía cada guijarro en el fondo. Inclínada sobre el agua, Eila llenaba el saco.

Dirk se detuvo a su lado, dibujando con su lanza sobre la arena unas figuras complicadas. Reinaba un silencio embarazoso.

-Te hiciste aún más bella -por fin dijo el joven-. Este vestido y tu nueva manera de amarrar el cabello...

-Dirk, si quieres decirme algo importante, hazlo ahora, no pierdas el tiempo.

-Cásate conmigo, Eila -la voz del joven tembló.

La muchacha dejó a un lado el saco ya lleno y se enderezó. Dirk estaba pálido como nunca, sus toscas facciones se suavizaron imperceptiblemente y sus verdes ojos irradiaban un brillo extraño.

-No puedo -contestó Eila, mirándole directamente a los ojos-. Ha pasado mucho tiempo y ... ya me convertí en la mujer de Jian.

- ¡No me importa! -la interrumpió Dirk decididamente.

-Esto no es todo. Tal vez este embarazada...

- ¿Es cierto?

-Todavía no estoy segura pero hace dos meses que no he vuelto a manchar la ropa con mi sangre -Eila bajó la cabeza.

- ¿Jian lo sabe? -preguntó Dirk.

Eila lo negó en silencio.

- ¡Con más razón, ahora necesitas un buen marido! Los niños son el futuro de la tribu y hay que cuidarlos. Déjame adoptar a tu hijo, Eila. Espero que su piel no sea tan ahumada como la de su padre.

Por muy triste que se sintiera Eila, no pudo contener una sonrisa.

- ¡Si supieras, cuánto he pensado durante todo este tiempo! -exclamó Dirk, apretando con ardor las manos de la muchacha-. Cuando ustedes huyeron del campamento, yo estaba dispuesto a perseguirlos hasta el País del Sol Poniente y a estrangular al forastero a mano limpia.

Pero luego mi ira se enfrió y comprendí que yo mismo tenía la culpa... Mientras caminábamos por la estepa y las montañas, pensé que pase lo que pase, no me vengaré del ahumado y

dominaré mi furia. Como ves, cumplí con mi palabra aunque para mí no era nada fácil estar sentado al lado de Jian.

Eila miraba a Dirk y no lo reconocía: un muchacho terco e iracundo, cegado por los celos, se convirtió en un hombre maduro, capaz de perdonar a otras personas y reconocer sus propios errores.

-Comprendo que para ti será muy difícil olvidar a Jian pero hasta la próxima fogata familiar todavía queda mucho tiempo. Una vez me dijiste que me aceptarías junto a tu fogata cuando madurarse...

-Sí, Dirk, has madurado. Pero no creo que alguna vez pueda olvidar a Jian. Vamos, nos están esperando -Eila se liberó de las manos del joven con suavidad y se inclinó para levantar el saco con agua.

Dirk quiso ayudarla pero en ese momento algo pesado lo golpeó en la nuca. Con un gemido sordo el joven se desplomó sobre la hierba. Eila gritó asustada, pero una mano fuerte y sudorosa le tapó la boca. Varios hombres barbudos con una extraña piel manchada rodearon a la muchacha. Uno de ellos, el más alto y musculoso, se acercó a Dirk blandiendo una maza, dio un puntapié al inerte cuerpo del muchacho y se apoderó de su cuchillo y lanza. Los labios gruesos del desconocido se torcieron en una sonrisa de satisfacción, mostrando unos dientes grandes y amarillentos.

Eila se contorsionaba en los brazos de sus enemigos pero la calmaron con unos fuertes golpes en la cabeza, le metieron en la boca un pedazo de piel y la arrastraron a la espesura del bosque.

16

Un grito ahogado en la orilla del arroyo inquietó a los Hijos de la Osa.

- ¡Alguien atacó a Eila y Dirk! -exclamó Sink.

- ¡Silencio! -Neil lo detuvo con un gesto imperioso.

Todos quedaron inmóviles, prestando oído a los sonidos del bosque. Chirriaban las chicharras, croaban los sapos, a lo lejos sonó la horrorosa risa de una hiena. Todo era como siempre pero Neil, como un experto cazador y guerrero, presentía la presencia de un grave peligro.

Sonó un silbido siniestro y una lanza de madera acertó en la misma fogata. El bosque se iluminó con un gran chorro de chispas y todos vieron una oscura figura humana acercarse cautelosamente entre los troncos y lianas. Sin pensarlo mucho, Sink alzó su arco y disparó una flecha a la oscuridad.

Sonó un gemido débil y luego, un golpe sordo; el pesado cuerpo de alguien cayó sobre la tierra.

Sink como un relámpago corrió hacia el enemigo tumbado quien todavía se movía. El joven se inclinó para asestarle un golpe de gracia pero voló a un lado con un gemido lastimoso, porque el herido, reuniendo sus últimas fuerzas, le respondió con un veloz golpe de cuchillo.

Todo sucedió tan rápido, que los Hijos de la Osa por un momento quedaron petrificados. Luego Neil remató al enemigo con una lanzada precisa y todos se inclinaron sobre Sink quien se retorció sobre la hierba con las manos crispadas sobre su vientre. Luchando contra el dolor, el muchacho mordía sus labios, pero no gemía.

Neil apartó decididamente las manos de Sink, arrancó de la herida el cuchillo de ancho filo de hielo negro y suspiró con aflicción: -Cuántas veces yo he repetido: ¡protégete el vientre! Aguanta, Sink, tal vez te salves...

- ¡Nos quieren rodear! -se alarmó Zorg, escudriñando la oscuridad.

-Deben ser aquellos malditos Hijos de la Caverna -dijo Targ.

Los enemigos ya no se ocultaban: el crujido de ramas se acercaba y los alaridos estridentes helaban la sangre.

-Váyanse de aquí -dijo Neil, echando una mirada penetrante a sus jóvenes amigos-. Lleven a Sink y retroceden, yo los detendré.

- ¡No nos iremos! -se indignó Zorg.

-No, se irán ahora mismo. ¿Quién ayudará a Eila y Dirk si todos morimos? ¡Váyanse o será tarde!

Los jóvenes desaparecieron en la oscuridad llevándose a Sink entre sus brazos. Durante un largo rato estuvieron dando vueltas por el bosque; de vez en cuando se detenían prestando atención a los sonidos de la batalla lejana.

Neil gritaba estridentemente y golpeaba los troncos, tratando de atraer la atención de los Hijos de la Caverna.

-Lo matarán -rechistó Zorg entre dientes, abriéndose camino a través de lianas enmarañadas.

-No es tan fácil acabar con Neil. Él podrá escaparse -no perdía la esperanza Targ.

Sink, tratando de no hacer ruido, contenía los gemidos y sólo rechinaba los dientes.

-Hay que detenerse en algún lugar o nos perderemos -dijo Zorg-. Aguanta, Sink, aguanta un poco más.

Por suerte, el bosque enraleció; el paso se hizo más fácil y pronto los muchachos encontraron una grieta entre las rocas donde podían esconderse y pasar el resto de la noche. La entrada a la caverna estaba enmascarada por un denso enredo de zarzal y escaramujo; a dos pasos se oía un manantial.

Por precaución, los jóvenes no encendieron fuego: la noche era muy clara y los plateados rayos de luna penetraban hasta el interior de la caverna. Targ colocó la cabeza de Sink sobre sus rodillas, mientras que Zorg, inclinado sobre el herido, levantó su ensangrentada camisa e intentó parar la hemorragia.

- ¿Vivirá? -preguntó Targ apenas audiblemente.

-No lo sé -contestó Zorg. Por fin pudo detener la sangre, vendó la herida y, tratando de no mirar a los enfebrecidos ojos de Sink, limpiaba sus manos ensangrentadas con las hojas de un arbusto.

-No trates de engañar a nadie, Zorg -con una voz sorprendentemente tranquila y llana pronunció Sink.

Su rostro lozano se puso lívido, sus ojos y sienes se hundieron y los labios adquirieron un siniestro tono gris.

-Parece que sangras por dentro, hermano -compartió Zorg sus temores-. Toda la sangre que estás perdiendo se derrama dentro de tu vientre...

-Entonces, será mejor que me maten de una vez -dijo Sink, cerrando los ojos.

Los dedos de Zorg tocaron el cuchillo con indecisión pero al instante retiró la mano bruscamente y se volteó, apretando sus sienes con las palmas y emitiendo un gemido de desesperación. La muerte no era para los Hijos de la Osa algo extraordinario: garras y colmillos de las fieras, lanzas y flechas enemigas, la furia ciega de la naturaleza desencadenada les acechaban a cada paso. Pero ni Targ, ni Zorg jamás habían visto una muerte tan larga y dolorosa y a ambos se les oprimía el corazón, viendo a su compañero, tan sano y vigoroso hace un momento, deslizarse lentamente hacia el fin.

Esa noche les parecía infinita. En la oscuridad, entre el bosque y las montañas, se perdieron Neil y los Hijos de la Caverna; sus gritos ya no perturbaban el silencio. Atraídos por el olor de la sangre fresca, a la caverna se acercaban hienas y chacales, pero Zorg y Targ los alejaban a gritos y piedras. Sink ya deliraba, balbuceando algo incoherente, ya recobraba la conciencia, quejándose de un fuego en su vientre que le devoraba las entrañas, pedía de beber o suplicaba a sus compañeros acabar con su dolor con un golpe preciso. Zorg y Targ humedecían los inflamados labios del herido, secaban su frente sudorosa y, tratando de aliviar sus sufrimientos, colocaban sobre su vientre compresas frías de hojas de malva.

Sink sufrió hasta la madrugada. Con los primeros rayos del sol el joven de nuevo recobró la conciencia y pronunció con voz entrecortada:

-Bina pronto dará a luz... Ni siquiera voy a saber qué será, un niño o una niña...

-Sea quien sea, Zorg y yo seremos para tu hijo como padres -prometió Targ.

Calmado por estas palabras, Sink sonrió con sus labios grises y lentamente cerró los ojos. Un ligero temblor corrió por todo su cuerpo; el joven se estremeció y quedó inmóvil.

-Es todo -con voz decaída pronunció Zorg, rozando la inerte mano del muerto-. Su alma ya vuela hacia el Sol Poniente...

Era imposible cavar una fosa en aquel suelo pedregoso y los muchachos enterraron a Sink en la misma grieta entre las rocas. Junto al cadáver dejaron un cuchillo, una lanza y un arco con flechas; además, Targ cortó unas ramas de escaramujo y las puso sobre el pecho de su amigo. Luego cegaron la entrada a la caverna con piedras para que los carroñeros no pudieran alcanzar el cuerpo e impedir al alma de Sink encontrar el camino hacia el País del Sol Poniente.

-Que la Gran Madre Osa lo reciba en su hogar -suspiró Targ, echando la última mirada a la tumba de su mejor amigo- ¿Zorg, qué haremos ahora?

Zorg parecía sumergido en una lúgubre ponderación y no contestó enseguida:

-Hay que buscar a Neil... Pero con cuidado, para no tropezar con los enemigos... Se encaminaron siguiendo sus propias huellas, sombríos, callados y dispuestos a alzar las armas al percibir cualquier peligro. Pero en el bosque reinaba el silencio y solo los pájaros trinaban en las copas de los árboles, saludando un nuevo día. El sol se levantaba lentamente sobre las montañas, inundando

el bosque con sus rayos dorados; en las hojas brillaban las gotas del rocío. La madrugada era tan serena y bella que se hacía imposible creer que una vida joven acababa de abandonar este mundo para unirse con las almas de sus antepasados en el oscuro país de las sombras.

Pronto Zorg y Targ llegaron al calvero donde ayer se habían quedado para descansar. Toda la tierra alrededor de la fogata apagada estaba cubierta de huellas de pies descalzos.

-Los Hijos de la Caverna... -susurró Targ- ¡Cuántos son!

Tras los arbustos cantaba el arroyo. Al salir a su orilla, Zorg se quedó pasmado. Dirk yacía sobre la hierba, casi al borde del agua, con los brazos extendidos. Unas hormigas corrían por su rostro blanco e inmóvil, sus cabellos estaban pegados con sangre ya seca y sus ojos abiertos miraban a Zorg pero no lo veían.

- ¿Está muerto? -preguntó Targ, abriéndose paso a través del matorral.

-Le partieron el cráneo -respondió Zorg-. Al parecer, Dirk ni siquiera comprendió qué pasó.

-Por lo menos, no sufrió como Sink -suspiró Zorg- ¿Y dónde está Eila? Sobre la hierba yacía el saco de agua ya lleno; entre los arbustos que extendían sus ramas sobre el agua, blanqueaba la cinta con la cual Eila amarraba sus cabellos. Pero la misma muchacha había desaparecido.

-Parece que esas bestias se llevaron a mi hermana -Zorg frunció el ceño, enroscando la cinta de Eila alrededor de la muñeca-. Entonces, está viva.

- ¿Y Neil? -preguntó Targ.

Los jóvenes siguieron el rastro en silencio. Nacidos y criados en el bosque, los dos adivinaban infaliblemente el rumbo correcto por medio de su instinto de cazadores. Además, a cada paso veían las ramas rotas, la hierba pisoteada y las gotas de sangre sobre las hojas. En el asperón granuloso se distinguían huellas no solo de pies, sino de manos, espaldas y cabezas y, aunque los Hijos de la Caverna se habían llevado a sus muertos, Targ y Zorg comprendieron que Neil había matado muchos enemigos.

El rastro los condujo hacia un precipicio rocoso, al borde del cual yacía Neil. La hierba a su alrededor se puso roja con la sangre que brotaba de sus numerosas heridas. Toda la tierra estaba pisoteada: la lucha fue violenta y Neil había vendido su vida por un precio muy caro.

Los muchachos quedaron inmóviles junto al cuerpo de su líder y maestro.

-Estas bestias no pudieron acabar con él de una vez -la voz de Targ se tornó ronca-. Solo cuando lo acosaron en esta trampa...

Zorg callaba. No veía ni las montañas, ni el precipicio, ni aquel río que bramaba en el fondo. Ante sus ojos se extendía un campo invernal, los sombríos rostros de los cazadores y un niño pasmado frente al lecho funerario de su padre. Gauk murió

defendiendo a un novato y ahora Neil también partió al País del Sol Poniente, salvando de la muerte a sus jóvenes compañeros...

Los muchachos llevaron a Neil a la orilla del arroyo, donde yacía el cuerpo de Dirk. Ahí, junto al agua, la tierra era blanda y fácil de cavar con los cuchillos de obsidiana. Zorg trabajaba con los dientes apretados, arrojando grandes puñados de tierra. Targ tiró su cuchillo a un lado y de pronto cayó de bruces, estremeciéndose con todo su cuerpo.

- ¡Tres en una noche! -exclamó entre sollozos- ¡Estos malditos cavernarios son aún peor que los esteparios! ¡Tenemos que seguir sus huellas y vengarlos ahora mismo!

-No te enardezcas -diciendo esto, Zorg se acercó a su compañero y con fuerza lo agarró del hombro, como tratando de persuadirlo de dar pasos impensados.

Targ rechinaba los dientes con furia y arrancaba manojos de hierba.

- ¿Acaso nosotros, los Osos, vamos a escondernos como liebres? ¡Tenemos que vengarnos! -repetía Targ frenéticamente.

-Sí, pero no vale la pena arriesgar tu vida sabiendo de antemano que vas a morir -se opuso Zorg, sacudiendo a Targ de los hombros-. No te dejaré ir, ¿me oyes? ¡Neil pereció para que tú y yo viviéramos! Perdiste a tu mejor amigo y ahora estás ciego de pena y rabia.

¿Crees que yo no siento dolor? Neil era para mí como un padre y Dirk, como un hermano pero ahora trato de no pensar en ellos, sino en Eila. ¿Quién la liberará si tú y yo moriremos? No pienses en los muertos, sus almas ahora vuelan hacia el Sol Poniente, pronto encontrarán la paz y no nos necesitan. Mejor piensa en Nima y en aquel niño que nacerá pronto. ¿Acaso quieres que tu hijo quede huérfano antes de nacer, como él de Sink? Así que primero enterremos a los muertos y luego pensaremos como liberar a mi hermana...

Zorg no terminó la frase. Los pasos de alguien que atravesaba el matorral lo hicieron estremecer y agarrar su lanza. Targ siguió el ejemplo de su amigo.

A la orilla del arroyo salieron unos diez guerreros en los cuales los Osos, para su temor y asombro, reconocieron a sus enemigos mortales: los esteparios. Eran jóvenes de la misma edad que Targ y Zorg. Al ver a los Osos, los esteparios se mostraron profundamente sorprendidos y también alzaron sus armas. Sin embargo, a primera vista era evidente que no iban a la guerra. Sus rostros no se ocultaban bajo la pintura, los petos de cuero no defendían sus cuerpos y cada uno llevaba sobre su espalda un cesto con sal.

El encuentro fue tan inesperado que durante casi un minuto ambas partes se miraron expectantes, apuntándose sus armas, pero nadie se atrevía a comenzar la pelea. Reinaba un silencio embarazoso que en cualquier momento podía convertirse en el ruido de la batalla.

El primero en hablar fue un estepario que llevaba en su pecho un collar adornado con dos colmillos de lobo.

-No estamos en nuestra tierra ni en la suya, así que no hay por qué pelear -dijo en la lengua de los Osos y levantó la mano para mostrar sus intenciones pacíficas.

Zorg repitió aquel gesto mientras que Targ vacilaba.

-Somos más que ustedes, así que mejor no resistan -dijo el estepario y agregó en voz baja-. Veo que aquí ya hay dos muertos que esperan ser sepultados así que mejor no peleemos.

-Obedécelo, Targ -dijo Zorg y se dirigió al joven líder de los esteparios-. Déjennos terminar el entierro, hablaremos más tarde.

El estepario inclinó su cabeza en silencio. Sin mirarlo, los Hijos de la Osa volvieron a su triste trabajo, mientras que los esteparios se apartaron y, mostrando su respeto hacia los muertos, guardaron silencio. Cuando la tierra cubrió los cuerpos de Neil y Dirk junto con sus armas, el líder de los esteparios de nuevo tomó la palabra:

-Soy Dzhar, Hijo de la Loba. Todos pertenecemos a diferentes tribus de nuestra gran estepa y vamos a encontrarnos con los Hijos de la Tierra para cambiar esta sal por armas de hielo negro. ¿Y ustedes qué hacen aquí, tan lejos de su bosque?

Zorg alzó la cabeza. Sus ojos grandes y fríos como hielo azul se encontraron con la incrédula mirada de los amarillentos y algo rasgados ojos de Dzhar. Sí, era un estepario, el enemigo eterno de Zorg y todos sus paisanos, pero aquí, en un país lejano y hostil, era preciso olvidar todas las discordias por lo menos por algún tiempo.

-Soy Zorg, Hijo de la Osa. Vine a estas tierras por mi hermana, pero la secuestraron los Hijos de la Caverna -contestó Zorg.

- ¿Cuáles Hijos de la Caverna? -no comprendió Dzhar.

-La tribu que vive en estas montañas. Son enemigos de los Hijos de la Tierra -explicó Zorg.

- ¿Fueron ellos los que atacaron de noche? -preguntó Dzhar-. Pernoctamos cerca de aquí y oímos gritos y gemidos pero no comprendimos quién peleaba con quien.

-Es mejor no meterse en la batalla ajena -anotó Targ quien hasta aquel momento guardaba silencio-. Pero si ustedes fueran un poco más valientes y no se ocultaran en la oscuridad, pudieran haber ayudado al mejor de nuestros guerreros.

- ¡Nadie puede culparme de ser cobarde! -exclamó un muchacho de rostro fino, abundante cabellera castaña y ojos fogosos de color oro oscuro- ¡Si quieres probar mi coraje sal a pelear conmigo cara a cara! ¡Te lo digo yo, Chir, Hijo del Águila! - ¡Cállate, Chir! -lo interrumpió Dzhar bruscamente-. No es hora de discutir.

- ¿Dónde aprendiste tan bien la lengua de los Osos? -con curiosidad preguntó Zorg.

-Mi mujer es de esa tribu -sonrió Dzhar-. Así que somos parientes.

Al comienzo Eila luchaba con sus enemigos, tratando de liberarse, pero pronto dejó ese trabajo inútil; sus fuerzas eran incomparables con las de dos hombres que la arrastraban a través de la espesura del bosque. La mordaza en la boca casi no la dejaba respirar; había oscurecido y Eila no podía distinguir el camino y solo comprendió que la llevaban más y más arriba a la montaña.

Cuando los raptos por fin tiraron a Eila sobre la tierra, la joven sacó la mordaza de su boca y miró alrededor. Vio la entrada a una caverna grande, en cuyo fondo ardía una fogata y sintió un insoportable hedor a excrementos y cuerpos no lavados. Unos quince hombres salieron de la oscuridad y clavaron sus ojos en la prisionera.

Las caras de los Hijos de la Caverna parecían repugnantes. Sus frentes eran bajas e inclinadas, los pequeños y huidizos ojos miraban con una rabia necia, los mentones apenas visibles y narices casi planas daban a sus rostros una expresión feroz y hostil. Todos tenían cabellos ásperos y desgredados, cuyo color recordaba el pelaje del oso pardo. A primera vista a Eila la sorprendió la extraña piel manchada de toda esta gente, pero luego comprendió que eran huellas de lodo y hollín de las fogatas.

Las mujeres se acercaron temerosamente, mirando como animales acorralados y acostumbrados a recibir patadas y coscorriones. Las Hijas de la Caverna eran más bajas y no tan robustas y velludas como sus maridos; sus largas cabelleras no conocían ni el agua, ni el peine y estaban llenas de hierbitas, hojas secas y todo tipo de basura.

Luego junto a la fogata aparecieron unos cuantos niños -sucios, cabezones y con vientres hinchados de parásitos. Sus ojitos miraban a la prisionera no con la habitual curiosidad infantil sino con un miedo oscuro y casi bestial.

Eila se levantó sacudiendo su vestido de hierbitas pegadas pero de pronto una anciana canosa y arrugada se acercó con una rapidez sorprendente para su edad y, gritando estridentemente, agarró a la muchacha del cabello. Antes de que la joven pudiera liberarse, un hombre empujó a la vieja a un lado, agarró a Eila de la

mano y la arrastró lejos de la fogata, a un rincón oscuro y apartado. La muchacha cayó sobre un lecho de pieles sucias, sobre el cual se encontraban sentadas dos jóvenes mujeres vestidas y peinadas como Hijas de la Tierra. Para su gran asombro, Eila reconoció a Naya y Alda.

- ¿Cómo caíste en manos de estas hienas? -susurró la mujer de Zaúr.

-Nos atacaron en las montañas. Mataron a Dirk y... -la voz de Eila se cortó- ¿Alda, dónde está tu niño?

-Naya y yo estábamos en casa de mi padre, cuando estas malditas bestias atacaron nuestra aldea. Casi todos los hombres se fueron a cazar o buscar hielo negro y a los pocos que quedaron en el poblado los mataron a todos. A mi hijo me lo arrancaron de mis brazos y... -Alda sollozó pero se dominó enseguida-. Tenemos que ser firmes para que estas bestias no crean que les tenemos miedo...

De la oscuridad sonó un balido lastimoso. Solo ahora Eila notó que en un rincón de la caverna había un corral donde estaba encerrado un pequeño rebaño de ovejas y cabras.

- ¿Los Hijos de la Caverna domesticaron a estos animales? -se sorprendió Eila.

-Claro que no, ni siquiera tienen perros -dijo Naya que hasta el momento parecía sumergida en un profundo letargo-. Los robaron en la aldea de Anhu.

Mientras tanto los Hijos de la Caverna echaron más ramaje seco a la fogata y comenzaron una danza desordenada. Los hombres saltaban, daban vueltas y pateaban, empujando uno al otro; cuando se les acercaba una mujer, la ahuyentaban con mazas y lanzas. Ese trato a las mujeres chocó a Eila hasta el fondo del alma. Las tribus del bosque y de la estepa honraban a la madre progenitora y reconocían sin objeción la supremacía femenina en todos los asuntos a excepción de la caza y la guerra; en la Tribu de la Tierra mandaban los hombres pero ellos también respetaban a sus mujeres y siempre estaban dispuestos a defenderlas sacrificando sus propias vidas. Pero aquí, entre los cavernarios, la mujer era un ser atemorizado y embrutecido que ni siquiera se atrevía a mirar a la cara a un hombre. Los niños se metieron en un rincón, como unos ratoncitos asustados, y en silencio contemplaban la danza de los guerreros.

Bailando, los hombres no dejaban sus armas -mazas, lanzas y toscos cuchillos de piedra no pulida. Sin embargo, algunos tenían cuchillos y hachas mucho más perfectas; sin duda alguna, eran botines, arrebatados a los Hijos de la Tierra.

De pronto los bailarines quedaron inmóviles. En el círculo alumbrado entró un hombre alto, musculoso, de una barba copiosa y sucia. Blandiendo una hacha de obsidiana, entonó una canción, al parecer, glorificando sus hazañas; su voz recordaba el gruñido de un oso herido. Todos los demás lo escuchaban, conteniendo la respiración y con un brillo apasionado en los ojos. "Debe ser el jefe" -pensó Eila y de pronto sintió un fuerte dolor en el corazón. ¡El hacha que blandía aquel cavernario era la misma que los Hijos de la Tierra habían regalado a Neil!

Sin poder contener sus lágrimas, Eila tapó su rostro con las manos.

- ¿Qué te pasa? -preguntó Alda.

-Neil está muerto -sollozó Eila.

Alda acarició el cabello de la muchacha y no dijo nada: cualquier consuelo en este momento sería inútil.

Mientras tanto, el jefe de los Hijos de la Caverna terminó su canto salvaje y con un gesto señaló el corral con ovejas y cabras. Sus paisanos se lanzaron contra el ganado como fieras, lo mataban con sus cuchillos y mazas, cortaban la carne, apenas la asaban en la fogata y la comían con avidez. Agarrando los pedazos enormes y aún sanguinolentos, los Hijos de la Caverna los devoraban en dos o tres bocados, sorprendiendo a las prisioneras por su glotonería. Eila los miraba con repugnancia: los hombres de su tribu natal tampoco se distinguían por maneras refinadas pero ninguno de los Osos se permitía comer ruidosamente, atragantarse o eructar al menos en la presencia de mujeres.

Cuando los hombres, gimiendo de llenura, se apartaron de la fogata, llegó el turno de las mujeres y cuando aquellas se saciaron, los niños salieron con timidez de su escondite y comenzaron a revolver los montones de huesos, buscando los restos de carne. No era extraño que todos estos chiquillos fueran delgados y pálidos. Los adultos tampoco parecían sanos: la mayoría, sobre todo las mujeres que pasaban mucho más tiempo en las frías y húmedas cavernas, tenían articulaciones deformadas y piernas arqueadas. Todas las Hijas de la Caverna eran de pecho casi plano y caderas estrechas, lo que convertía el parto en un proceso muy doloroso e incluso peligroso; muchas mujeres y niños perecían y por eso su número era muy reducido en comparación con los hombres.

La misma anciana que anteriormente había saludado a Eila de una manera nada amable, puso ante las prisioneras un tazón de madera, brillante de grasa, ennegrecido de sangre y lleno de huesos con restos de carne, tendones y cartílagos. Al verlo Naya arrugó su cara con repugnancia y Eila apenas pudo contener sus náuseas.

-Chicas, tienen que comer algo o se morirán de hambre -les reprochó Alda, examinando el contenido del tazón para encontrar algunos trozos de carne más o menos comestibles. Luego la joven sacó un poco de agua de la húmeda pared de la caverna, lavó el tazón esmeradamente y lo secó con un pedazo de piel.

-Ahora este tazón es nuestro y nadie más debe tocarlo. ¿Está claro? -con firmeza dijo Alda mirando directamente a los ojos de la vieja cavernaria.

La anciana no comprendió nada, sin embargo, inclinó obedientemente la cabeza y se apresuró a alejarse.

Mirando a los niños que aún se arrastraban alrededor de la fogata, disputándose uno al otro los últimos restos de carne, Eila notó que en algunos de ellos las facciones de sus caras no eran tan toscas como en el resto de los Hijos de la Caverna y le recordaban a Ngor.

-Sus madres eran de nuestra tribu -susurró Alda al oído de Eila-. ¿Ves?, las Hijas de la Caverna son débiles y enfermizas, traen al mundo pocos hijos y por eso sus hombres raptan a las Hijas de la Tierra...

- ¿Y dónde están ahora las madres de estos chicos? -con voz temblorosa preguntó Eila.

-Seguramente murieron -suspiró Alda, frunciendo el ceño.

- ¡Nosotras también moriremos! -sollozó Naya-. No viviremos mucho en esta maldita caverna, royendo los huesos que nos van a tirar estas bestias...

- ¡Basta! -la interrumpió Alda-. Esta caverna es muy húmeda sin tus lágrimas, no la inundes más.

Naya calló, mordiéndose su trenza, pero los hombros de la joven se estremecían con un llanto mudo.

- ¿Por qué los Hijos de la Tierra hace rato no han derrotado a estos cavernarios? -preguntó Eila-. No son numerosos...

-En una guerra abierta los Hijos de la Tierra hace rato hubieran acabado con estas hienas cobardes -contestó Alda. Sus ojos perdieron su habitual ternura y se hicieron lúgubres y aún más oscuros-. Pero estas bestias siempre rehúyen el combate cara a cara y son valientes sólo en las emboscadas, lanzándose varios contra un guerrero nuestro.

- ¿Por qué los Hijos de la Tierra no rodean esta caverna de una vez? -exclamó Eila airada.

- ¡No es tan fácil! -con tristeza sonrió Alda-. En realidad, los Hijos de la Caverna no son tan pocos como te parece. Ellos rara vez se reúnen todos, sólo cuando traman una incursión contra alguna

aldea nuestra, luego reparten el botín y de nuevo se esconden en sus cavernas. En las montañas viven varios clanes pequeños como éste; a los cavernarios no les gusta permanecer mucho tiempo en un solo sitio y es muy difícil encontrar su paradero, porque entre las rocas hay muchísimas cavernas. Es así como muchas prisioneras desaparecieron sin dejar rastro. A mis dos hermanas también las raptaron en esta incursión y tal vez ya no volveré a verlas...

Alda calló porque el jefe de los cavernarios se acercó a las prisioneras, examinándolas con sus ojos pequeños y penetrantes. Naya se apartó al rincón más oscuro.

Eila sintió un frío extraño que le corría por la espalda y, antes de que pudiera comprender algo, la fuerte mano del Hijo de la Caverna la agarró del cabello. Al parecer, al hombre lo atrajo su maravilloso color de oro saturado.

En el rostro del cavernario se reflejó algo parecido a una sonrisa, gruñó algo en su lengua pero Eila no entendió nada y no se movió. Tal conducta enfureció al hombre; de un tirón levantó a Eila del suelo y la arrastró del cabello hacia el círculo alumbrado. La joven lo obedeció en silencio y con unos gestos trató de averiguar qué querían de ella pero el jefe de los cavernarios la tumbó al suelo con un puñetazo y le cayó encima aplastándola con todo el peso de su cuerpo.

El estridente grito de Eila hizo temblar las pedregosas bóvedas de la caverna pero solo entretuvo a sus habitantes, los cuales comenzaron a bailar alrededor, alentando con alaridos a su jefe quien decidió violar a la prisionera ahí mismo, delante de todos, sin hacer caso a las mujeres y niños.

Eila era una joven fuerte, bien formada y, además, endurecida por sus largos viajes. Muy pronto el cavernario se dio cuenta que dominar a esta enigmática rubia sería mucho más difícil de lo que parecía al comienzo. La muchacha se contorsionaba con todo su cuerpo flexible y ágil, arañaba con rabia el rostro y los hombros de su enemigo y esa resistencia inesperada lo excitaba aún más.

El aliento pestilente del Hijo de la Caverna causaba náuseas, su barba áspera arañaba el rostro y el cuello de Eila, los ojos de la muchacha se nublaban. Nunca en su vida ningún hombre intentó tomarla por la fuerza. Lo que sucedía ahora no se parecía en nada ni a la tierna pasión de Jian, ni a las tímidas caricias de Dirk, ni a las fogosas miradas de Chir -aquellos que también deseaban el cuerpo de Eila pero jamás se atrevieron a aprovecharse de su fuerza.

En su lucha tenaz Eila y el jefe de los cavernarios paso a paso se acercaban a la fogata. "Nosotras, las mujeres, también tenemos que saber defendernos" -estas palabras de Luma alumbraron la memoria de Eila como un relámpago. ¡El fuego! La muchacha extendió su mano a tientas hacia la fogata, superando el dolor, agarró un tizón ardiendo y con todas sus fuerzas lo metió en la boca abierta del Hijo de la Caverna.

El grito del hombre se podía comparar con el estruendo de una avalancha o un derrumbe. Se sintió un fuerte olor a quemado; la barba del Hijo de la Caverna ardía. El hombre soltó a Eila, quien corrió como una flecha a la esquina donde temblaban de miedo Alda y Naya.

El cavernario dejó de gritar y, rechinando sus dientes, se acercó a las prisioneras. El corazón de Eila latía rápidamente, como si quisiera saltarle del pecho; Naya se escondió en la oscuridad

sollozando y solo Alda no se estremeció. La joven se irguió y miró al Hijo de la Caverna directamente a la cara. El hombre se pasmó aunque podía tumbar a esa mujer pequeña y frágil con un solo puñetazo.

-Vete -pronunció Alda con firmeza y su mirada centelleaba como un filo de hielo negro-. La Madre Tierra castiga con severidad a cualquier hombre que pegue a una mujer.

De pronto sucedió algo extraordinario: el gigante desgreñado, balbuceando algo ininteligible, se volteó y regresó a la fogata. Sin embargo, su excitación no se calmó: arrancó de la muchedumbre a una de sus paisanas, la derrumbó al suelo y la alegría general se reanudó. De vez en cuando estallaban peleas y los alterantes se daban mazazos o rodaban hechos un ovillo bajo los pies de los bailarines que ni siquiera los miraban.

A Eila le dolía la mano quemada. Alda examinó la quemadura, apretó con cuidado la mano de la muchacha contra la fría pared de la caverna y dijo:

-Si hubiese tenido aquí mi crema de ajeno, calmaría tu dolor en un instante... Pero tienes que aguantar.

- ¿Cómo te atreviste a responder a ese cavernario? -con admiración en la voz preguntó Eila- ¡Se arrastró como un perro golpeado!

-Estas hienas no están acostumbradas a encontrar resistencia en las mujeres -sonrió Alda con malicia-. Así que mostrémosles que no se puede tratarnos como a sus paisanas.

... La orgía de los Hijos de la Caverna duró hasta tarde: cansados de sus danzas, se tendían en el suelo alrededor de la fogata y pronto toda la caverna se llenó de un ronquido fuerte.

Alda también se acurrucó sobre el lecho de pieles y al instante quedó profundamente dormida; el rostro de la joven era tan tranquilo y sereno, como si estuviera acostada en su propia alcoba y no en medio de los enemigos mortales de su tribu.

Sin embargo, Eila y Naya ni pudieron pegar los ojos durante toda la noche: todo lo sucedido el día anterior les parecía terrible.

-Eila -susurró Naya-. Perdóname por lo mala que fui contigo. La culpa no es tuya, sino de Jian...

- ¿Para qué recordar lo inútil? -suspiró Eila-. Pensemos mejor cómo podemos escapar.

-Todas estas bestias están dormidas así que podemos salir y por lo menos tratar de descubrir dónde estamos -propuso Naya.

Pasando por encima de los dormidos, las muchachas se acercaron a la salida. La noche era clara, la luna llena plateaba las cumbres nevadas.

Eila y Naya salieron de la caverna pero en un instante se echaron atrás, hacia la protectora luz de la fogata. Numerosos chacales y hienas merodeaban alrededor de la caverna, comiendo los desperdicios; sus ojos feroces centelleaban en la oscuridad y le recordaban a Eila las miradas de los Hijos de la Caverna.

- ¡Uf, cuántos son! -suspiró Eila, jadeando-. Si nos alejamos de la fogata, nos devorarán en un instante. ¿Cómo los Hijos de la Caverna pueden dormir en tal compañía?

-Son peores que hienas -contestó Naya con desdén-. Nunca limpian sus cavernas y ni siquiera arrojan los desperdicios lejos de sus viviendas.

Las muchachas regresaron a su rincón, se acostaron sobre las pieles pero no pudieron dormir hasta la madrugada.

Un silencio sepulcral reinaba en la aldea del viejo Anhu. Aún humeaban las casas destruidas; entre las ruinas erraban unas pocas ovejas, cabras y vacas que lograron escapar del enemigo. Los Hijos

de la Tierra, callados y sombríos, colocaban sobre las camillas funerarias los cadáveres de sus paisanos, en su mayoría mujeres, niños y ancianos.

Zaúr parecía petrificado, arrodillado sobre el cuerpo sin vida del sabio Anhu: el viejo jefe pereció, uno de los primeros, defendiendo la aldea natal donde había pasado toda su larga vida. Jian sostenía entre sus brazos a su pequeño hermanito, tratando de consolarlo, pero el niño lloraba ininterrumpidamente, llamando a su madre.

Acercándose silenciosamente, Ngor rozó el hombro de su amigo:

-Vinieron unos forasteros. Preguntan por ti...

- ¿Cuáles forasteros? -preguntó Jian, meciendo al niño.

-Dos Hijos de la Osa y unos muchachos de alguna tribu desconocida. Su jefe cada rato repetía tu nombre.

-Que vengan -contestó Jian con indiferencia.

Zorg, Targ y los esteparios se acercaron en silencio, mirando alrededor con horror no oculto. Todo lo que veían rebatía por completo la imagen habitual de la guerra. No era un simple combate en el campo abierto sino una carnicería, una crueldad sin límites que convertía al hombre en el peor de los depredadores.

-Veo que llegamos en mala hora -dijo Dzhar bajando de su hombro el cesto con sal-. Ahora los Hijos de la Tierra no pueden pensar en el trueque...

-Hemos vuelto para pedir ayuda -pronunció Zorg mirando directamente a los ojos de Jian-.

Los Hijos de la Caverna mataron a tres compañeros nuestros y raptaron a Eila.

- ¿Tienen a Eila? -el rostro de Jian tembló traicioneramente pero el joven se dominó enseguida y sólo mordió sus labios. Dominado por un impulso extraño, Zorg le tendió la cinta de Eila que había encontrado en los arbustos junto al arroyo. Jian la ocultó entre los pliegues de su túnica.

- ¡La tienen porque ustedes no saben proteger a sus mujeres! -se encolerizó Chir, mirando a Jian y Zorg con un desdén no oculto- ¡Si Eila se hubiese convertido en mi mujer y quedado a vivir en la Tribu de los Águilas, no le hubiera pasado nada malo!

Dzhar lo hizo callar con un gesto expresivo. Zaúr, que hasta el momento parecía profundamente sumergido en su pena, habló con voz tranquila e inmutable:

-Cuando existe un enemigo común, hay que olvidar las discordias al menos por un tiempo.

Los cavernarios mataron a mi amigo y maestro, llevaron no se sabe adónde a mi mujer y a sus hermanas y mi hijo menor se salvó por puro milagro cuando los enemigos lo arrancaron de los

brazos de su madre y lo tiraron del techo, el pobre cayó sobre un montón de paja. ¿Creen que mi corazón no arde en llamas de venganza? Pero la furia ciega es un mal consejero, lo comprenderán si logran vivir hasta mi edad. Así que rendiremos homenaje a los muertos y luego pensaremos cómo liberar a los vivos.

Jian tradujo las palabras de su padre a la lengua de los Osos. Todos los jóvenes inclinaron las cabezas, mostrando su consentimiento.

... Una triste procesión se dirigió desde el poblado asolado hacia una pequeña arboleda que se extendía tras los campos segados. A la cabeza, como el sacerdote supremo del Padre Cielo, iba Zaúr, tras él llevaban en las camillas a las pobres víctimas de la incursión.

Las mujeres se lamentaban estridentemente, los hombres guardaban silencio pero algunos secaban furtivamente lágrimas indiscretas.

- ¿En esta arboleda los Hijos de la Tierra entierran a sus muertos? -susurró Zorg al oído de Jian.

-Es el bosque sagrado del Padre Cielo -con una voz igual de baja respondió Jian. Seguía llevando en los brazos a su hermanito; el chiquillo ya no lloraba, sino que miraba curiosamente a todos lados con sus grandes ojos negros.

La procesión se detuvo en un ancho campo donde se alzaban varias plataformas de madera. Para gran sorpresa de los Osos y los esteparios, los Hijos de la Tierra no cavaron las fosas sino que dejaron los cadáveres sobre las plataformas. Varios hombres

acercaron a sus labios las trompetas hechas con grandes conchas marinas y el bosque se llenó de sonidos melancólicos y estridentes.

Alzando sus brazos hacia el cielo, Zaúr entonó una canción solemne y lenta, rogando al Padre Cielo dar la paz a aquellas almas que acababan de abandonar el mundo de los vivos. Otros hombres acompañaron con el canto a su jefe y las mujeres les respondían como un eco lejano y triste.

Como atraídos por el canto y los sonidos de las trompetas, al claro del bosque llegaron volando numerosos buitres y pronto todos los árboles cercanos estaban cubiertos de estas siniestras aves de plumaje negro y cabezas desnudas.

- ¿Les dejarán a sus muertos para que los coman? -se sorprendió Zorg.

Jian asintió en silencio.

- ¿Y no les da miedo que las almas de sus seres queridos pasarán a los buitres y no encontrarán la paz? -preguntó Zorg.

-El buitre no es una ave común y corriente sino el mensajero de los dioses -explicó Jian-. Llevará la carne de nuestros muertos a la morada celestial del Gran Padre...

-Entonces, ¿por qué colocan a sus muertos en las plataformas? -intervino Targ- ¡Acaso no sería más fácil dejarlos sobre la tierra?

-Así los alcanzarían chacales y hienas; ellos se llevan los huesos y luego no se puede recogerlos -dijo Jian-. Mientras que los buitres comerán solo la carne y limpiarán los huesos para que podamos rociarlos con ocre rojo, envolverlos en lienzos y enterrarlos en nuestros santuarios caseros...

La música y el canto cesaron. Alzando la mano, Zaúr comenzó a hablar, recalcando cada palabra:

-Los Hijos de la Tierra viven tiempos difíciles. El alma del sabio Anhu no encontrará la paz hasta que no vengamos su muerte, al igual que las almas de todos aquellos que perecieron en esta terrible noche.

¿Acaso podemos permitir que los espíritus de nuestros seres queridos estén vagabundeando entre el cielo y la tierra sin poder encontrar la calma? ¡Así que hoy mismo saldremos a la guerra!

Sonaron gritos de aprobación:

- ¡Muerte a las hienas cobardes!

- ¡Hay que acabar con ellos de una vez!

- ¡Ya no se atreverán a meterse en nuestro valle!

Zaúr de nuevo alzó la mano y todos callaron.

-Ahora quiero dirigirme a los jóvenes forasteros. Los Hijos de la Osa vinieron a pedirnos ayuda y los comprendo muy bien. Ni

siquiera preguntaré a estos dos Osos si van a la guerra con nosotros. Otra cosa son los amigos de mi hijo mayor que han llegado de la estepa. Llegaron a nuestras tierras para cambiar la sal por el hielo negro como les había prometido Jian.

No estoy reprobando a mi hijo: un acuerdo es un acuerdo, además, nosotros necesitamos sal. Hombres de la estepa, les daremos armas de hielo negro pero ustedes mismos tendrán que decidir si las alzan contra los Hijos de la Caverna o no.

Durante unos minutos los esteparios se consultaron animosamente, luego Dzhar se separó de sus paisanos y con ayuda de Jian se dirigió al jefe de los Hijos de la Tierra:

-Anoche los cavernarios atacaron a los hombres del bosque, mañana pueden hacer lo mismo con nosotros. Además, la joven secuestrada por los enemigos es la mejor amiga de mi mujer. ¿Cómo voy a mirar a Malga a los ojos si permanezco con los brazos cruzados mientras que su compañero está en cautiverio? Nosotros, los guerreros de la estepa, nunca hemos huido de la batalla y no lo haremos ahora.

-Veo que Jian no en vano erraba en lejanas tierras y encontró allá unos compañeros fieles y verdaderos -dijo Zaúr y su rostro por primera vez en todo este tiempo se alumbró con una moderada sonrisa-. Bueno, vamos a prepararnos para la guerra y dejemos a las aves sagradas llevar al cielo la carne de nuestros seres queridos.

Gruesas gotas de agua corrían del pedregoso techo de la caverna y con un chasquido sordo caían al suelo. Naya las seguía con la mirada apagada e indiferente. Acostada sobre las pieles, Alda dormitaba con los ojos semicerrados pero, como siempre, estaba dispuesta a levantarse para defender de cualquier peligro a sus amigas y a sí misma. Eila, quien a pesar de todo no había perdido su curiosidad, miraba de soslayo a los Hijos de la Caverna, reunidos alrededor de la fogata.

Observándolos, la joven pensaba: "¡Qué lúgubre y aburrida es su vida!" En realidad, esta gente no conocía otras viviendas además de las frías y húmedas cavernas que disputaban a los osos, leones y hienas; unas veces aguantaban hambre, otras, se llenaban sin pensar en reservas para el futuro. No sabían coser pieles y sólo se envolvían en ellas cuando sentían frío; el resto del tiempo se encontraban a gusto sin atavío alguno. Hasta su habla se parecía más al gruñido y aullido de las fieras que al lenguaje articulado.

Sin embargo, eran hombres y no animales. Sabían encender y mantener el fuego, apreciaban su vivificante calor y asaban carne sobre las piedras calientes. Sabían fabricar de madera toscos tazones y tallar la piedra para sus armas y utensilios, muy lejanos de la perfección. Pero era una gente muy extraña. Sólo ahora Eila pudo comprender las palabras de Jian acerca de que los Hijos de la Caverna no se parecían en nada a otras tribus. No deseaban asimilar ninguna innovación, ni tener contactos con los vecinos, ni buscar compromisos con sus enemigos. Agarrándose de sus costumbres antiguas, quedaron desplazados a las inhóspitas montañas y se extinguían lentamente sin comprenderlo...

-Si no salgo de esta maldita caverna aunque sea por poco tiempo, moriré asfixiada con este hedor -se quejó Naya, interrumpiendo los pensamientos de Eila- ¿Por qué esas hienas no nos dejan salir por un rato?

Las prisioneras ya habían perdido la noción de tiempo: en la caverna siempre reinaba la oscuridad y sus habitantes llevaban una vida tan desordenada que era imposible determinar si era de día o de noche. Mientras unos dormían, otros tallaban piedra, zurraban pieles o cuidaban el fuego, así que siempre alguien se encontraba despierto. Después del suceso con el tizón, el jefe de los cavernarios no se acercaba a las prisioneras y no permitía a sus paisanos molestarlas.

Sin embargo, Alda era mucho más experta y sagaz que sus compañeras de desgracia, no se engañaba con esperanzas inútiles y comprendía muy bien que los Hijos de la Caverna simplemente decidieron darles tiempo para acostumbrarse y tarde o temprano reanudarían sus pretensiones. Los cavernarios raptaban a las mujeres únicamente para incrementar su tribu con nuevos hijos y por eso Alda siempre estaba atenta y aconsejaba a las muchachas que se mantuvieran juntas.

Aunque los Hijos de la Caverna peleaban entre sí sin ningún pretexto y sin escrúpulos arrastraban de los cabellos a sus mujeres, nadie pegaba a las prisioneras, y era, en una gran parte, el mérito de Alda. Esta mujer joven, tierna y aparentemente frágil poseía una fuerza misteriosa y su mirada irradiaba una tranquilidad tan inmutable que era capaz de perturbar incluso a un ser tan tosco como el jefe de los cavernarios.

-... Sí, estaría bien refrescarnos un poco -dijo Alda. La joven se levantó, se acercó a la fogata, se detuvo frente al jefe de los Hijos de la Caverna y comenzó a explicarle algo, gesticulando animadamente. El hombre la escuchaba con atención; al parecer, tenía algo de miedo frente a esta mujer pequeña, valiente y firme.

Pronto Alda se volvió hacia sus compañeras.

- ¡Vamos, se puede!

Después de la oscuridad de la caverna, el sol parecía sorprendentemente brillante y cegaba los ojos.

- ¡Qué bello es todo! -exclamó Naya, extendiendo las manos hacia el deslumbrante azul del cielo- ¡Cuánto me gustaría volar lejos de estas malditas hienas!

-No es nada fácil -suspiró Alda.

Realmente, el jefe de los cavernarios no era tan tonto para dejar a las prisioneras sin custodia alguna.

Junto con ellas, de la caverna salieron varias mujeres que no les quitaban los ojos de encima y gritaban con descontento si alguna de las jóvenes se apartaba, según les parecía, demasiado lejos del grupo.

Ante todo, Eila miró a su alrededor tratando de determinar por lo menos aproximadamente en qué dirección se encontraba el poblado más cercano de los Hijos de la Tierra. Sin embargo, las montañas boscosas, coronadas por la nieve, le parecían casi iguales

y Eila se sintió completamente perdida en ese laberinto de rocas, quebradas y cavernas. ¿Acaso tendré que vivir en este frío y humedad hasta la muerte? ¿Por qué los Hijos de la Caverna no me mataron de una vez, junto con Dirk? ¡Una muerte rápida es mucho más agradable que este marchitamiento desesperado y lento! Jian, ¿dónde estás? ¿Por qué no vienes a liberarme? Eila apenas pudo contener sus lágrimas...

Cerca de la caverna corría un arroyo. Al ver sus aguas transparentes y puras, el rostro de Naya se puso radiante de alegría y, olvidando por un instante todas sus penas, la muchacha corrió hacia la orilla, sin prestar atención a los estridentes gritos de las Hijas de la Caverna.

- ¡Vengan! -llamó la joven a sus amigas.

Eila se inclinó sobre el agua pero en ese momento una niebla extraña veló sus ojos. Sintiendo un fuerte mareo, la joven se recostó sobre la hierba.

Naya le salpicó agua en la cara.

- ¿Qué te pasa? -preguntó con zozobra-. Te ves muy pálida...

-Es un mal pasajero -Alda sonrió con astucia-. Primero tenías náuseas y ahora casi te desmayas... Dime, Eila, ¿es hijo de Jian?

Eila asintió con un ligero movimiento de cabeza. Antes ella también sospechaba de su estado y ahora, cuando todo se hizo evidente para otras personas, ya no tenía ninguna duda. Sin embargo, no sintió alegría.

Naya suspiró con alivio:

- ¡Qué bien que mis maldiciones no se cumplieron! Yo lo dije en un momento de arrebató y en realidad nunca quise que los dioses privasen a Jian de descendencia. ¿Y si la Madre Tierra se enfurece conmigo yo jamás podré concebir?

-La Gran Madre es justa y perdona a todos los que se arrepienten a tiempo -Alda con un gesto consolador acarició el hombro de Naya y de nuevo se dirigió a Eila: - ¿Y tú por qué estás triste? Los niños son el don más grande de la Madre Tierra y tienes que agradecerle por haber bendecido tu unión con Jian.

-Yo no quiero que mi hijo llegue a temblar de frío en esta maldita caverna y a pelear con otros chicos por huesos roídos -con dolor en la voz pronunció Eila- ¿Acaso vale la pena nacer para tal vida?

- ¡No pienses así, porque la Gran Madre puede castigarte con un parto difícil y doloroso! -replicó Alda con fervor-. Nos liberarán mucho antes de que nazca tu hijo. Mejor piensa, cuánto se alegrará Jian cuando pueda alzarlo en sus brazos y llevarlo al santuario de la Madre Tierra para darle nombre, lo que no pudimos hacer Zaúr y yo con nuestro pobre chiquillo...

Alda calló y tapó con la mano sus ojos humedecidos. En el zarzal en la otra orilla del arroyo sonó un susurro extraño. Las Hijas de la Caverna prorrumpieron en gritos desgarradores y los hombres salieron de su refugio, blandiendo mazas y lanzas. "¿Serán los nuestros?" -con esperanza pensó Eila, pero su alegría resultó prematura. Del matorral salió un muchacho de unos quince años

-flaco, desgarrado, de cabellera sucia, con un pedazo de piel enmugrecido alrededor de su cintura.

Temblándole con todo su cuerpo, respiraba con dificultad y a cada instante volvía la cabeza hacia atrás.

El jefe de los cavernarios lo llamó con un gesto de impaciencia. El joven comenzó a hablar, manoteando, lanzando saliva y girando los ojos.

- ¡Qué pena que no podemos comprender nada! -exclamó Eila.

-Debe ser el mensajero de algún clan vecino -supuso Alda-. Al parecer, trajo alguna noticia importante, miren, como todos comenzaron a trajinar...

En realidad, la noticia traída por el muchacho, al parecer, no era nada buena. Un miedo no oculto desfiguró las feroces facciones del jefe quien comenzó a gritar algo estridente e imperioso. Acatando sus órdenes, varios hombres agarraron sus armas y, guiados por el joven mensajero, desaparecieron tras los matorrales. Todos los demás empacaban en bultos de pieles sus pertenencias poco numerosas.

Las mujeres llamaban gritando a sus hijos; los más pequeños lloraban.

Las prisioneras miraban todo ese alboroto con perplejidad. A Eila se le ocurrió la idea de aprovecharse de aquel trajín y tratar de escapar del cautiverio pero en ese momento una de las cavernarias,

como descubriendo la intención de la muchacha, la golpeó en la espalda, empujándola hacia la entrada. A Naya y Alda las trataron de la misma manera. Acostumbradas a recibir patadas y coscorrones de sus maridos, las Hijas de la Caverna parecían felices de desahogarse con las prisioneras por sus propias ultrajes y humillaciones.

Solo ahora Eila prestó atención a un agujero en una de las paredes de la caverna. Uno tras otro, los Hijos de la Caverna entraban en la oscuridad y desaparecían.

- ¡Un paso secreto! -exclamó Naya.

-Parece que nuestros guerreros ya están cerca -rápidamente habló Alda-.

Chicas, si los cavernarios nos llevan a través de ese paso, los nuestros ya no podrán rescatarnos. Es así como muchas Hijas de la Tierra desaparecieron sin rastro...

El jefe de los cavernarios con un gesto ordenó a las prisioneras seguir a sus paisanos.

-No nos moveremos de aquí -con firmeza dijo Alda, mirándole directamente a los ojos.

El Hijo de la Caverna alzó su puño con aire amenazador pero Alda no tembló y no apartó su mirada. El jefe retrocedió pero uno de los cavernarios se acercó con una sonrisa siniestra y hundió su cuchillo en la espalda de la joven.

Sin gritar ni gemir, Alda se desplomó suavemente, con los ojos abiertos, contemplando por última vez la pedregosa bóveda de la caverna. Con un rugido de furia, el jefe de los cavernarios se abalanzó contra el asesino y le dio un puñetazo en la cabeza tan fuerte que el desgraciado voló a un lado, dio varias vueltas y cayó al suelo.

Naya con un grito de horror se apretó contra Eila, quien parecía petrificada al ver algo tan terrible.

Volviendo en si después de su ataque de rabia, el jefe, con fuerza, empujó a las muchachas hacia la oscuridad de la entrada al subterráneo. Las dos lo obedecieron en silencio, después de haber visto el cruel destino de su compañera.

La caverna quedó vacía. El jefe no siguió a su tribu. Durante un tiempo permaneció inclinado sobre el cuerpo de Alda, escudriñando el rostro de la joven que incluso después de la muerte había conservado su belleza y la expresión de un orgullo inquebrantable; el hombre emitió un grito desgarrador y alzó su puño, amenazando a algún enemigo invisible.

Durante todo el día el ejército de Zaúr avanzó rápidamente, permitiéndose de vez en cuando breves descansos. No

acostumbrados a recorrer las montañas, Zorg, Targ y los esteparios se cansaban más que otros guerreros pero trataban de ocultarlo.

- ¿Cómo Zaúr sabe hacia dónde hay que ir? -preguntó Zorg en uno de los descansos-. Yo no veo aquí ningún rastro...

-Los dioses siempre le indican el camino cierto -contestó Jian y calló enseguida.

Zorg lo miró con asombro. Hasta el momento Jian y sus paisanos le parecían personas alegres, habladoras y nada belicosas, pero ahora habían cambiado por completo. Sus finos rostros se tornaron firmes y duros y sus negros ojos, al perder su habitual suavidad, se encendieron con un brillo siniestro igual que los cuchillos, hachas, puntas de lanzas y flechas de hielo negro.

Los pacíficos labradores se convirtieron en unos vengadores despiadados.

Delante de los guerreros corrían los perros, lo que permitía a los hombres avanzar aún más rápido: los animales con su magnífico olfato no podían omitir una posible emboscada de los cavernarios. Una vez los perros se detuvieron y ladraron. Los Hijos de la Tierra se inquietaron al instante y cubrieron sus cabezas con cascos de madera. Jian aconsejó hacer lo mismo a los Osos y a los esteparios. No era una precaución excesiva: los Hijos de la Caverna tiraban piedras con una precisión sorprendente y siempre trataban de apuntar a la cabeza de su enemigo.

Sin embargo, esta vez fue una falsa alarma: los perros solamente encontraron una caverna vacía y abandonada. Echándole

una ojeada, Zorg analizó un montón de cenizas ya frías, trozos de obsidiana, huesos y jirones de pieles desparramados por el suelo.

-Los Hijos de la Caverna abandonan sus viviendas cuando adentro se acumulan tantos desperdicios que el hedor se hace insoportable -explicó Jian.

Zorg escudriñaba en silencio aquel refugio rocoso y no podía imaginar cómo se podía vivir en ese frío y humedad. No era extraño que las prisioneras no sobrevivieran allí por mucho tiempo...

Los guerreros pasaron la noche junto a la caverna abandonada. Los centinelas vigilaban la oscuridad, atentos a cualquier sonido sospechoso, pero los Hijos de la Caverna no aparecieron. En la madrugada el grupo continuó su marcha y avanzó durante una hora más hasta que los perros pararon junto a un plátano frondoso al borde de un claro y ladraron con rabia.

-Es una emboscada -dijo Zaúr con seguridad y en voz apenas audible transmitió la orden de rodear el claro.

Uno de los perros aulló lastimosamente, golpeado por una piedra tirada desde un árbol. Los Hijos de la Tierra respondieron con una lluvia de flechas de sus arcos de largo alcance. Sonó un grito desgarrador y dos cuerpos pesados, rompiendo las ramas, cayeron sobre la tierra.

- ¿Acaso fueron solo dos? -preguntó Zorg, sacando de la aljaba una nueva flecha.

-No -negó Jian-. Estas hienas son muy cobardes y nunca hacen sus emboscadas menos de cinco.

Por orden de Zaúr unos cuantos Hijos de la Tierra desaparecieron en la espesura del bosque. La bulla en la copa del árbol cesó: los Hijos de la Caverna se escondieron tras el grueso tronco lo que les garantizaba una relativa seguridad de las flechas. Sin embargo, el silencio duró mucho. Los Hijos de la Tierra salieron del bosque, cargados de grandes manojos de ramas secas, las arrojaron al pie del árbol y las encendieron. Los Hijos de la Caverna no percibieron a tiempo a los incendiarios, pero cuando de la fogata brotó un humo denso, de la altura del árbol de nuevo sonó un grito y varias lanzas cayeron al fuego. Pero esta maniobra solo empeoró la situación, pues el ramaje revuelto se encendió aún más. Para no asfixiarse con el humo, los cavernarios comenzaron a subir a la cima del árbol donde las ramas eran mucho más ralas. Cuando tras las hojas aparecieron unos cuerpos oscuros, los Hijos de la Tierra de nuevo alzaron sus temibles arcos de largo alcance. Uno de los cavernarios cayó a la tierra; otro quedó colgado entre las ramas cabeza abajo y, atravesado por numerosas flechas, parecía un enorme puerco espín. El último saltó de la altura de varios metros y se echó a correr pero los perros lo alcanzaron en unos saltos y lo tumbaron a la hierba. Sonó el chasquido de las temibles fauces y el alma del cavernario voló tras las de sus compañeros en un instante.

Zaúr acercó a sus labios una trompeta de concha marina, reuniendo a sus guerreros dispersos por el bosque.

Para asegurarse definitivamente que en la emboscada no había más enemigos, Jian y Ngor subieron al árbol y arrojaron a la fogata unas lanzas y mazas atrancadas entre las ramas.

La primera batalla fue ganada sin pérdidas, pero los Hijos de la Tierra no festejaron aquella victoria y no elogiaron a sus espíritus protectores. A diferencia de las tribus del bosque y de la estepa, ellos no percibían la guerra como una solemne ceremonia, sino como algo habitual y poco agradable.

El ejército continuó su marcha. Cuando el bosque enralecíó, Zaúr se detuvo, prestando oído a un fuerte golpeteo que sonaba tras los árboles. El jefe de los Hijos de la Tierra envió adelante a Jian y a dos guerreros más. Los exploradores se arrastraron con destreza cuesta arriba y pronto regresaron con la noticia que los cavernarios habían cerrado el paso hacia sus viviendas, atrancando el sendero con grandes peñascos.

Al recibir tal informe, Zaúr decidió dividir a sus guerreros en tres grupos: uno de ellos, bajo el mando de Jian, se dirigió al norte tras los matorrales, el otro, abriéndose cautelosamente camino entre las rocas, al sur. Ambos grupos tenían que atravesar corriendo la franja despejada y luego, avanzando a lo largo del precipicio rocoso, acercarse a las cavernas. Mientras tanto las fuerzas principales, encabezadas por el mismo Zaúr, siguieron la marcha hasta el límite del bosque y se ocultaron entre los matorrales, esperando la llegada de los dos grupos de flanco.

Los Hijos de la Caverna trabajaban con diligencia, construyendo el muro de piedras. Al confiar en su emboscada, ellos no pusieron centinelas y no percibieron como se acercaban los enemigos.

Al notar que ambos grupos de flanco cumplieron exitosamente con su tarea y ya se encontraban cerca de las cavernas, Zaúr tocó su trompeta anunciando el ataque.

Sus guerreros corrieron hacia el muro, del cual se asomaron las cabezas de los cavernarios. Contra los atacantes volaron lanzas y piedras, varios Hijos de la Tierra cayeron muertos, pero los demás respondieron con toda una granizada de flechas mortíferas. En este momento ambos grupos de flanco atacaron a los cavernarios por la espalda, distraendo al enemigo y permitiendo a los guerreros de Zaúr escalar el muro.

Comenzó el combate cuerpo a cuerpo. La lucha no fue larga pero si encarnizada. Rodeados por todas partes, los Hijos de la Caverna peleaban con la desesperación de los condenados a muerte, combatiendo no solo con mazas, lanzas y hachas, sino también con sus propios dientes y uñas.

Formando un círculo, los cavernarios blandían con exasperación sus hachas y mazas, logrando partir las cabezas de varios Hijos de la Tierra pero finalmente todos cayeron muertos bajo la lluvia de lanzas y flechas. Una muchedumbre furiosa pero desordenada resultó impotente ante las filas alineadas de los Hijos de la Tierra.

Terminado el combate, los guerreros de Zaúr se lanzaron hacia las cavernas, arrastrando de la oscuridad a aquellas pocas mujeres y niños que no habían logrado huir a las montañas y matándolos a todos con un preciso golpe en la cabeza.

Tal crueldad chocó a Zorg; el joven frunció el ceño y se volteó.

- ¿Ahora comprendes por qué no me gusta guerrear? -dijo Jian quien no participaba en aquella matanza pero tampoco hacía nada para detenerla.

-No pude imaginar que tus paisanos fueran tan crueles  
-contestó Zorg- ¿Para qué matar a los niños?

-Los niños crecerán y luego tratarán de arrebatarnos el valle a nuestros hijos -los negros ojos de Jian se encendieron.

- ¡Qué todos los cavernarios se revienten hoy mismo y nadie lo lamentará! -gimió Targ. El joven se encontraba sentado sobre un trozo de roca y su pálido rostro se arrugaba de dolor.

- ¿Te hirieron? -preguntó Jian.

-Alguna de estas bestias me dio un mazazo en el hombro. Afortunadamente no fue en la cabeza.

Jian palpó cuidadosamente el hombro de Targ quien no pudo contener el grito de dolor.

-Parece que tienes tu clavícula rota -se alarmó Jian.

Zorg desató su cinturón y con ayuda de Jian hizo un cabestrillo, inmovilizando el brazo de Targ. El dolor se calmó pero Targ ya no podía combatir.

-Veo que estos cavernarios son valientes sólo en incursiones y emboscadas -dijo Dzhaz acercándose. Aunque él y sus paisanos lucharon en las primeras filas, todos salieron ilesos de su primer enfrentamiento contra aquel nuevo enemigo.

Mientras tanto los Hijos de la Tierra seguían examinando las cavernas. A su encuentro salieron corriendo varias prisioneras -desgreñadas, andrajosas, cubiertas de hollín de las fogatas. Las pobres mujeres lloraban de alegría lanzándose a los brazos de sus libertadores. Las dos jóvenes que se arrojaron al cuello de Zaúr; eran las hermanas de Alda.

- ¿Dónde está mi esposa? -con voz temblorosa preguntó el sacerdote supremo - ¿Y Naya, y la forastera?

Sin embargo, ambas mujeres sólo lloraban sin poder decir nada inteligible. Zaúr frunció el ceño pero en ese momento su atención la atrajo un grito desgarrador acompañado por el ladrido ensordecedor de un perro. Era un cavernario joven, delgado y casi desnudo, temblándole todo su cuerpo, apretándose contra una roca, atacado por un enorme perro enfurecido.

El animal tenía la intención evidente de clavar sus colmillos en la garganta del prisionero pero no podía alcanzarlo porque Ngor con fuerza sostenía en sus manos la correa amarrada al collar del perro.

El cavernario giraba sus ojos y gritaba algo agudo, al parecer, maldiciones, pero al ver a Zaúr quedó callado y cayó a sus pies, como comprendiendo que estaba ante el jefe supremo de sus enemigos.

-Ngor, haz callar a tu perro -con tono imperioso ordenó Zaúr.

-Cállate, Trueno -Ngor rascó al perro tras las orejas y el animal gruñendo se acostó junto a los pies de su joven amo.

Zaúr agarró el hombro del prisionero y lo levantó de un tirón. El muchacho se estremecía; por su rostro corrían lágrimas gruesas dejando huellas claras sobre sus sucias mejillas.

-Padre, ¿por qué no lo matas de una vez? -exclamó Jian con fogosidad.

-Espera, no te enardezcas -la voz de Zaúr era firme e inmutable como siempre-. Este chico no gritaba en vano. Parece que tiene algo que decirnos.

- ¿Comprendes la lengua de estas bestias? -susurró Zorg al oído de Jian.

-Un poco, no tan bien como mi padre. El prisionero gritaba que no deberíamos alegrarnos porque muchos Hijos de la Caverna huyeron a las montañas llevando consigo a nuestras mujeres a las cuales no veríamos jamás -contestó Jian.

- ¿Y adónde corrieron tus paisanos? ¿Dónde esconden el resto de nuestras mujeres? ¡Habla! -diciendo esto, Zaúr sacudió por los hombros al joven cavernario- ¿Estaba con ellos una muchacha cuyos cabellos brillaban como el sol?

Para darle más evidencia a su pregunta, Zaúr llamó con un gesto a Zorg y rozó los cabellos del joven.

El Hijo de la Caverna sacudió su sucia cabellera y comenzó a hablar rápidamente, acompañando sus palabras con ademanes expresivos.

- ¿Qué es lo que dice? -exclamó Zorg con impaciencia.

-Que vio entre las prisioneras a una muchacha distinta a todas y muy parecida a ti -tradujo Zaúr-. Pero no está aquí, la tiene otro clan: los hombres de la Alta Caverna. Junto con Eila este muchacho vio a dos mujeres más. Al parecer, son Alda y Naya... Este prisionero se quedará con nosotros y nos mostrará el camino hacia la Alta Caverna.

- ¿Y si nos lleva a una emboscada? -preguntó Jian con desconfianza.

-Será peor para él. Estas hienas no son tan estúpidas como parecen -contestó Zaúr y se dirigió a Ngor-: Tú atrapaste a este prisionero y tú te encargarás de él. ¡No le quites los ojos encima y ten cuidado que tu perro no lo devore! -Se lo prometemos, ¿verdad, Trueno? -dijo Ngor acariciando al perro.

El animal inclinó su pesada cabeza como afirmando. Todos los perros de los Hijos de la Tierra eran grandes y vigorosos, pero Trueno superaba a todos por su tamaño, el ancho de su pecho y la fuerza de sus mandíbulas.

... Los Hijos de la Tierra se permitieron solo un descanso muy breve. Muchas mujeres aún permanecían en manos del enemigo. Los guerreros fabricaron camillas para llevar a la ciudad a sus heridos y muertos; junto con ellos partieron todas las mujeres liberadas. Los hombres que recibieron heridas leves tenían que protegerlas de un posible ataque de los cavernarios. Targ al comienzo se oponía, afirmando que podría pelear con una sola mano, pero al fin acató la orden y se fue a la cola de la columna, mirando atrás a cada instante.

A todos los demás guerreros Zaúr los dividió en pequeños grupos de quince a veinte hombres. El mismo sacerdote supremo encabezó el destacamento formado por Jian, Zorg, Dzhar y sus esteparios y Ngor quien llevaba de la correa a su fiel Trueno y no perdía de vista al prisionero.

- ¿No es peligroso separarse en grupos tan pequeños? -preguntó Zorg cuando los guerreros, extendiéndose en cadena, trepaban una cuesta sembrada de rocas y arbustos de enebro-. A un grupo pequeño es más fácil cercarlo y exterminarlo...

- ¿Y si los cavernarios hicieran otra emboscada? -lo apoyó Dzhar.

-Mi padre sabe lo que hace -los tranquilizó Jian quien conocía la táctica de los Hijos de la Caverna mejor que sus amigos-. Estas hienas siempre reúnen a sus mejores guerreros y los mandan a nuestro encuentro para que cubran la retirada de los demás. Ya no habrá otro combate como aquel, pueden estar seguros...

- ¿Y qué hacen ahora todos los demás cavernarios? -curioseó Zorg.

-Están escondiéndose junto con nuestras mujeres. En las montañas hay muchas grietas y cavernas y por eso no podemos acabar con nuestros enemigos de una vez...

- ¡No pueden porque les tienen miedo! -exclamó Chir con un arrogante brillo en los ojos-. Ni siquiera has podido proteger a Eila...

Jian quiso responderle algo pero lo adelantó Zorg:

- ¡Ten cuidado, aquí no eres jefe!

- ¡Tú tampoco estás en tu tierra, hombre del bosque! -no se rendía Chir-. Si yo te encontrara en la estepa, tu cabeza ahora estaría adornando nuestros Túmulos Sagrados...

- ¡Basta! -exclamó Jian-. Resuelvan sus discordias en sus tierras. Ahora todos estamos del mismo lado, hace rato deberían haberlo comprendido.

Chir se enojó pero solo mordió sus finos labios, comprendiendo que Jian tenía toda la razón.

Mientras tanto el prisionero se detuvo en la cima de una montaña y con un gesto señaló hacia abajo, donde crecía un espeso zarzal y cantaba un arroyo invisible.

-Allí se encuentra la Alta Caverna -comprendió Zaúr-. Ahora el prisionero caminará delante.

El cavernario tembló de pies a cabeza y cabeceó negativamente. Ngor lo golpeó en la espalda con el extremo obtuso de su lanza y Trueno gruñó mostrando sus temibles colmillos. El prisionero bajó la cabeza y con pasos inseguros cruzó el arroyo y el matorral. Ahora se encontraba ante la entrada de la caverna.

- ¡Está abandonada! -exclamó Jian con decepción.

En realidad, la caverna parecía vacía. Era evidente que sus habitantes habían huido de prisa llevando consigo solo lo más valioso: en todas partes se veían tiradas pieles, tazones y toscas herramientas. El aire era tan pestilente que Zaúr y todos los guerreros taparon sus narices.

El prisionero quien veía en la oscuridad mejor que todos señaló con la mano hacia un rincón apartado donde yacía el cadáver de una mujer vestida como una Hija de la Tierra. Temblando, con un presentimiento funesto, Zaúr corrió hacia el rincón como un relámpago, se inclinó sobre la difunta y las bóvedas pedregosas se estremecieron del grito lleno de un dolor insoportable:

- ¡Alda-a-a!

Ninguno de los muchachos, incluso Jian, se atrevió a acercarse al sacerdote supremo quien parecía petrificado de pesar y apretaba las heladas manos de Alda sin poder creer en lo sucedido.

Mientras tanto Trueno se erizó y gruñó mostrando sus colmillos. En el fondo de la caverna surgió una sombra extraña.

- ¡Cuidado! -gritó Ngor pero era tarde. El brazo de alguien que parecía salir de la misma pared hundió en la espalda de Zaúr un cuchillo de hielo negro. El sacerdote supremo ni siquiera gritó y cayó sobre el cadáver de su esposa. Sonó una carcajada triunfal y luego, el ruido de pasos como si alguien se alejara del lugar del crimen.

Jian emitió un gemido sordo que parecía salir de lo más profundo de su alma herida, corrió tras el asesino invisible y desapareció como si la pared lo hubiera tragado.

- ¡Aquí hay un paso! -gritó Ngor. El joven quiso correr tras su compañero pero al instante sonó un estruendo terrible y varias piedras grandes cayeron, al parecer, del techo cerrando el paso en la pared.

- ¿Qué será? -con labios entumecidos del susto preguntó Zorg.

-La trampa de los cavernarios -respondió Ngor-. Saben cavar tales pasos para poder escapar. Cuando se sienten perseguidos arrancan de la pared una piedra determinada y todo se derrumba... ¡Pobre Jian!

- ¿Lograría pasar a tiempo? -preguntó Dzhar con esperanza.

Ngor suspiró; alzó entre sus brazos el cuerpo de Alda y salió de la caverna. Los demás jóvenes con un respeto profundo levantaron el cadáver de Zaúr. Junto a la caverna crecía un árbol frondoso y los muchachos amarraron los muertos a sus ramas.

-Luego volveremos -dijo Ngor apenas audible. El sabio Zaúr y su esposa deben yacer en el santuario del Padre Cielo.

Zorg apretaba entre sus dedos el cuchillo de obsidiana dejado en la herida de Zaúr por su asesino. Era la misma arma que había ayudado a Jian a luchar contra el temible uro, luego perteneció a Dirk quien también era un guerrero valiente y digno... ¿Cómo los dioses permitieron que esta noble arma haya pasado a manos de aquel cavernario capaz de asestar golpes traicioneros por la espalda y tramar trampas pérfidas en vez de pelear cara a cara?

- ¿Qué vamos a hacer ahora? -preguntó Dzhar.

Todas las miradas se dirigieron hacia Ngor: después de la pérdida de Zaúr y Jian todos ponían sus esperanzas únicamente en él. Por desgracia, Ngor sabía solo unas cuantas palabras en el dialecto de los Osos y los conocimientos de Zorg en la lengua de los Hijos de la Tierra eran igual de pobres. Sin embargo, los gestos y los dibujos sobre la tierra les ayudaban bastante y los jóvenes podían acordar sus acciones. El prisionero quedó sin custodia pero ni siquiera intentaba escapar: el fiel Trueno no se alejaba del cavernario dispuesto a clavarle sus colmillos en cualquier momento.

Además, la muerte de Zaúr y la desaparición de Jian le causaron al pobre cavernario una impresión tan funesta que un horror oscuro y ciego se apoderó de todo su ser. El muchacho cayó de rodillas, tapando su rostro con las manos; un fuerte temblor corrió por todo su cuerpo huesudo y desgarbado.

Ngor se le acercó de un salto, alzó la cabeza del prisionero con un tirón de cabello y llevó el cuchillo a su garganta. El Hijo de la Caverna cerró los ojos; unas lágrimas gruesas corrían por su rostro.

- ¡No lo hagas, Ngor! -se opuso Zorg.

- ¿Por qué? -se indignó Ngor. Las aletas de su ancha nariz temblaban y sus labios se torcieron en una mueca, descubriendo los dientes que relucían de blancura como los de una fiera - ¡Por este maldito hijo de la hiena perdimos a Jian y Zaúr!

- ¡El mismo Zaúr jamás lo hubiera matado así! -intervino Dzhar-.

Este chico no tiene la culpa, él no sabía nada de esa emboscada en la caverna. Mejor pregúntale hacia dónde conduce el paso secreto.

Ngor bajó su cuchillo de mala gana e intentó traducir la pregunta a la lengua de los cavernarios. El prisionero arrancó del arbusto una rama y comenzó a dibujar algo sobre la tierra.

-El paso conduce a la cuesta opuesta de la misma montaña -comentó Ngor, examinando el dibujo- ¿Los hombres de la Alta Caverna se fueron para allá? ¿Las prisioneras estaban con ellos?

El prisionero asintió en silencio.

- ¡De no ser por este maldito derrumbe los alcanzaríamos al instante! -exclamó Chir, golpeándose las rodillas con enfado.

-Tenemos que rodear la montaña -dijo Zorg-. Seguramente encontraremos algún rastro, pues los cavernarios no pueden volar. Pero, ¿qué vamos a hacer con el prisionero? Ya no se sostiene en pie del miedo y solo nos demorará...

- ¡Hay que matarlo! -exclamó Ngor, de nuevo llevando el cuchillo a la garganta del cavernario.

- ¡No! -Zorg agarró la mano de Ngor, el cuchillo cayó sobre la hierba-. El prisionero nos ayudó como pudo, déjalo libre.

- ¿Y Zaúr, y Alda? ¡Tengo que vengar su muerte! -no se rendía Ngor.

-Lo haremos de otra forma, en un combate abierto -dijo Zorg-. Ahora somos diez contra uno, ¿acaso vamos a asemejarnos a los Hijos de la Caverna lanzándonos todos contra un hombre desarmado? Ni Zaúr, ni Neil lo harían nunca...

Durante unos minutos Ngor vaciló; su sombría mirada reflejaba una fuerte lucha interna.

- ¡Bueno, vete! -por fin pronunció el joven, dando una fuerte palmada en la espalda del prisionero-. Lo hago porque en mis venas también corre la sangre de los Hijos de la Caverna. ¡No olvides decir a todas las hienas de tu jauría que no se acerquen jamás a nuestro valle!

El prisionero se levantó tambaleándose y mirando a todos lados como un animal acosado. Al parecer, no podía creer en su salvación y solo cuando Ngor, Zorg y los esteparios se voltearon dándole a entender que no le clavarían ninguna flecha en la espalda, se echó a correr con tanta rapidez que de sus pies descalzos se desprendían pedazos de lodo seco. Con un rugido amenazante Trueno quiso correr tras el prisionero pero Ngor detuvo al perro con un grito brusco e imperioso.

A Eila y Naya les parecía que habían avanzado por aquel paso oscuro durante una eternidad, ya erguidas, ya hechas un ovillo, golpeándose la cabeza contra la bóveda baja, desgarrándose rodillas y codos. Ambas muchachas no tenían ningún deseo de seguir a los cavernarios no se sabe adónde pero aún más grande era el miedo de perderse en la oscuridad, por eso avanzaban con obediencia y cuando adelante brilló una pálida luz, las dos suspiraron con alivio.

Al salir del subterráneo, los Hijos de la Caverna camuflaron cuidadosamente la salida con frondosas ramas de hiedra. Aprovechándose del momento, Naya rompió una rama del zarzal. Adivinando su intención, Eila se quitó furtivamente la pulsera y la dejó junto a la rama rota. Al parecer, los cavernarios no percibieron nada y, sin permitirse ni siquiera un breve descanso, continuaron la marcha.

Subían más y más arriba. Los árboles y los matorrales enralecían, sustituidos por pedregosos eriales donde crecía únicamente el brezo, cuyas flores púrpuras flameaban como carbones encendidos. A los pies de los caminantes a cada instante saltaban liebres asustadas y volaban perdices. El aire se hacía más y más fresco, aunque el sol brillaba igual que antes.

- ¿Adónde nos llevarán? -susurró Eila al oído de Naya.

-A alguno de sus refugios secretos, donde los nuestros no puedan encontrarnos.

Aunque las montañas parecían completamente desiertas, los Hijos de la Caverna se veían intranquilos y suspicaces. A cada instante los hombres se reunían en pequeños grupos que, ya se

atrasaban de la columna para asegurarse de que el enemigo no les perseguía, ya se adelantaban para explorar el camino. Sin embargo, uno o dos guerreros siempre quedaban vigilando a las prisioneras.

-Si no escapamos ahora, luego no podremos hacer nada  
-susurró Naya.

-Hay que esperar un momento preciso -con voz baja asintió Eila.

Tal momento no se hizo esperar mucho. El sol aún no había llegado al cenit cuando llegó corriendo un hombre de la retaguardia. Por su respiración entrecortada y gestos nerviosos las muchachas comprendieron que había sucedido algo importante.

-Parece que los nuestros siguen el rastro -se alegró Naya.

Eila observaba atentamente a los cavernarios. Todos los hombres volvieron hacia atrás siguiendo al mensajero mientras que las mujeres y los niños continuaron la marcha. En toda la columna quedó un solo hombre armado: al parecer, los Hijos de la Caverna decidieron que sería suficiente para custodiar a las prisioneras.

-Hay que distraerlo -balbuceó Naya y de pronto, tropezando contra una piedra, cayó a la hierba: - ¡Ay, mi pierna! ¡Oh, Gran Madre Tierra, qué dolor!

La columna se detuvo. Naya gritaba con una voz tan desgarradora que Eila no podía comprender si todo era una simulación o no.

El guerrero que custodiaba a las muchachas se arrodilló junto a Naya y palpó su tobillo, pero la joven gritó con tanta fuerza que el cavernario apartó su mano. Su lanza de madera yacía sobre la hierba y para Eila fue suficiente solo alargar la mano para agarrar el asta.

"Nosotras, las mujeres, también tenemos que aprender a manejar las armas porque un hombre dispuesto a defenderte no siempre llega a tiempo" -recordó Eila las palabras de su madre. Como toda una hija del bosque, Eila manejaba lanzas y flechas bastante bien para poder cazar una liebre, un urogallo o una ortega e incluso para alejar de la despensa a un lobo insolente pero nunca en su vida había alzado su arma contra un hombre. La guerra no es asunto femenino y Eila así lo creía hasta el último momento...

Naya gemía y arrugaba su cara mientras que el Hijo de la Caverna sobaba el tobillo de la muchacha. Era el momento preciso y Eila se decidió. La lanza era pesada, la joven la levantó con ambas manos y, echándose sobre el asta con todo el peso de su cuerpo, la clavó en la espalda del cavernario. El hombre se desplomó y quedó inmóvil.

Eila parecía petrificada. Sus manos todavía apretaban la lanza y su rostro era blanco como la nieve. Hasta para un hombre que es guerrero de nacimiento no es nada fácil matar a su primer enemigo y más insoportable aún para una mujer, una futura madre cuya predestinación es traer al mundo la vida y no la muerte.

Sin poder dominar su horror, Eila cayó de rodillas tapándose el rostro con las manos.

Las Hijas de la Caverna gritaban y manoteaban con aire amenazador, dispuestas a destrozar a la forastera que había asesinado a uno de sus paisanos. Pero en este momento Naya, olvidándose de su tobillo dislocado, se levantó de un salto, corrió hacia el cavernario muerto y arrancó un cuchillo de su cinturón.

- ¡Atrás, hienas! -sonó su voz sorprendentemente firme y llana.

Los oscuros ojos de Naya, alumbrados por un brillo salvaje, eran hermosos y siniestros a la vez; el viento hacía volar sus largos cabellos negros. Blandiendo el cuchillo, la muchacha parecía una encarnación viva de la venganza y la temeridad. Las miedosas Hijas de la Caverna quedaron inmóviles pues nadie quería recibir una puñalada de la prisionera enfurecida. Aprovechándose de la turbación de la cavernarias, Naya sacudió a Eila por los hombros. Liberándose de su letargo, Eila se puso en pie y de nuevo alzó la lanza.

Apuntando sus armas, las muchachas lentamente, paso a paso, se alejaron de las Hijas de la Caverna hasta que las ocultó una roca. De allí se echaron a correr cuesta abajo, sin distinguir el camino y, al darse cuenta de que nadie las perseguía, se detuvieron al borde de un brezal.

- ¿Cómo estás? -preguntó Naya jadeando.

- ¿Y tú? ¿Cómo pudiste correr con tu tobillo dislocado? -se sorprendió Eila.

De pronto Naya se rió, sacudiendo la cabeza.

-Tú... ¿Tú también me creíste? -exclamó ahogándose de la risa.

La sonora risa de Naya era tan contagiosa que Eila también dio una carcajada. Las dos se abrazaban, saltaban, reían y lloraban al mismo tiempo, embriagadas por la libertad.

- ¿Qué haremos ahora? -preguntó Eila cuando terminó aquel ataque de alegría.

-Hay que bajar hasta el bosque -contestó Naya-. Allá no nos encontrarán tan fácilmente como en estos eriales.

Las muchachas se encaminaron cuesta abajo, mirando cautelosamente a todos lados. Pronto llegaron al lindero del bosque pero un rumor sospechoso en las espesura las hizo temblar. Por suerte encontraron un roble enorme con una copa frondosa y un tronco grueso envuelto en numerosas lianas. Sin ponerse de acuerdo, las jóvenes con agilidad de ardillas treparon al árbol agarrándose de las lianas y se ocultaron entre las ramas.

De la espesura del bosque salieron varios Hijos de la Caverna armados de lanzas y mazas. Apiñándose bajo el roble, comenzaron a consultar algo en voz alta pero las muchachas no podían comprender ni una palabra. El moreno rostro de Naya se puso gris; la joven mordió sus labios con tanta fuerza que brotaron unas gotas de sangre.

Eila había recordado involuntariamente los árboles deshojados en medio de la estepa congelada y una jauría de lobos hambrientos.

Por suerte, la reunión no duró mucho; los cavernarios se dividieron en dos grupos y se marcharon en direcciones contrarias. Sin embargo, incluso cuando los guerreros desaparecieron tras los matorrales, Eila y Naya permanecieron en el árbol sin atreverse a bajar: el miedo de caer nuevamente en manos del enemigo era demasiado grande.

-Afortunadamente no tienen perros -suspiró Naya con alivio.

- ¿Nos buscan a nosotras? -preguntó Eila.

-No lo creo. ¿De dónde van a saber que tú y yo escapamos? ¿No te parece que están muy preocupados?

Eila asintió.

-Entonces, los nuestros deben estar cerca -se animó Naya-. Tenemos que buscarlos. Hay que seguir bajando la cuesta.

- ¿Y si nos ven los cavernarios? ¿Si caemos en una emboscada?

-Entonces, sería mejor morir como Alda -dijo Naya y la profunda oscuridad de sus ojos la alumbró un brillo funesto- ¡Ya no les dejaré encerrarme en alguna de sus malditas cavernas!

-Yo tampoco -contestó Eila- ¡Qué pena que tengamos sólo una lanza y un cuchillo para las dos! Si tuviéramos por lo menos un arco con flechas...

Las muchachas se deslizaron por el tronco como dos sombras ligeras y se internaron en el bosque.

22

-Es la salida del subterráneo -dijo Ngor y, apartando con su lanza las ramas de hiedra que tapaban la abertura entre las rocas, gritó a la oscuridad: - ¡Jian! ¡Jian!

Le respondió sólo el eco.

-Tenemos que seguir adelante -dijo Zorg-. Si Jian hubiera salido vivo de esta caverna, nos hubiera esperado aquí.

- ¿Y si está vivo pero herido y atrapado? -replicó Ngor, quien a pesar de los gestos preventivos de sus compañeros entró decididamente en la oscuridad acompañado por su fiel Trueno.

-Ojalá no suceda otro derrumbe -con zozobra pronunció Dzhar.

Todos se apiñaron junto a la salida, escudriñando la oscuridad. Ngor regresó al instante y su rostro afligido no presagiaba nada bueno.

-No pude penetrar lejos pues allí hay un montón de piedras desde el suelo hasta el techo -contestó el joven a las mudas preguntas de sus compañeros-. Jian debe estar bajo el derrumbe y ni siquiera podremos rescatar su cuerpo. ¡Malditas hienas lo

enterraron vivo! Las aves sagradas del Padre Cielo no podrán llevar su alma al cielo y su espíritu quedará atrapado en esta caverna para siempre...

Con una ira impotente Ngor dio un puntapié a una roca. Trueno aulló lastimosamente como comprendiendo el estado de ánimo de su amo.

Zorg sintió un extraño dolor en el pecho. Recordó a Jian, su deslumbrante sonrisa y el brillo desafiante de sus ojos. Para los Hijos de la Osa no era nada más que un forastero, sin embargo, su muerte le dolía a Zorg igual que la pérdida de Neil, Dirk y Sink...

-Jian era un gran guerrero y su espíritu debe ser muy fuerte. Podrá escapar de la caverna y llegar al cielo sin ayuda de buitres.

Además, Jian era hijo de tres tribus a la vez y estará bien acogido en cualquier parte del cielo -dijo Dzhar y se apresuró a apartar su mirada para que los demás no vieran un extraño y húmedo brillo de sus ojos.

- ¡Miren, miren, lo que encontré! -gritó Chir quien se había alejado unos pasos.

Todas las miradas se dirigieron hacia él; sostenía en su mano una pulsera de conchas.

- ¿Dónde la encontraste? -se animó Ngor.

-Aquí, en el zarzal. Miren, esta rama alguien la rompió a propósito -comentó Chir examinando el arbusto.

-Las chicas... -con un vehemente cariño en la voz pronunció Zorg-. Decidieron ayudarnos. El alma de Jian no llegará al cielo hasta que no liberemos a las muchachas.

- ¡Busca, Trueno, busca! -ordenó Ngor, acercando la pulsera al hocico del perro.

Durante unos minutos el animal olfateó la hierba y luego se lanzó adelante con tanta fuerza que Ngor tuvo que tender al máximo la correa. Los demás los siguieron cuesta arriba.

-Así lo pensé, los cavernarios llevaron a las chicas más arriba a la montaña -dijo Ngor corriendo tras el perro.

Los jóvenes llegaron a una cima pedregosa cuando Trueno, deteniéndose, comenzó a ladrar.

- ¿Habrá una emboscada? -se alarmó Zorg.

-No lo creo. Mira a Trueno y lo comprenderás -sonrió Ngor.

Realmente, en vez de mostrar los colmillos Trueno movía el tocón de su cola y su ladrido no expresaba amenaza sino más bien alegría.

-Allí hay alguien pero no es un cavernario -dijo Ngor y, como confirmando sus palabras, de detrás de las rocas salieron corriendo Naya y Eila. Llorando de alegría, las muchachas se arrojaron a los brazos de los guerreros.

- ¡Estás vivo, vivo! -exclamó Eila, hundiendo su rostro en el pecho de Zorg- ¡Y yo creía que aquellos malvados habían matado a todos los Osos!

-Buen perrito, nos encontraste antes de lo que creíamos -Naya se inclinó para acariciar la cabeza de Trueno, pero se irguió enseguida como tratando de encontrar a alguien entre los guerreros que se acercaban - ¿Y Jian? ¿Acaso no vino con ustedes?

- ¿Dónde está Jian? -preguntó Eila.

Reinó un silencio deprimente. Ngor apartó su mirada. Zorg acarició los cabellos de su hermana y Eila sintió un extraño temblor.

- ¿Está muerto? -pronunció la muchacha apenas audiblemente.

-Lo enterró un derrumbe -contestó Ngor con dificultad.

- ¡Madre Tierra, yo no lo quería! -sonó la ahogada voz de Naya- ¡Aunque yo lo maldije más de una vez, nunca deseé su muerte!

Los sollozos de Naya encogieron el corazón de Eila. De no ser por los fuertes brazos de Zorg, la joven se hubiese derrumbado. Los rayos del generoso sol doraban las cumbres lejanas pero a Eila le parecía que todo el mundo se había hundido en una eterna oscuridad...

- ¡Los cavernarios! -gritó Dzhar. Jadeando por la precipitada carrera, el joven subió a la cima.

- ¿Dónde? -preguntó Ngor.

- ¡Abajo, al pie de la montaña!

-Parece que se dieron cuenta que los seguimos y decidieron detenernos -rezongó Ngor entre dientes-.Será peor para ellos.

-Ten cuidado, Ngor, hemos visto como esas hienas se dividieron en dos bandas -dijo Naya.

Sin embargo, ninguno de los jóvenes ni siquiera pensó que tal vez fuera prudente evitar aquel combate: no lo permitía el ardiente deseo de venganza que poseía con la misma fuerza a Ngor, a Zorg y a los esteparios. Por suerte, el lugar donde se detuvieron era magnífico para tender una emboscada. Hacia la cima conducía una cuesta pedregosa, paralelamente a la cual se extendía una cresta rocosa que terminaba con un peñasco tras el cual los guerreros ocultaron a las muchachas.

-Los emboscaremos tras la cresta -decidió Ngor.

-Sí, de allí toda la cuesta se ve como en la palma de la mano -consintió Zorg.

Dzhar y sus esteparios se internaron en la maleza cortando ramas espinosas y construyendo a lo largo de la cresta un denso seto. Las muchachas les ayudaban, instalando la barrera al otro lado

de la cima en caso de que la otra banda de los cavernarios se acercara por la retaguardia.

Eila cortaba las ramas, sin hacer caso a las espinas que herían sus manos: este dolor era insignificante en comparación con aquel que desgarraba su alma.

-Te sangran las manos -la joven se estremeció al oír muy de cerca una voz atenta. Sumergida en sus pensamientos, Eila no percibió que Chir se había alejado de sus paisanos y acercado a ella.

-No trates de calmar un dolor causándote otro. Déjame ayudarte -el joven estepario tomó de las manos de Eila el manajo de ramas; sus dedos se encontraron-. Todos mis paisanos llegaron a estas tierras para obtener armas de hielo negro pero yo vine sólo porque todo este tiempo estuve pensando en ti...

La tibia mano de Chir temblaba y en sus ojos centelleaban chispas doradas. Eila liberó su mano de los dedos del muchacho.

-Sí, comprendo que no es la hora -suspiró el joven y su fino rostro se ensombreció-. Pero tarde o temprano tu dolor se calmará, todo se olvidará y...

-No, Chir, no lo olvidaré jamás -pronunció Eila.

-Recuerdo las palabras de mi madre que no está bien robar presas de las trampas del otro cazador. ¿Pero si el cazador está muerto? Sea lo que sea, te esperaré y te juro que siempre serás bienvenida entre los Hijos del Águila. -Chir inclinó con obstinación su cabellera castaña y quiso decir algo más, pero el grito de Ngor desde

la cima de la roca interrumpió la conversación y lo obligó a apostarse tras la cresta junto con otros guerreros.

Los Hijos de la Caverna se acercaron al pie de la montaña, conversaron un rato y se encaminaron cuesta arriba. El cavernario que iba delante ya se encontraba cerca de la cresta, cuando Ngor con un silbido hizo la señal de ataque. El aire se llenó de flechas. Varios cavernarios rodaron cuesta abajo; los demás se ocultaron entre los peñascos y comenzaron a tirar lanzas y piedras, pero resultaron ser armas débiles contra las de sus enemigos.

Los jóvenes seguían disparando una flecha tras otra hasta que toda la cuesta quedó libre de cavernarios, algunos de los cuales rodaron hasta el pie de la montaña, otros quedaron inmóviles entre las piedras y solo unos pocos lograron esconderse tras las rocas y los arbustos. Reinó el silencio: Ngor, Zorg y los esteparios no querían salir de su refugio y caer bajo las lanzas y piedras de los cavernarios los cuales, a su vez, después de su triste experiencia, no se atrevían a subir la cuesta abierta.

Durante todo este tiempo Naya y Eila se encontraron entre las rocas en una relativa seguridad. Por ese lado la subida era abrupta y mucho más difícil, sin embargo, las muchachas, teniendo en cuenta la segunda banda de los cavernarios, permanecían alertas. Sus precauciones no eran inútiles: entre los matorrales bajo la roca apareció un brazo con una lanza apuntada.

- ¡Nos quieren rodear! -gritó Naya y al instante, solo a unos pasos de las muchachas, surgió un guerrero barbudo y desgreñado. Eila y Naya asustadas se echaron a un lado. El cavernario extendió al máximo sus brazos como tratando de atrapar a ambas jóvenes a la vez, pero en este momento Chir con una agilidad realmente felina saltó de la roca y se interpuso entre las muchachas y el enemigo.

El cavernario rugió como un oso y levantó su lanza mientras que Chir tendió el arco. Los silbidos de la lanza y de la flecha sonaron simultáneamente. La flecha se clavó justo en la garganta del Hijo de la Caverna, quien cayó al abismo rompiendo las ramas de los arbustos. La lanza atravesó el costado izquierdo de Chir; el joven se encogió sobre la hierba bajo los pies de las muchachas.

- ¡Sepárense! -mandó Ngor desde la cima de la roca. Su orden fue cumplida inmediatamente: Dzhar y otros dos esteparios se quedaron tras la cresta, mientras que todos los demás se lanzaron a la cuesta opuesta y arrojaron sus flechas contra la otra banda de los cavernarios. De los matorrales salieron gritos de dolor; casi todas las flechas dieron en el blanco. Aquellos pocos cavernarios que lograban acercarse a la roca se atrancaban en el cerco espinoso y fueron rematados con lanzas y hachas.

Las muchachas se inclinaron sobre Chir. Eila colocó la cabeza del herido sobre sus rodillas; Naya arrancó varios jirones de su vestido e intentó vendar el costado de Chir pero la sangre brotaba a chorros y enseguida empapó la tela.

-Eila, lo hice por ti -susurró el herido. El joven tosió, por su mentón corrió un fino hilo de sangre-. Siempre he pensado en ti...

-No hables, Chir, así toserás más -dijo Eila, limpiando la sangre del mentón del muchacho.

El cuerpo de Chir se contorsionó por un nuevo ataque de tos; en un último esfuerzo el joven apretó la mano de la muchacha.

- ¿Te casarías conmigo, Eila? -preguntó mirándola fijamente.

-Sí -con voz temblorosa contestó la joven, acariciando los cabellos del herido.

Los dorados ojos de Chir se apagaron lentamente, como los rayos del sol sobre los Túmulos Sagrados. Murió sonriendo porque entre los brazos de Eila se sentía completamente feliz.

- ¡Debo llevar en mí alguna maldición! -sollozó Eila, tapando con la capa el rostro de Chir- ¡Todos los hombres que quieren estar conmigo se van al País del Sol Poniente!

Naya le abrazó el cuello y no dijo nada.

Mientras tanto los Hijos de la Caverna, colmados de flechas, pensaban únicamente en la fuga y echaron a correr hacia el bosque. Desde la cima de la roca Zorg y Ngor seguían disparando sus arcos de largo alcance y los esteparios, enfurecidos por la muerte de su compañero, corrieron en su persecución. Trueno, que hasta el momento permanecía bajo la protección de las rocas, se unió a ellos con un ladrido ensordecedor. Solo dos Hijos de la Caverna llegaron hasta el lindero del bosque. Dzhar lanzó contra ellos su boleadora, aquella arma probada de los cazadores de la estepa. Ambos cavernarios cayeron enredados con las tiras de cuero; Dzhar y sus paisanos se lanzaron contra ellos como halcones y los ataron en un abrir y cerrar de ojos.

Sobre las montañas reinó un silencio lúgubre.

-Los chacales y las hienas tendrán esta noche un buen festín -dijo Ngor bajando su arco y echando una mirada al espantoso cuadro de la batalla recién terminada.

-Es la venganza que exigían las almas de nuestros seres queridos -pronunció Zorg sordamente.

Ngor le respondió con un ligero movimiento de cabeza y un fuerte apretón de manos.

Los esteparios envolvieron el cuerpo de Chir en una capa y lo enterraron a la orilla de un río pequeño pero torrencial, bajo la protección de escarpadas rocas de granito. Siguiendo las costumbres de todas las tribus de la estepa, sobre la tumba elevaron un pequeño túmulo, en cuya cima degollaron a aquellos dos cavernarios que habían sido atrapados vivos. Eila y Naya lloraban; los hombres guardaban silencio. Ahora, ganada la batalla, todos sentían un enorme cansancio y una profunda tristeza causada no solo por la muerte de Chir sino por la pérdida de todos aquellos que perecieron en esta guerra que no se parecía en nada a las escaramuzas entre las pequeñas bandas de cazadores. Aunque les enseñaron desde la niñez que un hombre no debe mostrar sus sentimientos, ahora ninguno de los jóvenes trataba de ocultar su pena.

-Chir, Hijo del Águila, fuiste un guerrero valiente y caíste en una batalla gloriosa. ¿Qué más necesita un hombre para ser feliz? -perturbó Dzhar aquel triste silencio-. La gente de la estepa jamás te olvidará y cada primavera te honrará al pie de nuestros Túmulos Sagrados junto con otros héroes caídos...

Dzhar no terminó su discurso. Trueno se erizó y gruñó como queriendo avisar a los hombres sobre algún peligro. Desde arriba sonaron unos gritos extraños. Todos alzaron las cabezas.

Sobre el saledizo de una roca dos hombres luchaban con rabia salvaje. Uno era alto y corpulento pero el otro sobrepasaba a

su contrario con una agilidad que parecía realmente increíble. Eila quedó casi sin respiración cuando reconoció en aquellos dos enemigos a Jian y al jefe de los cavernarios.

Ambos peleaban a mano limpia: la rota lanza de Jian y el hacha de su enemigo yacían sobre la hierba. Zorg agarró el arco pero lo bajó enseguida. En su encarnizada lucha los enemigos se relevaban a cada instante. Más de una vez el vigoroso Hijo de la Caverna tumbó a Jian apretándolo contra la tierra con todo su peso pero el joven siempre lograba deslizarse de debajo de su enemigo. Poco a poco, ambos se acercaban al borde del abismo.

Zorg seguía apuntándole mientras que Ngor y Dzhar intentaron trepar el declive. Sin embargo, apenas dieron unos pasos, sucedió algo que les dejó petrificados del susto.

Aplastado por el pesado cuerpo de su enemigo, Jian se liberó de nuevo, agarró con ambas manos la rama de un arbusto y dio al cavernario una patada tan fuerte que aquel se deslizó hacia el abismo. ¡Pero en su vuelo hacia la muerte el Hijo de la Caverna pudo agarrarse de una pierna de Jian!

Fue el momento más crítico de aquella lucha a muerte. El jefe de los cavernarios oscilaba en el aire tratando de apoyar sus pies en algo pero todos sus esfuerzos eran vanos. Jian lo golpeaba con su pierna libre pero el Hijo de la Caverna, luchando por su vida, se agarraba con más fuerza. Mientras tanto el arbusto crujía, amenazando romperse, lo que traería una muerte inevitable a ambos adversarios.

Zorg volvió en sí más rápido que todos los demás y tendió la cuerda de su arco. La flecha se clavó en la espalda del cavernario

quien se estremeció convulsivamente, pero no soltó la pierna de su enemigo.

Zorg disparó otra flecha; el Hijo de la Caverna lanzó un rugido salvaje y dejó de moverse pero sus dedos seguían apretando el tobillo de Jian y el arbusto ya estaba a punto de romperse. ¡Parecía algo increíble pero un muerto arrastraba consigo, a la tumba, a un vivo!

Todos los que se encontraban bajo la roca observaban la escena pasmados. Naya con desesperación alzó sus brazos hacia el cielo como pidiendo ayuda a los dioses; Eila sintió un fuerte mareo y apenas pudo sostenerse en pie. Solo después de la tercera flecha los dedos del muerto comenzaron a despegarse y, empujado por una fuerte patada de Jian, el cavernario voló al abismo. El cadáver cayó al río, varias veces se golpeó contra las piedras y desapareció arrastrado por la corriente.

- ¿Podrás bajarte solo? -gritó Zorg bajando su arco.

-Sí -contestó Jian apenas audiblemente.

La bajada le costó muchos esfuerzos. El joven se tambaleaba de cansancio; toda su ropa estaba convertida en andrajos; numerosos arañazos cubrían su rostro, brazos y pecho pero, por suerte, no tenía ninguna herida grave. Todos corrieron hacia Jian con alaridos alegres. Cada uno quería darle una palmada en la espalda o apretar la mejilla contra su rostro para asegurarse definitivamente que era Jian y no su espíritu perdido.

- ¡Jian, Jian! -repetía Eila sin parar. La muchacha ya lloraba, ya reía y se apretaba contra el cuerpo del joven sin poder creer en su felicidad.

-Cálmate, Cabellos del Sol, ¿por qué lloras ahora? -susurró Jian secando con sus labios las lágrimas que corrían por las mejillas de Eila-. Los dioses me salvaron de la muerte, estoy contigo y ahora todo marchará bien...

- ¿Cómo pudiste salir? -preguntó Ngor con asombro-. Todos te creíamos muerto...

-Ese maldito hijo de hiena quiso enterrarme bajo el derrumbe pero la Madre Tierra me regaló pies ligeros y todas aquellas piedras cayeron detrás de mí -respondió Jian.

- ¿Por qué no nos esperaste a la salida? -lo reprochó Zorg.

-De lo contrario, jamás hubiera atrapado al asesino de mi padre -los negros ojos de Jian se llenaron de tristeza-. Aquel maldito cobarde huía enredando sus huellas hasta que comprendió que no podría escaparse de mí. De no ser por Zorg, los dos hubiésemos caído al abismo... Toma tu recompensa, hermano.

Con esas palabras Jian le tendió a Zorg una magnífica hacha de obsidiana -lo único valioso que había dejado después de su muerte el jefe de los Hijos de la Caverna.

-Es tu arma, Jian -se opuso Zorg-. La ganaste en el combate.

-No, es tuya -insistió Jian- ¿Acaso no recuerdas que mi padre la regaló a Neil? Eres su heredero y ahora esta hacha te pertenece con pleno derecho.

-Está bien -sonrió Zorg agarrando el mango del hacha-. Pero permítame también devolvarte algo tuyo.

Zorg entregó a Jian el cuchillo de hielo negro -el mismo que centelleaba en el cuello del uro caído aquella primavera y a partir de la cual la vida de los Osos había perdido su mesura y tranquilidad...

- ¡Es mío! -se alegró Jian acariciando el ancho filo de obsidiana como a un ser querido-. Yo sabía que tarde o temprano regresaría a mis manos y servirá a mis hijos...

-Los cuales no se demorarán en llegar -con aire misterioso dijo Naya quien hasta el momento había guardado silencio.

- ¿Qué quieres decir? -no comprendió Jian.

-Si no me crees, pregúntale a Eila -se rió Naya.

Eila se ruborizó sintiendo una extraña turbación y en silencio inclinó la cabeza.

- ¿Así que es verdad? ¡Jo-o-o! -con un fuerte alarido Jian alzó a Eila en sus brazos y dio varias vueltas al igual que aquel día cuando triunfó en las competencias de lucha.

- ¡Cuánto se alegrará nuestra madre! Hace rato quiere tener nietos... -el rostro de Zorg perdió su habitual severidad y se hizo radiante de alegría.

-Pronto oscurecerá, tenemos que regresar al valle -dijo Ngor-. Aunque derrotamos a los cavernarios, en las montañas siempre hay que estar alertas.

Bajaron la cuesta, cruzaron el arroyo y pronto se encontraron con otros destacamentos de los Hijos de la Tierra que regresaban de perseguir a los cavernarios.

Sus acciones también fueron exitosas: lograron liberar a todas las prisioneras y exterminar muchos enemigos. Solo unos pequeños grupos de los Hijos de la Caverna, en su mayoría mujeres y niños, pudieron escapar de aquel cerco mortal y dispersarse por las montañas.

Ya era demasiado tarde para continuar la marcha hacia el valle y los Hijos de la Tierra decidieron acampar en una extensa altiplanicie. Flamearon las fogatas; los guerreros comenzaron su danza triunfal acompañándola con cantos elogiosos en honor del Padre Cielo mientras que las mujeres liberadas desgarraban sus ropas y echaban tierra sobre sus cabezas, llorando la muerte del sabio Zaúr, la bella Alda y de sus propios esposos, hermanos e hijos. Para la medianoche el ruido cesó: todo el campamento quedó sumergido en un sueño profundo y solo los centinelas, cuidándose de un posible ataque de algunos cavernarios sobrevivientes, escudriñaban la oscuridad en alerta.

Eila y Jian yacían junto a la fogata, envolviéndose en la misma capa y apretándose uno contra el otro. Sin embargo, incluso

ahora, al lado del hombre de su vida, Eila no podía liberarse de la sensación de que alguna fuerza oscura y malvada, tal vez, el alma en pena del jefe de los cavernarios, aún persistía aquí, tratando de separarla de Jian.

Presintiendo la inquietud de Eila, Jian rozó la frente de la joven con sus labios ardientes y curtidos por el viento:

- ¡Olvídate de todo! Mejor piensa que mañana será otro día y tendremos muchas cosas que hacer. Hay que enterrar en el Santuario del Padre Cielo a mi padre y a Alda, ayudar a toda la gente de la aldea desolada y ocuparnos de mi hermano menor...

- ¿Está vivo? -se alegró Eila-. Y la pobre Alda lo creía muerto... ¿Con quién está ahora?

-Por ahora lo cuida la madre de Naya pero cuando regresemos a la ciudad, será mi deber, porque soy su único pariente. Ante todo tengo que llevar a mi hermano al Santuario de la Madre Tierra y darle un nombre -sonrió Jian-. Y el próximo año haré lo mismo con nuestro hijo...

Eila sintió como la mano de Jian se deslizó por su vientre, acariciándolo con ligeros movimientos circulares.

- ¿Qué haces? -preguntó la muchacha.

-Los círculos son los signos sagrados de la Madre Tierra. Le estoy pidiendo que proteja a nuestro hijo y le ayude a nacer bien.

Las manos de Jian esparcían un cariñoso calor. Eila cerró los ojos, tratando de imaginar, cómo podría ser ese niño concebido en una pasión devoradora, al pie de una cascada torrencial, el hijo de dos tribus tan distintas...

-Será un varón y lo llamaremos Gauk -susurró Eila al oído de Jian.

Todo parecía igual que en aquella pequeña caverna junto a la cascada donde los dos habían pasado varias noches inolvidables y ante aquellos dulces recuerdos todas las desgracias de los últimos días retrocedían a los rincones más apartados de la memoria, como pesadillas nocturnas...

Al lado de la otra fogata dormía Zorg, pero su sueño no era tranquilo: el joven se estremecía a cada instante con todo su cuerpo y balbuceaba algo entre dientes. Ante sus ojos se extendía el bosque boreal cubierto del tierno verdor de primavera; los Hijos de la Osa aparecían y desaparecían entre los troncos luchando contra un enemigo misterioso. Zorg no podía distinguir las caras de los atacantes que se parecían más bien a los espíritus que a los seres humanos.

Los Osos se defendían con audacia pero, debilitados por un invierno largo y hambriento, uno tras otro caían muertos en la hierba. Por fin, todos los hombres fueron sacrificados; las mujeres con los niños huían a la espesura del bosque pero los advenedizos los alcanzaban y los mataban sin piedad. Solo unas pocas Hijas de la Osa lograron escapar pero Zorg comprendía que sin refugio y sin la protección de los hombres no subsistirían mucho tiempo. Luego sonó el golpeteo de las hachas, cayeron los árboles seculares y en su lugar aparecieron los campos sembrados de una extraña hierba dorada... Allí, donde anteriormente cazaba, pescaba y recogía bayas

la Tribu de la Osa, un pueblo desconocido comenzaba una nueva vida...

Zorg abrió los ojos sintiendo que alguien acariciaba su mejilla. Arrodillada a su lado, Naya susurraba algo en su idioma; sus negros ojos reflejaban el brillo de la fogata y una profunda preocupación.

Al ver que Zorg no dormía, la muchacha le tendió su pequeña mano morena. El joven la apretó entre sus dedos, sintiendo que un calor extraño pero agradable corría por todo su cuerpo. Sin embargo, las visiones de aquel sueño espantoso aún permanecían ante los ojos de Zorg y, como tratando de liberarse de ellas, pronunció frenéticamente:

-No, los Osos no terminarán así... También tendremos armas de hielo negro y campos de hierba amarilla. Ya no vamos a aguantar hambre en los inviernos y alguna vez seremos igual de fuertes y numerosos como los Hijos de la Tierra. ¿Me crees?

Naya no comprendió ni una sola palabra de aquel discurso poco coherente y, tratando de consolar a Zorg, inesperadamente para si misma se estrechó contra el fornido cuerpo del joven y, posando la cabeza sobre su hombro fuerte y tibio, se acostó a su lado. Abrazando a Naya, Zorg sintió un cariño apasionado y vehemente.

Tenía un ardiente deseo de apretar a Naya entre sus brazos y nunca soltarla, defender a esa muchacha hermosa y frágil de cualquier vicisitud, llevarla consigo a algún lugar tranquilo donde no la amenazara ningún peligro. Zorg quería decir a Naya todo esto en voz alta pero pudo hacerlo únicamente con sus ojos y sus manos...

Chisporroteaban los leños en la fogata, en el fondo de la quebrada bramaba un río invisible, a lo lejos aullaban los chacales, chantaban los grillos, de vez en cuando se llamaban uno al otro los centinelas y todos esos sonidos de la noche les parecieron a Naya y a Zorg la música más bella del mundo.

24

El aroma del aceite oloroso había llenado todo el santuario de la Madre Tierra y mareaba un poco la cabeza. Al extraer un puñado de granos del gran cesto frente a la estatua de la diosa, Jian los echó sobre la cabeza de su hermano menor. El niño se rió e intentó atrapar granos con sus manos rollizas. Todos los que asistían a la ceremonia no podían ocultar sus sonrisas pero el rostro de Jian, quien por primera vez en su vida cumplía las funciones sacerdotales, permanecía serio. Ataviado con una larga vestimenta blanca y un collar fabricado con el colmillo de un jabalí, con el cabello cuidadosamente peinado y sostenido por una tira de cuero, el joven se veía orgulloso e imponente.

-Te llamaré Zaúr, en honor de nuestro padre -con solemnidad anunció Jian-. Desde hoy seré para ti no sólo un hermano mayor, sino también un padre. Zaúr, has nacido dos veces porque la noche del asalto los dioses te salvaron de la muerte y eso significa que tu camino desde el santuario de la Madre Tierra hasta él del Padre Cielo será largo y próspero.

Alzando al pequeño Zaúr entre sus brazos, Jian acercó al niño a la estatua de la diosa y luego lo entregó a Eila quien roció la cabeza del pequeño con agua aromática, convirtiéndose de tal forma en su madre. El niño sonreía y manoteaba, sin comprender la solemnidad de la ceremonia ni el hecho que había encontrado a sus nuevos padres.

Posteriormente al altar se acercaron otras parejas con sus niños nacidos durante ese año. Los padres les echaban granos, las madres rociaban a sus retoños con un poco de agua y Jian los acercaba a la estatua de la Madre Tierra, rogando a la progenitora de la tribu dar a sus nuevos hijos una vida larga y feliz.

Terminado el rito, el santuario quedó vacío. Además de Jian y Eila en el templo quedaron solo Naya, Ngor, Targ, Zorg y Dzhar. Todos se sentaron sobre las esteras extendidas a lo largo de las paredes. Eila canturreaba, acunando al pequeño Zaúr; fatigado por la ceremonia, el niño comenzó a dormir entre los brazos de su nueva madre.

Jian se quitó la correilla liberando sus indómitos rizos, y suspiró:

- ¡No sirvo para el sacerdocio! Dos veces confundí las palabras de la oración y la voz me temblaba como nunca...

- ¡No importa! -con entusiasmo exclamó Ngor-. De todos modos, los niños recibieron sus nombres y la Madre Tierra los reconoció. ¿Acaso no es lo más importante? Zaúr estaría orgulloso de ti. Se puede pronunciar sin titubeos todas las oraciones y conjuros pero si uno tiene un alma débil jamás se convertirá en un

verdadero sacerdote. Lo importante es que todos los Hijos de la Tierra te reconocen como su jefe y el resto vendrá con el tiempo.

Realmente, durante todos esos días turbulentos Jian dirigió la vida de su tribu natal con una sabiduría sorprendente para su edad. Era preciso reconstruir la aldea desolada y entregar a los afectados cierta cantidad de granos, ganado y todo lo necesario para que aquella gente que había perdido en una sola noche todo lo que había conseguido en un año de trabajo tenaz, pudiera persistir hasta la próxima cosecha. Para controlar la recolección de ayuda, Jian visitó todas las comunidades y habló con sus jefes los cuales lo obedecían sin objeción no solo porque aquel joven era el hijo mayor de Zaúr y en sus venas corría la sangre de los sacerdotes del Padre Cielo, sino también acatando aquella misteriosa fuerza interna que se sentía en cada gesto, en cada palabra suya. Hablando con los jefes de otras comunidades, hombres maduros y mucho mayores que él, Jian nunca alzaba la voz y siempre mostraba su respeto profundo pero a nadie se le ocurría oponerse a sus decisiones; la juventud del nuevo sacerdote supremo se compensaba, con creces, por una enorme experiencia, adquirida durante sus viajes.

Los Osos y los esteparios trabajaron en la reconstrucción del poblado destruido con el mismo afán que los Hijos de la Tierra: los últimos acontecimientos los aproximaron tanto que a ninguno de los forasteros le podía ocurrir la idea de marcharse dejando a sus nuevos amigos sumidos en tiempos tan difíciles. Incluso Targ, cuyo hueso roto aún no había sanado definitivamente, no se permitía estar tendido en el santuario de la Madre Tierra y ayudaba en la medida de sus fuerzas. Poco a poco la vida en el valle se arregló y los Hijos de la Tierra pudieron esperar con tranquilidad la llegada del invierno. Sin embargo, los rostros de todos los jóvenes, reunidos en el templo expresaban una tristeza no oculta: se aproximaba el inevitable momento de la despedida.

- ¿Entonces, se van mañana? -preguntó Jian.

-Es necesario -contestó Zorg, apartando su mirada-. Si nos demoramos, el invierno nos atrapará en las montañas y no podremos regresar a casa sino hasta la primavera.

Dzhar y sus paisanos prometieron acompañarnos hasta la misma frontera entre el bosque y la estepa, así que tenemos que apurarnos...

-La tribu nos necesita -intervino Targ-. Perdimos a tres buenos cazadores y no sabemos cómo será este invierno. Tal vez los renos, al igual que el otoño pasado, no llegaron a las tierras de los Osos...

Al oír estas palabras Eila sintió una culpa confusa que le conmovió el corazón. Los acontecimientos y pérdidas de los últimos días no le dejaban tiempo para los recuerdos pero ahora vio claramente el rostro de Luma, sus penetrantes ojos azules y tristes arrugas junto a sus labios severamente apretados...

- ¡Los Osos no tienen que aguantar hambre! -exclamó Jian-. Los Hijos de la Tierra les darán pan, carne y todo lo que podamos...

-Pero tus paisanos perdieron mucho a causa de aquella incursión y tienen que pensar en sus propias reservas -se opuso Zorg.

-De todos modos, les ayudaremos -insistía Jian-. Si quieren, pueden venir cada año.

-Los Hijos de la Osa tienen que aprender cosas nuevas, de lo contrario... -el rostro de Zorg se ensombreció-... podemos terminar como los Hijos de la Caverna. Jian, no te pido nada, solo unos cuantos cestos con granos...

- ¿Piensas que es muy fácil labrar la tierra? -intervino Ngor-. Con su destreza ustedes sólo echarán a perder los granos y no les crecerá nada.

- ¡Los Osos no somos tontos! -se indignó Targ.

-No quiero decir tal cosa. Pero sembrar trigo y cebada es un trabajo mucho más difícil que cazar y pescar.

Tú mismo me has dicho que en tu tierra hace mucho frío y, si quieres saber, cualquier helada por muy ligera que sea, puede ser mortal para los brotes. ¡Está bien, partiré con ustedes al norte! -exclamó Ngor decididamente-. Alguien debe enseñarles como trazar el primer surco... Tal vez, tenga buena suerte, al igual que Jian, y alguna muchacha de cabellos del sol me sonría.

Todos se rieron.

- ¿Y qué quieren como recompensa nuestros amigos de la estepa? -se dirigió Jian a Dzhar que se veía sorprendentemente callado.

-Nos bastan armas de hielo negro -contestó el estepario.

-Pero las armas son solo el intercambio por la sal -se opuso Jian-. Los esteparios nos prestaron una gran ayuda y merecen mucho más.

- ¿Acaso se puede recompensar la pérdida de Chir? Aún tengo que contar sobre su muerte a Zira, la Madre de los Águilas... -suspiró Dzhar frunciendo el ceño-. Además, el estepario es como el viento y nunca se demora en un solo sitio como para poder sembrar un campo. Sin embargo, pediré el consejo del sabio Klak y el próximo año, cuando volvamos a traerles sal, te diré nuestra decisión -prometió Dzhar.

-Sin embargo, los Hijos de la Tierra están en deuda ante los hombres de la estepa -dijo Jian- ¿Por qué no nos dejan pagarla? ¿Tal vez les agradan nuestros rebaños? - ¿Me quieres obsequiar el ganado? -se sorprendió Dzhar.

-Puedes escoger varias ovejas y cabras a tu gusto -sonrió Jian-. Creo que les gustarán las hierbas de la estepa...

-Gracias, Jian, que la Madre Loba te proteja cada vez que vayas a viajar a través de nuestras estepas -dijo Dzhar.

Todos expresaron su aprobación con gritos y ademanes y solo Naya se veía triste y deprimida. Percibiendo el ánimo de la muchacha, Zorg le regaló una sonrisa alentadora y se dirigió a Jian:

-Si comenzaste a hablar sobre las deudas, permíteme recordarte sobre otra deuda que existe entre nuestras tribus.

- ¿Cuál deuda? -no comprendió Jian.

-He prometido a mi madre a volver al campamento con su hija y ahora resulta que me he comido mis propias palabras. Ahora Eila es tu mujer y pronto será la madre de tu hijo, así que, según las costumbres de los Hijos de la Tierra, ella debe pasarse a vivir a tu casa para siempre. ¿Es así o no?

-Así es -contestó Jian sin poder comprender que es lo que le quería decirle Zorg.

-Aunque me parece extraño que la mujer deba vivir en la casa de su marido, pues entre la gente del bosque sucede al contrario, pero ahora estamos en tu tierra y por eso respetaré las leyes de tu tribu. Pero trata de comprenderme, Jian: la Tribu de la Osa perdió tres buenos cazadores y ahora quieres quitarnos a una mujer. Nuestra tribu es pequeña y por eso cada persona es muy importante para nosotros...

-Pero Ngor va con ustedes -intervino Jian-. Claro que un hombre no podrá sustituir a los tres pero ya sabes cómo es él en la guerra...

-La gente de tu tribu es valiente y hábil -consintió Zorg- pero un hombre no sustituirá a una mujer. Pocas mujeres -pocos hijos...

- ¿Pero cómo podré indemnizarte esta deuda? -se sorprendió Jian-. Si mi padre estuviera vivo, Eila y yo partiríamos al norte con los Hijos de la Osa pero ahora no puedo hacerlo.

-Por supuesto, ahora eres el jefe de los Hijos de la Tierra y no puedes abandonar tu tribu.

Pero puedo sugerirte una solución -Zorg entornó sus ojos con astucia-. En vez de Eila puedes darnos otra mujer igual de fuerte y capaz de procrear. Así yo cumpliré mi juramento ante mi madre y traeré a la tribu una nueva hija.

- ¿Cómo? ¿Entregarles una muchacha nuestra? -se pasmó Jian-. Pide lo que quieras -granos, ganado, armas de hielo negro pero los Hijos de la Tierra nunca hemos intercambiado nuestra gente como si fuera mercancía. ¡Ninguna de las Hijas de la Tierra se marchará al norte de buena gana!

Aunque los jóvenes conversaban en la lengua de los Hijos de la Osa, Naya comprendió de qué se trataba y, al acercarse a Jian, fijó en él sus centelleantes ojos negros.

- ¡Cuánto te pareces a Zaúr, que descanse en paz en la morada del Padre Cielo! -exclamó la muchacha con desafío- ¡Resuelves todo sin preguntar a nadie! - ¿Qué quieres decir? -se asombró Jian.

-Que quiero irme al norte con los Osos -diciendo eso Naya puso su pequeña mano sobre el hombro de Zorg- ¡Ya me convertí en su mujer!

Zorg sonrió y dirigió a Jian una mirada triunfal.

- ¡Ustedes dos se pusieron de acuerdo de antemano y ahora me están tomando el pelo! -se indignó Jian-. Naya, ¿cómo se entendieron si tú no hablas la lengua de los Osos? ¿Y cómo piensas vivir en el norte? Allí la vida es mucho más dura que aquí...

-Zorg y yo no necesitamos palabras -contestó la muchacha-. Yo sé que es muy difícil comenzar una nueva vida con una tribu ajena pero al lado de Zorg no temo nada porque estoy segura que a diferencia de ti él no quebrantará su juramento.

- ¿Y tu madre? -preguntó Jian- ¿Crees que te va a soltar? -Ya le hablé y ella está contenta porque Zorg le gusta mucho más que tú. Dice que al lado de tal hombre yo siempre estaré feliz y bien protegida -respondió Naya-. Si Eila dejó a los suyos por ti, ¿por qué no puedo hacer lo mismo por Zorg quien lo merece mucho más?

-Bueno, que sea como tú quieras -sonrió Jian-. Pero ten en cuenta, Zorg, que Naya es muy terca.

- ¡Solo con aquellos que lo merecen! -Naya rápidamente, como siempre, encontró la respuesta oportuna.

Todos se rieron pero Jian cobró seriedad enseguida y con un gesto imperioso ordenó a Naya y Zorg arrodillarse frente a la estatua de la Madre Tierra.

-Que la Gran Madre les de una vida larga y feliz y tantos hijos cuantos granos hay en este puñado -con estas palabras Jian sacó del cesto un puñado de granos y los echó sobre la pareja-.

Naya, se obediente y cariñosa con tu esposo y tú, Zorg, ten en cuenta que yo rogaré a la Madre Tierra y al Padre Cielo tratarte de la misma forma como tú trates a tu mujer.

Zorg resistió la interrogadora mirada de Jian con tranquilidad y asintió con un ligero movimiento de cabeza.

-Ahora ustedes son marido y mujer según las costumbres de los Hijos de la Tierra -concluyó Jian-. Que no se les olvide sacrificar a la Gran Madre una parte de su primera comida familiar o los dioses podrán enfurecerse.

Todos los hombres felicitaron a Zorg, dándole palmadas en la espalda; el recién casado les respondió con una sonrisa feliz y algo turbada. Eila abrazó a Naya y susurró en tono confidencial:

-Mi madre se alegrará mucho al ver que Zorg por fin ha madurado.

-Ahora entre nuestras tribus ya no hay deudas y podemos despedirnos como amigos -dijo Jian-. Pero antes de que abandonen nuestra ciudad, me gustaría saber, ¿qué van a hacer los hombres del bosque y de la estepa al regresar a sus tierras? ¿Continuará la guerra?

-Esta primavera pedí a la Madre Loba poner fin a las discordias entre sus hijos y los de la Osa -exclamó Eila inesperadamente. El pequeño Zaúr se despertó y lloró; la joven lo calmó con un ligero chasquido de la lengua y continuó diciendo: - ¿Acaso ahora, cuando la sangre de los cavernarios ha emparentado a la gente del bosque y de la estepa, no es el mejor momento para celebrar la paz?

Eila calló mirando con expectativa ya a Zorg, ya a Dzhar.

-Hermana, hablas igual que nuestra madre. Tienes toda la razón, porque después de todo lo que hemos sufrido juntos, no me siento capaz de alzar la mano contra un estepario -dijo Zorg-.

Pero Targ, tú y yo no somos toda la gente del bosque. Tales asuntos no se resuelven en un solo día.

-Las tierras en el límite del bosque y de la estepa tienen que ser comunes -afirmó Dzhar-. Hay que reunir a todos los hombres del bosque y de la estepa junto a la Gran Fogata del Consejo para determinar el plazo y las condiciones de la caza común. Pero para eso se necesitan paciencia y tiempo.

-Es una decisión digna de un gran jefe -asintió Jian-. Les deseo la paz y que les ayuden todos los dioses del bosque y de la estepa. Mañana nos despediremos pero guardo la esperanza que no será para siempre.

- ¡Claro que no! -exclamó Zorg-. No en vano murieron los amigos de Jian en su primer viaje al norte, los mejores guerreros de la Tribu de la Osa y el valiente Chir. Las montañas, la estepa y el bosque que anteriormente dividían a nuestras tribus ahora las unirán. Si los esteparios decidieron venir a la ciudad de los Hijos de la Tierra cada año, ¿por qué nosotros no podemos hacer lo mismo? Los Hijos de la Osa también tienen cosas valiosas para el intercambio, además, a Eila le agradecerá encontrarse con sus paisanos por lo menos una vez al año.

Todos gritaron con aprobación. La misma Madre Tierra, al parecer, los miraba con cariño con sus ojos de conchas nacaradas.

-Eila, ¿y qué piensas tú acerca de todo esto? -preguntó Zorg-  
¿Acaso ni tú, ni Jian jamás regresarán a las tierras de los Osos  
aunque sea por algún tiempo?

-Algún día volveré -con aire pensativo contestó Eila.

### Epílogo

¿Quién podría reconocer ahora aquel campo perdido entre los bosques infinitos? Al igual que antes se apretaban una a la otra las cuevas de los Hijos de la Osa bajo la protección de abetos y pinos seculares, mostraba sus temibles colmillos un cráneo de oso sobre un poste toscamente pintado, pero el mismo campo, sembrado de trigo, cuyas espigas brillaban como el oro bajo los pálidos rayos del sol boreal, se veía más grande que antes.

- ¿El bosque retrocedió o mis ojos me engañan? -preguntó Eila.

Zorg no dijo nada, solo sonrió y acarició su barba, repitiendo con exactitud el gesto preferido de Neil.

-No estuviste en el campamento durante ocho inviernos -contestó Luma en vez de su hijo-.

Durante este tiempo aquí sucedieron más cambios que en toda mi vida...

La Madre de los Osos sonrió con discreción y con una ligera tristeza. Los años transcurridos agregaron nuevas arrugas a su rostro y blanquearon sus cabellos, pero sus perspicaces ojos azules no perdieron su antigua belleza. En honor a la llegada de los huéspedes, la jefa de los Hijos de la Osa se atavió con su mejor vestido de pieles de zorros plateados que le confería un porte sublime y majestuoso.

-Tú y Jian me olvidaron por completo -con reproche dijo Luma- ¡No te vi ocho inviernos! Malga y Dzhar vienen a verme con más frecuencia...

Eila bajó la cabeza, como si todavía fuera una muchacha que se turbaba cada vez que su madre se mostraba descontenta.

-Ellos viven mucho más cerca que nosotros -intervino Jian, intercediendo por su esposa-.

Además, no puedo abandonar mi ciudad por mucho tiempo.

Durante estos años Jian cambió. Su cuerpo se hizo un poco más robusto, sus movimientos ya no eran tan bruscos e impetuosos como antes, en su voz aparecieron las notas imperiosas propias de un hombre acostumbrado a ordenar y su rostro cobrizo, enmarcado de una barba esmeradamente cortada, irradiaba una fuerza tranquila e inmutable. Con los años adquirió la fama de un jefe sabio, magnánimo y generoso pero al mismo tiempo severo e implacable con sus enemigos y solo para Eila seguía siendo el mismo joven tierno y apasionado con quien compartía las noches tempestuosas y seguía descubriendo nuevas sensaciones.

... El campamento de los Osos bullía, excitado por la llegada de los altos huéspedes. Tal acontecimiento no sucedía con frecuencia aunque para los Hijos de la Osa el viaje a través de la estepa y las montañas había dejado de ser algo excepcional. Cada verano los hombres jóvenes, cargados de pieles de martas, nutrias y zorros, salmón ahumado y grandes baldes de madera llenos de caviar, partían hacia el sur. En el meandro del Río Amarillo se encontraban a los esteparios con sus invariables cestos de sal; todos cargaban sus mercancías en grandes balsas y navegaban hasta las mismas montañas. Aquí comenzaba el tramo más peligroso del camino: abismos profundos, cuevas escarpadas, bosques impenetrables poblados por numerosas fieras. Además, los Hijos de la Caverna, después de la triste lección recibida hacía ocho años, ya no se atrevían a acercarse al valle y saquear los poblados de los Hijos de la Tierra, pero nunca perdían la ocasión de atacar las caravanas comerciales. Pero durante estos años los hombres del bosque y de la estepa aprendieron el camino, a través de las montañas, tan bien que conocían los lugares de posibles emboscadas, siempre tenían sus armas a la mano y salían de las batallas casi sin pérdidas. Los viajeros regresaban a casa con la primera nieve, traían armas de hielo negro, telas, adornos de jade y

lapizlázuli, grandes conchas marinas y contaban historias maravillosas sobre la hermosa ciudad de los Hijos de la Tierra.

Gracias a estos encuentros con sus paisanos Eila se enteraba de todo lo que sucedía en su campamento natal pero pasaron ocho años antes de que ella y Jian pudieran visitar a los Osos y ver con sus propios ojos todos aquellos cambios sobre los cuales había oído tanto.

... En el aire se sintió el apetitoso olor de carne asada. Una mujer que vigilaba las presas de un jabalí colocadas sobre piedras calientes, secó el sudor que corría a chorros por su rostro, arrojó hacia atrás sus largos cabellos negros y regaló a Eila y Jian una afable sonrisa. Era Naya quien en estos años se había engordado un poco y perdido su antigua arrogancia provocativa, sin embargo, todo esto no la privó de la belleza de antaño. Ya no era la misma muchacha susceptible y terca, sino una mujer madura cuya mirada irradiaba tranquilidad, sabiduría y felicidad.

De la cueva vecina salió Dzhar, desperezándose aún adormilado.

- ¡Qué olor tan rico!

- ¿Acaso Malga no te da de comer? -bromeó Naya.

- ¡No te metas con mí Malga! -con amenaza fingida exclamó Dzhar-. Es muy buena y si algún día me regala a un hijo varón no le pediré ninguna otra cosa.

Estas palabras hicieron sonreír a todos, incluso a la severa Luma. En todos estos años Malga regaló a Dzhar solo dos hijas gemelas tan parecidas que nadie, incluso su madre, podía distinguir las. Ahora Malga de nuevo estaba encinta y era evidente que de nuevo serían mellizos.

- ¡Ojalá que sean varones porque si la Madre Loba de nuevo nos envía dos niñas me ahogaré en el primer lago! -se quejó Dzhar- ¿Qué voy a hacer con tantas mujeres? ¡Jian, Zorg, basta de risas, algún día los dioses también podrán enviarles gemelos completamente iguales!

- ¿Y cómo está la sabia Burma? -preguntó Eila, cuando las risas cesaron.

-Sigue dirigiendo a los Hijos de la Loba aunque después de la muerte de Klak ha decaído mucho -la voz de Dzhar tembló y sus alegres ojos amarillentos se nublaron-. Burma dice que ahora toda su vida está en mis niñas...

Todas las miradas se dirigieron hacia una docena de niños que jugaban, persiguiéndose, al borde del trigal. Las dos hijas de Dzhar, Arva y Burma, tenían los mismos ojos ambarinos, pómulos algo prominentes, cabellos castaños con un ligero tono rojizo y en realidad parecían indistinguibles.

La avispada Gara, hija de Naya y Zorg, hacía más ruido que todos los demás niños juntos, era incansable en sus travesuras y a cada instante molestaba a su primo Gauk, el primogénito de Eila y Jian, y a la hermanita de éste, la pequeña Sura que con sus cuatro años aún no podía defenderse a sí misma y se escondía tras la espalda de su hermano mayor. Solo Zaúr se mantenía aparte y no

participaba en el ruidoso juego de los otros chicos. Este niño moreno, de cabello negro y de aire pensativo, en silencio caminaba a lo largo del trigal y se inclinaba a cada instante para recoger algo que atraía su atención: una flor, un insecto o una piedra de forma extraña. Con cada hallazgo Zaúr sonreía y sus grandes ojos negros brillaban de alegría.

- ¡Qué chico tan tranquilo! -exclamó Zorg con asombro.

-Sí, a mi hermanito no le gusta jugar sino ayudarme en los santuarios -dijo Jian-. Cuando crezca lo nombraré mi sucesor.

- ¿Por qué no quieres que te herede tu propio hijo? -preguntó Luma.

-A Gauk no le atrae el sacerdocio sino la caza y la guerra, tal vez porque fue concebido al pie de una cascada -contestó Jian-. Todos los días juega a cazar leones y matar cavernarios. Tarde o temprano tendrá que hacerlo de verdad.

-Gauk y Zaúr son muy distintos pero se llevan muy bien y nunca pelean -sonrió Eila- ¡Ojalá sepan compartir el poder cuando crezcan!

- ¡Ojalá alguno de ellos sepa calmar a mi hija! -suspiró Zorg-. La llamé Gara, como a nuestra abuela, pero no sé a quién salió tan inquieta...

- ¡Gara, Gara, deja de pegar a Gauk! -gritó Naya pero la niña no le hizo caso.

-Con los años se calmará al igual que lo hizo Uba... -sonrió Eila-. A propósito, ¿dónde está? Antes andaba pisándome los talones y ahora ya no necesita a su hermana mayor para nada...

-En la madrugada Uba agarró el cesto y salió corriendo al pantano aunque hasta los niños saben que ahora allí no hay ninguna kliukwa, ni otras bayas -refunfuñó Luma sin rencor.

-Mi hermano menor tampoco está -señaló Dzhar-. Todo el año Nam me habló únicamente sobre el campamento de los Osos, pero ahora desapareció...

-No se perderá, creo que está bien acompañado -sonrió Zorg- ¿No quieren ir conmigo al pantano? Quiero mostrarles algo interesante.

Jian asintió con un ligero movimiento de cabeza.

Apenas Zorg mencionó el pantano, los niños interrumpieron su correteo al instante y quedaron quietos.

- ¿Qué quieren, ratoncitos?-con severidad afectada preguntó Zorg.

-También queremos ir al pantano -anunció Gara. Tenía solo siete años, cabellos dorados como el sol del mediodía, piel con un ligero tono oliváceo, ojos profundos y negros y con el tiempo prometía convertirse en una mujer muy hermosa. La hija única, pues por ahora Naya y Zorg no tenían otra descendencia, el orgullo de su abuela Luma, esta niña se comportaba con una seguridad realmente sorprendente para su edad.

Como era de esperar, Zorg no pudo negarse:

-Está bien, pero con una condición: ser obedientes y no desviarse de mis pasos, o se los llevarán los espíritus del pantano.

Acompañados por los niños regocijados, Zorg, Dzhar, Eila y Jian se encaminaron hacia el bosque.

- ¡No se demoren mucho! -les gritó Naya-. La carne está casi a punto.

Luma los acompañó con una mirada larga y suspiró:

-Ahora los hombres comienzan a mandar incluso en el campamento. No sé si es para bien o para mal.

... Mientras que cruzaban el campo por un sendero estrecho, por ambos lados del cual se inclinaban las espigas doradas, Zorg con orgullo no oculto contaba sobre aquellos esfuerzos que le había costado labrar su primer campo. Hace ocho años, cuando Zorg y Targ regresaron al campamento con cestos de granos e historias sobre la extraña vida de los Hijos de la Tierra, todos los Osos escuchaban a los jóvenes con desconfianza. Sin embargo, Zorg y Targ decidieron salirse con la suya y en primavera, cuando toda la tribu partió para la Tierra de los Mil Lagos, los dos jóvenes se quedaron en el campamento invernal. Su idea fue apoyada solo por Naya, Ngor y también por Bina y Nima las cuales eran inseparables como siempre y se aproximaron aún más después de sufrir sus primeras desgracias.

La muerte de Sink resultó para Bina un golpe tan duro que incluso el nacimiento de un niño hermoso y muy parecido a su padre no pudo aliviar la pena de la pobre mujer. La joven madre languidecía día tras día, perdió la leche y el pequeño Sink con seguridad se hubiese unido a su padre en el País del Sol Poniente de no ser por Nima.

El pequeño hijo de Targ y Nima vivió solo dos días: nació prematuro y tan débil que regresó al mundo de las sombras casi al instante. Era una gran pena para sus jóvenes padres pero en vez de llorar su pérdida Nima, que hasta aquel momento se consideraba por todos los Osos como una muchacha indolente y despreocupada, se dedicó al cuidado de su amiga y del pequeño Sink. Amamantado por Nima, el niño recobró sus fuerzas rápidamente; Bina se recuperó para mediados de primavera pero no quiso partir con todos a la Tierra de los Mil Lagos para no separarse de su mejor amiga y al mismo tiempo movida por la curiosidad hacia la extraña empresa de Zorg y Targ.

Aquella primavera y verano quedaron en la memoria de Zorg como una época difícil y feliz al mismo tiempo. Junto con Targ se vio obligado a reconocer que el trabajo de agricultor era mucho más pesado que el de cazador y de no ser por la experiencia y obstinación de Ngor, los jóvenes Osos con seguridad hubiesen fracasado. Sin embargo, a nadie se le ocurrió dejar la empresa: trabajando entre los seis, arando la tierra con azadones de madera con puntas de obsidiana, trazando los primeros surcos, sembrando las semillas y defendiendo los brotes de aves y animales, ellos se sentían como descubridores que abrían el camino hacia un nuevo mundo.

El pequeño Sink comenzó a gatear cuando aparecieron los primeros brotes y Naya dio a luz su hija a finales de verano, entre las espigas ya maduras, lo que fue considerado por Zorg y sus amigos

como benevolencia por parte de la Madre Tierra. Pronto se hizo evidente que las semillas de nueva vida brotaron no solo en el campo sino también en los corazones humanos. Comenzada la siega, Bina, quien al principio ni siquiera admitía la idea de encender la fogata para algún otro hombre, con mayor frecuencia sonreía a Ngor y en otoño, cuando el resto de la tribu había regresado de la Tierra de los Mil Lagos, aceptó al joven forastero como a su nuevo esposo.

La primera cosecha no fue abundante pero la cantidad de granos recogidos superó el de los sembrados, lo que, según decía Ngor, era un buen resultado. También aconsejó a Zorg seleccionar los mejores granos para la próxima siembra y el resto de la cosecha pasó a disposición de Naya. Mientras la joven trituraba los granos sobre las piedras, hacía la masa y cocía el pan en un horno de arcilla, los Hijos de la Osa observaban con curiosidad los movimientos de las manos de la forastera. Mientras tanto, Ngor se ocupó de la cosecha de cebada y enseñó a los hombres cómo se preparaba la cerveza. Los Osos probaron estos nuevos alimentos con desconfianza pero su sabor les pareció agradable a todos y ya nadie consideraba la empresa de Zorg como algo inútil; varias personas al instante expresaron su deseo de ayudarlo con la próxima cosecha.

Lentamente, año tras año, aumentaban las cosechas, el bosque retrocedía ante los golpes de hachas e igual de lentos pero inevitables eran los cambios en la vida de los Osos. Ahora a la Tierra de los Mil Lagos partían solamente los jóvenes cazadores y las muchachas -para pescar salmones, recoger bayas y al mismo tiempo a buscar parejas entre otras tribus del bosque; la mayoría de los Osos se quedaban en el campamento para cuidar los campos. Pronto la noticia sobre una extraña hierba dorada que los Osos obligaron a crecer junto a sus viviendas y una bebida embriagante de maravilloso sabor se extendió por todo el bosque. Al siguiente año, al campamento de los Osos llegaron los enviados de sus vecinos más cercanos -los Alces- para intercambiar carne y pescado

por las semillas de hierba dorada; luego sembraron sus primeros campos los Linceos y los Castores y más tarde incluso los Jabalíes que vivían aún más al norte también se atrevieron a dedicarse a aquel nuevo oficio.

-Sí, los Osos lograron mucho -sonrió Jian contemplando las espigas bajo el sol-. Dzhar, ¿y los Hijos de la Loba aún no piensan sembrar trigo?

-No, nuestros veranos son muy secos -negó Dzhar-. Pero nuestra hierba agrada mucho a ovejas y cabras y pronto los Lobos tendremos rebaños más grandes que los mismos Hijos de la Tierra...

El campo quedó atrás; el sendero penetró en el bosque. El sordo rumor del viento en las copas de los árboles seculares, el aroma de la resina del pino, el golpeteo lejano del pájaro carpintero -solo ahora Eila comprendió cuánto añoraba todo eso. ¡Cuántas veces había caminado por este sendero sin pensar cómo amaba aquella belleza severa del bosque boreal!

En la orilla del río Eila se separó del grupo. Ahora estaba justamente en aquel lugar donde solía encontrarse con Dirk y más allá, tras la densa pared de la maleza, bajo un pino tumbado por la tempestad, Jian ocultaba su balsa sin poder adivinar que le salvaría la vida. Todos estos recuerdos eran tan reales y perceptibles que Eila no se sorprendió al ver entre los matorrales dos siluetas unidas en un abrazo.

Al oír los pasos, el joven y la muchacha se voltearon y Eila descubrió que no eran las sombras del pasado sino Uba -crecida, notablemente embellecida y ruborizada- y Nam, el hermano menor de Dzhar. El joven esteparío dio un paso adelante, tapando

instintivamente a la muchacha con su cuerpo, pero al reconocer a Eila se calmó. Uba regaló a su hermana mayor una sonrisa feliz y algo turbada, luego agarró a Nam de la mano y la pareja desapareció en el bosque.

- ¿Dónde estás, mamá? -sonó tras los matorrales la vocesita de la pequeña Sura- ¡Estoy cansada!

-Deberías quedarte en el campamento con tu abuela. ¿Qué voy a hacer contigo ahora? -diciendo esto, Jian alzó a la niña entre sus brazos, la sentó sobre sus hombros y se volvió hacia Eila- ¿Dónde estuviste, mujer? ¡Creí que te habías perdido!

-Aquí no me perderé nunca -sonrió Eila.

El travieso Gauk corría de un lado para otro y no quería seguir los pasos de los adultos.

- ¡Te voy a dar! -Jian le amenazó con el dedo- ¡El próximo año, cuando tu madre y yo vayamos a visitar a los Hijos del Mar, no te llevaré conmigo y no verás el mar!

-Si te alejas de mí, puedes caer en los dientes de un lobo o de un lince -dijo Zorg pero asustar a Gauk no era tan fácil.

- ¡No les tengo miedo! -se rió el niño. Era un verdadero Hijo de la Tierra: moreno, de rostro fino, de rizos espesos y negros pero tenía los ojos azules de su madre que se veían sorprendentemente claros en comparación con su tez oscura-. Cuando crezca un poco más, mi padre me llevará a las montañas a cazar panteras y leones y me regalará su cuchillo de hielo negro con el cual él mató a un uro. Y

luego seré un gran guerrero, venceré a todos los cavernarios y liberaré de ellos nuestras montañas. ¿Verdad, papá?

-Tal vez. Pero si vas a correr de un lado para otro y a discutir con los adultos, regalaré mi arma a algún otro niño que sea más obediente -dijo Jian.

La amenaza tuvo el efecto oportuno y Gauk ya no se desviaba del camino.

El pantano se extendía como una alfombra verde, tachonada de pequeños pinos carcomidos. Al igual que hace ocho años el suave musgo envolvía los pies, croaban las ranas invisibles y los negros charcos asustaban por su profundidad sin fondo.

-En esta agua negra viven los espíritus del pantano -explicó Zorg a los niños-. Si por casualidad pisan a uno de esos espíritus, los arrastrará al País del Sol Poniente en un abrir y cerrar de ojos.

- ¿Acaso la Madre Tierra y el Padre Cielo no son más poderosos que todos los espíritus del mundo? -por primera vez en todo este tiempo habló Zaúr, dirigiendo a su hermano mayor una mirada interrogadora-.

Tú mismo me enseñaste que la pareja divina domina el destino de cada hombre y...

-Pero también te he enseñado que cada tribu tiene sus propios dioses y hay que honrarlos a todos -contestó Jian-. Como un futuro sacerdote supremo siempre tienes que recordarlo.

-Sin embargo, debe existir algún espíritu más fuerte y poderoso que todos los demás. ¿Quién es? -con aire pensativo, al igual que un adulto, pronunció Zaúr.

-Tal vez logres conocerlo algún día -Jian acarició los rizados cabellos del niño y agregó:- Y por ahora aprende a mirar bajo los pies.

«Todo cambió en estos años y solo el pantano sigue siendo el mismo» -pensó Eila, pero cuando todos se acercaron a aquel lugar donde Jian había luchado contra el uro, se hizo evidente que la nueva vida penetró hasta allí. Entre los pinos se alzaba un vasto corral dentro del cual se encontraban encerradas varias hembras jóvenes de uro. Alrededor del corral trajinaban Targ y Ngor, reforzándolo con nuevas pértigas. Al ver a los huéspedes, Targ no dejó su trabajo y solo inclinó la cabeza en señal de saludo, mientras que Ngor, quien a pesar de haber vivido ocho años en los bosques boreales no perdió su ardiente temperamento, con un alarido triunfal corrió al encuentro de Eila y Jian y estrechó a los dos entre sus fuertes brazos.

Nima y Bina, inseparables como siempre, cortaban la hierba para las terneras capturadas. A su lado, sobre la suave alfombra de musgo verde, daba sus primeros pasos la hijita de Nima y Targ, quien había llegado al mundo en otoño pasado -rubia, gordita, de mejillas redondas y rosadas. La cuidaban dos niños de más edad, los cuales no se parecían en nada pero eran hermanos, hijos de Bina y de dos padres distintos. El mayor, de cabellos y ojos claros, hacía recordar a Sink, el otro había heredado la piel morena, el pelo negro y la vivacidad de Ngor.

Al acercarse al cerco, Eila observó con curiosidad a los animales. Las terneras con recelo miraban a los hombres con sus ojos tristes y húmedos pero no manifestaban ninguna preocupación.

-Ya se acostumbraron a la gente porque antes, apenas nos acercábamos, golpeaban la tierra con los cascos y corrían por el corral como locas -sonrió Ngor-. Pronto serán completamente mansas.

Los niños les tendían a los animales manojos de hierba y chillaban de alegría cuando las terneras les lamían las manos con sus lenguas ásperas. El curioso Gauk metió su cara entre las pértigas de la empalizada. Gara extendió la mano, acariciando el hocico de una de las terneras; el animal mugió satisfecho.

- ¿Por qué las tienen aquí y no en el campamento?  
-preguntó Dzhar.

-Para que no las asusten los perros y el ruido -le explicó Ngor-. Aquí se acostumbrarán más rápido.

- ¿Y no te da miedo dejarlas aquí solas en la noche?  
-interrogó Jian.

-Hemos construido un buen corral, así que los lobos no podrán meterse adentro ni las mismas terneras saltar afuera. Oye, Jian, cuando los Hijos de la Osa de nuevo vayan a tu ciudad, véndeles un par de toritos jóvenes -propuso Ngor-. Te pagaremos bien: con caviar, salmón o zorros plateados.

- ¿Acaso los toros locales no merecen aparear con estas hermosas terneras? -bromeó Jian.

-Debes saber mejor que nadie qué feroces son nuestros uros -contestó Zorg-. No se puede capturarlos vivos.

-Es verdad -suspiró Jian-. Hasta ahora tengo marcas de sus cuernos.

Un grito prolongado sonó sobre el pantano, haciendo callar a todos. De la neblina surgió la silueta de un hombre ataviado con la hirsuta piel de oso y con una bramante pandereta en la mano. Eila se estremeció, apretándose contra el pecho de su esposo; Jian frunció el ceño, pues aquel espectáculo había despertado en su memoria unos recuerdos nada agradables.

- ¿Es un espíritu del pantano? -perturbó el silencio el pequeño Zaúr.

-No, es el chamán de nuestra tribu -contestó Zorg-. Después de la muerte de Dirk ha decaído mucho y lo único que hace es refunfuñar que la gente ha dejado de honrar a la Madre Osa porque hace varios inviernos que no manchamos la primera nieve con sangre humana.

- ¿Y dónde se puede conseguir a un prisionero para el sacrificio? -intervino Targ-. Los esteparios ya no son nuestros enemigos sino parientes y los Hijos de la Caverna viven demasiado lejos para traer hasta aquí a un prisionero vivo...

El chamán daba vueltas en una danza precipitada, sacudiendo con fervor su pandereta. Los ralos mechones de su cabello canoso se mezclaban con la neblina y parecía que su cuerpo tembloroso estaba a punto de desaparecer bajo los rayos del sol. Obedeciendo una voz interna, Eila se liberó con suavidad de los brazos de Jian y se acercó al chamán. Jian quiso seguirla pero Zorg lo detuvo con una ligera palmada en el hombro.

Eila se paró a unos pasos del chamán, observando en silencio sus movimientos frenéticos. Al sentir la mirada de la mujer, el enviado de los espíritus interrumpió su danza y habló con una voz chillona y entrecortada:

- ¿Quién eres? Te pareces a Luma pero te ves demasiado joven para ser la Madre de los Osos ¿Eres Eila? Así que has vuelto...

Eila guardaba silencio. El chamán, quien hace ocho inviernos le parecía un ser temible y todopoderoso, se convirtió en un anciano demacrado que no vivía más que en un mundo de sombras y espíritus.

-Vete, mujer, vete con los vivos. Déjame solo con mis espíritus -dijo el chamán girando sus ojos turbios y apagados-. Tienes tus asuntos e inquietudes y a mí solo queda hablar con los espíritus del bosque rogándoles que perdonen a aquellos hombres locos que han olvidado el legado de sus antepasados y ahora desgarran la tierra, obligan las plantas a crecer donde no se debe y encierran a los animales... ¡Vete, mujer, que te perdonen los espíritus!

Alzando su pandereta, el chamán de nuevo comenzó a dar vueltas y exclamar con dolor:

- ¡Dirk! ¿Por qué te fuiste al País del Sol Poniente antes de mí? ¡Dirk! ¿Por qué me dejaste solo en este mundo enloquecido? Retorciéndose en su danza, el chamán se alejaba más y más hasta que desapareció tras los pinos como la sombra del pasado que se extinguía ante el paso implacable de una nueva vida.

## Vocabulario

Abedul - árbol de corteza blanca y ramas flexibles y colgantes.

Abeto - árbol conífero siempre verde, de tronco recto, ramas horizontales y copa cónica.

Abubilla - ave de color blanco, negro y ocre, con un penacho en la cabeza.

Agracejina - baya roja y agria, fruto del agracejo, arbusto de la familia de los berberidáceas.

Alheña - arbusto foliáceo, con hojas usadas en tintorería y medicina.

Almeza - árbol caducifolio de frutas comestibles.

Armiño - pequeño animal carnívoro, de piel muy suave y delicada.

Avutarda - ave zancuda de color rojo con manchas negras; su carne es muy apreciada.

Brezo - arbusto ericáceo, de madera dura y raíces gruesas que sirven para hacer carbón.

Corazoncillo - planta medicinal con flores amarillas y frutos capsulares acorazonados y resinosos.

Draba - planta herbácea, crucífera.

Enebro - arbusto cupresáceo de flores escamosas de color pardo rojizo y frutos en bayas esféricas de color negro azulado; su madera es fuerte y olorosa.

Eringe - cardo corredor; nombre común de varias especies de plantas espinosas.

Escaramujo - rosa silvestre, arbusto caducifolio de la familia rosáceas que tiene por fruto una baya roja; usada en medicina.

Espolín - planta gramínea, con flores en panoja, llenas de pelo largo y blanco.

Fárfara - planta herbácea de hojas tomentosas y flores amarillas; usada en medicina.

Gamo - mamífero rumiante de la familia de los cérvidos; presenta cuernos en forma de pala.

Glotón - mustélido carnívoro propio de los bosques boreales de Eurasia y Norteamérica.

Grosella - fruto del grosellero, arbusto de la familia saxifragácea.

Haya - árbol foliáceo que crece hasta 30 metros de altura.

Hepática - planta con hojas radicales, flores azuladas o rojizas y fruto seco con muchas semillas; usada en medicina.

Hiedra - arbusto trepador con ramas estériles que se fijan a los soportes y ramas fértiles que quedan libres. Kliukwa - bayas rojas y ácidas, ricas en vitamina C; propias de las zonas pantanosas de los bosques boreales de Eurasia y Norteamérica.

León de las cavernas - carnívoro felino de tamaño al menos 25% más grande que el actual león africano; desapareció en Europa para los finales del último período glacial pero sobrevivió hasta hace 6000 años en el Próximo Oriente y Asia Menor.

Lucio - pez esociforme de agua dulce que llega a medir más de 1 m de largo; es un voraz depredador.

Malva - planta herbácea de raíz fibrosa, hojas acorazonadas y flores rosadas o amarillas; sus hojas se usan como emolientes.

Marmota - mamífero roedor de unos 50 cm de largo, propio del hemisferio boreal (montañas y estepas eurasiáticas y praderas norteamericanas); pasa el invierno aletargado.

Marta - mamífero carnívoro mustélido, de unos 25 cm de altura, de patas cortas y pelo castaño.

Matamoscas - especie de hongos venenosos, usados por algunos pueblos primitivos como alucinógeno y analgésico.

Mirtillo - planta arbustiva, cuyos frutos son bayas negras y refrescantes.

Muflón - carnero salvaje.

Mundillo - arbusto foliáceo ramoso de flores blancas agrupadas y frutos en forma de bayas pequeñas y rojas; su corteza es usada en medicina.

Ortega - ave gallinácea poco mayor que la perdiz, con alas cortas y plumaje de color ceniciento rojizo; su carne es muy estimada.

Onagro - asno salvaje.

Pulmonaria - planta herbácea vivaz, con flores azules; sus hojas son usadas como cataplasmas.

Saiga - antílope de las regiones esteparias de Eurasia, de hocico provisto de un filtro para retener el polvo y la arena.

Salmón - pez de carne roja y sabrosa; nace en los ríos, alcanza la adultez en el mar y retorna para el desove.

Salvia - mata de hojas aromáticas, hojas azuladas en espiga y fruto seco con una sola semilla; el cocimiento de sus hojas se usa como soporífero y astringente.

Serba - árbol rosáceo de flores blancas y frutos pequeños, rojos y amargos.

Tenca - pez de carne blanca, vive en aguas dulces de Eurasia y Norteamérica.

Uro - bóvido salvaje, de 3.5 metros de largo, antecesor del ganado vacuno doméstico; intensamente perseguido por el hombre, persistió en los bosques de Europa Central hasta comienzos del siglo XVII.

Urogallo - ave gallinácea de plumaje pardo negruzco, patas emplumadas y cola redonda.

Vaccinio - arbusto de fruto en forma de baya azulada.

Zarzal - planta de tallos colgantes hasta de 3 metros, con numerosas espinas, hojas compuestas, flores en panoja y frutos comestibles en forma de bayas de granillos negros y lustrosos.

<https://www.ellibrototal.com/ltotal/?t=1&d=641>

Edición 1. ed.

Imprint Bucaramanga, Colombia: Sic Editorial, 2003.

Autor Espinel Suarez, Anastassia, 1970-

Materias gente prehistórica > Ficción.

periodo Neolítico > Ficción.

información Bibliográfica

Fecha de Publicación 2003

ISBN 9588150876

9789588150871